

# LA CIUDAD DE LA MEMORIA

«Trama adictiva, ironía corrosiva,  
diálogos endiablados y... el  
detective Mejías. El hijo que  
nunca tuvo Philip Marlowe, bajo  
el sol del Mediterráneo.»  
RAMÓN PALOMAR

Santiago Álvarez

Lectulandia

Berta Valero, una universitaria ingenua y con apuros económicos, comienza a trabajar casi por azar en la agencia de investigación que regenta un extravagante personaje. Mejías es un detective privado, inconformista y audaz, que se conduce como Humphrey Bogart en un mundo que cambia demasiado deprisa. Juntos indagarán un extraño caso que involucra al muy poderoso clan familiar de los Dugo-Escrich, propietario del mayor grupo constructor valenciano, y cuyas raíces se hunden en un pasado lleno de secretos que todos parecen —o aparentan— desconocer. Mejías desoye las voces que tratan de apartarle del asunto y encadenará situaciones geniales, descabelladas y peligrosas hasta que, finalmente, la caja del tiempo se remueva con el estruendo de una losa mortuoria.

«La ciudad de la memoria» es una historia bañada de nostalgia que trasciende el género y sumerge al lector en una feroz lucha de ambiciones y poder, en un relato de amores insatisfechos que pugnan por salir a la luz. Una palpitante novela negra que nos recuerda que el pasado, para bien o para mal, camina siempre junto a nosotros.

**Lectulandia**

Santiago Álvarez

# **La ciudad de la memoria**

**Detective Mejías - 1**

ePub r1.0

NoTanMalo 11.03.17

Título original: *La ciudad de la memoria*

Santiago Álvarez, 2015

Editor digital: NoTanMalo

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Miriam, mi fan número uno.

# 1 La entrevista de trabajo

«Así que usted es un detective. No sabía que existiesen realmente, excepto en los libros; o bien que eran tipos grasientos espiando en los pasillos de los hoteles».

*El sueño eterno, 1946*

**B**erta llegaba tarde a la entrevista que iba a cambiar su vida. Quizás no se hubiera apresurado de haberlo sabido. Si le hubieran contado que en las próximas semanas se vería involucrada en una persecución a alta velocidad por las principales calles de Valencia, que una bala envenenada estaría a punto de llevarse su vida, que forzaría cerraduras en busca de información secreta, si le hubieran explicado todo esto, Berta habría arrugado la nariz chata con desconfianza, tal vez sonriendo tímidamente hacia abajo, pero no lo habría creído. Hubiera agradecido la advertencia con buenas palabras para continuar su camino; a ella le gustaba ser puntual.

Ascendió a trompicones entre el gentío que atestaba las escaleras del metro de Colón. Al llegar a la superficie miró a su alrededor para orientarse; pasaban cinco minutos de las diez de la mañana y todavía le quedaba un buen trecho hasta la oficina donde la esperaban. Mientras recorría las calles del centro recordó la conversación telefónica del día anterior. Era uno de sus últimos intentos serios de encontrar trabajo. Los exámenes estaban cerca y si no estudiaba de veras, en lugar de visitar empresas de trabajo temporal y de imprimir en serie decenas de currículos, un abismo que ahora tan solo intuía se abriría bajo sus pies; ese mismo precipicio que amenazaba su carrera como periodista y gran parte de las ilusiones que empaquetó en una maleta el día que dejó el pueblo para venir a Valencia, diez meses atrás.

El anuncio era bastante escueto:

Se precisa señorita para tareas administrativas en agencia de detectives. No es necesaria experiencia. Media jornada. Abstenerse curiosos.

Berta había llamado sin mucha convicción; solo era otra oportunidad de escuchar que tenían cubierto el puesto, que disponían de suficientes candidatos o que simplemente no podía ser. Tras marcar, sonaron dos tonos y la voz la pilló desprevenida.

—Mejías —había dicho la voz, como si aquello fuese suficiente.

Ella esperaba algo del estilo: Buenos días, está usted al habla con la agencia de detectives fulano de tal y en este momento no podemos atenderle. O: Blablabla, claro que podemos atenderle, indíquenos su nombre y número de teléfono y nos pondremos en contacto con usted...

Durante seis segundos eternos consideró la opción de colgar. Finalmente, balbuceó una explicación.

—Perdone, yo, en realidad...

—Vamos, vamos, que no tengo todo el día. Venga, escúpelo.

La voz no era amable, aunque sí persuasiva. Berta calló de nuevo, creyendo que había marcado un número equivocado. Tal vez sería demasiado grosero colgar sin más.

—¿No vas a decir nada? —volvió a decir la voz—. Eooo, ¿hay alguien ahí?

La dignidad de Berta se recompuso con rapidez.

—Perdone, creo que me he confundido. ¿Es la agencia de detectives dónde buscan una administrativa?

—Puede ser.

—Disculpe, no le entiendo. ¿Puede ser?

—Sí, en realidad depende de ti.

Berta ignoró este último comentario. Respiró profundamente y decidió ceñirse a su guión inicial.

—Estoy interesada en el puesto. Estudio periodismo y tengo experiencia en administración.

—Ah, periodista, qué apropiado. Así que quieres una entrevista de trabajo.

—Sí, eso es —dijo Berta con impaciencia.

—¿Todavía?

—¿Perdón?

Una risa cansada estalló al otro lado.

—Muy bien, muy bien, periodista. Mañana por la mañana, a las diez en punto. Calle Moncofa, número dos.

—De acuerdo, pero discúlpeme, ¿qué puerta es y por quién debo preguntar?

De nuevo la risa.

—No te preocupes, seguro que das conmigo. Y no llegues tarde.

Berta estuvo a punto de decir algo más, de añadir algún detalle curricular que la mostrara competente y digna de confianza, pero el tono continuo le indicó que habían colgado. Miró el teléfono un instante, todavía indecisa, y finalmente renunció a llamar de nuevo.

Ahora llegaba tarde, a pesar de su previsión. Berta, como siempre, había estudiado un itinerario que le permitiera presentarse quince minutos antes de la cita, pero los

pequeños retrasos se habían acumulado hasta alcanzar el desastre. Primero debía recoger unos apuntes en la facultad, y mientras esperaba en la cola de reprografía tuvo que soportar el irónico interés de otros universitarios ante su traje de chaqueta, más propio del profesorado que de una alumna de segundo curso. De vuelta en la parada, el metro se marchó en sus narices y tuvo que esperar otros siete interminables minutos al siguiente, que dos estaciones después la depositaría en el centro. Se odió un instante por no haber continuado a pie, aunque eso tampoco la hubiera ayudado. Pasó por delante de El Corte Inglés y atravesó el Parterre. Las diez y nueve minutos. La cosa no empezaba bien, como todo lo que emprendía últimamente. Llevaba meses buscando un trabajo a tiempo parcial que cubriera sus gastos; había perdido toda esperanza de emplearse como telefonista, cajera, dependienta, de ser cualquier cosa donde pagaran un puñado de billetes por explotar su escaso tiempo libre. Pero el caso era que necesitaba el dinero.

Cruzó la calle del Mar a las diez y trece minutos, con un fragmento de plano que temblaba en su mano a cada paso, incluso cuando se detenía a examinarlo de manera innecesaria. Si se hubiera bajado en la parada anterior, no dejaba de repetirse, si no hubiera tardado tanto en arreglarse, si no hubiera recogido los apuntes... Desde que despertara en su modesto piso compartido de Benimaclet, cada retraso adicional había socavado su voluntad de triunfar esa mañana, indestructible tan solo dos horas antes. Había pasado más de media hora ante el espejo para elegir aquel traje que dejaba a la vista unos tobillos demasiado gruesos, que acentuaba la anchura de sus caderas. Incluso se había maquillado. Cuando salía por la puerta recordó los tres aros en su oreja derecha, y los sustituyó por pendientes convencionales. Sin sentirse satisfecha del todo, decidió quitarse el pequeño *piercing* de circonita sobre la aleta derecha de la nariz.

Quizás exageraba, pero Berta no podía permitirse ningún error. Su exigua beca apenas pagaba la matrícula y su parte del alquiler, mientras los gastos de apuntes, libros y manutención consumían con rapidez sus ahorros. La tía Marina, único rescoldo familiar conocido, no podía prestarle más dinero sin situarse en una posición incómoda, por lo que si no cambiaba pronto su suerte se enfrentaría con la decisión más temida: volver al pueblo.

Se detuvo y miró a ambos lados de la calle peatonal. Ajustó sobre su nariz las gafas negras de pasta y apartó la oscura melena sobre sus hombros. Valencia no era tan grande y ella era lista, pero en aquella zona las calles se cruzaban confusamente, la falda molestaba al andar, la solapa de la chaqueta le rozaba el cuello, la ropa de lana parecía amianto esa mañana. Berta sopló hacia arriba y un mechón de pelo ondeó sobre su frente como una bandera que invitara al armisticio. Las diez y diecisiete. Preguntó a dos o tres viandantes por la calle Moncofa, pero nadie había oído ese nombre antes. Desesperada, se apoyó en la esquina, frente a un solar empleado como garaje en las estrecheces del centro. Un gato callejero cruzó ante sus pies y ella lo observó perderse entre los contenedores de basura. Las diez y veintidós.



Entonces sus ojos tropezaron con el rótulo ansiado, semioculto por los cubos de plástico: «Carrer Moncofa».

No era exactamente una calle sino un hueco transitable en la parte trasera de dos edificios, sin ventanas ni balcones. Avanzó cuatro pasos y ya estaba a medio camino de la salida. Al acercarse al único portal, observó tres botones en el telefonillo donde se apilaban iniciales desconocidas. La tercera etiqueta permanecía en blanco, así que decidió probar ahí. Tras varios intentos, una voz interrumpió la llamada.

—Mejías.

—Hola, vengo por la entrevista y...

—Llegas tarde.

—Bueno, yo...

Se oyó un clac y la puerta se abrió sola. La joven inspiró profundamente y se dispuso a terminar con aquello. Eran las diez y veinticinco minutos.

Berta percibió un movimiento sinuoso en la penumbra del rellano. Por el hueco de la escalera culebreaba una cuerda de tender la ropa, cuyo extremo inferior se anudaba al resbalón de la entrada, mientras el otro se perdía hacia arriba. La joven tomó la barandilla de forja y subió con creciente aprensión por los desgastados escalones, dejando atrás dos viviendas silenciosas. Solo el eco de sus propios zapatos la acompañó durante toda la ascensión. En el tercer y último piso la puerta estaba abierta. Enfrente, la barandilla terminaba su espiral y, sobre ella, se ataba el otro extremo de la cuerda de nailon.

Entró en el recibidor, un cuadrado de tres metros de lado donde se apretaban un tablero de melamina a modo de recepción y un sillón forrado con una mala imitación de cuero. A la derecha, sobre una puerta de cristal traslúcido, bailaban en arco seis letras: mejías. Una voz, aquella voz de nuevo, la reclamó desde el interior.

—¿Vas a pasar de una vez?

Mientras cerraba, Berta dudó entre escapar escaleras abajo o contestar. Su innata curiosidad impidió la huida. Se irguió un poco, y trató de componer una expresión competente que pudiera librarle de sus malos presagios.

—Disculpe, ya estoy con usted.

Al abrir la puerta creyó sumergirse en un mundo imaginario, atestado de objetos dispersos. Un escritorio de nogal dominaba el despacho, y sobre él había un teléfono negro de baquelita, una lámpara flexible de aluminio, un inhalador de ventolín y material de oficina que ocultaba la superficie de la madera. De allí emergía la figura de un hombre pequeño con los antebrazos arremangados sobre la mesa y tirantes elásticos sobre la camisa. Poseía una cabeza angulosa de pelo corto, y un generoso par de entradas le peinaban la frente hacia atrás. Aquel hombre estaba hablando:

—Buenas tardes, jovencita.

Marcó tanto la palabra *tardes* que Berta sintió cómo la saliva se espesaba en su

garganta. La voz era profunda, casi de bajo, impropia de un hombre menudo como aquel.

—¿Quieres sentarte? —continuó el hombre.

—¿Nos conocemos? —dijo la joven, juntando las cejas sobre la montura de pasta.

—No tardaremos mucho.

Berta dudó un instante, mientras posaba su mirada en las tres sillas atestadas frente al escritorio. Se sentó como pudo en la menos ocupada y alisó la falda sobre sus rodillas. Extrajo de su bolso un documento que tendió a través de la mesa con la solemnidad de quien ofrece la Convención de Ginebra.

—Aquí tiene mi currículum actualizado, como puede ver he trabaj...

—Shhh. Puedo leer yo solo.

En otras entrevistas y debido a su condición de mujer, de joven que abandona la adolescencia y de desempleada cuya desesperación se revela en cada gesto, Berta había experimentado momentos de gran tensión, pero no recordaba tres minutos tan largos. Contempló al hombre inclinado sobre el papel pero comprendió enseguida su descortesía y dejó resbalar su mirada por el despacho, primero con discreción, y luego con creciente desconcierto.

Era un espacio de unos treinta metros cuadrados, pero parecía diminuto por la cantidad de objetos que ocupaban cada rincón, como en una tienda de antigüedades venida a menos. En las paredes había títulos académicos, un mapa de la ciudad plagado de chinchetas y notas, un par de pistolas de época, una lámpara de aceite colgada de una alcayata. El único ventanuco, casi a la altura del techo, mezclaba la escasa luz del patio interior con la generada por tres milagrosas bombillas eléctricas sobre sus cabezas. Tras la puerta se intuía un perchero triste, aun en pie gracias al apoyo de una gabardina raída y marrón. Junto a él, dos butacas forradas de escay y con los brazos blanqueados por el polvo montaban una guardia inútil. La pared izquierda quedaba presidida por un gigantesco póster de la película *Casablanca*, donde el mismísimo Humphrey Bogart señalaba al espectador con suficiencia y una pistola mientras, a su espalda, emergían los rostros de un puñado de personajes inolvidables. Bajo el cartel, una mesa estrecha contenía el muro de ladrillo y sostenía dos botellas empezadas de *whisky* y una bandeja con vasos usados. Berta observó, más a la derecha, un tocadiscos de maleta a la espera de arrancar su crepitar de vinilo. Un último desastre aguardaba agazapado en la pared restante, donde una anticuada televisión resistía el asedio de periódicos, libretas abiertas, cintas VHS y cajas de latón que hurtaban sus tesoros a la vista.

Su mirada regresó al hombre pequeño, justo en el momento en que este dejaba el documento sobre la mesa.

—Muy bien, Berta, creo que ya nos conocemos. Ahora debería hacerte algunas preguntas.

—Por supuesto, señor...

—Señor, no. Mejías.

El detective se tomó unos segundos para pensar. Al hacerlo ladeaba la cabeza hasta tocarse el lóbulo de la oreja derecha con el índice y el anular, entrecerrando los ojos en dirección al ventanuco.

—Berta, ¿qué piensas del cine? —dijo, y se recostó sobre el respaldo de su asiento con mirada expectante.

—¿Cómo?

—Sí, ¿qué es para ti el cine?

—No entiendo cómo eso puede...

Sonó el timbre de la entrada.

—Quizás deberíamos dejar lo del cine para más tarde. Verás, había quedado con un cliente a las diez y media, así que como has llegado tarde tendrás que esperar tú.

—Hizo una pausa—. ¿Te parece justo?

—Claro, por supuesto.

—Pues entonces sé buena chica, abre la puerta y dile que pase. Puedes sentarte en la mesa de la entrada mientras nos esperas.

Berta se levantó, preguntándose qué vendría después. En cuanto acabara aquella entrevista volvería a sus dificultades cotidianas. Pero ¿qué mundo le esperaba?, pensó la joven, sacudiendo la cabeza. Al menos Mejías no le había dicho que se fuera. Le había dicho: «puedes sentarte en la mesa de la entrada». Eso significaba, al parecer, que la entrevista no había terminado, que tenía una posibilidad de conseguir el empleo. La cuestión era si aún lo quería.

El timbre volvió a sonar, esta vez con impaciencia. Berta pulsó el telefonillo.

—Empuje, por favor, ya le abro.

El altavoz de plástico escupió de nuevo su infeliz melodía. Esta vez lo acompañó una voz de mujer, con leve acento extranjero:

—Oiga, no se abre, ¿me oye?, esta puerta no se abre...

La joven apretó de nuevo el botón entre los lamentos del telefonillo, sin resultado. Entonces recordó la cuerda. Creyó escuchar una risita desde el despacho del detective, como corolario a su torpeza. Abrió la puerta para abalanzarse sobre la cuerda de nailon atada en la barandilla; tiró mientras se asomaba por el hueco de la escalera y escuchó abajo el chasquido del pestillo, amplificado por el eco.

La mujer se tomó su tiempo en subir los tres pisos antes de presentarse arriba sin resuello, lo que proporcionó tiempo a Berta para reflexionar. ¿Debía tratarla como si ya trabajara allí o eso sería demasiado atrevido? Quizás Mejías, visto lo visto, la ponía a prueba. Decidió comportarse de la manera más natural posible. La persona que subía las escaleras era solo un cliente más.

—Viene a ver al señor Mejías, ¿verdad? —preguntó mientras la otra asentía, exhausta—. La está esperando.

La señora vestía un traje oscuro de buen corte, con costosos complementos a juego en cuero y terciopelo. Parecía molesta por encontrarse allí y no aprobaba la presencia de aquella chiquilla con tan evidente poca clase. Se tomó unos instantes

para arreglar su ropa y humedecerse los labios, comprobando en un espejito que el maquillaje y su puntiaguda nariz continuaban en su sitio. Cuando pareció satisfecha, adoptó aires de afectada indignación y abrió la puerta de Mejías sin llamar.

Una vez sola, Berta echó un vistazo al pequeño recibidor, encogiéndose de hombros. Las paredes estaban cubiertas por un infame papel pintado que se despegaba cerca del techo y los muebles eran anticuados, supervivientes de otra época o rescatados del contenedor de basura. La habitación parecía descuidada, como si algún duende insomne revolviere cada noche aquel desbarajuste en busca de respuestas. Respuestas a preguntas absurdas. ¿Qué significaba para ella el cine? ¿Era una broma? Quizás fuera una táctica de Mejías para romper el hielo, o... aquel tipo no estaba bien de la cabeza y le convenía salir corriendo cuanto antes de allí. La tele e Internet rebosaban de noticias sobre desesperados cuarentones a la caza de jovencitas desorientadas, historias diarias con final desagradable. Berta suspiró, confusa, y al sentarse ante la documentación desordenada escogió un papel al azar: era un pliego timbrado del Colegio Oficial de Detectives. Estaba manuscrito con caligrafía nerviosa, aunque legible.

*Informe n.º 00357 del colegiado n.º 829*

*TIP. n.º 5178, Vicente Mejías Alcaraz*

*Valencia, a 1 de diciembre*

*El presente informe continúa el anterior de fecha 27 de noviembre. La noche del pasado miércoles acudí a un jardín del barrio de Campanar para comprobar que la transacción encargada por mi cliente JMAT se realizaba de la manera acordada. Me hundí en asiento del Packard con el sombrero calado hasta las cejas. No tuve que esperar mucho. A las 1:20 horas apareció el Sr. D con un maletín, mirando con nerviosismo a ambos lados de la plaza. Un par de indigentes abandonaron los bancos como palomas asustadas, y de las sombras emergió un gigante: era el Chapas. A su lado aparecieron dos sombras más, arrastrando a la chica amordazada entre gemidos ahogados que rompían el silencio. El Chapas se dirigió al recién llegado. Yo apenas distinguía sus palabras, pero comprendía lo que estaba pasando.*

*Hablaron, más de lo esperado. Al parecer el tipo del maletín exigía algún tipo de garantía que nadie iba a concederle aquella noche. Hizo un movimiento dentro de su abrigo. Un brillo metálico y una advertencia brotaron a la vez de las sombras antagonistas. Eso sí que lo oí: «Si sacas la puta pistola empieza la masclotá, imbécil». «Es un móvil, joder», dijo el otro. Las cosas parecieron calmarse, pero fue un espejismo. Bang, Bang. Los disparos procedían de un nuevo invitado, escondido previamente en el interior del parque, y una silueta junto al Chapas se desplomó fulminada. Hubo más disparos. Sin dudar, salí del Packard envuelto en mi gabardina,*

*caminé agachado tras los coches estacionados y llegué hasta la chica, que habían dejado de rodillas en el suelo. Un par de balas rompieron los cristales del vehículo a mi espalda. El Chapas se giró para ver lo que sucedía, se inclinó mientras me encañonaba, pero yo fui más rápido y le encajé una patada en la cara antes de escapar. Bastante estaban teniendo aquellos tontos con su Nit del Foc para seguirme. Entonces la figura del tío del maletín se agitó antes de caer y el silencio llegó de nuevo. Aun tuve tiempo de subir al coche con la chica para evitar que el Chapas me volara la cabeza cuando el disparo estalló en el parabrisas. Las ruedas chillaron y el tipo tuvo que apartarse mientras yo sacaba aquel montón de chatarra lejos de allí.*

*La chica era guapa. Me miró con agradecimiento y deseo, como se mira un pastel de chocolate después de días comiendo naranjas. Una vez que nos alejamos lo suficiente, detuve el Packard para asegurarme de que no estaba herida, y antes de preguntarle estampó su boca en la mía. No estuvo mal. La dejé en comisaría, a cargo de Pérez y sus chicos. Aquella noche se había tragado dos muertos, un alma inocente había sido salvada, el malvado continuaba suelto y un defensor de la cordura regresaba al hogar, cansado, una vez más. Quién dice que Valencia es una aburrida ciudad de provincias.*

Berta, perpleja, levantó la cara del papel. Era emocionante, aunque pareciera sacado de un telefilm barato de género; nada parecido a las clases de *Teoría de la Comunicación*, con el viejo Llopis adormecido sobre su libro, recitándolo entre balbuceos. Sus hombros se estremecieron involuntariamente. Volvió a tomar el papel en sus manos y lo leyó por segunda vez, ahora con mayor atención. Si fuera verdad...

Una carcajada rompió el murmullo del despacho e interrumpió sus pensamientos. Mejías... el defensor; Berta se mofó de su patética fantasía. Un tipo que le había tomado el pelo por teléfono y que ahora la confundía con otra estúpida mistificación. Lo más probable es que se tratara de un amargado de esos que se lo toman todo a guasa porque cada vez que se miran al espejo solo ven una broma de mal gusto. Sacudió la cabeza con fastidio. De nuevo divagando, se dijo, estudiando la vida de otros en lugar de preocuparte por la tuya que, entre tú y yo, necesita una revisión urgente.

Volvió su atención hacia la puerta de cristal. Desde allí brotaban palabras misteriosas que prometían emociones, reales o imaginarias, y Berta supo que, por encima de cualquier otra cosa, quería conocer el contenido de aquella conversación. La curiosidad le había jugado malas pasadas en otros tiempos, lo sabía bien, pero era una lección que no había querido aprender. Aquella misma inquietud le había descubierto la biblioteca de su tía, una imponente colección de clásicos de varias generaciones lectoras. Allí Berta había buceado entre las colecciones completas de Periquín y Gustavín, todo Enyd Blyton, Tintín, hasta el infalible Sherlock o la inofensiva ancianita de Agatha Christie. Luego vinieron *Moby Dick*, *Grandes*

*Esperanzas, Frankenstein, Jane Austen y las Brontë, La Isla del Tesoro...* Historias que había devorado varias veces, hasta entregarse con fruición a cualquier cosa que prometiera un mínimo de aventura y misterio. Estos primeros pasos la apartaron del camino hacia la vida doméstica de sus compañeras de juegos y la condujeron hasta la Universidad, hasta una lista de trabajos sin sentido como muescas en su currículum y, ahora mismo, hasta el vestíbulo de una agencia de detectives.

Tomó la decisión antes de ser consciente de lo que hacía. Con exagerada cautela se escurrió hacia el suelo desde la silla y avanzó a gatas hasta el despacho, con sus movimientos limitados por la estrecha falda de tubo. La puerta no ajustaba bien y una rendija de tres o cuatro milímetros permanecía abierta. Por ella escapaban voces que, ahora sí, podía distinguir con claridad. Así que allí mismo, a cuatro patas y con el culo en pompa, la oreja a ras del suelo encajada en la exigua abertura y las palmas sobre las baldosas frías y desiguales, Berta cruzó la línea que iniciaba su extraña carrera de investigadora, espionando sin recato la conversación entre Mejías y su cliente.

—... Para la familia se trata de un asunto que debe tratarse con la mayor discreción. Si trascendiera a los medios, nos encontraríamos con un escenario algo, er... molesto.

—Solo para comprobar que lo he entendido —dijo Mejías, tras una breve pausa—. Su cliente quiere que localicemos a Armando y que lo llevemos de vuelta a casa. Cueste lo que cueste.

—Eso es. No pretendemos levantar sospechas ni alargar este asunto más de lo necesario. El dinero no es un problema. —Berta escuchó el cierre metálico de un bolso—. Pero tengo que advertirle: aunque no es conflictivo, Armando puede comportarse de modo violento si se siente acorralado. Tratará de escapar, se lo aseguro, así que cuando averigüe su paradero debe avisarnos sin demora.

—Hmm. Se trata de un caso poco habitual. No soy policía, soy detective privado.

—Lo sé. Por eso doblo su tarifa.

Hubo un silencio más largo.

—Está bien. Si tengo suerte la llamaré antes de lo que imagina.

—Me satisface mucho esa respuesta. Me dijeron que usted era tan bueno como peculiar. Y es muy peculiar.

—Gracias. Mi secretaria la acompañará a la salida —dijo esto último en voz alta y teatral, una indicación que Berta sintió dirigida exclusivamente a ella tras la puerta—. Déjele sus datos de contacto.

Las sillas rasgaron el suelo y la joven espía retrocedió hasta la mesa, adoptando la actitud de quien lleva allí desde las ocho de la mañana. La puerta del despacho escupió a la mujer, entre un revoloteo de telas y cuero. Berta la despidió con educación, sosteniendo la tarjeta que acababa de entregarle. Tras un distinguido silencio, la señora elevó la nariz a modo de despedida, antes de iniciar el descenso de los cincuenta y cuatro escalones que la separaban de la civilización. Berta leyó la

tarjeta:

Marie-Sandrine Blouchard

Bufete de abogados Morton & Ferguson  
C/Colón, 88, puerta 6 46004 Valencia

Mejías apareció desde su despacho abotonándose la gabardina; parecía de un humor inquebrantable.

—Una buena pieza, ¿verdad?

Berta abrió los ojos sin parpadear. Tosió un par de veces hasta recuperar la confianza.

—Bueno, yo..., teníamos pendiente una conversación, creo.

El detective agitó una mano en el aire, restándole importancia.

—Sí, sí, seguiremos hablando, ya habrá tiempo para eso. Sé dónde buscar a Armando y debo darme prisa. —Guiñó un ojo—. Hay paga doble.

—¿Armando? —preguntó Berta con inocencia—. No entiendo qué...

Mejías se detuvo ante la puerta y alzó una mano a la altura de la cara, al mismo tiempo que marcaba sus palabras con el dedo índice.

—Escúchame. Regla número uno: no me mientas. Nunca, al menos a mí no. —Otro dedo extendido—. Regla número dos: cuando escuches tras una puerta, aunque sea de cristal traslúcido, no lo hagas con una bombilla de sesenta vatios detrás. La sombra siempre te delatará. Y no es una metáfora.

—Lo siento, señor —se excusó la joven con rapidez—, le aseguro que no volverá a pasar, no sé cómo he podido...

—Regla número tres —interrumpió el detective, y ahora el pulgar acompañó a las otras falanges desplegadas—: no soy «señor». Soy Mejías, y Mejías soy yo. Regla número cuatro. —Berta ya solo miraba su cara—: no te lamentes ni te disculpes jamás; haz lo que tengas que hacer. Pidiendo perdón no eres nada interesante.

Berta lo miró en silencio, reprimiendo nuevas disculpas para adoptar una pose lo más digna posible.

—Cierra la puerta cuando te vayas, las llaves están en el segundo cajón —continuó Mejías—. Puedes ordenar tu mesa y el recibidor como quieras, mientras no toques nada de mi despacho. Y he dicho nada. Mañana te espero a las nueve. Esta vez en punto.

El detective ya se iba, pero la joven lo interrumpió por última vez.

—Pero ¿eso es todo? ¿Y la entrevista?

—¿Qué entrevista? ¿De verdad crees que me molestaría en hablar contigo si no fuéramos a trabajar juntos? Por supuesto que estás contratada. Pienso hacerte la vida imposible hasta que renuncies. O hasta que te resulte imposible abandonar este trabajo. Tú decides.

Se marchó con estas palabras flotando en la habitación, y sus zapatos taconearon cincuenta y cuatro veces hacia el exterior, acompañados por el silbido de una antigua melodía. Arriba, acodada en la recepción de la Agencia de Detectives Mejías, la joven Berta, atónita, contemplaba la puerta por la que había salido su nuevo jefe.



## 2 Atrapa a un fugitivo

«Tengo miedo, es maravilloso».

*La dama del lago, 1947*

**L**a madera cruje bajo los pies nerviosos, que caminan trazando elipses irregulares sobre el piso. Mira su reloj de muñeca hasta que, cuando está a punto de colgar, alguien contesta la llamada. Entonces habla.

—Soy yo.

La voz intenta sonar serena, pero un punto de impaciencia delata la impostura. Al otro lado devuelven el saludo y entonces habla de nuevo.

—¿Cómo va tu mano?

Aguarda la respuesta y asiente lentamente mientras escucha.

—Te advertí, pero nunca me haces caso. Yo soy el coco, tú la acción. Músculos sin cerebro.

Las palabras se amontonan en el auricular, así que retira el móvil unos centímetros con fastidio. Cuando se produce una pausa, vuelve a hablar:

—Lo sé, lo sé, sin tus averiguaciones no podríamos actuar. Pero eres demasiado impulsivo, y no podemos volver a equivocarnos. Tenemos que ser prácticos.

Desde el otro lado se emite una réplica mansa llena de razones y excusas, se admite una culpa y se hacen las paces.

—Hay una novedad en el asunto. Quizás te haga gracia, pero mejor que lo sepas. Han contratado un detective privado para encontrar a Armando.

Levanta la mano mientras toma aire para respirar, como si el otro estuviera enfrente y pudiera verle, pero no encuentra dónde intercalar sus frases. Tras un par de intentos lo consigue.

—No sospechan de nosotros, relájate. Pero lo que intentaste salió mal. Olvida a Armando, seguiremos adelante con lo planeado. Hemos esperado demasiado tiempo, tú tenías razón.

Una pausa y un silencio.

—¿De acuerdo?

El silencio persiste.

—No oigo tu respuesta.

Al otro lado obedecen.

—Muy bien, pues olvídate de Armando, tenemos suficientes cosas en las que pensar.

Cuelga el móvil y se queda mirando su reflejo sobre el espejo de la pared. No hay nerviosismo, solo determinación y fuerza. Suspira. Ya no queda mucho, se dice.

Esta vez Berta llegó a la calle Moncofa con tiempo de sobra. De nuevo había dormido poco, después de hablar con Nuria hasta bien entrada la madrugada. Nuria era una de sus compañeras de piso en Benimaclet y la única verdadera amiga que tenía en la ciudad; conocía a muchas personas, pero con ninguna otra podía contar para un caso de auténtica necesidad.

Berta había llegado a primero de periodismo en enero de aquel mismo año, a mitad de curso, y eso significaba empezar con mal pie. Los exámenes de febrero estaban a la vuelta de la esquina y ella deambulaba por los edificios del campus buscando en vano un anuncio que ofreciera una habitación a precio asequible. Al final del día, cuando ya pensaba en pasar la noche en un hostel, había encontrado al otro lado de la línea telefónica su salvación. Felizmente Nuria también estudiaba periodismo, aunque ella cursaba segundo. El resto no fue tan fácil: libros agotados por comprar, toneladas de apuntes pendientes de fotocopiar, una ciudad nueva aguardando tras su habitación mientras ella se esforzaba en no quedar atrás durante las primeras pruebas académicas. En julio el resultado no podía calificarse de desastre pero, como decía la tía Marina: «si la vaca empieza a cojear, tendremos que pensar en comer carne».

Berta había venido del pueblo casi con lo puesto, como un lujo necesario en vista de sus capacidades intelectuales, lejos de la muchachada rural al uso, más interesada en trabajar que en los libros. Sabía lo que podía esperar si regresaba algún día: un empleo gris y para chicas, en algún pequeño negocio entre las tétricas naves industriales del polígono donde la vida se arremansaba, masculina y carajillera. Ella ya había pasado por eso, había trabajado en la cooperativa a tiempo parcial, dedicación absoluta, sueldo mísero. Valencia ofrecía un panorama igualmente desalentador, pero también promesas; los trabajos temporales no permitían que una chica de pueblo se estableciera con garantías en la ciudad pero al menos pagaban, de momento, las facturas. Ella soñaba con algo más: una carrera como periodista de investigación en un periódico de tirada nacional, una casa cercana a una boca de metro, rodeada de humanidad palpitante y multicultural; una existencia, en definitiva, más apasionante que la de su hogar en la partida Cintas número tres, cerca de la acequia, entre el huerto de la Rosario y las vides del Arcadio, buen chico, pero un poco burro.

Y ahora trabajaba en una agencia de detectives. Mientras caminaba hacia la oficina notó que su corazón se aceleraba al pensar en ello. Nuria, mucho más cabal, fue quien formuló las preguntas que ella había evitado desde el principio. «¿Quién es ese hombre en realidad? Podría ser un perturbado. Y ¿qué hay de tu contrato? No conoces el horario, ni tu sueldo, ni las tareas que debes realizar. Tampoco le has comentado lo de tus clases, que tú has venido a hacerte periodista, no a figurar de Watson. Y quítate ese pastiche de novela negra de la cabeza, los detectives de verdad investigan infidelidades, incidencias del seguro, vigilan a los chavales de padres que

no saben educarlos... Eso del género negro solo existe en papel o en celuloide, tonta. Berta, ¿en qué estabas pensando? Con lo prudente que tú eres».

Berta tuvo que sonreír ante los reproches de su amiga y reunir toda su paciencia. Claro que lo había pensado. Respecto al contrato, lo aclararía a la mañana siguiente: si el horario no le permitía ausentarse en época de exámenes, si le pagaba menos del salario mínimo y no firmaba un contrato legal; entonces desde luego no trabajaría allí, de eso Nuria podía estar segura. No, no había perdido la cabeza la chica más sensata del planeta. Berta, doña perfecta. Berta, la mujercita responsable que se comporta como si doblara su edad. Berta, a la que dentro de algún tiempo, una vez acabada la licenciatura, esperaría un novio formal, de los de antes. Berta, la nuera que toda madre quiere para su hijo. La que resulta invisible para la mayoría de los hombres.

Pero ella, aunque no se lo dijo a Nuria, anhelaba trabajar en aquel cuchitril emparedado en el centro de la ciudad. Lo habría hecho gratis, al menos durante un tiempo. Su tía Marina le había advertido del peligro de emplearse a cambio de nada: «si para que el mulo ande no hace falta darle de comer, nos ahorramos el forraje». Cuando la contabilidad de la cooperativa donde trabajaba se tiñó de rojo y la salud financiera de los catorce socios comenzaba a resquebrajarse, fue ella quien adivinó el desastre. Como no le hicieron caso, y quién iba a hacer caso a una chavala de dieciocho años que desconocía el negocio, continuó investigando por su cuenta. Asumió riesgos y consultó libros a los que no tenía acceso, hizo preguntas, alcanzó certezas. Incluso mantuvo una larga conversación con su abuelo Jacinto, que había pasado la vida en una caja de ahorros, lo más parecido a un experto financiero a su alcance. Con estos datos, y mientras el resto de su generación se entregaba a prácticas más lúdicas y placenteras, Berta halló la manera de arreglar los balances. Descubrió gastos que no constaban en los libros, cuentas no declaradas y, en fin, todo tipo de irregularidades ante las que un íntegro subinspector de hacienda, no el Fulgencio, que era invitado de bar en bar por los socios tras la vendimia, hubiera podido enterrar en una semana más de una fortuna rural.

Berta comprobó enseguida la recompensa a sus esfuerzos. La vio reflejada en la cara de su jefe, que había calibrado de un solo vistazo el informe de la joven sobre la incipiente crisis empresarial. Apenas veinte días después, la situación financiera de la cooperativa enderezó su rumbo, hubo reuniones a puerta cerrada, se archivaron documentos, se controló el gasto y, finalizados sus seis meses de contrato en prácticas, le comunicaron a Berta que no podían renovarla, cosas de los inevitables recortes. Eso sí, la tendrían en cuenta para futuras vacantes. Una semana más tarde, se enteró de que la sobrina de uno de los socios, que iba para peluquera, había entrado en su puesto.

Ahora, casi dos años después, Berta manejaba otros horizontes. Estudiaba una licenciatura, empezaba a trabajar en una agencia de detectives y, en cierto modo, se sentía una persona más importante que ayer. El día anterior, mientras leía el informe

de su nuevo jefe y espiaba la conversación con la altiva Blouchard, había experimentado un frío en el estómago que no resultaba desagradable, un temblor en las rodillas que la impulsaba hacia delante. Estas sensaciones se redoblaron cuando, tras recorrer la distancia que la separaba de la calle Moncofa, se detuvo ante el número dos. Las ocho y treinta y tres minutos. Ahora vería ese Mejías quién era ella.

Ascendió por la sinuosa escalera agarrada al pasamanos, deteniéndose a escuchar ante la entrada de los dos pisos inferiores. De nuevo, el silencio. Sin embargo, mientras alcanzaba el último piso, unos golpes sordos y desiguales la clavaron al tramo escalonado: más arriba, alguien trasladaba muebles con descuido y una voz masculina gritaba de manera ininteligible. La sorpresa se había echado a perder; Mejías había llegado antes y redecoraba la oficina a aquellas horas de la mañana o allí ocurría algo que se le escapaba. Alcanzó el escalón número cuarenta y volvieron los golpes, esta vez más fuertes. Luego se elevó un prolongado grito de dolor, seguido por otro puñado de palabras confusas. Al fin, Berta venció sus temores y subió el resto de peldaños a la carrera. El llavero tintineó con malicia entre sus manos hasta que, tras varios intentos, oyó el clic del pestillo y penetró en el recibidor.

Mejías, a la vez, apareció por la puerta del despacho. Respiraba fatigosamente y tuvo que recostarse contra la pared, al tiempo que estiraba las comisuras de los labios y señalaba con la cabeza hacia la habitación interior. Llevaba la corbata floja, uno de los tirantes colgaba suelto y su mejilla estaba cruzada por una larga marca rojiza. La sangre goteaba sobre el cuello de la camisa, junto a un desgarrón reciente en la tela.

—Una suerte que hayas llegado pronto —dijo Mejías entrecortadamente—. Necesito ayuda. Tengo a Armando ahí dentro y no puedo yo solo con él.

—¿Es peligroso?

—Vamos, ¿crees que me he cortado al afeitarme? Venga, Berta, demuéstreme que eres valiente.

—No estoy segura de que sea una buena idea...

La luz en los ojos del detective se ensombreció. Sacó el ventolín del bolsillo y se lo descargó en la boca ahuecándolo contra su mano, como si encendiera un cigarrillo.

—No crees que forme parte de tu trabajo, ¿verdad? —Mejías relajó los hombros y la miró con mayor severidad—. Escúchame, no se trata de si tu contrato dice si tienes que hacer esto o aquello; o de si es peligroso o no; o incluso de si es legal o no; se trata de hacer un trabajo, de que ganen los buenos y pierdan los malos. Fin. En eso consiste una agencia de detectives o, al menos, así funciona mi agencia. Si no eres capaz de cruzar esta puerta, me equivoqué contigo. Así que decide.

Berta, de nuevo, sintió frío en el estómago y sus piernas volvieron a temblar. Le pareció oír a Nuria a su lado, con los brazos en jarra: «¿Es que has perdido el juicio? No conoces a este tío, no sabes quién es el tal Armando. Puede haber disparos o navajazos, tal vez sea un inmigrante ilegal. Eres una estudiante de periodismo, no

Georgina, la de Los Cinco. Olvídalo Berta, dile que no es asunto tuyo y pírate ya». Pero su estómago, sus piernas mandaban, y aquellos urgentes mensajes se impusieron a las palabras del hada buena. Se despojó del abrigo y dejó el bolso sobre la mesa.

—¿Qué es lo que hay que hacer, jefe? —dijo, con postiza determinación. Mejías asintió, sin dejar de exhibir sus dientes de zorro cansado.

Había insistido en que no encendieran la luz. Berta tragó saliva. El suelo aparecía repleto de bultos informes que dificultaban el avance, como si un equipo de *rugby* hubiera formado allí una melé y pateara cada uno de los objetos que el día anterior ocupaban su lugar en la habitación. En silencio, Mejías señaló un rincón donde se apiñaban varias sillas volteadas, cubiertas por los restos de una cortina que se movía entre espasmos. En la penumbra desordenada escuchó un gorgoteo acompañado por sonidos rasposos; mientras, las estalactitas temblaban en sus tripas de estudiante. Mejías le indicó dónde situarse e hizo un gesto para que permaneciera con los brazos abiertos. Por un momento Berta pensó que se trataba de otra broma, pero el brillo decidido en los ojos del detective le convenció de lo contrario. Aprendería bien el significado de aquella mirada en el futuro. Mantuvo el cuerpo en tensión, las piernas algo separadas y los brazos ciñendo el aire inmóvil. Se dispuso para lo peor cuando Mejías embistió el caótico conjunto del rincón.

En lugar de un salto se trató de una caída, bastante torpe además. Al avanzar contra el montón de objetos, Mejías enganchó el pie en un respaldo volcado y el resto de su cuerpo se proyectó hacia delante. Con una mano se sujetó a algo que se movía, la agitación de las cortinas se avivó, el chillido de Mejías rasgó el silencio y otro grito, más inquietante y ronco, invadió la habitación.

—¡Caraculo! ¡Caraculo! —decía el grito.

Una sombra inesperada emergió de las cortinas hacia los brazos de Berta, que los cerró por puro instinto. Apenas lo hizo, sintió arañazos que traspasaban su piel. Aquel cuerpo se batía furioso contra su pecho, un gran abanico a motor que le soplaba en la cara. La joven expulsó el aire por la nariz, bufó durante segundos eternos, pero no lo soltó. Cuando creyó que no aguantaría más, Mejías ya estaba allí cubriendo con la cortina al ser furioso que repetía una y otra vez:

—¡Caraculo! ¡Caraculo!

—Bien hecho, Berta —dijo Mejías, con calma—. Enciende la luz y ayúdame, no sea que este granuja vuelva a escaparse.

Cuando la lámpara cenital iluminó la habitación, Berta examinó rápidamente sus brazos, verificando que la chaqueta había parado la peor parte y que solo un par de rasguños rosados asomaban bajo las mangas. Al mirar a Mejías se quedó pasmada. El detective estaba en medio de la sala, con la sien enrojecida por el golpe y la camisa hecha jirones en su costado izquierdo. Entre sus brazos y envuelta en la tela semitransparente se removía, con gruñidos y aleteos, una masa gris de carne y

plumas. Y Mejías sonreía, triunfal.

—Pero eso es...

—Un pájaro, sí —asintió Mejías—. En realidad un yaco, del Congo, si no me equivoco. Criado a mano. ¿Qué otra cosa esperabas?

—Yo creía que era Armando...

Mejías pareció confundido, por primera vez desde que ella lo conociera.

—Y es Armando... —dijo, intentando comprender—. Espera, espera, no me digas que tú...

Berta miró al suelo, súbitamente avergonzada.

—Usted no puede pretender que yo supiera...

—No me digas que tú —continuó el detective—, no me digas que ni siquiera escuchaste nuestra conversación entera.

—Sé que no es educado espiar tras las puertas y por eso...

—Que cuando hace un momento te dije que entraras en la habitación... —La miraba con interés entre los aleteos—. Pensabas que Armando era...

—Lo sé, no debí hacerlo, pero quería saber...

La primera carcajada de Mejías se llevó el resto de sus palabras. Reía inclinado hacia delante, con los ojos apretados y los brazos rodeando al pájaro que, amenazado de aplastamiento, intentaba picotear sus manos. Las risotadas subieron de volumen, acompañadas por los estremecimientos del detective, como el crujido de una radio decrepita y abollada. Dos lágrimas que no podía secar aparecieron sobre sus mejillas, y Mejías reía y lloraba sosteniendo aquel remolino de plumas que repetía su ofensiva réplica entre los restos del cortinaje. Berta nunca había visto algo tan ridículo. Superó su pudor y se le escapó una risita tímida, que pronto se unió a la de Mejías, hasta que las rodillas les flaquearon y acabaron en el suelo; ella doblada sobre su estómago, y él sujetando con cuidado a Armando, que se revolvía indignado arriba y abajo. El yaco consiguió al fin picotear su brazo, lo justo para interrumpir las carcajadas del detective, que de nuevo brotaron más fuertes, como si el pájaro hubiera contado un buen chiste.

Cuando las risas cesaron, Mejías acomodó al yaco en su jaula y explicó a su ayudante, así la llamó entonces, lo sucedido hasta su llegada.

—Conozco a un tipo que trabajaba en la Plaza Redonda. Si alguien sabe cómo colocar a este bicho es él. La pista me llevó hasta el Cabanyal, cerca de la playa, y allí todo ha sido muy sencillo. Los animales entienden el soborno del alimento, y las personas el de la policía: elegir entre un pájaro difícil de vender o la pasma registrándolo todo en busca de droga. Hasta me regalaron la jaula.

Contempló con aparente indiferencia uno de los desgarrones de su camisa.

—Esta mañana he intentado darle de comer —continuó Mejías—. Está flaco y le faltan la mitad de plumas, parece que tenga mil años. Pero el granuja es más rápido de lo que parece, se me escapó en un descuido y cuando llegaste llevaba un rato a vueltas con él.

Berta asintió, pensativa. Ahora comprendía la devastación: decenas de cintas VHS desparramadas por la habitación, una pila de vinilos extendida en torpes abanicos como en la mesa de un croupier inexperto, los vasos de *whisky* rodando aún sobre la alfombra.

—Pero ¿tanto revuelo por un pájaro? —preguntó Berta.

—No es un pájaro cualquiera.

—¡Caraculo! ¡Caraculo! —dijo Armando, confirmando el juicio de Mejías.

El detective observó al animal con cariño, mientras se pasaba la manga rasgada por la mejilla.

—Verás, se trata del animal de compañía de Arturo Dugo-Esrich. No sé si me entiendes.

Todos en Valencia conocían a la familia Dugo-Esrich. La leyenda al respecto, mil veces ampliada hasta la exageración, refería cómo un joven y desconocido dandi argentino, poseedor de riquezas inagotables, había invertido su extraordinario capital en las ruinas de la posguerra levantina. Constructoras, industrias de maquinaria, fabricación de productos químicos, casi cualquier actividad industrial en aquellos años de extrema pobreza había pasado por sus manos. El inexperto gobierno lo había recibido con los brazos abiertos, creyendo resolver muchos problemas de un plumazo, y la figura de aquel hombre de mundo fue acogida por la sociedad valenciana con fervorosa cordialidad. Para unos era parte de la historia, para otros solo un héroe de barro más que luego podría ser derribado, ejercicio tan español. Pero este héroe había acreditado cimientos de hormigón, corazón de hierro y el rugido de un león furioso. En la actualidad, nadie recordaba haberle visto, muchos ignoraban si había muerto, pero su nombre flotaba sobre la ciudad como la sombra de un fantasma renuente a abandonar su castillo. El Grupo Dugo-Esrich se mantenía en vanguardia y, aunque ya no controlaba los monopolios de antaño, ejercía una influencia notable en la prensa, el Consell, el tejido industrial y otros asuntos menos conocidos por el público.

Berta abrió la boca asombrada.

—¡Arturo Dugo-Esrich! Caramba, Mejías, eso es primera división.

Lo dijo sin pensar, saltándose el respeto tácito entre jefe y empleada, como si descendiera de golpe al oye, qué pasa, de camaradas que se pegan codazos y guiñan un ojo entre cervezas. Quiso disculparse, pero los labios de Mejías se extendieron al instante.

—¿Ves? Sabía que contigo no me había equivocado.

Berta, en su recién estrenada condición de administrativa, telefonista y ayudante de Mejías, llamó a la abogada de Dugo-Esrich para informar de la captura y próximo retorno del animal extraviado. La Blouchard gruñó satisfecha, como si no esperara menos. Tráiganlo esta mañana a las once, le dijo. Que venga Mejías, y solo. A

continuación le indicó el domicilio del empresario en la Gran Vía Marqués del Turia.

La chica colgó dejando escapar el aire entre los dientes, repentinamente ofendida. Mejías se percató del nubarrón sobre la frente de su subordinada.

—Regla número cinco: no te impliques en los casos más de lo que yo te diga. Y ahora te digo que no te impliques. Ayer eras una estudiante y hoy eres una estudiante en su primer día de trabajo. No te emociones.

—Entendido, jefe.

—Necesito que pases a máquina estos informes manuscritos —explicó Mejías—. Dentro de una semana los visas en el Colegio de Detectives. Allí te explicarán el procedimiento —añadió con una mueca.

Berta levantó la mano antes de hablar.

—No veo el ordenador ni la impresora. Si me dice dónde encontrarlos me pongo con ello enseguida...

—¿Ordenador? Aquí tienes una estupenda Olivetti Estudio 45 portátil, del setenta y dos —dijo, señalando el armario junto a la entrada—. Escribe igual que el primer día, hay cintas de recambio y papel de sobra en tus cajones.

—¡Caraculo! ¡Caraculo! —protestó Armando desde su jaula.

La chica abrió la boca, consternada.

—¿No tiene ordenador? ¿Ni Internet?

—¡Internet! ¡Internet! —dijo Armando, encantado de pronunciar una nueva palabra.

Mejías se cubrió la boca con una mano, divertido.

—Perdone, no pretendía decir... —continuó la joven.

—Lo pretendías, pero me da igual. Hace un momento parecías muy contenta, ¿dónde está ahora ese entusiasmo? Regla número seis: trabaja con lo que tienes y no sueñes con lo que podrías tener. Nos vemos mañana a la misma hora.

Se puso la gabardina y cubrió la jaula con los restos de la cortina en un confuso paquete. Chasqueó los dedos desde la salida.

—Regla número siete: sé tú misma. Si quieres llevar ese traje de falda y chaqueta, allá tú, pero no pareces muy cómoda. —Inclinó la cabeza hacia delante—. Ven como quieras, pero no disfrazada. ¿Entendido?

—Por supuesto, jefe. —Berta parpadeó un par de veces, como despertando de un mal sueño—. Por supuesto.

La vieja Olivetti funcionaba extraordinariamente bien. Berta creía que era rápida con el teclado, sus dedos volaban en Twitter o Facebook escribiendo, eso sí, todas las letras sin abreviaturas, así que no le supuso ninguna dificultad localizar comas, acentos y signos de puntuación correspondientes. La pulsación sobre el rudimentario mecanismo era otra cosa. El clacclac sincopado la ponía nerviosa y suspiraba al apartar los bastones metálicos de la tipografía, enmarañados ante el papel por su falta



de precisión. Tuvo que empezar desde el principio tres veces y tardó más de una hora en pasar aquel primer informe a limpio, el mismo que había leído a escondidas el día anterior mientras Mejías se entrevistaba con la Blouchard.

Se reclinó sobre el respaldo de la silla, exhausta, y contempló en silencio el apellido de su jefe sobre el cristal esmerilado del despacho. Al fin insertó una hoja en blanco en el tambor de la Olivetti y tecleó una lista:

### **Las reglas de mejías**

- Regla número uno: no me mientas. Nunca.
- Regla número dos: la sombra siempre te delatará.
- Regla número tres: soy mejías, y mejías soy yo.
- Regla número cuatro: no te laments ni te disculpes jamás; haz lo que tengas que hacer.
- Regla número cinco: no te impliques en los casos más de lo que yo te diga.
- Regla número seis: trabaja con lo que tienes.
- Regla número siete: sé tú misma.

Sacó el papel y lo examinó apreciativamente. Había mecanografiado aquella lista sin errores, de una sola pasada. Después, mirando a su alrededor a pesar de que estaba sola, lo dobló por la mitad con cuidado y lo introdujo en el fondo de su bolso, en un lugar donde nadie pudiera encontrarlo.

### 3 Los Dugo-Esrich

«A usted no la creímos, creímos a sus 200 dólares. Nos pagó más que si hubiese dicho la verdad y lo bastante más como para que no importara».

*El halcón maltés, 1941*

Su mirada fue desde el cuadro de Sorolla hasta los estantes de la *boiserie* donde descansaban las siete fotografías enmarcadas en plata de ley. Luego volvió hasta el bronce de Rodin sobre la mesa central. De allí de nuevo al Sorolla. Con un dedo se estiró el cuello de la camisa, renuente a quitarse la gabardina que llevaba sobre el traje. Hacía un calor del demonio.

Mejías empezaba a aburrirse allí, de pie, en el salón principal de Arturo Dugo-Esrich. Al entrar había registrado de un solo vistazo el mobiliario impecable, pero enseguida centró su interés en la gran jaula vacía de hierro y cristal, de casi dos metros de altura. En el interior del prisma transparente se apretaban distintos soportes y comederos del yaco, todo exquisitamente limpio, como si nunca hubiera alojado al plumífero habitante. El detective acarició sus nuevas cicatrices del antebrazo y sonrió con malicia.

Concentró su atención en la pintura de mediano tamaño. Parecía un Sorolla auténtico, al menos los colores estaban ahí: la arena calabaza opuesta en diagonal a la orilla celeste, el sol regodeándose entre la espuma del oleaje. Escuchó un breve pitido y el lienzo se desplazó de su marco unos centímetros, lo suficiente para que desde el interior brotara un chorro de aire caliente por cada lado. El detective tanteó el mecanismo de plástico y comprobó la verdadera utilidad de aquello. Un cuadro precioso y auténtico, claro.

Resistió de nuevo el impulso de quitarse la prenda impermeable y se acercó a la *boiserie* para inspeccionar las fotografías con mayor detalle. Eran estampas en blanco y negro, donde aparecía don Arturo acompañado por personalidades de otros tiempos, con sonrisas cómplices frente al fotógrafo oficial. Resultaba sencillo distinguir a Dugo-Esrich, que sacaba al menos una cabeza a sus compañeros. En una de las imágenes, Dugo-Esrich estrechaba su mano a un tipo fornido con gafas oscuras e indisimulada satisfacción; tras ellos, un decorado de naves industriales, andamiajes y figuras disminuidas de los obreros. Otra instantánea mostraba a Dugo-Esrich acompañado por una docena de orondos trajes grises, bigotito recortado a tijera, quizá banqueros, quizá ministros. Entre ellos, su figura pálida y desgarbada emergía como

un elemento impredecible que los fotógrafos no se habían atrevido a atenuar. Tras el primer examen, Mejías escogió su favorita: dos figuras cedían plano al costillar de hormigón que contenía un pantano montañés el día de su inauguración. El constructor sonreía a la cámara junto a un achaparrado individuo vestido de militar, que le miraba desde abajo con perplejidad, como asumiendo entonces la asombrosa diferencia de estatura: el Generalísimo. Mejías contuvo una sonrisa de lobo satisfecho; la estupefacción del dictador no tenía precio. Lo más probable era que, tras tomar aquella imagen como prueba del fotómetro, el fotógrafo, su ayudante o el mismo venerable Caudillo hubiera acercado una piedra suelta o un montón de ladrillos para erigir un pódium que, convenientemente fuera de campo, elevara la altura de aquel prócer del imperio a cotas más decorosas. Solo alguien como Dugo-Escrich podría arrancar esa instantánea del laboratorio antes de su destrucción y exhibirla en el salón de su casa. Aunque muchos habrían pagado por ello.

El resto de fotografías eran anodinas. Más inauguraciones: viviendas, poderosas infraestructuras, una fábrica de azulejos, polvorienta y reluciente a la vez. Y los mismos tipos gordos, forrados con franela, seda o lana oscura, las mismas gafas de cristales tintados, los mismos bigotitos. Encantados de compartir plano en aquellas demostraciones del progreso durante la larga noche de la posguerra española. Todos menos aquel tipo larguirucho, con su mueca desganada y ociosa; tan alto que su cabeza peligraba en ocasiones ante el borde superior del encuadre.

Mejías reparó en el marco que ocupaba un lugar central del conjunto. El mismo marco de plata, el mismo formato y tamaño, pero con un rectángulo en blanco en lugar de la esperada fotografía, como si aguardara una imagen de igual jerarquía a las que le rodeaban. O, mejor dicho, aventuró el detective con un cosquilleo, como si hubieran decidido que su anterior contenido no resultaba apropiado en aquella posición privilegiada de la *boiserie*. Mejías acarició con suspicacia el rectángulo de la imagen ausente, pero unos pasos en el pasillo obligaron al detective a retirarse mientras componía la mejor de sus sonrisas.

Por el pasillo en penumbra apareció el criado que le había franqueado la puerta a su llegada. La cosa no había empezado bien. Aquel tipo bajo y de hombros portentosos le había arrebatado la jaula de Armando sin mediar palabra, mientras el detective congelaba un ademán cortés en los labios. Tras conducirlo por un corto pasillo, el criado lo había abandonado en aquel opulento salón con la enorme jaula vacía, el Sorolla, el Rodin y los viejos rectángulos de plata como únicos acompañantes.

—Si tiene la bondad, los señores saldrán a atenderlo enseguida —dijo ahora el mayordomo desde el umbral del salón.

Hablaba sin acento, lo que no cuadraba con su aspecto. Mejías reparó en los guantes blancos que contrastaban con el traje oscuro y pulcro; la mandíbula cuadrada, nariz aplastada y ojos claros, con el pelo abundante y albo sobre la cabeza. Recordaba

más a un boxeador alemán retirado que al mayordomo de una familia acomodada. Klaus, abre la puerta. Klaus, atiza a este señor. Por supuesto, Herr Arturro, faltarría más. Prefierrre un gancho o el crrrochet habitual.

Apenas pronunciada su única frase conocida, el criado se retiró hacia las sombras del pasillo y, casi de inmediato, Mejías escuchó otros pasos acompañados por un suave chirrido metálico. Encabezaba la comitiva un hombre rollizo y con doble papada, apretado en un lujoso traje azul oscuro a rayas. Le seguía un anciano en silla de ruedas, que reconoció al instante: una versión quebradiza de las instantáneas que inspeccionara unos instantes antes. La leyenda del pasado industrial valenciano, vivito y coleando. Cerraba el grupo el exboxeador Klaus, que empujaba la silla del anciano con la misma delicadeza con la que podría empuñar una bandeja de lubina o unos exquisitos *kartoffelknoedel*.

El tipo de la doble papada se adelantó para estrechar con efusividad la mano de Mejías al tiempo que exhibía sus dientes blanqueados a láser, en perfecta fila de ortodoncia, como la alineación del Real Madrid antes de destrozar a sus rivales. El resto de la comitiva permaneció detrás, con expresión de apatía.

—Gracias por venir, soy Arturo Dugo-Escrich, hijo —se presentó aquel hombre antes de volverse hacia el anciano con ademán ceremonioso—. Mi padre, Arturo Dugo-Escrich, presidente y fundador de la compañía.

Mejías sintió la mirada ardiente del anciano. Una manta le cubría las piernas, y su torso encorvado era incapaz de mantenerse erguido sobre el respaldo. La piel reseca se adhería al cráneo como goma elástica, sin apenas vestigios de carne en las mejillas. Los ojos, azules y brillantes, eran el único indicio de vida sobre los labios exangües. Había sido un hombre de altura notable, posiblemente por encima de los dos metros, aunque los estragos del tiempo le postrarán ahora en su madriguera de metal sobre ruedas. Parecía un arácnido en un letargo lánguido y abatido, como un paraguas a medio plegar en aquel prodigioso calor, dudando entre abrirse o permanecer cerrado. Pero los iris claros se mantenían alerta, dispuestos a usar su veneno ante cualquier molesto insecto. Una vieja araña peligrosa.

Arturo hijo señaló la comodidad de los sofás de cuero negro.

—Siéntese, por favor. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

—*Whisky* escocés —dijo el detective.

—¿Cómo le gusta el *whisky*?

—En un vaso.

El empresario entrecerró los ojos, calibrando el tono del detective.

—Solo y doble —añadió Mejías y arrugó un carrillo, a modo de justificación—. Aún no he desayunado.

—Bebe como un tipo duro.

—De alguna manera debe uno parecerlo. Ya sabe, no me fío de la gente que no bebe, no me parece muy segura de sí misma.

—Beberé con usted, así podrá fiarse de mí. —Arturo hijo extendió una mano en

un gesto teatral—. ¿Un Macallan de dieciocho años es de su gusto?

—Me halaga usted.

—Se lo merece. Ha resuelto un asunto peliagudo de la manera más rápida posible.

—Hizo un gesto hacia Klaus y el mayordomo salió del salón.

Se sentaron y, mientras Klaus servía las bebidas, Arturo continuó hablando con los ojos en el detective, animados por alguna broma secreta.

—Como le decía, en nombre de mi padre y en el mío propio queremos agradecerle la resolución de este caso. La señorita Blouchard le emitirá el correspondiente cheque de inmediato. —Le guiñó el ojo—. Lo damos como dinero bien empleado.

Mejías reprimió un estremecimiento al comprobar el contraste entre las dos generaciones artúricas: Arturo hijo reventaba el Armani, con la cara sonrojada y los labios gruesos y llenos. Sobre su hombro, el progenitor consumido por el jersey de lana demasiado grande, las manos engarfiadas en los reposabrazos, parecía a punto de saltar por encima de su hijo; la vieja araña colgando de su hilo. Debía andarse con cuidado, aunque ahora le parecieron terroríficamente absurdos, personajes de barata fantasía gangsteriana. Aunque lo más probable, pensó Mejías, es que solo se tratara de comedia. Laurel y Hardy, el gordo y el flaco. Eso sí, Klaus no da el pego como Buster Keaton. Quizás como Chaplin.

—Es un pájaro muy viejo, ese yaco —dijo el detective, mirando de reojo al anciano inmóvil.

—Oh, ni se lo imagina. Quiero decir, los yacos reúnen dos características que los convierten en criaturas sobresalientes. Una es su capacidad para imitar los sonidos que les rodean, incluyendo la voz humana, como quizás sepa. La otra es su asombrosa longevidad. —Hablaba deprisa y se detenía en cada frase para tomar aire a grandes bocanadas—. Hay ejemplares que viven más que la mayoría de los hombres. Armando fue un regalo que mi padre recibió cuando yo era niño, así que figúrese nuestro disgusto al comprobar que había escapado.

—¿Cómo ocurrió? —dijo Mejías, saboreando un trago del viejo Macallan.

—¿El qué?

—¿Cómo escapó el pájaro?

—Claro. —Por un momento pareció estar desconcertado por la pregunta—. Fidel, nuestro mayordomo, dejó abierta por descuido la puerta de la jaula que comunica con el exterior y parece que el yaco aprovechó la ocasión para alcanzar la ventana. Luego no supo regresar, algo natural en un animal de edad tan avanzada. Se les van olvidando las cosas.

—Por supuesto —asintió Mejías, y ahora el dorado caldo contenía trazas de amargura. Era evidente que no le estaban contando la verdad. Además, Klaus ya no era Klaus, sino el apacible Fidel, y por alguna razón esto le irritaba—. Pero ustedes no me han hecho venir para ofrecerme su *whisky* caro, ni para darme lecciones de zoología, ¿me equivoco?

El empresario alzó una ceja.

—Empieza a gustarme usted, ¿sabe? Muy directo, lo entiende todo a la primera. —Ya no se trataba del once titular, Mejías podía ver toda la plantilla completa y parte del filial entre aquellos labios gruesos y obscenos—. Créame, rodeado de personas así mi vida sería mucho más sencilla.

—Vuelve a halagarme.

—Forma parte de mi trabajo. Todos ejecutamos nuestras tareas con mayor, er..., motivación, si nos sentimos valorados. —Esbozó un gesto de disculpa—. Creo que empiezo a aburrirle. Vayamos al tema que nos ha traído aquí, señor...

—Mejías —dijo, y tensó los labios sin despegarlos.

—Por supuesto, Mejías —dijo el empresario chasqueando los dedos. Adoptó un tono más confidencial—. Verá, esperábamos a mis hermanos, pero vista la hora tendremos que continuar sin ellos. Antes le he dicho que el yaco había escapado por la ventana. Eso no es del todo cierto, a veces Fidel suelta a Armando para que recorra los tejados cercanos. Hubo un incidente doméstico que asustó al animal.

—Soy todo oídos.

En ese momento sonó el timbre de la puerta. Fidel cruzó el salón con paso marcial mientras el empresario ponía los ojos en blanco.

La puerta del salón se abrió de nuevo y apareció un hombre alto con traje de color *beige*. Traía la expresión azorada sobre una cara demasiado juvenil. Saludó a los Arturos con un movimiento de cabeza.

—Lamento llegar tarde. Tenía una reunión del Proyecto Cíclope y he vuelto tan pronto como he podido. —Se quedó de pie, incómodo, con ambas manos cruzadas sobre el pecho.

—No tienes por qué disculparte, hombre —contestó Arturo hijo, golpeando el hombro del recién llegado—. Íbamos a empezar. Señor Mejías, le presento a mi hermano Martín.

—El detective, ¿verdad?

Martín miró a su hermano con ligero desconcierto.

—¿Y el resto? —preguntó, señalando al sofá vacío.

Arturo hijo suavizó su expresión, como quien reprende una candorosa travesura. Su hermano se sentó mientras lo escuchaba con atención.

—¿Ángela y Sebastián? Son menos puntuales que tú. Casi mejor así.

—Me estaba hablando del incidente que hizo escapar al yaco —intervino Mejías, para retomar el hilo.

—Exacto —continuó Arturo hijo—. Verá, la noche del pasado miércoles un extraño entró en esta casa.

—No me diga.

—Como lo oye. Fidel duerme en la habitación contigua a nuestro padre y, aunque tiene el sueño ligero, no oyó nada.

—¿Se llevaron algo?

—Nada en absoluto. En lugar de eso dejaron una nota que amenaza de muerte a mi padre. También se le informa —Arturo pronunció esta última palabra con una risita— de que un terrible destino está a punto de alcanzarle.

—No suena nada bien —dijo el detective tras un nuevo trago de Macallan.

Mejías fijó su mirada en Martín. Este a su vez observaba la gabardina deshilachada del detective, la cadena del reloj de cuerda, el vetusto traje negro a rayas. Le pareció la única persona en la sala incapaz de fingir; la única apta para ruborizarse ante la comedia desplegada. Al levantar la cabeza encontró los ojos del detective, y Martín se vio obligado a decir algo:

—Estamos preocupados, no por la nota en sí, sino porque el intruso pudo haber atacado a nuestro padre. Tememos que pueda repetirse.

Arturo miró a su hermano de soslayo y expulsó el aire por la nariz.

—La realidad, me temo, es algo menos dramática. Sin embargo —dijo el empresario hacia Mejías, ya recobrado el liderazgo familiar—, se trata de un hecho intolerable. Es solo una jugada, no sé si me entiende. Presión por todo el campo cerrando las bandas y marcaje férreo al hombre que tiene el balón. Tenemos negocios importantes entre manos y en estos tiempos los oportunistas juegan sucio. Más que nosotros. —La sonrisa futbolística otra vez—. Pero si creen que esto detendrá al Grupo Dugo-Esrich, desde luego se trata de unos aficionados.

—¿Quién puede tener motivos para algo así? —preguntó Mejías, y situó sobre la palma de su mano una pequeña libreta negra de papel rayado, lista para tomar notas.

—Podría hacerle una lista muy larga —dijo Arturo—. Como sabrá, nuestros negocios incluyen la construcción, los *facilities*, la ejecución de grandes obras urbanísticas, tanto públicas como privadas. Estamos donde está el dinero. Sería interminable citar a quienes quieren que nos tiemble el pulso.

Mejías suspiró, agotado; aquello era una farsa evidente y vulgar. Probó a cambiar el enfoque.

—Dígame, ¿cómo puede alguien colarse en el domicilio de Arturo Dugo-Esrich? Si esto trascendiera, tendrían cola ante la puerta cada noche.

—Por esa razón no queremos publicidad. —La sonrisa se apagó y, durante un instante, algo peligroso asomó en su lugar—. Seguro que lo entiende.

Mejías sostuvo la mirada del empresario unos segundos, hasta que este relajó los rasgos de manera ostensible. Qué gran actor, pensó el detective. Lo malo es que no le dan buenos papeles, pero el tío es la bomba. Pedazo de gángster que se ha perdido la Warner. Edward G. Robinson, menuda nenaza.

Martín carraspeó, incómodo, tomó aire para hablar y volvió a soltarlo. El silencio había durado demasiado, y Arturo hijo pareció divertirse con ello. Sacó un habano del bolsillo interior de su chaqueta, cortó despacio la punta y quemó el otro extremo con un mechero de plata. Mejías aprovechó para apurar su copa de un solo trago, que incendió su garganta y le arrancó cierta humedad del lacrimal. Un Macallan Gran Reserva emociona a cualquiera.

—Como habrá visto al llegar —continuó el empresario soltando una bocanada densa de humo, que quedó flotando entre ambos—, la puerta de entrada dispone de una cerradura electrónica de última generación, con un teclado de clave alfanumérica.

—¿Quién conoce la clave? —consiguió articular el detective.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Martín.

—Señalo lo obvio. La puerta no tiene señales de haber sido forzada, por lo que el intruso debía de conocer la clave. —Ladeó la cabeza hacia un lado mientras se tocaba el lóbulo de la oreja derecha—. ¿Hay otra alternativa?

—Espere un momento, no he acabado —dijo Arturo, alzando un poco la voz. Sostenía el puro con dos dedos de una mano, inclinándolo ligeramente hacia delante, como un pincel o una batuta—. Al día siguiente comprobamos que habían desmontado el panel de la cerradura para conectar algún artefacto electrónico. Lo que ocurre es que se trata de un equipo nuevo que todavía nadie ha podido piratear. El fabricante nos ha garantizado que es imposible.

—Y sin embargo se abrió, ¿no es cierto?

—En cualquier caso —intervino Martín—, no tiene sentido. Los únicos que conocemos esa combinación somos los cuatro hermanos. —Reflexionó un momento—. Y Fidel, por supuesto.

Arturo miró a su hermano con una vibración sobre la ceja izquierda.

—Por supuesto, por supuesto —dijo el empresario con premeditada lentitud dirigiéndose hacia Mejías. El actor estaba improvisando—. Le he dicho que usted me gusta, pero no quiero que me guste demasiado. No sé si entiende lo que quiero decir.

—Pues no, no lo entiendo.

—Se lo pondré más fácil. —La batuta, o el pincel, trazaba diagonales grises en el aire—. No pierda su tiempo, y por ende nuestro dinero, jugando a desenmascarar al traidor de la familia. Tal cosa no existe. Hay algo que no debe olvidar: discreción, discreción absoluta. Nuestra sangre atrae a los tiburones. A los periodistas.

Mejías lamentó que su vaso estuviera vacío.

—Trataré de recordarlo.

—Me alegraré de que así sea. —Arturo hijo recobró la primitiva cortesía—. Mire, nos hallamos inmersos en un negocio importante: el Proyecto Cíclope. ¿Conoce los centros comerciales y de ocio? Van quedar anticuados cuando implantemos nuestra idea. Se trata de una nueva forma de ciudad, una ciudad integral; la fusión de decenas de conceptos que llevan años dando vueltas por estos lares. Un proyecto que nos devolverá el liderazgo empresarial que otros nos disputan. Hay mucho en juego.

Mejías miraba su vaso vacío. Cuando se giró de nuevo hacia el Segundo Arturo, pues decidió que llamaría así a aquel tipo desagradable, este se levantaba para darle la espalda, contemplando con aparente interés el Sorolla sobre el equipo de climatización.

—Imagine vivir en un lugar idílico, propietario de un dúplex espectacular con jardín para que sus chiquillos jueguen con el perro. —Dio una nueva chupada al puro,



mientras Mejías observaba el vaso lleno de Arturo Segundo. El muy canalla ni lo había tocado—. Su trabajo también estará allí, por supuesto, las empresas más punteras, multinacionales, grandes edificios de oficinas, en fin, qué decirle. Dispondrá de las mejores tiendas, colegios, cines, gimnasios, restaurantes, salones recreativos. Casinos. Iglesias. Centros de Estética. Clubes de tenis. Hasta campos de golf, me ha oído bien. —Había contemplado el cuadro todo ese tiempo, sin volverse—. ¿Y sabe qué? Valencia es una ciudad de ochocientos mil habitantes, casi el doble si contamos al área metropolitana. ¿Tiene una idea de cuántas personas rigen los destinos de ese millón y medio de almas? Muy pocas, se lo aseguro. —Exhaló una nueva nube de volutas que obligó al detective a sacar el ventolín—. Cíclope Uno albergará a esas personas necesarias y a sus familias. A esa gente decente que, créame cuando se lo digo, están hartos de ciudades infestadas de chusma, obligados a mudarse a urbanizaciones enrejadas para apartarlos de los zombis del exterior.

—Pues buena suerte —dijo Mejías, y era evidente que mentía.

—Nos hará falta —continuó Arturo—. Se precisa una importante financiación, y nos encontramos solos para perder o para ganar. Y cuando ganemos, se lo digo de verdad, harán cola ante nuestro Cíclope. Pero solo entrarán los mejores.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el detective a su pesar.

La gabardina parecía asfalto sobre sus hombros, la cabeza le daba vueltas por el Macallan mientras Arturo Segundo explicaba aquel proyecto descabellado como quien matiza los secretos de un buen *bloody Mary*; Martín, asentía ante la autoridad de su hermano, sentado al borde del sofá de cuero; y el prodigioso cadáver del cabeza de familia permanecía inmóvil en su brillante madriguera. Mejías percibió un movimiento en la mirada del anciano; oscilaciones rápidas que barrían la estancia con inteligencia. Por último estaba Klaus, perdón, Fidel, con las manos posadas tras la silla de metal, mármol germano en otro plano de existencia. Y aquel lujoso salón que parecía arder en diciembre. La voz del empresario, ahora más contundente, lo sacó de su sopor.

—Cuando la Generalitat y el Ayuntamiento vengan a vivir con nosotros, arrastrarán tras ellos a los mejores abogados, notarios, jueces y médicos. Luego vendrán los altos ejecutivos de *marketing*, los directores de canales de televisión y prensa, los gerentes de las más destacadas empresas. Después escogeremos a los miembros más dóciles y sumisos para Cíclope Uno. —La sonrisa de Arturo no era simpática—. Vaciamos la ciudad de su jugo para dejarla formada por fracasados, hormigas que trabajan sin saber adónde llevan el palito que transportan.

—Veo muchos inconvenientes a su propuesta, tantos que me da pereza enumerarlos —arguyó Mejías, pensando en finalizar la entrevista—. No es posible llevar a cabo tal empresa.

Arturo Segundo se aproximó a la mesa central y dejó pasar un dedo por el borde del tablero. Mejías se guardó la libreta en el bolsillo. Aquello no iba a ningún sitio.

—Quizás conozca esta pieza, una copia a menor tamaño del original. —Arturo

señaló al Rodin sobre la mesa—. Se llama *La Mano de Dios* y recrea la fragilidad humana en la palma de su creador. Observe cómo las figuras no se definen por completo; este Adán y esta Eva son formados de la nada.

Mejías contempló la mano esculpida en cuyo hueco se abrazaban el hombre y la mujer incompletos, cansados de este mundo agotador, solos desde su propio nacimiento.

—Al principio pensé llamar así a Cíclope Uno: La Mano de Dios. —Arturo Segundo sonrió para sí mismo—. Luego reparé en otro simbolismo más poderoso y pagano. Esta es la mano del poderoso, de los elegidos que ejecutan el destino de su tiempo. Es el cuento más viejo de la humanidad: unos aran la tierra y otros poseen esas tierras y dirigen los trabajos. Nada que ver con Dios.

Arturo arrugó el gesto, recordando algo interrumpido con anterioridad.

—No tengo tiempo de explicarle más detalles, como comprenderá. —El detective estaba lejos de hacerlo—. Solo quiero que entienda que cualquiera arriesgaría mucho por hacernos fracasar. —Tomó aire y juntó las puntas de los dedos a la altura del pecho—. Resumiendo, su trabajo consiste en averiguar quién entró aquí y sus motivos, informarnos puntualmente y recabar suficientes pruebas para acudir a las autoridades con todos los ases en la manga.

Aquello era descabellado. Una puerta abierta y una nota como únicas pistas, y una motivación cuando menos dudosa.

—Imaginemos que acepto el caso —dijo por fin Mejías—. Hay algo que no he entendido desde que entré en esta casa. ¿Qué pinto yo aquí? No me diga que sacó mi nombre de las páginas amarillas, existen otras agencias de detectives en Valencia y la mía no es, por usar un eufemismo, ni la más famosa ni la que mayores medios posee. Ni me dedico a este tipo de asuntos.

—Lo sé. —El rostro del empresario se tornó sombrío—. Usted es un huelebraguetas, un detector de infidelidades. Usted sigue a los niños tras el colegio para ver si consumen drogas. Hay padres que le pagan para saber si sus hijas pierden la virginidad a los trece o a los catorce. Algunas compañías de seguros le han pasado casos para averiguar si los robos denunciados son verdaderos o fingidos. Trivialidades de poca monta. Asuntos prescindibles de las hormigas.

—Usted no me conoce.

—Me he informado bien. Sé que es tenaz, capaz de llegar donde otros no se atreven, y eso es lo que quiero. El resto de sus colegas son funcionarios, burócratas del delito, con ridículos escrúpulos sobre la legalidad. Si usted acepta un caso no lo suelta. Pero le advierto algo: si tratan de comprarle, yo triplicaré cualquier oferta que le hagan. Cualquiera. Así que olvide cantos de sirena, no le convienen.

Dejó el puro en el cenicero y sacó un abultado sobre de su chaqueta. Lo dejó sobre las rodillas del detective. Casi podía sentir su peso.

—La mitad ahora, el resto si tiene éxito. Los gastos y otros detalles páselos a la señorita Blouchard, eso va aparte. —Arturo sonrió—. Desgrava.

Se volvió de nuevo hacia el Sorolla, y Mejías comprendió que daba por concluida la reunión; ya tenía sus treinta monedas de plata. Se levantó del asiento mientras Martín le imitaba. El hermanísimo le entregó una capeta azul cerrada con gomas.

—Aquí tiene toda la documentación necesaria —dijo Martín tras un apretón de manos—. Yo seré su interlocutor principal. —Miró hacia su hermano, que asentía en silencio, aún de espaldas y con el habano de vuelta a los labios—. Si quiere un consejo, empiece con Sebastián y Ángela. Cada uno a su manera son especiales, pero colaborarán, estoy seguro. También puede hablar conmigo. Al fin y al cabo estamos en el mismo barco.

Estamos en el mismo maldito barco, pensó Mejías, y ya me encuentro mareado. Cruzó la cubierta hacia babor, sorteando cabos sueltos y cubos traicioneros. Fidel se situó inmediatamente detrás de él, dispuesto a hacerlo saltar por la borda. Tenía el pomo de la puerta en la mano cuando volvió a escuchar la voz de Arturo Segundo.

—Quiero que lo sepa. Yo no quería contar con sus servicios pero nuestro padre insistió en contratarle. Se ha empeñado en que fuera precisamente usted.

Mejías se volvió hacia la vieja araña, y un relámpago cruzó los ojos del anciano. El detective creyó ver cómo tensaba sus labios ajados en un amago de sonrisa, pero era imposible saberlo con seguridad.

—Esperamos que usted cumpla con el lema de esta casa desde hace décadas —anunció el obeso empresario, a modo de despedida—: si los Dugo-Esrich están metidos en algo, deben ganar cueste lo que cueste. ¿Sabe una cosa? Los demás son pasto, y el pasto existe para que otros podamos pisarlo.

## 4 La chica de la Olivetti

«—Pero ¿es que no se fía de mí?  
—Quién se fía hoy de nadie».

*El cuervo, 1942*

**B**erta extrajo del rodillo de la Olivetti la página que acababa de mecanografiar, y la examinó en el círculo luminoso del flexo. Sin ventanas al exterior, el recibidor oscilaba entre la penumbra y la oscuridad, y la única luz natural provenía del despacho de Mejías, que mantenía al mundo real bien alejado de aquellas tinieblas de cómic.

Combó los labios al soplar y el mechón de pelo negro flotó sobre su frente. Con ese gesto apartaba los pensamientos que no debían estar ahí, ideas que lastraban su lucha diaria para hacerse sitio en aquella ciudad cruel. Recogió el flequillo rebelde tras la oreja, donde se alineaban en orden creciente de tamaño un pequeño aro de plata, una estrella de obsidiana y, desde el lóbulo, un largo pendiente terminado en un zapato, que caminaba en el aire a cada movimiento de su cabeza. Extendió ante sí el texto mecanografiado y leyó en voz alta lo que había escrito:

*Informe n.º00356 del Colegiado n.º 829  
TIP. n.º 5178, Vicente Mejías Alcaraz.  
Valencia, a 27 de noviembre.*

*Cuando un cliente llora ante mi mesa diciéndome que soy su única oportunidad es cuando aprecio la importancia de mi profesión. JMAT había acudido antes a la policía, que anotó su denuncia con vagas promesas de investigar sobre ello. Su hija de diecinueve años, súbdita rumana, había sido secuestrada a su llegada al aeropuerto por miembros del sórdido mundo de la prostitución y otras mafias asociadas. Típico.*

*El problema era que Dorina aún no había obtenido la ciudadanía española. De hecho, no exigía evidencia de que hubiera puesto jamás pie en el país y, según sugirieron las autoridades locales, la chica bien podría encontrarse en su natal Constanza, contando el dinero que le había enviado JMAT por correo. Posiblemente la chica no quisiera ver a su padre, algo muy natural después de no saber nada de él en casi dos décadas.*

*JMAT parecía sincero cuando me dijo que la quería; mi hijita, decía. Me enseñó un correo electrónico en inglés, donde la joven le indicaba el horario de su avión. Pero una joven rumana que viaja a España era una diana para*

tipos dispuestos a sacar tajada. Ya había pasado otras veces: chicas que reúnen todo su dinero para dar el salto y son seguidas desde sus países de origen. Una vez bajan del avión alguien se ofrece a ayudarlas y, de manera discreta, la chica se encuentra en menos de lo que cuesta imaginarlo en el tugurio donde deberá prostituirse para sobrevivir durante los próximos años.

Aquel día JMAT llegó una hora antes al aeropuerto; tuvo tiempo de desayunar dos veces y leer una revista entera. Cuando se abrieron las puertas, él se encontraba en primera fila con una caja de bombones y un cartel donde podía leerse en grandes caracteres: DORINA. Como en las películas. Era un poco ridículo, pero solo habían intercambiado unas cuantas fotos, y lo más seguro es que no reconociera a su propia hija entre un numeroso grupo de pasajeros.

Cuando el pasaje empezó a salir JMAT se puso aún más nervioso. Luego sabría que habían confluído varios vuelos retrasados, que un problema mecánico en las cintas del equipaje agravó el atasco en la salida. Dorina no aparecía, y un escalofrío lleno de premoniciones empezó a calarle la espalda.

Preguntó a las azafatas del vuelo y al personal de tierra, consultó la lista de pasajeros. Dorina había tomado aquel avión, y saberlo acentuó su nerviosismo, lo que contribuyó a que todo se desarrollara ante sus narices. Podría haber descubierto a la joven entre el pasaje, del brazo de un tipejo que le susurraba amenazadoramente al oído. Si hubiera rastreado con calma la terminal, tal vez habría reparado en aquellos hombres de aspecto taimado que intercambiaban ademanes entre sí. De haber explorado el parking, habría contemplado el forcejeo ante uno de los vehículos aparcados, una vez que Dorina comprendió su situación. Pero aquel día JMAT corría con el escenario girando a su alrededor, al borde del desmayo. Tras media mañana de búsqueda infructuosa, regresó a su casa y pasó las siguientes veinticuatro horas a la espera de un mensaje que no iba a llegar. Cuando aquella voz sin inflexiones le anunció que tenían a su hija fue como tragar plomo fundido.

JMAT había acudido antes de mí a otras agencias de detectives, por supuesto. En todas le contaron la misma historia: una cosa era perseguir infidelidades en los prostíbulos y otra muy distinta enfrentarse con las mafias del este. Alguien le habló de mí, imagino que en términos no muy esperanzadores. Aún así el tipo no tenía muchas opciones: era yo o nada. Y así, el desafortunado JMAT acabó sentado en mi despacho, soltándose aquella historia del tirón, igual que otros se desprenden de la suciedad en la ducha o confiesan de rodillas en la iglesia.

Enseguida empecé a trabajar: en el aeropuerto contacté con un ladino currante de mantenimiento. Tras el tercer vodka, y esto fue un verdadero sacrificio porque odio el vodka, me reveló que un amigo suyo, siempre es un amigo, conocía de un puticlub al gigantón eslavo que merodea el aeropuerto

*para recibir chicas jóvenes del este de Europa. El tipo trabajaba de matón en un dudoso local de la Malvarrosa, «El Loro Azul». Manda huevos que ese rusky se pase la mitad de su vida en el aeropuerto y la otra mitad en una casa de putas, dijo el currante. Justo como mi amigo.*

*En «El Loro Azul» le prometí al portero la consumición mínima de diez euros y una propina de cuarenta. Dentro hablé con un tipo desesperado, deseoso de confesarse: llevaba acodado en la barra desde la noche anterior, reuniendo el valor necesario para regresar a casa con su mujer. Poco a poco encaucé la conversación hacia donde me interesaba y aquel infeliz me reveló que una extraordinaria belleza eslava que lo tenía obsesionado era la definitiva atracción de aquel tugurio, decorado con cortinas de plástico y que apestaba a lejía. Por supuesto, Dorina ya no se llamaba así, ahora era conocida como Vika, la pantera del este. La pobre chica se había convertido en un animal no domesticable, protegida del Chapas, un tipo vehemente y corpulento con una cicatriz junto al mentón.*

*Localizada la gatita, me reuní de nuevo con mi cliente y retomamos las conversaciones con los secuestradores. Mencionamos la estela del Chapas, el antro playero, y aquello bastó para sacar del sopor a la otra parte.*

*El encuentro se ha acordado en una pequeña plaza de Campanar, junto a la estación de autobuses, donde varios tipos sospechosos que esperen a otro tipo sospechoso no llamarán la atención. JMAT ha contratado dos esbirros para la ocasión, que yo debo cubrirles de algún modo por si algo sale mal, lo cual parece lo más probable. Mientras nosotros nos jugamos la vida por el sueldo del mes JMAT permanecerá cómodamente instalado en su sofá de cuero, viendo algún programa de televisión que olvidará al día siguiente.*

*Me estoy desviando; esta noche es la cita, y si vuelvo por mi pie redactaré otro informe. Seguro que les encanta.*

Aquel era sin duda el informe que precedía al que leyera en su primera visita al despacho de Mejías, pero la chica no se permitió reflexionar demasiado sobre aquello. Estaba agotada; Berta había dedicado todo el día a transcribir informes, permitiéndose tan solo un respiro para comer en un bar cercano. Continuó escribiendo enseguida, con los alimentos en plena digestión y una dosis de caféina luchando por mantenerla despierta. Regresar a casa resultaba tentador, pero supondría dejar la tarea inacabada y eso era algo inadmisibile.

«Incidencia Social de las Tecnologías Comunicativas Contemporáneas», ese era el nombre de la clase que se había saltado aquella tarde; intuyó que no sería la última. En el móvil tenía dos llamadas perdidas de Nuria pero no se molestó en contestar, sabía lo que la esperaba en caso de hacerlo. Berta, a qué estás jugando, le habría recriminado su compañera. Sabes qué hora es, es hora de que dejes eso que estás haciendo y vuelvas al mundo real. Sí, ese donde tratas de salir adelante y labrarte un

futuro. Fíjate, qué cosa más tonta. Aquí no hay detectives ni casos por resolver. Solo la vida, tal y como es. Despierta, tontarrona.

Pero Nuria no había leído aquellos informes, no entendía cómo los latidos de su corazón se acompañaban con la percusión de la tinta sobre el rodillo, cómo su respiración llenaba los espacios y las comas. Mientras aporreaba con sus dedos regordetes el teclado mecánico, en cada *ring* que anunciaba el final de la línea y el consiguiente retorno de carro, la joven emitía un suspiro audible. Las historias que transcribía solo las había conocido antes en la tele, en las películas, en las novelas, Nuria tenía razón con respecto a eso. Pero ahora sucedían allí, con la pequeña oficina como epicentro, y ella formaba parte de aquella aventura. La joven administrativa que transcribía al papel aquel torrente de vida suburbana, oculta y turbia como el agua de las alcantarillas: la Chica de la Olivetti.

Berta esbozó una mueca al vacío; «Incidencia Social de las Tecnologías Comunicativas Contemporáneas». La cosa tenía su gracia. Ni siquiera en la cooperativa del pueblo, distinguido reducto de rusticidad local, podrían encontrarse máquinas así. Los jóvenes chateaban en Facebook en lugar de cruzar la calle para reunirse con los amigos; cualquiera pasaba el día viendo vídeos escabrosos, videoclips musicales o carreras de motos; las chicas intercambiaban fotos y chismes; quien más y quien menos descargaba material porno de la red. Incluso algunos ancianos, solteros o viudos, iniciaban balbuceantes amistades en el ciberespacio. Y, paradójicamente, ella había dejado el pueblo para marcharse a la capital y sentarse frente a una máquina de escribir. Si lo pensaba, hasta era gracioso. «Incidencia Social de las...».

Se sobresaltó al oír los pasos en la escalera. Ya era hora; quería que su nuevo jefe comprobara que ella había permanecido allí todo el tiempo tecleando informes. Se iría enseguida, por supuesto, tampoco era cosa de que la tomara por tonta. Volvió a ajustar el rodillo, fingiendo estudiar con atención las líneas de tinta, hasta que la cerradura crujió anunciando al detective.

Mejías se situó ante la mesa con gesto contrariado. La joven alzó la cabeza, saludando con feliz fatiga.

—¿Todavía aquí? —Gruñó el detective.

—Estaba a punto de irme, quería terminar estos informes.

—Claro. Puedes marcharte a casa, ya me has impresionado.

Berta se ajustó las gafas con gesto nervioso.

—Yo no... ya le he dicho que estaba terminando. —Descubrió la carpeta que Mejías traía bajo el brazo—. ¿Qué tal le ha ido con los Dugo-Esrich?

Si la muchacha no hubiera sido tan joven e ingenua no habría lanzado aquella pregunta. De tener más experiencia habría sabido leer el mapa de las ojeras del detective; habría olido los restos de malta amarga que mataban el aire del cuarto; habría interpretado correctamente los hombros hundidos, los pasos arrastrados, sin fuerzas. Con estos indicios podría deducir que el detective no había probado bocado,

que tras un errático paseo por el barrio del Carmen se había desplomado en una decrepita barra, que había pedido un par de *whiskys* para ahogar el runrún que le masticaba el estómago; y que ahora regresaba a su último refugio. Pero Berta no era capaz de imaginar eso.

Mejías, consciente de aquella limitación, torció la boca en su mejor versión de tipo duro.

—No ha ido del todo mal, muñeca.

Aquello no satisfizo a la muchacha, que ignoró el apelativo.

—Pero cuénteme, ¿cómo es aquella casa? ¿El señor Arturo sigue vivo? ¿Qué han dicho cuando les ha devuelto el yaco?

Mejías agitó una mano en el aire, espantando a un insecto molesto e imaginario.

—Ahora no, por favor, mañana. Quiero acostarme, si no te importa.

—¿Duerme usted en la oficina? —dijo la joven, con genuina sorpresa.

—Te tenía por más espabilada. ¿No has entrado en mi despacho durante mi ausencia, no has metido las narices en todo?

—Bueno, yo... —De inmediato recordó la regla: no me mientas—. Solo quería observar desde la puerta, pero el cuarto había quedado hecho un desastre y tuve que ordenarlo un poco.

—Creí haberte dicho que no tocaras nada. —Silenció con una mano la incipiente protesta—. Es igual, escucha. Esta es mi casa. El salón es mi oficina. Mi dormitorio está en la puerta trasera y la cocina y todo lo demás, salvo el cuarto de baño de la entrada. ¿Comprendes? Así que ten cuidado con perder esas llaves. No me apetece volver a cambiar la cerradura.

—Es, bueno, es un honor que confíe en mí. —Berta tenía la cara iluminada—. Como ha visto, me interesa el trabajo y creo...

—Ya te lo he dicho antes, me has impresionado. Lo haces muy bien, eres un *crack*. Y ahora, vete a casa.

Berta, algo confundida, empaquetó sus pertenencias en el bolso y recogió su abrigo. Amagó una mueca simpática antes de precipitarse hacia la escalera.

Cuando los pasos se extinguieron, Mejías regresó al despacho. El caos matinal había desaparecido y todo volvía a estar aparentemente en su sitio. Aquello, lejos de animarle, le provocó un cosquilleo en la garganta. Tanteó con el codo la petaca de *whisky* vacía, que se bamboleaba dentro de la gabardina como un ahorcado.

Tiró de la leontina de plata hasta sacar el Longines. Presionó el botón de la tapa y se quedó mirando la esfera del reloj: ese hábito lo tranquilizaba cuando las olas rugían contra la costa. Cuando el mundo parecía volverse loco, Mejías tiraba de la cadena plateada, accionaba aquel portal hacia tiempos remotos y se quedaba en el umbral, recordando retazos de vida olvidados, conversaciones extraviadas en la arena, momentos de ayer siempre mejores que hoy.



Pero el Longines estaba paralizado. Las manecillas señalaban con obstinación las nueve y veintisiete minutos desde aquella mañana; la hora a la que se encontraba en casa de Dugo-Escrich. Todo se para si no le das cuerda, pensó. La visita al rico empresario, la captura de Armando y la presencia de su eficientísima secretaria habían alterado su rutina habitual. Lo primero era dejar de dar cuerda al reloj, luego se olvidaría de comprar *whisky*, a saber lo que seguiría. La investigación no había avanzado en toda la tarde y de hecho ni lo había intentado. En lugar de ello había pretendido, con torpeza colegial, calmar la ansiedad de su estómago a base de escocés, pero fue incapaz de emborracharse. Había aceptado un caso absurdo y mezquino por la tarifa acostumbrada; en realidad, por bastante más. Se había vendido y lo habían comprado. Qué más podía esperar.

No se quedó en el despacho. Permanecía apoyado en la jamba de madera oscura, la mirada perdida bajo las bujías del techo, renuente a entrar, todavía no. Con cierta ingenuidad había esperado encontrar todo igual a su regreso. Su refugio aguardaría, desaliñado pero incólume, con el habitual desorden ampliado por la disputa con el viejo yaco. Se habría sentado sobre el suelo, con una botella de Laphroaig entre las rodillas y la espalda contra la pared, entregado a la grata tarea de separar los vinilos de Miles Davis y Duke Ellington de los de Billie Holiday; Chet Baker bien lejos de Coltrane.

Después habría amontonado las cintas de vídeo, valorando los daños en las esquinas de plástico, por si alguna de sus viejas compañeras había sucumbido a su caída. Pero no sería así; en ellas, Bogart, MacMurray, Powell o Mitchum se batían en solitario contra un entorno hostil hasta conseguir, si no la victoria, al menos el consuelo de haber dado lo mejor de sí mismos. Aquellas películas eran eternas, más duras que el terrazo contra el que se habían golpeado, infinitamente más fuertes que esta época que se llevaba su recuerdo en volandas, sin prisas, poco a poco.

Pero ahora todo estaba ordenado, las cintas se agolpaban en sus montones habituales, los discos en los dos grupos de siempre: música para reír y para llorar. Trane y el Duque para reír; Baker y Holiday para llorar, naturalmente. Berta tenía una memoria prodigiosa, anotó, y también un perfume apocado, humilde. Su rastro permanecía en la habitación, un aroma poco apropiado entre el acre recuerdo de la pintura gastada y el olor a serrín del despacho. Algo tendría que hacer con aquella entusiasta joven que se comportaba como una inconsciente profesional: Caperucita Roja por el bosque con su cestita de informes bajo el brazo mientras, escondido tras un árbol, el lobo se afila los colmillos con los huesos de su última presa.

Lo que acabó de decidirle fue la ausencia de alcohol. Durante el forcejeo de aquella mañana sus escasas reservas se habían hecho añicos. Mejías pensó que no sería tarde para echar un último trago en *La Cara Oculta De La Luna*. Miró estúpidamente la esfera del Longines; las manecillas continuaban en la misma posición desde al menos siete horas. Guardó el reloj en el interior de la chaqueta y se ajustó la corbata con gesto maquinal. Rumbo a la segunda residencia. Chavales, todos

a sus puestos. Inmersión.

Los tonos de llamada se suceden, uno tras otro, mientras comprueba su imagen en el espejo y, al percatarse del rictus tenso, desvía la mirada hacia la pared. Está a punto de colgar, pero entonces un saludo cansado en el auricular le permite descargar su frustración.

—No entiendo por qué tardas tanto en coger el teléfono.

Ha intentado ocultar la ira, pero sus palabras suenan tirantes y sin inflexión. La respuesta es parsimoniosa, salpicada de excusas anodinas, como quien explica algo sobradamente conocido y no ve el motivo de hacerlo. Vuelve a mirarse en el espejo y contesta de manera implacable.

—Ya sé que no siempre puedes hablar con libertad, pero cada uno tiene sus problemas. Si te llamo es importante.

La voz le responde con una risa burlona, sus mejillas se tiñen con rubor incontrolado, y es ahora cuando le cuesta controlar lo que dice.

—Pues sí, ha ocurrido algo imprevisto. El Rey Arturo ha decidido que el detective privado continúe investigando.

Escucha la respuesta y sonrío con placer ante la turbación del otro.

—No, lo de Armando ha terminado. Hablamos de investigar el allanamiento de morada. De seguirte los pasos, querido.

Su tono produce el efecto deseado. Las palabras llegan al aparato mansas y suaves, en voz más baja de lo necesario, tanto, que debe esforzarse para comprenderlas.

—Efectivamente, el viejo no es tonto, así que deberíamos manejar esto con inteligencia. Tienes que asegurarte de que sabes lo que él sabe.

La contestación es larga y apasionada, la renovación de promesas que ambos conocen, una reiteración de principios que les han conducido a la posición en la que se encuentran.

—Sí, querido, el carnaval ha terminado, nos espera la cosecha. Tú preocúpate de seguir al sabueso, y que no interfiera en nuestro plan.

Más palabras, ahora oscilan entre el ánimo y el cariño, y al fin se convierten en despedida. Cuando cuelga el auricular evita mirarse en el espejo. Quizás esa sonrisa sea más impaciente que de costumbre, se dice, quizás sea más ansiosa.

Fuera hacía frío, pero dentro de *La Cara Oculta De La Luna* la atmósfera era cálida y agradable como el abrazo de mamá. El suelo y las paredes de madera parecían ronronear, animados por la seductora temperatura. Donde quiera que uno mirase había pósters de grupos musicales escoltados por guitarras, vinilos de coleccionista, baquetas, la chaqueta que una vez usó Ray Davies, según explicaba una plaquita sin

brillo. Los viejos altavoces reproducían una canción lenta y perezosa.

*How I wish,  
How I wish you were here...*

Casi que me quedo a dormir aquí, se dijo Mejías, los ojos clavados en el segundo vaso del medicinal Laphroaig. César le había instalado en la mesa grande del fondo pues, a excepción del pelirrojo desaliñado que leía un periódico atrasado, el salón se encontraba desierto. El detective había extendido los documentos sobre el barniz resquebrajado antes de pedir algo para cenar. Cuando le ofreció a César el billete de doscientos euros, este lanzó una mirada molesta.

—Ya te vale, Mejías —le dijo—. Toda la vida fiándote y ahora me vienes con esto. Invita la puñetera casa.

César era, en cierto sentido, un socio consanguíneo para el detective. Se habían conocido en el rastro años atrás, disputándose un viejo tocadiscos ante los atónitos ojos de un vendedor que, torpemente, había querido sacar tajada. Ambos contendientes se entendieron con la mirada para desplomar la venta hasta una pequeña fracción de la oferta inicial. Más tarde sellaron aquella amistad en el local de César, *La Cara Oculta De La Luna*, destino final del incomparable Thorens, manufactura suiza de 1978, con un motor de setenta y dos polos y brazo de doce pulgadas, una maravilla que por error había ido a parar a las manos equivocadas, un entuerto que había sido deshecho. Mejías acordó entonces acudir con frecuencia para comprobar cómo aquella proeza del pasado arañaba el vinilo con elegante precisión.

—¿Qué día es hoy, viejo? —preguntó César tras una montaña de vasos limpios sobre el aparador. El tipo del periódico levantó la cabeza con curiosidad.

—Déjame que piense. —Mejías entrecerró los ojos—. Hoy es nueve de diciembre... de 1945. Están terminando las enrevesadas tomas de *El sueño eterno* pero, ya sabes, al año siguiente Howard Hawks arreglará la historia. Bogie y Betty lo merecían.

Era uno de sus viejos juegos. Como apacibles prisioneros del pasado, habían convenido que entre ellos las fechas serían lo de menos. Cada día era un día pasado, con una referencia a modo de homenaje. Mejías había elegido la década de los cuarenta, la edad dorada del cine negro. César prefería los setenta, cuando aquellos tipos que grabaron la música de los dioses eran jóvenes y melenudos.

—¿Qué día es hoy, César?

Siempre la misma frase; la cosa había empezado en broma, continuó medio en serio, y se había convertido en algo importante para ambos.

—Nueve de diciembre... de 1975 —contestó a los mandos del Thorens—. Hace justo una semana, unos tipos presentaron un disco que contiene la mejor canción de la historia de la música *rock*. Dura seis minutos y es todo lo que uno puede desear en esta vida.

Unos coros celestiales llenaron el vacío del local y, tras su eco ampuloso y teatral, el piano desgajó un arpeggio exagerado en si bemol. La voz inconfundible acometió la primera estrofa:

*Mama, just killed a man...  
Put a gun against his head,  
pulled my trigger, now he's dead...*

Mejías volvió su atención a la carpeta de gomas. La abrió de nuevo para contemplar los documentos que ya conocía, como si la música de Queen pudiera extraer de ellos algún secreto que a él se le escapara.

Lo primero era el informe de la policía, que llevaba grapada la denuncia de Arturo Dugo-Esrich e incluía la declaración de su criado, Fidel. Concordaba punto por punto con todo lo que le habían contado, tal vez demasiado. Los hechos se habían producido entre las once y media de la noche y las siete de la mañana. No había señales de violencia en la entrada de la casa, solo un par de cables desconectados del teclado alfanumérico, pero bien podría tratarse de un truco para desviar la atención. Ese Klaus no es trigo limpio, se dijo el detective, me apuesto dos días sobrio a que está metido en esto.

El expediente policial que tenía entre las manos no era de índole pública; una muestra más del poder fáctico de la familia. Lo firmaba el inspector Rafael Ramírez, cómo no. Con Ramírez por medio, los molestos protocolos podían ser evitados sin problemas; él entendía mejor que nadie que a los poderosos hay que dorarles la píldora y otras cosas, porque luego le doran a uno la mano. Podía imaginárselo: sí, señor Dugo-Esrich, cómo no señor Dugo-Esrich. Desea una copia del expediente confidencial, por supuesto, me he permitido traérselo por triplicado. Puede llamarme cuando lo desee, día y noche. Y si me tira el palito, no se apure, que ya voy yo y se lo traigo. Mejor que un perro, oiga: a mí no hay que sacarme a mear.

Estudió un tríptico publicitario del control de accesos instalado en la vivienda. Lo acompañaba una carta del fabricante que certificaba la imposibilidad de que el sistema hubiera sido forzado. Lo comprobaría. Después venía el documento más interesante: una fotocopia de la nota que el intruso había dejado antes de huir. Pudo distinguir dos mensajes manuscritos por manos distintas. El primero se trataba de una caligrafía picuda y desvaída que recordaba a otros tiempos, y que pudo descifrar con la ayuda de una lupa:

*El día de la Libertad.*

*Esperanza.*

Otro mensaje se leía bajo el anterior, mucho más moderno. Los caracteres eran fácilmente legibles, en una clara imitación de escritura anónima y convencional:

*Algo nació entonces y murió poco después.  
Llega el momento de pagar por ello.*

La lente de aumento reveló algo más. Las letras parecían trazadas despacio, para eliminar la pulsión característica que buscaban los grafólogos profesionales ante la escritura de un desconocido. En el ángulo inferior derecho se adivinaba un perfil troquelado, rasgado en la esquina. Bajo las palabras manuscritas descubrió restos de una estampilla de algún establecimiento o *exlibris*, tan deteriorado que solo podía adivinarse una forma vagamente elíptica. Detalles, insignificancias.

Por qué tantas molestias para entrar en semejante búnker, se preguntó Mejías, cuando la nota podría haberse pasado por debajo de la puerta. Si alguien quisiera cargarse al millonario no lo avisaría, y menos en ese tono vulgar. Era tan absurdo: el informe de la policía, la ausencia de motivos y resultados en la incursión, la nota infantil, el control de accesos desmontado como se le hace el puente a un Simca mil; ¿y por qué le habían contratado precisamente a él? ¿Por qué una familia capaz de conseguir cualquier cosa de la policía recurría a una agencia de detectives desautorizada por la competencia, esgrimiendo como argumentos la extrema confidencialidad del caso y la supuesta tenacidad del investigador privado?

Mejías se rascó detrás de la oreja. Todo apestaba a montaje, desde el mismo momento en que entrara en casa de los Dugo-Escrich. Casi podía ver los hilos de nailon desde sus muñecas hasta el cielo invisible, donde el industrial titiritero manipulaba a su antojo: haz esto, pregunta aquello. Era tan sencillo descartar a un criminal a sueldo y sospechar de los más allegados; la maniobra de Arturo Segundo al negar rotundamente la implicación de sus hermanos no hacía más que señalarlos como la opción favorita.

Un par de folios impresos, además, proporcionaban datos personales sobre Sebastián y Ángela, los hermanos ausentes en la reunión matinal. Era el colmo: aquellos documentos sugerían conjeturas de manera casual; que parezca que lo descubre el detective, habrían pensado.

Mejías repasó el informe financiero que cerraba la documentación, donde se detallaba la participación accionarial del grupo Dugo-Escrich. El cincuenta y uno por ciento era posesión indiscutible del patriarca. Arturo Segundo contaba con un nada despreciable veinticinco por ciento. Al simplón Martín le correspondía un doce por ciento del total y, por último, tanto Ángela como a Sebastián poseían una participación de un seis por ciento cada uno. Mejías admiró la inteligente maniobra del cabeza de familia: mantenía el control de la compañía y el cetro del siguiente monarca en vilo. Cualquiera de sus vástagos podría resultar destacado en el reparto de su testamento o, por el contrario, quedarse en un frustrante segundo plano.

Aquello garantizaba que, mientras él viviera, sus hijos se comportaran con relativa prudencia. Arturo Segundo partía con ventaja, sí, pero tenía motivos evidentes en aquella patraña. Con los otros desacreditados y desheredados por el cabeza de familia, sus objetivos se cumplirían con la debida pulcritud.

Tomó otro trago de Laphroaig y observó a César, taciturno tras la barra, hasta comprender que había llegado la hora de cierre. Devolvió la documentación a la carpeta de gomas y emprendió el zigzagueante camino a casa. Al llegar a la calle Moncofa no le dio mucha importancia al tipo que acechaba desde el callejón envuelto en una parka gris, empeñado en extraer de su mechero una llamita azul. No fue hasta mucho después, ya echado sobre su cama, cuando cayó en la cuenta de que aquel tipo tenía el pelo crespo y rojizo, desaliñado de una manera característica.

## 5 Reality sucks

«He sido pobre y he sido rica y, créame, ser rica es mucho mejor».

*Los sobornados, 1953*

**L**os días se sucedieron con anodina regularidad. Por las mañanas, Berta acudía puntual a su cita con la chasqueante Olivetti y el teléfono se obstinaba en no recibir llamadas. Esta semana los perezosos hacen puente, le indicó el detective a modo de explicación, quién va a necesitarme en su chalet de Cullera mientras empalma siestas con vermut. Nosotros no somos así.

Los informes transcritos se amontonaban ante la creciente destreza de la joven mecanógrafa y, al finalizar la semana, pudo al fin ponerse al día. También ordenó el escaso archivo de clientes, envió cartas de felicitación, encuadernó copias de informes anteriores, emitió una factura y tres pagarés atrasados que consumieron el adelanto de los Dugo-Esrich. Mejías no tuvo más remedio que mandarla a casa el viernes a media mañana, ante la preocupante escasez de tareas. Berta se despidió triste y contrita, temiendo que su empleo se redujera a actualizar el desastre administrativo de la agencia.

Pasó el fin de semana, y Mejías entendió que debía hacer algo con el caso. Llevaba días evitándolo, desanimado por la manipulación de las pruebas y las pocas posibilidades de éxito. Pero la mañana del lunes, cuando Berta traspasó la entrada de la agencia, una nota sonó dentro del detective; algo parecido a la vergüenza. Qué demonios, se dijo, pero no supo cómo terminar la frase. El sobre de los Dugo-Esrich continuaba en el cajón del escritorio, intacto aunque comprometido. Ya era hora de vencer escrúpulos y pereza.

Abrió la carpeta de gomas e hizo unas cuantas llamadas. Primero telefoneó al fabricante del control de accesos para confirmar la inviolabilidad del artilugio. El director técnico no pareció molesto por explicar de nuevo los argumentos del certificado que él mismo había redactado. En lugar de eso se explayó con profesionalidad sobre el asunto durante casi media hora, repitiendo lo que Mejías ya sabía, y acompañándolo con una incomprensible jerga tecnológica. Mejías asumió que se trataba de un equipo caro, de línea reciente, y que resultaba imposible forzarlo, por mucho que alguien dejara colgado del mismo un par de cables sospechosos.

En las llamadas siguientes intentó contactar con Ángela y Sebastián, pero no tuvo tanta suerte; debía utilizar otros ases de aquella carpeta de gomas. Se encontraba en el mismo lugar que el miércoles anterior, en *La Cara Oculta De La Luna*, rodeado de vasos vacíos y documentos contradictorios, complejidad disfrazada con la más

sencilla de las artes humanas: el engaño. Se había comportado como un mono amaestrado, premiado con un puñado de cacahuets por su actuación.

Sostuvo la posibilidad de llamar a Ramírez para comprobar algunos detalles, pero no llegó a buscar su número. Si había alguien sobrado de cacahuets, era él. En su lugar llamó un tipo que le debía un par de favores. Eran tan útiles.

Cuando consiguió lo que deseaba, dejó el teléfono de baquelita sobre la mesa y salió al recibidor. Berta se irguió de golpe en su asiento y apartó su mirada soñadora de los informes que estaba releendo. Solo entonces advirtió Mejías el cambio de vestuario con respecto a los primeros días: un discreto pantalón negro, el jersey holgado sin apenas adornos, la bufanda multicolor doblada sobre uno de los brazos del sofá contiguo. Los pendientes, la circonita sobre la aleta de la nariz. Sintió ganas de ser más considerado con ella, pero se contuvo.

—Hay cosas que hacer, trabajo —dijo el detective—. ¿Tienes coche?

Berta se removió incómoda en su asiento.

—Bueno, tengo un Ford Fiesta del 95, si a eso le puede llamar...

—Es suficiente para donde vamos.

—¿Tengo que llevar algo?

Mejías esbozó entonces la mejor sonrisa del día.

—Nos vamos a la tele.

El detective no pudo evitar un gruñido guasón cuando atravesaron el vestíbulo principal de la cadena televisiva. Berta estaba sorprendida de que Mejías hubiera conseguido las invitaciones el mismo día en que grababan un programa; era la primera vez que pisaba un estudio profesional. La joven miraba de un lado a otro como una colegiala, meciendo los largos pendientes rematados con cámaras de plástico, sonriendo a las azafatas que comprobaron su nombre en una lista y le entregaron una pegatina donde estaba rotulado «Público». Cerca de cincuenta personas se fueron congregando en el interior del plató: amas de casa sesentonas de permanente rígida y redondeada, hombres con mirada desocupada y algunos jóvenes curiosos, seguramente universitarios del campus cercano.

Berta volvió a preguntar a su jefe qué hacían allí; lo había intentado en el interior del Ford Fiesta y no había obtenido más que evasivas. La convulsa circulación había reclamado toda su atención, hasta que abandonaron el casco urbano y una corta autovía los depositó al pie de la torre que marcaba los estudios de televisión. El detective se encogió otra vez de hombros ante la insistencia de su subordinada y repitió lo poco que sabía. Sebastián Dugo-Escrich no era un intelectual, así que no esperaba encontrarlo en la presentación de su último libro o en un debate de candente actualidad política. Aunque había otros tipos de actualidad, añadió guiñándole un ojo.

La joven arrugaba el entrecejo cuando les hicieron sentarse en las exiguas gradas de vivos colores que cercaban el plató. Allí, frente a los operadores y la regidora,



había cinco sillones color pistacho formando un arco ante las cámaras y el público y, en una posición de preferencia, un sofá carmesí con brazos acolchados.

La regidora del programa preguntó cuántos de los presentes asistían por primera vez a la grabación de *Dímelo Todo*. Casi la mitad levantó la mano, incluyendo a la incrédula Berta que, por supuesto, conocía el programa. Cómo no iba a hacerlo; se trataba del contenido estrella de la cadena, fuente de ingresos, intensos debates a favor y en contra y, por encima de cualquier otra cosa, del principal referente sociológico que muchos valencianos comentaban en el almuerzo. Lanzó una furiosa ojeada al detective y este señaló a la regidora, posándose el índice sobre los labios con gesto divertido. La mujer explicaba los carteles que enseñaría fuera de plano para indicar cuándo debían aplaudir en respuesta a las intervenciones de los invitados. Hicieron una prueba con unos figurantes hasta que la regidora pareció quedar satisfecha.

Unas azafatas trajeron bandejas con refrescos y bocadillos; disponían de veinte minutos para engullirlos antes de empezar a grabar. Mejías preguntó en voz alta cuándo traerían los cacahuets y nadie pareció advertir el chiste, o tal vez fingieron ignorarlo. Todos salvo Berta, que le taladraba el cogote tras las monturas de pasta con incredulidad y sofoco. La muchacha comprendió que iba a ser una mañana difícil.

Cuando los cinco contertulios accedieron al plató, parte del público se levantó en las gradas sin dejar de aplaudir, otros emitían silbidos de sincera admiración. Algunas señoras lanzaban de manera intermitente un *guapa, guapa*, en el caso de las más mayores, o un *guapo, guapo*, las jóvenes, evidentemente interesadas en personajes distintos.

Pero la estrella era sin duda Beatriz Estíbaliz; una mujer en la cuesta abajo de la treintena, no muy alta, no muy guapa, casi lista. Había hecho carrera casándose con un futbolista del Atlético de Madrid ya retirado, del cual se divorció tras violentos episodios domésticos que habían sacudido todos los hogares españoles. A partir de entonces había sido mujer despechada, maltratada, perseguida por familiares celosos o exnovios con ganas de revancha, pero el caso era que tras más de diez años dominando la prensa del corazón española no había tertulia rosa digna de tal nombre sin ella, ni asunto que sus descuidadas opiniones no llevaran a la primera plana de la actualidad. Una chica humilde, sin estudios ni ganas de tenerlos, un modelo para los que recelaban de labrarse un porvenir con el propio sudor o, por decirlo más llanamente, para los que pretendían vivir sin dar ni golpe.

El resto de colaboradores, aunque de menor jerarquía popular, ocuparon sus asientos entre aplausos disminuidos. Sus nombres eran de sobra conocidos: Carola Madrigal, pionera del género, de lengua trífida, azote de famosillos noveles y mercenarios aprendices del corazón; Miranda Mariño, reportera eternamente joven que pasaba los cuarenta, cuya principal virtud consistía en interrogar al personal con la actitud de una mejor amiga que no va a soltar ni prenda de aquello. En el bando masculino, aunque habría mucho que discutir sobre eso, estaban esa ficticia noche,

ficticia porque a pesar de ser mediodía el supuesto directo se emitía el miércoles a las diez de la noche tras el conveniente retoque del departamento de edición, estaban, decíamos, Cosme Ferrán y Jordi Salvatierra. El primero cumplía la obligatoria cuota gay del género, aunque habían pasado sus mejores días de reportero. Cultivaba una pretendida amistad con Carola Madrigal, otra astucia del programa para enzarzarlos en disputas banales sobre sus respectivas fuentes. El segundo era un joven y prometedor periodista que basaba su estrategia en dar la razón a las cronistas femeninas y contradecir a los masculinos, consiguiendo así una mayoría que le catapultaba cada vez más alto en su profesión. Alternaba tal artimaña con la jactancia sobre fuentes de extraordinaria solvencia que rara vez acertaban en sus predicciones, pero que deslumbraban por su atrevimiento. Si es que con esta gente tan voluble nunca se sabe. Con tal de fastidiarte la exclusiva.

Mientras los colaboradores intercambiaban sonrisas cómplices y retadoras, Berta se volvió hacia el detective; los labios apretados bastaron para transmitir su rabia. Mejías se encogió de hombros.

Por fin entró el presentador, el aún joven Jacobo Cantabrana, encumbrado y espectacularmente descalabrado en diversos programas nacionales, que lamía sus heridas profesionales en este ámbito local. Embutido en su americana, lucía un aspecto desenfadado mientras desplegaba con destreza la doble hilera fluorescente, reconstruida por un reputado dentista, de la cámara uno a la regidora, sin perder de vista al productor, y luego a la cámara dos. *Dímelo Todo* era líder de audiencia en la Comunidad, habían renovado contrato por seis meses más y preparaban un *reality* que iba a enloquecer a todo el mundo.

Berta aprovechó el aplauso generalizado para deslizarse en la oreja del detective «¿Qué estamos haciendo aquí?». Mejías ensanchó los labios, como si hubiera dicho algo gracioso, y contestó en un susurro: «Regla número ocho: confía en mí». La joven soltó varias veces el aire por la nariz, con el *piercing* tremolando sobre el cartílago.

Los focos se encendieron, atronó la megafonía, y el presentador recitó la bienvenida entre los vítores del público. Tras una primera hora soporífera, anunció la presencia de un invitado especial: el apuesto hijo del multimillonario valenciano, protagonista de romances destacados, eventos glamurosos y, cómo no, propietario de algunos de los mejores locales nocturnos del levante español. Así lo caracterizó Jacobo Cantabrana, como un adalid de la gente guapa que les honraba con su presencia en aquella noche especial y ficticia, aunque esto último no lo dijo. Se trataba nada menos que de Sebastián Dugo-Esrich.

Berta se volvió hacia su jefe. Una mueca resbalaba por la boca de Mejías mientras fingía desorbitar los ojos. Menuda sorpresa, parecía decir.

Sebastián era un hombre de cuarenta y pocos años, vestido con americana de lana azul y camisa celeste de marca pija, con un pañuelo de seda al cuello a juego con los vaqueros desgastados. El cabello ondulado, juvenil y espeso, se lo peinaba sobre la

frente con premeditado descuido. Mejías juró que podía oler su colonia desde allí. Serían los prejuicios.

Los contertulios recibieron al recién llegado con exagerada pleitesía: Carola Madrigal se apresuró a preguntar por la salud de su padre, Beatriz Estíbaliz declaró que era un honor compartir plató con Sebastián, un señor divertido y muy querido por todos, aunque claro, una pena que ella viviera en Madrid; Jordi Salvatierra asentía sin dejar de tomar notas, y Cosme Ferrán admiraba la figura del recién llegado sin disimulo.

Podéis llamarme Seb, comenzó el *playboy*, y todos parecieron encantados. Acababa de estrenar un local en la zona de Aragón, cerca de un asador argentino de su propiedad donde solían cenar los jugadores del Valencia. A esto había que añadir los locales de la costa, en el Cabañal y la Patacona, epicentros de la noche estival. Sin olvidar su local estrella: Balansiya Downtown, el selecto *lounge* de la Alameda, donde futuras modelos luchaban por un puesto de camarera, refugio de vips y personalidades. Seb congregaba a su alrededor un séquito que no tenía nada que envidiar a las camarillas madrileñas o barcelonesas. Lo *millor del món*, o eso creían ellos, matizó con calculada humildad.

La presencia de Seb rompía la rutina habitual. De lo que se trataba era de sentar al famoso de turno en el sillón y apretarle las tuercas hasta hacerle cantar alguna inconfesable ruindad. A veces se proyectaban vídeos de personajes ausentes para provocar al invitado, en otras ocasiones se conectaban intervenciones telefónicas, supuestamente espontáneas. Pero Seb, como patrón de medio negocio local, estaba por encima de eso. Podía confirmar o rechazar rumores con seguridad; si decía que fulana no conocía a mengano, no había más que hablar; si afirmaba que habían sido vistos en uno de sus locales, la relación estaba más que consumada.

El público estaba embelesado. En el respetuoso silencio las palabras llegaban con facilidad hasta Berta y Mejías, inclinados un poco hacia delante, para que los zapatos de los espectadores tras ellos no les puntearan los riñones. La joven, aún molesta, miraba de reojo a su jefe. El detective estaba concentrado en estudiar los rasgos del dueño de Balansiya Downtown, aquel garito donde un tipo bajito con gabardina o una chica gordita con gafas no entrarían nunca, a no ser que limpiaran los váteres donde se posaban tan insignes traseros.

Tras despedir a Seb con estrepitosos aplausos, el presentador revoloteó entre las sillas y se disculpó por un brevísimo corte de publicidad de diez minutos. Mejías se levantó de inmediato y la regidora le dirigió una fulminante reprimenda. Todos conocían las normas, en las pausas de grabación no podían levantarse de los asientos, les habían dejado tiempo para ir al lavabo y quedaba más de la mitad del programa. Mejías arrugó la nariz, como olfateando un aroma invisible y desagradable. El caso, dijo con afectado embarazo, es que no se encontraba nada bien, tenía el estómago bastante revuelto, ya le entendían, y necesitaba alcanzar los lavabos con urgencia. Hacía dos días que sus heces no eran sólidas, explicó con sencillez a la regidora para

que todos le oyeran, algo así como horchata de grumos marrones, pero con más calorías. Ayer se lo había hecho encima por no llegar a tiempo a la taza y olía fatal, podían creerle. Estaba seguro de que nadie quería que repitiera en plena grabación.

Las filas adyacentes protestaron y pronto la mayoría del público suplicaba a la regidora que le permitiera ir al lavabo o adonde él quisiera. Alguno sugirió que no debería volver. Otros aseguraron que llevaban un tiempo adivinando un olor sospechoso e infame. Mejías recibió permiso para salir a escape de allí, dejando a su joven acompañante en la grada. Un señor mayor miró severamente a Berta: no le da vergüenza su padre, le dijo, eso de hablar de heces en público, con esta gente tan fina por aquí. De qué colegio público se ha escapado ese individuo.

Los pasillos del estudio eran interminables, paredes blancas y desnudas bajo los tubos fluorescentes. Siguiendo su instinto y varios carteles indicadores, Mejías alcanzó la zona de camerinos. La tercera puerta reveló un hombre mayor que fumaba apoyado contra la pared, mientras una jovencita con un batín de seda se sorbía la nariz ante el espejo. Ninguno reaccionó ante el intruso, pero le transmitieron sin palabras que debía largarse de allí.

Alguien acudiría pronto, así que debía darse prisa. Tropezó con una mujer con ropa de enfermera y una toalla en las manos. El detective la abordó; claro que sabía dónde estaba el señor Dugo-Esrich, ahora mismo iba a darle un masaje. Demasiada tensión en el cuello.

La escrutó con cuidado, como se mira a una princesa de barrio. Le agradecería que me permitiera unos minutos con Seb, le dijo. Ya sabe, cosas de negocios. Luego la invito a un café en el comedor, se lo prometo. La mujer dudó, pero el aplomo del detective allanó la situación. Le esperaré entonces en la cafetería, dijo la masajista con inesperada picardía. No se olvide de mí.

Frente a la puerta del camerino, Mejías se levantó las solapas de la gabardina e introdujo en su boca un cigarrillo. Llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta. Sebastián se encontraba tendido sobre un sillón reclinable, envuelto en un albornoz color crema con zapatillas a juego. Tenía los ojos cerrados, así que no advirtió cómo el detective se colocaba en ángulo tras él y lo observaba por el espejo. Sobre un carrito había varias botellas de alcohol y un vaso con restos de hielo. Sebastián miró en torno suyo, impaciente.

—No tengo todo el día para... —Enmudeció al ver el reflejo desconocido sobre el cristal—. ¿Quién coño es usted?

Mejías se apoyó sobre la mesa de bebidas, removiendo el cigarrillo en la boca.

—Me llamo Mejías y soy detective privado. Entraron en casa de su padre el pasado día cinco. Le supongo al corriente del caso.

Sebastián se giró en la silla para examinar al recién llegado.

—Ah, sí, me advirtieron sobre esto —dijo con aire casual—. Concrete una cita

con mi secretaria, estoy esperando a una persona y le agradecería que...

—Su enfermera ha tenido que hacer unos recados —le cortó el detective—. Además, no quiero que usted vuelva a darme plantón.

Seb achinó los ojos, aquilatando con quién trataba.

—Verá, detective, imagino que conoce mi declaración. Estuve toda la noche en uno de mis locales y me enteré al día siguiente, muy tarde. Me acuesto habitualmente de madrugada. Cosas del trabajo.

—No pretendo llevarle la contraria... El informe de la policía indica que fue visto al principio y al final de esa noche, pero durante cuatro horas no se sabe nada de usted.

—Bueno, ya sabe. —El *playboy* ensayó cierta complicidad—. No todo mi trabajo lo hago de cara al público.

Otro que da facilidades, se dijo Mejías, por qué no me hago inspector de hacienda; esos sí que acojonan. Tomó aire y fingió una paciencia que no poseía.

—Ni me interesan sus negocios ni vengo a acusarle. Si responde a mis preguntas me iré enseguida y quizás evite algún problema.

El rostro de Sebastián se endureció antes de asentir. Le recordó vagamente a su padre. Mejías removi6 el cigarrillo entre los dientes un poco más y, sin previo aviso, lo mordió hasta partirlo y se tragó las dos mitades.

—Es un chocolate estupendo, ¿quiere usted uno?

—No gracias —dijo Seb arrugando una ceja.

—Pues entonces cuénteme algo sobre el Proyecto C6clope.

—¿Perdone?

—El Proyecto C6clope, no me diga que no lo conoce.

—No sé de qué me está hablando.

—Vamos, usted tiene un seis por ciento de las acciones.

Sebastián ladeó la cabeza mirando con renovado interés al detective.

—¿Cómo...? Mire, yo estoy un poco al margen de la empresa. Me dedico a los locales nocturnos, ¿es que no ve la televisión?

—Hoy ha sido una excepción. —Se metió un dedo entre los dientes para limpiar los restos de chocolate—. ¿Quiere decirme que no tiene ningún interés por la herencia de su padre?

—Sé lo que me espera. Cuando el Rey Arturo haya palmado nos dejará partes iguales para que ninguno controle la compañía. Si lo conoce, sabrá que no deja nada al azar.

—¿Cómo le ha llamado? ¿El Rey Arturo?

—Por supuesto. En una familia con tres Arturos él es el rey, más como Felipe II que como Luis XV, no sé si me entiende. En esta familia, no somos nada glamurosos. Yo tengo que compensar.

—¿Y quién es el tercer Arturo?

—El hijo del segundo, por supuesto. Mi sobrino es un pobre chaval al que han

cargado con alforjas demasiado pesadas. Ya se lo imagina, una triple generación artúrica, la monarquía de nuestra empresa. Así que yo y Carlota somos republicanos, podríamos decir. Ella tampoco acudió a la reunión, ¿verdad?

—Espere un poco, ¿quién es Carlota? —preguntó Mejías mientras anotaba en su libreta.

Seb amagó una mueca de disgusto.

—Pensaba que era más listo, detective. Así llamo a mi hermana Ángela, solo para tomarle el pelo —pareció reírse de su propio chiste—. Usted es tan aburrido como ellos, por cierto. A veces pienso que moriré de sopor.

—¿Suele reunirse con su familia?

—No, y mejor así. Dentro de unas semanas celebramos el bautizo del hijo del tercer Arturo y preferiría estar muy lejos de allí, pero mi hermano me mataría. Somos una gran familia, ¿sabe?

—Usted conoce la combinación del control de accesos de la casa de su padre.

—¿Le quedan muchas preguntas estúpidas? —Seb ya no se mostraba irónico—. Conozco la combinación y no soy el único, usted lo sabe. Si insinúa que he pretendido asustar al Rey Arturo para aumentar mi jodido seis por ciento se equivoca. Está empezando a aburrirme terriblemente.

—Puedo ser divertido cuando me lo propongo. Si quiere, le enseño la bailarina balinesa que llevo tatuada en el pecho y echamos unas risas, pero antes dígame: ¿quién estaría interesado en tenderle una trampa?

—No le entiendo.

—Quizás alguien pretende hacer creer a su padre que usted quiere amenazarle. Tal vez su padre le desherede y su seis por ciento vaya a sumarse con, pongamos por ejemplo, otro veinticinco por ciento. Eso hace treinta y uno. Si a eso le sumamos la tercera parte de la herencia sería un cuarenta y siete por ciento de la compañía, y eso sin contar que su hermano Martín parece, err..., maleable.

—Martín es un idiota —dijo Seb, y se pasó la mano por el flequillo mientras meditaba—. ¿Quiere decir que mi propia familia trata de inculparme?

—Eso lo ha dicho usted, ¿qué podrían sacar de ello?

Seb se removió en el asiento, incómodo. La contractura del cuello debe estar empeorando, pensó el detective.

—Dígame —repitió—. ¿Qué podrían sacar de ello?

El *playboy* recuperó su aplomo y lo miró desafiante.

—Mire, déjeme en paz, ¿de acuerdo? Ya ha hecho sus jodidas preguntas, ahora puede irse.

Mejías sonrió como si hubiera ganado el primer asalto. Esta familia está podrida y todos miran a otro lado, pensó. Se han pasado con la lejía para tapar el hedor y se supone que yo debo seguir frotando. Sacó algo de la chaqueta y lo depositó sobre la mesa de bebidas.

—Le dejo mi tarjeta, llámeme si recuerda algo. También puede escribirme. —

Abrió la puerta—. Adoro las cartas.

—Como ve no me he olvidado de usted.

La fisioterapeuta se giró en su taburete, apoyando un codo en la barra. Miró al detective de arriba abajo, como se estudia a un perro abandonado antes de llevártelo a casa. Son las mismas cuestiones las que uno se plantea: comerá mucho, tendré que pasearlo a menudo, es apropiado para un piso sin jardín.

—Me estaba tomando el café que me prometió. —Señaló el vaso que tenía frente a sí. Apestaba a ginebra.

—Creo que no bebemos el mismo café. —Mejías miró alrededor, comprobando la ausencia de oídos curiosos—. ¿Está usted al tanto de lo que sucede por aquí?

—Más de lo que parece. Para la mitad de estos memos solo soy una máquina de amasar, hablan delante de mí como si yo no existiera.

Mejías sujetó el vaso de ella entre los dedos y la mujer contempló aquella familiaridad alzando levemente las cejas.

—Quizás sepas cuánto cobra Sebastián por acudir hoy al plató. Ya he visto que es un tipo especial.

—¿Quién lo pregunta? —Ella miraba la mano que sujetaba el vaso.

—Verás, es un tema familiar. Papá se enfadó con mamá, mi hermanito no me habla, mi sobrino y un par de primos están tramando algo para desheredarme, ese tipo de cosas. A mí me contrata papá para que al final coman perdices.

—Es usted detective privado —dijo la mujer, con expresión neutra.

—Bingo.

Mejías bebió del vaso y lo dejó de nuevo en la barra, muy cerca de la mujer. Ella mostró los dientes amarillentos por el tabaco, entre la telaraña de arrugas que creaba la piel al tensarse. Acercaron sus cabezas.

—No es que a mí me importen estas cosas, ¿sabe? —susurró ella confidencialmente—. Si cayera aquí una de esas bombas que matan a la gente y dejan en pie los edificios, le aseguro que el mundo sería un lugar mejor, sobre todo si me da tiempo a salir por la puerta.

—Ajá.

La mujer se mordió un labio con gesto de duda, pero solo estaba fingiendo.

—El otro día trataba al director de programación, un imbécil que cada dos semanas finge un pinzamiento para escaquearse del trabajo. Habló por teléfono mientras le machacaba la espalda y pude saber que el señor Dugo-Esrich venía gratis.

—¿Hay gente que hace eso?

—Mira, cuando en este negocio alguien hace algo gratis solo hay dos motivos: o bien consiguen algo a cambio o se trata del dueño.

El paso al tuteo le sobresaltó, de manera agradable.

—No le diste lo suficientemente fuerte entonces —sugirió Mejías.

—Puedo dar muy fuerte si me lo propongo.

Algo tiró de la manga del detective y, al girarse, contempló el rostro inocente de Berta, de pie junto a la barra.

—Papá, ¿cuándo nos vamos? —dijo la joven, con voz risueña.

Conducían de vuelta a la ciudad entre el caos de vehículos del mediodía. Avanzaban un poco, frenaban, se deslizaban unos metros más por el asfalto y volvían a detenerse. Berta estrujaba el volante con ambas manos, los labios fruncidos en una mueca que pretendía resultar desagradable.

—No teníamos tanta prisa por irnos —dijo el detective, sin apartar los ojos de la carretera.

—Me ha dejado tirada.

Mejías suspiró, sin darle importancia.

—¿Qué tal ha estado el programa? —le preguntó a Berta.

—Ni me he enterado. Dos señoras cerca de mí se cambiaron de sitio tras su *show* particular. Un asistente acudió poco después para frotar su asiento vacío con desengrasante. —Mejías sonreía ahora vivamente, saboreando una perversa venganza—. Por si acaso, dijo el muy tonto. Y al final se sentaron a mi lado un par de vejstorios con la excusa de que querían ver mejor. Me preguntaron si mi padre iba a volver. Luego me han dado su teléfono para almorzar mañana.

El detective tosió un par de veces tras intentar contener, sin éxito, la risotada que le copaba la boca.

—Tendré que darte el día libre.

—Váyase al cuerno —espetó la joven, mirando fugazmente por el retrovisor central del vehículo. Los nudillos regordetes estaban blancos sobre el volante—. Espero que haya averiguado algo.

—Quieres que te lo cuente, ¿verdad?

Durante unos segundos ninguno dijo nada más. Los otros vehículos les adelantaban por los carriles colindantes y luego se detenían, o bien eran adelantados por ellos. El cambio protestaba cada vez que ella engranaba la primera marcha. La silueta de la ciudad se recortaba más adelante, enojosamente lejana.

El detective carraspeó antes de proseguir.

—Chica, no te entiendo. ¿Qué esperabas? ¿Que saliera del Packard esquivando balas? —añadió con mordacidad—. ¿O es que estás acumulando material para un trabajo de clase?

—En una cosa tiene razón, señor Mejías...

—Y dale con señor...

—Es usted un buen tocapelotas...

Mejías rio con ganas.



—¿Sabes? Eso me gusta. Eres una tía leída, con cierto estilo. Sobria para ser tan joven, austera. Demasiado respetuosa. Casi una monja, a pesar de lo moderna que te crees ser...

Berta le dirigió una ojeada poco amistosa.

—... Pero hay algo más dentro de ti. Tengo curiosidad por saber hasta dónde puedes llegar.

—O sea, que no me va a contar nada.

—¿Ves? A eso me refería. —Mejías se recostó sobre el asiento—. Seb parece un vividor que seguramente pasa droga a los famosillos en sus locales. Es un tipo acostumbrado a controlar la situación, y más en su pequeño reino, pero no es tan torpe como para meterse en un asunto como este.

—Ajá. —Berta miró de nuevo por el retrovisor—. Por cierto, ¿ha hecho algo inadecuado en la tele que no me haya contado?

—Solo he tocado unas cuantas pelotas, como de costumbre.

—Pues a alguien no le ha gustado. Nos están siguiendo.

El detective sacudió la cabeza, mientras parpadeaba varias veces.

—Ves más cine que yo. Acabarás escribiendo tú misma unos informes estupendos para el Colegio de Detectives, ya verás.

—Lo digo en serio, jefe. Ese BMW negro estaba en el *parking* del estudio y continua pegado a nosotros, a pesar de que me he cambiado de carril varias veces.

El vehículo volvió a detenerse y Mejías suspiró, fingiendo un cansancio infinito.

—Mañana deberías tomarte el día libre y estudiar un poco. A lo mejor vuelves a ser una chica normal.

—Ríase pero es el mismo coche. —La joven hizo una pausa para asegurarse su atención—. Le parecerá una broma, pero tengo memoria fotográfica.

—¿Qué?

—En realidad se trata de un desarrollo inusual de la memoria eidética, pero imagino que le aburrirá esa jerga pseudocientífica. La cuestión es que puedo recordar una matrícula durante un tiempo, por ejemplo. Ese tipo de cosas. —Volvió a meter primera, la fila de vehículos se espaciaba un poco más—. Y le aseguro que ese BMW estaba en el aparcamiento del estudio.

Mejías meditó unos instantes.

—Está bien, acelera —dijo el detective.

—Esto es un Ford Fiesta, estamos en un atasco. No sé en qué está pensando.

—Escucha, ahora vienen unas rotondas a la entrada de la ciudad. Quiero que te saltes el siguiente semáforo. Adelanta unos cuantos coches, a ver qué hace nuestro amigo.

—¿Es que no me ha oído? He quitado la *ele* hace unos meses, no puede pretender que yo...

—O sea, que no tienes huevos, solo la memoria fotográfica esa. Entonces, ¿para qué te sirve?

La joven enrojeció, aferrada al volante con más fuerza.

—No soy cobarde pero tampoco quiero rellenar un parte del seguro en el arcén — dijo Berta, masticando las palabras—. No fastidie, hombre.

El semáforo cambió a ámbar.

—¿No querías un trabajo emocionante, periodista?

—No es eso...

—Ya veo. No estás hecha para esta liga.

—Déjelo.

—Eres una gallina, Berta.

El semáforo cambió a rojo. Aun así, los primeros coches de la fila continuaban pasando.

—No es cierto.

—Gallina.

—No soy...

—Cocococócocococó...

El motor rugió como en la salida de un gran premio, el dibujo de las gomas deslizándose por encima de las líneas de pintura blanca. El chillido de los neumáticos hizo sonreír a Mejías mientras la inercia le aplastaba contra el respaldo. Berta volanteó a la izquierda, derecha e izquierda otra vez, adelantando varios vehículos que respondieron con ráfagas sonoras de distintas tonalidades. Al pasar entre dos de ellos el retrovisor derecho del Ford Fiesta estalló proyectando fragmentos de plástico en el aire, entre las imprecaciones de la joven y los gritos de aliento del detective. Aquel crujido mecánico le hizo pisar aún más el acelerador y, cuando llegaron a la siguiente rotonda, ya habían abierto un hueco con los atónitos conductores. Solo un BMW negro les seguía de cerca, con un silueta borrosa al volante.

—Tenías razón, ese tipo nos sigue —dijo Mejías.

—Menudo detective.

—Berta, te sienta bien el peligro. Te hace perder la vergüenza.

En la siguiente rotonda se les unieron vehículos de avenidas colindantes, que rodearon al pequeño bólido rojo y a su perseguidor. Estaban muy cerca, pero el contraluz les impedía ver el rostro de sus ocupantes.

—Vamos a acabar con esto —dijo Mejías por encima del sonido del motor—. Antes del río hay un semáforo al que llegaremos bastante justos. Tienes que hacer lo que yo te diga. Cuando yo te lo diga.

Berta no dijo nada, atenta al tráfico. Su boca era un surco rosa curvado hacia abajo. Para ella solo existía el parabrisas y el retrovisor, los perfiles dilatados del resto de vehículos que se deslizaban por los cristales laterales y la bala roja que arañaba el asfalto de la avenida, con su motor gruñendo a quien osara acercarse. El olor del aceite quemado.

—Continúa, lo tenemos pegado. —El detective miraba por el pequeño espejo del parasol, mientras los restos del retrovisor derecho golpeaban arrítmicamente la puerta

—. Se va a enterar. Acelera.

Dejaron atrás la última rotonda antes del río, hacia el semáforo y el puente que se aproximaban a toda velocidad. El disco continuaba en verde.

—¿Sigo recto o giro por los túneles del río? —preguntó Berta, entre el centrifugado de los casi sesenta caballos de potencia.

Mejías callaba, espionando por el espejo con los dientes apretados.

—Jefe, ¿qué hago?

Solo quedaban trescientos metros hasta el semáforo.

—Cuando te diga pisas a fondo el freno hasta detenerte. Luego aceleras y a la izquierda, por los túneles.

Berta sacudió la cabeza, el pelo negro ondulando sobre sus hombros.

—No, no, eso, no.

—Berta, haz lo que te digo.

Este trasto no lleva ABS, es un golpe seguro.

—A lo mejor eso es lo que quiero.

El semáforo cambió a ámbar cien metros delante de ellos.

—Hazlo, Berta. Frena a tope en el semáforo. Luego acelera y por los túneles.

La joven miraba por el retrovisor, el BMW negro llenaba todo el espejo.

—Es un golpe seguro. Una locura.

—Berta, hazlo.

La joven dudaba. El disco cambió a rojo.

—Muy bien —dijo Mejías.

Con el coche a escasos metros del cruce, el detective echó su cuerpo sobre la chica. Atrapó el volante con un brazo mientras el otro tiraba del freno de mano. El chirrido metálico se fundió con el aullido de los neumáticos que rallaban el asfalto en trayectoria irregular. La parte de atrás del Ford Fiesta bandeó un par de veces y sobreviró hacia fuera de la curva a izquierdas, mientras el detective giraba el volante a una mano ante la sorpresa de Berta, temerosa de empeorar la absurda maniobra. Los coches del cruce salían ya con sus semáforos en verde. El río, el puente, el cielo giraron en torno al pequeño bólido rojo, mientras la inercia zarandeaba a sus dos ocupantes. Finalmente, el Ford Fiesta se detuvo en medio del cruce. Un fuerte golpe acompañado de una sucesión de cristales rotos estalló varias veces detrás de ellos. Mejías comprobó que el BMW había frenado a tiempo de evitar la colisión, pero el tráfico tras el auto alemán no había tenido tanta suerte, embistiéndolo con precisión ibérica. Al menos cuatro vehículos habían chocado en la maniobra; algunos estaban cruzados, ocupando dos carriles, y las salvas monocordes del resto formaban un irregular acorde de protesta.

—Berta, arranca. Por los túneles, ya.

El Ford Fiesta había quedado embocado a los túneles que corrían en paralelo al cauce del río. Delante, un tímido flujo de vehículos les cortaba el paso. Los conductores soltaban una o las dos manos del volante para echárselas a la cabeza,

aturdidos, aunque reduciendo la velocidad de sus vehículos para no perder detalle del infortunio ajeno.

—Arranca.

Esta vez Mejías no tuvo que insistir. Los bocinazos, la vergüenza y la muda reprimenda que ahora mismo le estaba echando la tía Marina desde su remota mecedora eran demasiado para Berta. Mira que te lo tengo dicho, hubiera jurado que decían aquellos ojos en su mente, sal de la fiesta antes de que lleguen los que apagan las luces. Apretó los labios, metió primera y rodó hacia delante mientras les dejaban paso libre, como se hace ante delincuentes peligrosos que no merecen el riesgo de ser interceptados. El tráfico selló de inmediato la calle tras ellos.

El BMW no pudo seguirles. Ante la puerta cerrada de su conductor, un tipo manoteaba el aire con desprecio. Mejías pudo imaginar la sombra inquieta tras el cristal tintado. Hasta pronto, mai frien, pensó, mientras Berta se introducía en un nuevo río de vehículos ajenos al episodio anterior, que los miraban con desgana y aburrimiento.

Una vez salieron de los túneles se perfiló a su derecha la silueta rotunda de las antiguas puertas de la ciudad. Mejías hizo un vago gesto hacia ellas y Berta, de inmediato, cruzó tres carriles en diagonal, renovando el clamor sonoro de los vehículos. Llegó hasta las Torres de Serrano y detuvo el Ford Fiesta.

—No te olvides de llevar mañana los informes al Colegio de Detectives —dijo Mejías, con la mano ya en la puerta.

—Un momento, ¿adónde cree que va?

El detective la miró sin expresión, como si acabara de verla tras una larga ausencia.

—Yo, a comer y a pensar un rato. Y tú te vas a estudiar, supongo.

—No puede irse así, sin más. —Berta hablaba despacio, conteniendo la ira que colmaba sus ojos enrojecidos—. No puede hacerlo. Soy una estudiante, no un chófer para atracar bancos. —Sollozó, y una lágrima resbaló por su mejilla, aunque el resto permaneció en su sitio—. He hecho lo que me ha pedido, me he arriesgado, y ni siquiera sé por qué.

Mejías se mordió el labio inferior, mirando al salpicadero.

—Verás, si ese coche nos seguía desde el estudio de televisión, tal y como yo lo veo, puede deberse a varias razones. Quizás quieran conocer nuestro próximo movimiento. —Habla en tono confidencial, como con un supuesto colega—. Tal vez deseen saber quién eres tú; ellos me conocen, pero tú eres otra cosa. Y por último, y lo más probable, quieren meternos miedo, apartarnos del juego. Si es el caso, deben de estar muy arrepentidos. Se la hemos dado con queso, Berta. Has estado de puta madre, y yo no suelo regalar cumplidos, seguro que te lo imaginas. ¿Quién demonios te ha enseñado a conducir así?

Una involuntaria sonrisa asomó a los labios de la joven.

—Bueno, desde pequeña me han gustado los coches...

—Memoria fotográfica, intrépida conductora, al final tendré que subirte el sueldo antes de que la competencia te haga una oferta.

La chica sacudió los hombros, como quien se quita algo que le ha caído encima.

—No me engatuse, leñe, que se le ve el plumero. Que sí, gracias, pero intente no utilizarme como a una herramienta. Escuche, quiero ser periodista de investigación, creo que ya se lo he dicho. Sé que a veces hay que hacer... —Dudó un segundo—, hacer cosas que no te enseñan en la facultad. Pero me gustaría saber por qué, no sentirme una marioneta.

—En fin, periodista, el movimiento se demuestra andando. —Abrió la puerta del Ford Fiesta y algo golpeó el exterior de la carrocería—. En cuanto al retrovisor..., no te preocupes, lo pagan los Dugo-Escrich, ¿de acuerdo?

—Muy bien, jefe.

—Y otra cosa. Si digo canguro, salta, si digo perro, ladra. Regla número nueve: hazme siempre caso. Siempre.

Al salir del coche palmeó el hombro de su asalariada, que respondió con un mohín de fastidio. Como una señal, el pequeño utilitario se puso en marcha para perderse entre el tráfico rodado con su redoble sobre la puerta del copiloto. Mejías se volvió para contemplar las gigantescas jambas de piedra que custodiaban el casco antiguo de la ciudad. Al otro lado, unos operarios trabajaban en la iluminación de las inminentes fiestas navideñas. Mejías suspiró y se internó a buen paso en el dédalo de calles, rumbo al hogar.

## 6 Carlota

«—¿Pensarás en mí?

—Cada minuto del día y cada segundo de la noche».

*La mujer del cuadro, 1944*

**M**ejías comprendió enseguida lo que se avecinaba. Había esperado este momento toda la mañana, pero aun así se estremeció involuntariamente. Los pasos ascendieron por la escalera, frenéticos, como las baquetas del xilófono de Lionel Hampton, perdido en complejas melodías de cristal desde el altavoz del tocadiscos. Mejías sostuvo la funda del vinilo entre las manos y ladeó la silla para que la escasa luz se proyectara sobre la cubierta. Era una letra muy pequeña.

Berta irrumpió en el despacho; tenía los mofletes encendidos, sus ojos chispeaban y un par de gotas de sudor se adivinaban sobre la frente. Llevaba el abrigo apenas echado sobre los hombros y portaba bajo el brazo una carpeta de anillas y fundas transparentes.

—¡Es usted un embustero y un farsante! —declaró a bocajarro—. Usted cree que porque soy joven puede engañarme pero se lo advierto, señor Mejías, esto ha terminado.

El detective continuó leyendo con fascinación los créditos del disco, ajeno al tintineo de las estrellas que pendían de los lóbulos juveniles, al latido de la circonita sobre la aleta derecha de su nariz. Cuando Berta cogía aire para continuar, intervino con voz conciliadora.

—Así que vienes del Colegio de Detectives, ¿verdad? Qué han dicho esta vez...

La joven se atragantó de golpe, las palabras golpeando el interior de sus incisivos. Se aclaró la garganta mientras sus ojos disparaban al detective.

—¿Esta..., esta vez? —tartamudeó, atónita—. Pero ¿quién se cree que es usted? Yo solo he venido para decirle...

—No me has contestado, Berta.

La chica dudó, por primera vez. Se trataba del resultado de años de respeto inculcado hacia sus mayores, lo merecieran o no. La tía Marina se lo había dicho muchas veces: deja que el pastor defienda sus ovejas, esquíales la lana cuando se haya ido.

—Mira, Berta —continuó Mejías—, quiero que me expliques lo que te hayan contado y que escuches mi versión. Después tú decides.

Era demasiado razonable. Comenzó a contar mentalmente hasta diez, aunque al llegar a cuatro inició su relato.

—Pues sí, vengo del Colegio de Detectives, he llevado esos informes. —No había ironía en su voz, solo tensión—. Los he dejado sobre el mostrador para que los visaran y entonces ha empezado.

—¿Qué ha empezado? —preguntó Mejías, con desacostumbrada amabilidad.

—El bochorno. La recepcionista ha leído su nombre en la cabecera, y tras echar un vistazo al texto se ha reído en mi cara, como si yo fuera un chiste. Le he preguntado qué ocurría y se ha metido en uno de los despachos. Desde la recepción podía escuchar las carcajadas. Entonces ha llegado...

Berta hizo una pausa. La rabia se agolpaba en su cara y Mejías pensó que la joven se echaría a llorar allí mismo pero pronto se rehizo.

—Ha salido gente del resto de la oficina —continuó—, y todos se unían al cachondeo y me miraban a través del cristal. Se han juntado más de quince personas. —Su rostro se ensombreció de nuevo, y tuvo que arrugar el entrecejo para continuar—. Quince personas riéndose de mí en un espacio de veinte metros cuadrados. Quince personas sujetándose la barriga, señalándome con el dedo, lanzando voces que hacían estallar más risotadas.

—¿Y eso ha sido todo?

A Berta le ardía la indignación en sus pupilas.

—No, solo había empezado. La chica de recepción ha salido con el rímel corrido y su risita estúpida de niña pija. Traía tras ella tres o cuatro curiosos. —El recuerdo del episodio le hervía en la cara—. Me han contado lo que hace usted.

Mejías dejó el vinilo y sostuvo la mirada de la joven con atención. Si ella esperaba alguna disculpa, tuvo que conformarse con eso.

—La última chica de Mejías, así me han llamado —continuó Berta—. De vez en cuando viene alguien como tú, ha habido una docena en los últimos cinco años. —Imitaba la voz de la secretaria pija—. Pobrecita, te ha obligado a pasar esos informes a máquina, ¿verdad? Y no te ha advertido de nada al enviarte aquí, ¿no es cierto?

Berta buscaba una respuesta en el rostro de su jefe: una ceja levantada, el involuntario fruncimiento de los labios o cualquier otro gesto de inquietud; el simple hecho de encajar el golpe habría bastado para aplacarla, pero el detective permanecía atento e inexpresivo. Si su tía Marina hubiera descuidado su educación, en ese mismo momento le habría cruzado la cara con una bofetada. Pero su mano derecha aun sostenía la carpeta de los dichosos informes.

—Me han contado lo que hace usted —repitió—. Me han dicho que inventa esas historias, que son productos de su imaginación. ¿Sabe?, colocan esas ficciones en el tablón de anuncios. Hay quien subraya las frases más hilarantes: «entonces salí del Packard, envuelto en mi gabardina»; «golpeé su mandíbula con mi mejor gancho», «le agarré por las solapas hasta que confesó»... ni siquiera es buena literatura.

Berta hizo una pausa, repentinamente agotada. El xilófono de Hampton aún brotaba del tocadiscos, el único sonido en la habitación.

—Sus historias, estos papeles, es todo mentira —gritó al fin y arrojó la carpeta

hacia el detective. El aterrizaje en la mesa provocó que un par de bolígrafos y la lupa de aumento cayeran al suelo, pero nadie se molestó en recogerlos—. ¿Por qué hace eso? Llevo días tecleando sus embustes en ese cacharro anticuado, convencida de que no lo son, ¿entiende? Convencida como una imbécil de que soy la ayudante de algún... —Dudó, exasperada—. De algún tipo de héroe, de alguien que actúa con sentido... con justicia.

—Berta, tú hablas de justicia porque tienes veinte años. Ya se te pasará.

—¡Y una mierda!

Mejías parpadeó dos veces, ahora de veras sorprendido.

—Estoy harta de que me digan lo que tengo que pensar y, desde luego, no acepté el trabajo para que me engañara, ¿lo entiende? —En la comisuras de los labios se acumulaban restos de saliva furiosa—. Así que ahora, señor detective, recojo mis cosas y me vuelvo a mi poco emocionante vida real. Quizás no sea tan interesante, pero al menos no se me deshace entre las manos. Buenos días.

—Siéntate.

Berta se quedó mirándolo. La electricidad de sus ojos se reflejaba en las pupilas opacas de Mejías. Deseó estar lejos de allí, camino de su piso.

—Siéntate. Por favor.

La chica puso los brazos en jarras y torció la cabeza hacia un lado, un atrevimiento impropio de ella. Con la punta del pie derecho daba golpecitos sobre el piso, impaciente.

—Me gustaría aclararte algo, y para eso tienes que escucharme —continuó Mejías—. Si luego quieres irte lo entenderé. Pero ahora, por favor, siéntate.

Berta se acomodó en un silla, empujando sin mirar un montón de vinilos acumulados sobre la alfombra. Las cubiertas se deslizaron unas sobre otras como naipes nuevos hasta el suelo.

—Dos minutos y me voy —dijo la joven—. Adelante.

Con deliberada lentitud, Mejías se arremangó los puños de la camisa hasta los codos. Sujetó el lóbulo de su oreja derecha y tiró de él pensativamente, como si accionase algún resorte oculto. Cuando se volvió hacia la chica, su mirada era sincera y cansada.

—Mira, Berta, el otro día no pudimos concluir nuestra conversación —dijo con voz pausada—. Te pregunté qué significaba el cine para ti, y podría volver a hacerlo ahora. No era ninguna broma. Todo esto, mi trabajo, es de la mayor seriedad; por eso mismo suelo reírme. Lo que sucede cada día al otro lado de esta puerta no es justo o injusto, bueno o malo; eso no son más que categorías inventadas por nosotros. Los seres humanos no sabemos vivir sin nuestros cajones debidamente rotulados. ¿Y sabes por qué? Porque estamos perdidos. Creamos una vida que en realidad no existe, pero también un terreno que pisar con cierta seguridad. Este juego de apariencias nos



conviene; tenemos miedo del vacío de nuestra existencia y esos cartelitos parecen aplacarnos.

Hizo una pausa mientras observaba a la joven. Berta consultó su reloj, impaciente.

—Pero el cine es mucho mejor; es enérgico, intenso —Mejías agitaba ahora las manos de manera apasionada—. En una película, el director formula una promesa de placer a la audiencia. En cambio, la vida real es más bien una sucesión de hechos que apuntan a la decadencia, a la enfermedad y la extinción, son palabras sabias que alguien dijo antes que yo. —Tosió—. He decidido crear mi propia película cada día, utilizando elementos reales que transformo a mi antojo. Por eso este despacho tiene unas tramoyas tan anticuadas, son los únicos mimbres que me parecen auténticos. Lo llevo hasta las últimas consecuencias, porque de otro modo no me parecería verdad.

Berta se levantó despacio, recogió su bolso y caminó hacia la salida, sin mirar al detective. Al pasar junto a los discos del suelo su tacón derecho arrancó un crac lastimero de una de las cubiertas. Ya con la mano sobre el pomo se detuvo, de espaldas, al escuchar de nuevo la voz de Mejías.

—Quizás hubieras preferido lo que tú llamas verdad. Voy a contarte una historia sobre JMAT y los informes que has transcrito estos días. Ese tipo existe, es verdad que viajaba a Rumanía. Es un importante empresario, uno de los que iniciaron negocios en aquellos países del este. Deseaba volver a ver a Dorina, claro que sí. Te contaré el resto: Dorina es una furcia profesional que lo ha estado chantajeando desde hace años. Resulta que JMAT tiene unos apetitos poco convencionales: le gusta que le hagan sufrir, el cuero, las máscaras y que le metan cosas por donde le quepan. Y las jovencitas. Empezó a pagar al chulo de Dorina cuando ella solo tenía ocho años. Lo cierto es que Dorina perdió la inocencia hace mucho tiempo, y decidió convertirse ella misma en empresaria. Así que vino a España para sacarle la pasta al pobre JMAT, pero toda de golpe. Y se lo ha estado trabajando hasta que ese pervertido me pidió que le escondiera su saco de mierda.

Berta miraba las letras invertidas sobre el cristal esmerilado, la mano derecha jugando con uno de sus pendientes. Sin atrever a darse la vuelta.

—Reflexioné mucho sobre si aceptar el caso, pero no tenía elección. La diatriba moral es una estupidez, aun así me costó lo mío. Hubo dos intentos de atrapar a la joven rumana, pero me eché atrás en ambos casos; no parecía el mejor final que ella cargara con todo. JMAT se impacientó y contrató un par de tipos sin escrúpulos ni cerebro en mi lugar. Pero yo no había terminado. Averigüé el encuentro y me hice pasar por un vagabundo, envuelto en cajas de cartón. Dorina vino con su cómplice. Cuando los dos bandos comenzaron a discutir tuve que actuar: me deslicé hasta donde ella esperaba y, sin darle opción, cerré mis galanas en sus muñecas.

Berta frunció el entrecejo tras las gafas, su espalda pareció titubear.

—Galanas —continuó el detective—, así es como llamo a unas esposas que le compré a un policía retirado. El caso es que mientras ella intentaba soltarse me retiré

hacia las sombras y encendí mi megáfono. Solía usarlo en el fútbol, pero a veces da el pego cuando lo necesito. Conecté la sirena, di voces de alarma a la policía y aquellos tipos, que tienen un sexto sentido para escapar de la pasma, estaban ya dos calles más allá antes de preguntarse por qué corrían. Liberé a la chica y salimos a escape. Dorina no colaboró: tuve que amordazarla, atarle las manos y pegarle mi pistola a las costillas. Sí, tengo un arma, aunque la licencia caducó hace un par de años. Qué cabeza la mía.

Tomó aire antes de continuar, observando el cartel de *Casablanca*. Ajeno a la espalda inmóvil de Berta.

—No fue fácil. Todavía me duelen las espinillas por las patadas de aquella gatita. ¿Qué crees que hizo JMAT tras mi éxito? Yo había desbaratado su plan para capturar a Dorina y devolverla a casa, y en lugar de eso la chica había acabado en la policía, aún con la sartén por el mango. Así que con mi dinero JMAT le extendió a la gatita un generoso cheque en el aeropuerto, la embarcó para su país natal y sellaron la paz para siempre. Al fin y al cabo habían sido íntimos. Por supuesto, dentro de dos o tres años Dorina volverá a España, y entonces te enterarás por los periódicos. Esa chica no era tonta —dijo Mejías, mientras se frotaba las espinillas bajo la pernera del pantalón—. JMAT no va a denunciarme, ni yo puedo hacer nada al respecto. Código deontológico, lo llaman en el Colegio de Detectives. Respeto al cliente, confidencialidad y cuatro gilipolleces más para que cualquier imbécil esté tranquilo con su conciencia y con la policía. Qué te parece. Lo mismo prefieres que escriba en los informes lo que tú llamas verdad, quizás me sentiría más orgulloso de lo que hago.

Ahora sí, Berta se volvió. Miraba hacia el suelo con insistencia al regresar a su silla. Alisó los pantalones por las rodillas, se recogió el mechón de pelo detrás de la oreja y habló con un susurro ronco impropio de ella.

—Han sido más de dos minutos.

Mejías asintió y observó a la joven. De pronto le pareció mayor, la madura Berta de dentro de dos décadas.

—Hay cosas que no entiendo pero que quiero comprobar por mí misma. —Levantó los ojos, con los cristales de las gafas reflejando el cuadrado diminuto de la ventana—. Si usted me lo permite.

—Berta, no es necesario que sigas llamándome de usted, es suficiente...

—Usted tiene sus reglas y yo las mías.

Mejías asintió mientras rodeaba la mesa, hasta arrodillarse junto al montón de discos desparramados. Tomó de la alfombra el primero de ellos, el que tan inoportunamente pisara la joven. En la portada y sobre un fondo azul, un músico negro soplaba notas invisibles. Deslizó una mano en la funda y extrajo dos sectores del vinilo con los bordes irregulares. Berta contempló el disco roto y bajó la cabeza, ahora menos valiente.

—Es un precio justo. —El detective mostró la cubierta del álbum que ella había destruido—. *My Favorite Things*, de John Coltrane, 1961. Mi disco favorito.

Berta hundió sus hombros, repentinamente vencida.

—Vaya, yo...

—Tómate la mañana libre, Berta. Demasiadas emociones por hoy, ¿de acuerdo?  
Se levantó para marcharse.

—Descuide jefe, mañana a las nueve en punto me tiene otra vez aquí.

Encontró la pequeña galería de arte casi de noche, encajada en una planta baja de sillares desgastados. La recepción estaba desierta, salvo por una pequeña mesa de mármol sobre la que se apilaban libros de arte y que ocupaba la mitad del espacio. Reproducciones de cuadros clásicos cubrían las paredes hasta las molduras del techo, dejando un mínimo espacio en la pared de ladrillo rojo.

Nadie salió a recibirle. Un rumor de telas procedente del interior llamó su atención y se encaminó hacia allí. Al llegar a la gran sala se quedó sin aliento en la puerta, tambaleándose sobre sus pies.

Cuando más tarde trató de razonarlo, dedujo que el mareo se había debido a la agresiva mezcla de trementina y aguarrás que impregnaba el aire. No fue hasta mucho después, una vez todo hubo terminado, cuando reconoció como causa de su impresión la espalda de la mujer sentada frente al gran lienzo. Vestía un jersey negro muy fino de cuello vuelto, que acentuaba sus formas cuando se inclinaba sobre la pintura con el diligente brazo arremangado bajo el codo. Desde su cabeza se derramaba un río de rizos naranjas, contenidos por una heroica goma elástica.

—¿Le gusta lo que ve?

Era una voz inusualmente grave para una mujer y contenía un punto de sarcasmo. Mejías ignoraba si se refería a ella misma, al cuadro abstracto que pintaba o al resto de obras que colgaban en la galería. En las paredes se agolpaban, formando un abigarrado *collage*, decenas de óleos terminados o en proceso; algunos tan grandes y terribles como camastros revueltos, otros parecían diminutas ventanas a mundos olvidados en aquel taller. En el espacio central se acumulaban las herramientas de trabajo, demasiadas para que el detective pudiera extraer conclusiones del apresurado inventario.

Mejías se ahogaba por momentos. Tras inhalar una descarga del ventolín tosió una, dos veces, mientras la mujer continuaba su tarea. Intentó fijarse en el cuadro, inventar algún comentario ingenioso para iniciar la conversación. Solía funcionar: empieza con algo que le guste. Halágala, sin exagerar; que vea que aprecias sus habilidades, rompe esa primera trinchera.

Sabía poco o nada de arte contemporáneo, así que continuó mudo demasiados segundos. No había venido a hablar con la ayudante de la rica heredera, por muy prometedora que fuese su espalda.

Al fin pudo articular las palabras, entre amagos de tos.

—Vengo a hablar con la dueña, Ángela Dugo-Esrich.

—No se preocupe, saldrá enseguida —respondió la mujer con seguridad—. Espere en la entrada, si no le importa.

Mejías regresó a la sala anterior y tosió con fuerza contra un pañuelo. Una vez recuperado, pudo reconocer algunas imitaciones de obras conocidas: la Mona Lisa de Leonardo, o un atardecer de Monet, o un café de Van Gogh. En otra pared se apilaban obras más modernas. Notó un peso en los hombros y resistió la tentación de sentarse, pues se arriesgaba a cerrar los ojos, y estaba tan cansado. Hubiera deseado encontrar un retrato de la bella Gene Tierney sobre la chimenea, echarse una cabezada a sus pies y despertar con Laura levantada de entre los muertos, como en aquella película de Otto Preminger. Precisamente porque ese era su deseo no estaba preparado para lo que sucedió después.

Contemplaba el suelo, cuando los pasos cruzaron el pasillo precedidos por una voz:

—¿A quién tengo el honor de recibir?

Mejías alzó la cabeza con una agudeza entre los dientes, que se convirtió en aire cuando la vio. En actitud despreocupada, la mujer extrajo un cigarrillo de su pantalón y se lo encendió hacia un lado con un mechero cromado. Era la misma mujer. Todavía llevaba el jersey arremangado y sobre los hombros resaltaban salpicaduras de pigmentos. Parecía mayor y más delgada de lo que esperaba, pero eso solo removió algo dentro de él. Su cuerpo se cimbreaba con ondulaciones pausadas y, al hacerlo, una larga cadena de plata posaba el guardapelo de su extremo en uno u otro lugar del busto pequeño pero enhiesto. Mejías deseó ser ese colgante. Ella se había desatado la goma elástica y los rizos naranjas saltaban inquietos en todas direcciones. Recordó la palabras de Seb: «así llamo a mi hermana Ángela, solo para tomarle el pelo». Carlota, zanahoria en valenciano. Una broma a su altura. La mujer tenía la cara alargada y llena de pecas, con los ojos turbios, casi grises, como olas asaltando la playa en una tarde de otoño, entre el viento y las cometas. No debería fijarme tanto, pensó Mejías. El detective sintió que se movía a cámara lenta, como en uno de esos *flashbacks* con violines de fondo. Profesional, se dijo, eres un jodido profesional. Demuéstralo.

Carraspeó para librarse del sabor a plástico en su boca.

—Creía que aquí no se podía fumar. Ya sabe, la pintura puede estropearse y todo eso.

Ángela lo miró fijamente por primera vez. Dio una calada al cigarrillo.

—Claro. —Exhaló con rapidez una nube de humo—. Pero, ya sabe, usted no ha venido a comprar ningún cuadro, ¿verdad? Y todo eso.

El detective encajó el golpe con deportividad. Acostumbrado a llevar la iniciativa, notaba que este iba a ser un partido distinto.

—Quizás deba preguntarle a su padre si eso entra dentro de mis obligaciones.

Ángela tomó entre sus dedos la cadena de plata y se acomodó tras la mesa de mármol, ofreciendo asiento al detective.

—Me llamo Mejías y soy detective privado. —Mejor empezar por la rutina—. Su padre me ha contratado para...

—Ya, ya —le cortó ella con rapidez—. Ahórrese el resto del cuento. Ahora me contará que mi hermano Arturo quiere implicarme para que papá me desherede, ¿me equivoco?

—No mucho, ¿cómo lo sabe?

—Me lo dijo un pajarito.

—¿El pajarito que sale en la tele?

Ella dio otra calada y meneó despreocupadamente la cabeza. Se recostó sobre el respaldo de la silla giratoria y sostuvo con una mano el codo del brazo que empuñaba el cigarrillo. Envueltos en volutas grisáceas, los ojos de Ángela Dugo-Esrich miraban al detective con curiosidad. Tras un silencio largo, Mejías carraspeó, incómodo.

—¿Y qué más le ha dicho ese pajarito?

—No sé si quiere saberlo.

Entre los labios llenos y rosados entreveía un destello de marfil. La anticipación de una broma privada.

—Descúbralo usted misma.

Ángela dejó que la ceniza se consumiera en la punta del cigarrillo antes de responder.

—Muy bien, me han dicho que un tipo bajito y enclenque, de lengua vivaz y ojos despiertos, ha estado en casa de mi padre jugando a detectives, con su gabardina Bogart y su libretita para apuntar gilipolleces. —Jugueteó con el guardapelo entre los dedos, volvió a soltarlo, dejando que sus palabras tuvieran el efecto deseado—. ¿Cómo dijo? Un payaso pretencioso salido del cine negro. —Una nueva pausa, antes de volver de nuevo a sus ojos—. ¿Qué le parece?

Mejías tuvo que admitir que le importaba mucho menos la opinión de la familia que la mirada lánguida y brumosa de Carlota. Hubiera soportado horas de insultos si fueran esos mismos labios quienes los pronunciaran.

—Me parece que su informador es buen fisonomista pero mal psicólogo. Gracias a esos tipos que me menosprecian consigo muchas veces salirme con la mía. —Entrecerró los ojos—. Lo que no me ha dicho es lo que piensa usted.

Ángela soltó una breve risa, que voló hacia él entre jirones de humo.

—Verá, no creo que mi opinión sea relevante. Soy mujer, la menor de cuatro hermanos. Estoy acostumbrada a que nadie me preste demasiada atención.

—Discúlpeme, pero creo que usted es de las que no dicen toda la verdad, o todo lo que piensan. Y entonces, ¿cómo podré fiarme de sus palabras?

—Usted es el profesional. Yo solo soy la rica heredera, desesperada y solitaria.

Habían llegado a un punto muerto, aunque Mejías experimentó cierto placer en alargar la conversación. Quizás mutuo.

—¿Por qué se dedica a esto? —preguntó el detective.

—Explíquese.

—Bueno, pensaba encontrármela en traje de chaqueta llegando tarde a la oficina familiar, ya sabe, a ver si sus millones siguen bien. —Mejías fingió observar los cuadros de la pared—. Un chófer amable y pulcro, un despacho con buenas vistas, un joven secretario ansioso por complacerla, no sé, quizás son solo fantasías de detective, pero al fin y al cabo ustedes, los que tienen la vida solucionada, no juegan al mismo juego que el resto de los mortales.

Ángela lo miró con un asomo de irritación, aunque cuando habló su voz expresaba la misma abandonada indiferencia del principio.

—¿Decepcionado, entonces?

—En absoluto, pero quisiera comprobar algunos datos. Usted dispone de un seis por ciento de acciones del Grupo Dugo-Esrich y no forma parte del Consejo de Administración, aunque tiene derecho a...

—Ahora es usted quien se arriesga a decepcionarme.

—Yo no pretendía...

—Oh, claro que sí. —Ángela apartó el aire en torno a sí con apesadumbrada indiferencia—. Lo lleva escrito en la cara desde que ha entrado. Usted espera una mujer embrutecida por el *glamour* familiar, malgastando su patrimonio mientras juega a tener un negocio entre pinturas olvidadas.

—Pero usted podría tener ese despacho si quisiera.

—Mi padre siempre se tuvo por un hombre muy moderno, ¿sabe? Hace más de veinte años me mandó a Italia para estudiar Bellas Artes, solo para contentarme. Pensaba que esas largas vacaciones aplacarían mi vertiente lúdica, y que luego me convertiría en la novia perfecta de algún abogado o banquero de la nueva escuela. Me inscribió en la NABA de Milán, un selecto instituto donde formarme como diseñadora de moda para la gente guapa valenciana. Ese era el gran plan de papá, pero a los dos meses me largué a Florencia con el dinero, compartí piso con un guapo pintor danés y durante unos años me dediqué a vivir la vida disoluta que mi padre nunca habría aprobado.

—Continúe, por favor —la voz de la heredera denotaba asuntos pendientes en cada sílaba.

—En Florencia descubrí, si me permite la cursilería, el verdadero arte. Mis amantes fueron pintores, escultores, músicos: hombres y mujeres que me enseñaron lo que no se aprende en las luminosas academias. —Mejías se encogió ante la apasionada declaración—. Cuando mi padre descubrió mis correrías, envió a Fidel hacia Italia para traerme de vuelta. Ya en Valencia intentó que dirigiera la cadena de trajes de novia que poseemos en Guillem de Castro. ¿Se imagina? La libertina hija menor, la eterna soltera bisexual, al frente de la industria del casorio para la gente bien de la ciudad. Tras dos o tres intentos similares, mi padre tuvo que rendirse. Era demasiado mayor para perseguir a su rebelde hija por los bohemios garitos de mis amigos. Bufones gafotas, los llamaba mi hermano. Y, ¿sabe?, en el fondo tiene razón:

la industria de la apariencia está en cada piedra de esta ciudad, pero al menos mis amigos son más divertidos que aquellos fantoches con traje y corbata que trataban de impresionar a mi padre con el futuro que podían ofrecerle a su heredera.

Aplastó la mitad del cigarrillo contra el cenicero, como si se tratara de algo más que de un simple cilindro de alquitrán y nicotina. Cuando alzó la cabeza, sus ojos volvían a estar vacíos.

—Tengo esta galería porque es lo que quiero hacer —dijo Ángela—. Aquí tengo mi mundo lejos del ruido de ahí fuera.

Mejías dejó una pausa tras aquellas palabras. Una simple muestra de respeto, se dijo, nada personal. No te emociones.

—Y usted pinta —aventuró el detective.

—Si a esto le llama pintar, sí.

—Bueno, a mí me parece muy competente.

Ángela rio con ganas, una carcajada que le hizo echar la cabeza hacia atrás, sacudiendo los rizos naranjas y adelantando el mentón.

—Su sentido de la cortesía es competente. Verá, yo pinto reproducciones de cuadros famosos para ignorantes con billeteras de plata, que solo quieren hacer bonito en su salón o en el despacho, para que sus compis del club de golf vean lo estilosos que son. —Entre el índice y el anular de su mano derecha liaba uno de sus tirabuzones naranjas—. Fíjese bien. Debe saber que el arte, ese que los pedantes escriben con mayúscula, ya no es lo que la gente supone. La belleza clásica quedó atrás hace al menos cien años. La fotografía y el cine plasman la realidad, por lo que el arte se dedica a otros menesteres. Para entender esos menesteres deberá acudir a costosos seminarios o compartir mesa y mantel con cuatro ambiguos culturetas que desprecian los principios renacentistas y abrazan memeces como la libertad de expresión interna o el diálogo objeto-observador. Y las *performances*, sobre todo las *performances*. En resumen, antes el arte era algo de lo más concreto y ahora, por oposición, es tan libre que no es nada. En los urinarios públicos de cualquier cafetería de barrio hay tanto arte como en esta galería.

Mejías se revolvió en su silla, animado. Adoraba a esta mujer.

—Sin embargo, usted pinta —repitió.

—Esto es un negocio. Yo practico cierto tipo de prostitución; me pagan por falsificar, por hacerles a mis clientes lo que mis colegas más respetables no harían nunca. Algo parecido a su trabajo, si no estoy equivocada.

—Tiene usted razón. —El detective se rio con ganas—. Somos un par de putas con estilo. Cada una en su esquina, eso sí.

Ángela lo miró con ternura, como a un niño pequeño que trae sus primeras notas del colegio a casa.

—Le diré algo —continuó la heredera, divertida—. Pinto reproducciones de cuadros famosos, pero mis clientes ignoran las licencias que me permito para demostrarles su estupidez. ¿Ve ese cuadro? Es una buena copia de un Pollock, aunque

Pollock no usaba pinceladas, sino que arrojaba gotas de pintura con palos o con sus dedos sobre el lienzo tumbado en el suelo. Pero a mis clientes solo les importa recitar que se vendió en Harrott's por ciento cuarenta millones de dólares. Otro ejemplo: el original de ese Turner de allí es en realidad dos veces más grande que el que yo he pintado. Aunque esos detalles no les importan, ¿entiende lo que le digo?

Me alegra que me haga esa pregunta, parecía decir Mejías, de verdad que me alegra; porque él sí lo entendía.

—Es extremadamente interesante, de veras. —Carlota lo miró buscando un resquicio de burla. El detective metió una mano en la gabardina—. Pero si no le importa, saco mi libreta de apuntar gilipolleces y jugamos un poco a polis y cacos. ¿Dónde estaba usted el miércoles pasado, entre las once de la noche y las siete de la mañana?

—En el mismo sitio que le dije al tipo que vino a interrogarme. En mi casa y durmiendo. Pero sin duda usted ya habrá leído ese informe.

Mejías levantó la cabeza de su libreta.

—¿Un tipo? ¿Quiere decir que no era agente de policía?

—Dijo que era subinspector, aunque no iba uniformado. Un individuo alto, grasiento y zalamero, con un bigotito bajo la nariz y ademanes de gran hombre. No dejaba de mirarme el culo y era bastante molesto en sus insinuaciones.

—Es posible que su padre siga moviendo los hilos. Parece describir a Ezquerro, uno de los hombres de Ramírez. Y eso significa problemas.

Ángela tomó de nuevo el guardapelo de plata y con el pulgar recorrió los grabados de la superficie, como si pudiera leer en ellos un código secreto.

—Usted cree que tuve algo que ver en el robo, ¿verdad? Ni siquiera sé qué se llevaron.

—No me está contando la verdad. Ya me dirá cómo podemos confiar el uno en el otro.

La heredera permaneció en la silla mirándolo con intensidad.

—¿Y qué puede usted ofrecerme, detective...? —dijo Ángela.

—Llámeme Mejías, si no le importa.

—¿Y qué puede usted ofrecerme, Mejías, al margen de una investigación condenada a la manipulación o al fracaso? —preguntó la heredera, mientras enroscaba otro tirabuzón naranja—. Está contratado por mi padre o, lo que es lo mismo, bajo el ala de mi hermanito Arturo. Estamos empatados a confianza, ¿no cree?

El detective endureció la boca y contempló la bruma grisácea de la mujer. Profesional, Mejías, lo estás haciendo muy bien.

—Ya le he dicho que soy una puta —dijo mientras guardaba la libreta en la gabardina—, pero en mi esquina las reglas las pongo yo. Me importan muy poco los líos de su familia. Tengo un caso y normalmente los resuelvo. Así que ayúdeme o échese a un lado, señorita.



Se arrepintió enseguida de su última palabra. Adiós a la posibilidad de aparcarse un rato la profesionalidad en brazos de Carlota, se dijo. Si es que te puede el ansia, Mejías, qué duro eres. Bogie debería sentirse orgulloso de ti.

Ángela se acercó a una de las estanterías. Allí había otro paquete de tabaco, idéntico al que descansaba aún en la mesa. La mujer desenvolvió el precinto de celofán y extrajo un cigarrillo.

—Sin acritud —dijo, con el cigarrillo en la boca. Se tanteó las caderas buscando un mechero—. Es usted un payaso, pero a lo mejor es un payaso competente. Lo veremos.

—¿Qué me puede decir del Rey Arturo? —preguntó Mejías—. ¿Controla él la empresa o es su hermano Arturo quien lo hace? ¿Quién toma las decisiones?

Ángela encontró por fin el mechero, justo cuando el detective lamentaba no llevar ninguno. Lo encendió con rapidez, y la llama azulada estuvo a punto de posarse bajo los tirabuzones anaranjados. Inhaló una calada de alquitrán y la expulsó hacia el detective, sin esconder su ira.

—Lo mejor que puede hacer, señor Mejías, es abandonar el caso. Esto le viene grande. —El guardapelo bailaba en su pecho con cada movimiento de su cuerpo—. Mi padre controla la ciudad con una mano atada a la espalda, y mi hermano Arturo ejecuta operaciones que usted ni siquiera sospecha. Invente un pretexto y retírese, cualquiera podría aplastarlo con un dedito así de pequeño. —Hizo un gesto con la mano—. Sin esfuerzo.

—Quizás me han contratado por eso. Porque saben que no me dejaré aplastar.

—Es usted un cabezota.

—Hábleme del próximo encuentro familiar. Dentro de una semana, ¿no es cierto?

—Oh, sí, el apasionante bautizo del cuarto Arturo.

—¿Cómo dice?

—Arturito, el aprendiz de chulo hijo de mi hermano Arturo, nos ha hecho tíos con un hermoso varón. Lo del nombre ha sido por completar la dinastía.

—Y usted asistirá, claro.

Ángela lo miró como si acabara de reparar en su presencia.

—Usted no se entera de nada. Es un acto familiar, los Dugo-Esrich al completo, del primero al último. Ni amigos, ni curiosos, ni prensa, tan solo los leones, las hienas y los malabaristas, todos a la vez en la pista central. —Exhaló una bocanada amarga—. Además, cómo no voy a ir. Soy la madrina.

—Son una familia singular, eso lo reconozco.

—Si la sangre obliga, la nuestra más. Usted sangra en rojo, pero yo lo hago en un color más brillante. Para bien o para mal.

—Para mal, imagino.

—Esta familia es mucho más que un puñado de tópicos —se recostó de nuevo contra el respaldo—. Le haré un resumen: mi hermano Arturo no es más que un mafioso cruel, como los malos de las películas malas. Seb es un chulo profesional,

que vendería el alma de nuestra difunta madre para tirarse a un par de modelos adolescentes. Martín se ha quedado toda la decencia de la familia y también toda la simpleza y así le va, en manos de otros. Y mi padre... —Dio una larga calada al cigarro, la brasa se avivó hasta que un suspiro jaspeado por las volutas reanudó su viaje por la habitación—. Mi padre, señor Mejías, es otra cosa. Fue un tipo especial pero se está muriendo. Hay algo más en todo esto. Algo que lo está matando.

—¿Algo sobre el pasado?

—Habíamos quedado en que yo era la puta que pinta y usted la puta que investiga.

Mejías contó hasta diez, sin apartar la vista del guardapelo de plata.

—¿Qué pinta Carlota en todo esto?

Por un instante, apareció una expresión vulnerable en los ojos turbios de Ángela. Al fin sonrió, observando el Pollock de la esquina y sus equívocas pinceladas cruzándose en todas direcciones.

—Carlota pinta menos de lo que quisiera, se lo aseguro.

Mejías decidió que era el momento de marcharse. Dejó su tarjeta sobre la mesa, mientras ideaba una salida digna: seguiremos en contacto, señorita, llámeme si recuerda cualquier cosa, estaré encantado de repetir esta charla con usted, pero no eran más que fórmulas para aumentar el ridículo. Observó los cuadros abstractos tras el escritorio.

—Curiosos rectángulos llenos de manchas, ¿verdad?

—Ah, sí —dijo Ángela con desprecio—, mi proyecto estrella en este momento. El mayor timo por encargo, ¿puede creerlo? La serie de los pigmentos: blanco de titanio, amarillo cadmio, carmín de garanza, azul ultramar, Siena tostada. Y negro de marfil. Un montón de cuadros encargados por el cretino de mi hermano Arturo.

## 7 El bello hueco en la amplia bahía

«Veo que te estás fijando en mis manos... ¿quieres que te cuente la historia de la mano derecha y la mano izquierda?... aquí está escrito odio... aquí está escrito amor...».

*La noche del cazador, 1953*

**D**esde su escritorio, Mejías podía oír el retintineo continuo y monótono de la Olivetti. Berta se había convertido en toda una experta, se dijo, mientras la joven tecleaba incansable el informe que le había entregado esa misma mañana:

*Informe n.º00358 del Colegiado n.º 829*

*TIP. n.º 5178, Vicente Mejías Alcaraz.*

*Valencia, a 16 de diciembre.*

*El pasado día 14 acudí, acompañado por mi ayudante Berta Valero, al estudio de televisión para entrevistarme con Sebastián Dugo-Esrich, tercer hermano en orden de sucesión de la familia. Mi ayudante consiguió distraer con su brillante conversación a varios miembros de la cadena televisiva, momento que aproveché para escabullirme entre los focos del plató y acceder al camerino privado de mi objetivo. Sebastián se mostró huidizo y ambiguo. Me parece un sujeto imprevisible.*

*A nuestro regreso estábamos inmersos en un atasco cuando mi ayudante, con gran perspicacia, observó que nos seguía otro vehículo. Yo ya me había dado cuenta previamente; le dije que lo mejor era no hacer nada. Al fin y al cabo, uno tiene que estar dispuesto a no ponerse nervioso por minucias, si no quiere acabar perdiendo la cabeza.*

*Berta me miró con desafío y añadió que no iba a permitir que nadie nos siguiera. Engranó la marcha con decisión y el deportivo que conducía saltó hacia delante, cambiando de carril una y otra vez, hasta que creímos haber dado esquinazo a nuestros perseguidores. Una vez en las inmediaciones del río, Berta me dijo que me agarrara, pues iba a realizar una maniobra peligrosa. Peligrosa, pensé yo, si llevamos dos kilómetros de infracciones a nuestras espaldas. En todo caso, me preparé para un impacto seguro. Berta vio un hueco entre dos vehículos más adelante, apoyó la rueda delantera*

*izquierda en el bordillo de la acera y el coche se puso a dos ruedas. Y así, de perfil, pudimos pasar por el reducido espacio que nos cerraba la huida. Nuestros perseguidores intentaron imitarnos, con resultado adverso: su deportivo golpeó a los dos vehículos que le precedían y voló por encima de sus capós para dar no una, ni dos, sino tres vueltas de campana antes de estallar en una enorme bola de fuego.*

*Quise bajarme para comprobar si había heridos de gravedad, pero Berta insistió en que siguiéramos. Alguien cuidará de ellos, me dijo, y además han tenido suerte de estrellarse en las mismas puertas del hospital. Ella tenía razón.*

*Al día siguiente entrevisté en su galería de arte a Ángela, el último miembro de los Dugo-Esrich que aún no conocía. No aportó nada relevante a la investigación.*

Una vez concluyó la copia, Berta entró en el despacho con el papel mecanografiado en su mano.

—Perdone, ¿no se ha pasado un poco? Me dijo que intentaba crear una realidad mejor, pero esto...

—¿No te gusta?

—No es eso, me agrada el protagonismo, aunque le reconozco el retintín. Pero es que el desvarío no tiene nombre —dijo, agitando la hoja en el aire—: es una locura. En fin, podrían demandarle por esto, está usted acumulando delitos, uno tras otro.

Mejías apoyó los codos sobre el escritorio y se inclinó hacia delante.

—Lo hago para protegerte —dijo el detective.

—No lo entiendo.

—Nadie que lea ese informe creerá una palabra, y menos si saben que lo escribí yo. Así que lo de tu accidente en el río es agua pasada, perdóname el chiste.

—Perdón, ¿cómo dice? —La joven puso los brazos en jarra—. ¿Mi accidente? Si fue usted quien...

—Ya sabes, sobrepasar los límites de velocidad, conducción temeraria, renuncia de auxilio, etcétera. Has acumulado delitos, uno tras otro. —Le guiñó el ojo—. Tuvimos suerte de que la policía no estuviera cerca, pero quién sabe, quizás exista alguien más en Valencia capaz de recordar una matrícula.

Berta ignoró el sarcasmo.

—Si está tratando de asustarme...

—¿Olvidando tan rápido las reglas, Berta? Recuerda, regla número ocho: confía siempre en lo que yo te diga.

—Es usted un tirano.

—Me halagas.

—Y también un poco tonto. Si no quiere contarme lo que ha hablado con la hija de Dugo-Esrich, adelante, pero es obvio que le gusta.

Mejías sacudió la cabeza, como un boxeador que encaja un golpe imprevisto.

—¿Qué?

—Soy joven, pero también mujer, y estas cosas las huele una a distancia. Tanto hablar del accidente, tanto que si su intrépida ayudante, que si patatín, que si patatán, pero cuando llega a Ángela, ni una palabra. —Se dio unos toquitos en la nariz—. Para mí que le gusta esa chica. Como dice mi tía Marina: si el pastor habla de oveja ajena es que ya piensa en su lana.

Mejías comenzó a ordenar los lápices desplegados sobre el escritorio.

—No es una chica.

—Me lo imagino, seguro que es un adefesio que pesa ciento cincuenta kilos. —Se volvió hacia la puerta pero recordó algo—. En cuanto a lo de ayer, ¿debo tener alguna precaución especial? Se lo digo por mis compañeras de piso.

El detective abrió uno de los cajones para introducir el cortaplumas, la lupa de aumento, el ventolín.

—Cuanto menos sepas más segura estarás. —Observó cómo Berta se estremecía—. No te preocupes, no tenemos un verdadero caso. Han entrado en casa de Dugo-Esrich y ha habido denuncia, pero no robo. El hijo mayor del Rey Arturo quiere desacreditar a sus hermanos, aunque no está claro cómo. Es decir, nada de asesinatos, ni ráfagas de ametralladora a la luz del día o encuentros nocturnos en el puerto. La realidad no es tan interesante, ¿recuerdas? Por eso la novelo.

—La realidad es un asco, ¿a que sí? —dijo la joven, y en su tono había de nuevo censura.

Mejías observó la superficie del escritorio, despejado de objetos personales.

—¿Sabe? No espero que entienda este *quid pro quo* —continuó Berta—, pero no solo estoy aquí porque necesite el dinero o porque el trabajo pueda ayudarme en mi carrera de periodismo. En algo somos iguales: los dos hemos tropezado con mala gente y nos hemos visto solos. Pero no juegue conmigo, yo no soy tan dura como usted.

La muchacha se interrumpió al darse cuenta de adónde llevaba la conversación y agitó la página mecanografiada en el aire con una sonrisa.

—No se lo creerá, pero ya tengo ganas de ir al Colegio de Detectives para reírme yo de ellos. Es buen material. Lo mismo tendría que hacerse novelista.

—Gracias, Berta —dijo el detective, tan bajito que probablemente ella no pudo oírlo.

—Es que es la monda —decía la chica ya desde el vestíbulo—. El coche se pudo a dos ruedas, já. A Nuria le va a dar un ataque cuando lo lea...

La puerta se cerró y el detective se quedó solo de nuevo, con la mesa ordenada y los cajones repletos; con sus pósters, el *whisky*, los vinilos, las cintas de VHS.

Repasó lo que sabía hasta el momento. Un robo que no era un robo. Una familia que ocultaba información. Unos hermanos que no se fiaban entre ellos. Y, como escenario, lo de casi siempre: dinero, poder, corrupción. El lado amable de la vida.

Cuando llegó al domicilio de Martín Dugo-Esrich, le extrañó la falta de ostentación de su vivienda. Se trataba de un edificio en la acomodada zona de Blasco Ibáñez, eso sí, pero al fin y al cabo una vivienda como la de otros miles de valencianos. Martín había accedido por teléfono a citarse a media tarde. Si crees que puedo ser de utilidad, Mejías, tendré mucho gusto en hablar contigo, le había dicho, y aquella cercanía contrastaba con la actitud del resto de la familia.

Una mujer desconocida le abrió la puerta. Era alta y conservaba restos de modesta belleza, el pelo negro recogido tras la nuca. Con una sonrisa beatífica le invitó a entrar.

—Bienvenido, señor Mejías, le estábamos esperando —dijo la mujer, mientras le acompañaba por el pasillo—. ¿Qué le apetece? ¿Té, un refresco, algo de picar?

—Muchas gracias, solo venía a ver a Martín... —respondió el detective.

El hermano de Arturo Segundo apareció para estrecharle la mano. Se trataba del mismo hombre inseguro que había conocido en el domicilio del Rey Arturo, que ahora se encontraba en su territorio. La estancia estaba elegante y limpia, una biblioteca donde se ha hecho un hueco para poder vivir. El olor a papel parecía incienso, había múltiples anaqueles repletos de volúmenes, de las paredes colgaban pergaminos, escudos de familia, cuadros de buen gusto. Quizás los hubiera pintado Ángela, recordó con una involuntaria punzada.

—Veo que ya conoces a Clara, mi mujer —dijo Martín, mientras su sonriente esposa regresaba del mueble bar con una botella—. Creo que te gustaba el *whisky*, ¿verdad?

—No me digas que eso es un Laphroaig de diez años.

Martín pareció contrariado.

—Guardo esta botella desde hace tiempo y pensé...

—Esto es un buen presagio. —Mejías recogió la botella con respeto y la alzó entre sus manos, poniéndola a contraluz—. Oro puro, procedente de las costas rocosas de la magna Escocia, en una isla de clima atroz, donde prefirieron destilar *whisky* a criar ganado. Esto, amigo Martín, hace que tu casa brille con más fuerza.

—Me sorprende esa proclama.

—Si aspiras el aroma —continuó el detective, con arrebatado fervor—, te recuerda lo que pensaron las autoridades americanas durante la ley seca. Su fragancia a yodo les hizo creer que se trataba de una milagrosa medicina. Lo creas o no, fue de los pocos *whiskys* legales durante la prohibición, así que no es descabellado pensar que el mismo Humphrey Bogart lo probara entonces. Que fuera su bebida habitual, su limonada. Laphroaig significa en gaélico: el bello hueco en la amplia bahía.

Carraspeó un par de veces.

—Pero como sabrás no he venido aquí a beber, aunque no es la peor excusa que conozco.

—Pues adelante —asintió Martín.

Mejías sacó la libretita negra y un pequeño bolígrafo y adoptó la distancia suficiente para realizar sus preguntas. Si es que ese *whisky* lo volvía loco.

—El *dossier* que me entregaste no explicaba cómo dejaste tu plaza de profesor en la Universidad.

—Era profesor de Historia Moderna —dijo con una mueca de fastidio que no pasó inadvertida para el detective—. Hace siete años mi hermano Arturo me pidió que le ayudara con la empresa; nuestro padre acababa de retirarse y el Grupo Dugo-Esrich se reorganizaba. Mi padre fue nombrado Presidente Honorífico, mi hermano tomó el control operativo de la compañía y yo me convertí en su consejero adjunto. En nuestra familia la tradición es no fiarse de los de fuera. Lo habrás notado.

—Por supuesto —dijo Mejías, y levantó la cabeza de su libreta—. Pero ¿cuál era esa misión tan importante que debías asumir?

Martín forzó un gesto afable, aunque embarazoso. En ese momento, Clara traía un bol de aceitunas y pan tostado con queso fresco.

—Os he preparado unos aperitivos, por si tenéis hambre —dijo alegremente la mujer—. ¿Se quedará a cenar, detective?

—Me temo que no, gracias.

Una vez Clara los dejó solos, Martín continuó en voz algo más baja.

—Me necesitaban para la administración y tesorería. Me encargué de esos detalles que resultan tan gravosos a los hombres de carácter. Yo no valgo para reuniones y comidas donde se finge un compadreo que saque la mayor tajada posible. Todo eso me hace sentir incómodo y se lo dejo a mi hermano.

—Algunos lo llamarían tener vergüenza —afirmó Mejías.

Martín rio, de forma sorprendentemente jovial.

—Lo mío son los números, las leyes, me gusta organizar. Soy licenciado en Historia, pero también en Empresariales. —Tosió brevemente—. No hay mucho más. Mi hermano necesitaba una mano derecha, él tiene dos izquierdas y de eso va sobrado.

Mejías dejó su libreta para sostener el vaso de Laphroaig. Lo pasó bajo la nariz y entrecerró los ojos, asintiendo.

—Ya que no me dices mucho de la empresa, quizás puedas contarme más sobre los Dugo-Esrich.

—Podría, de hecho la historia de nuestro apellido ha sido uno de mis pasatiempos, aunque no creo que te interese oírlo. No tiene relación con el caso.

El detective se echó un par de dedos más de Laphroaig. Quizás se quedara a cenar, después de todo.

—Me interesa cualquier cosa referente a tu familia. Además, te habrás dado cuenta de que compartimos cierto interés por el pasado.

Martín sonrió con placer, contemplando los antiguos escudos heráldicos. Mejías podía imaginárselo sobre una tarima universitaria.

—Tenemos que retroceder hasta el reinado de Carlos III; en aquella época, Sierra Morena se había convertido en un lugar peligroso, nido de bandoleros, ladrones y salteadores de caminos. A nuestro monarca se le ocurrió fundar nuevas colonias para defender el camino entre Sevilla y Madrid. Hablamos de 1767, cuando las colonias eran un asunto transoceánico y lejano.

—Resulta una idea extraña, la verdad.

—Para ellos solucionaba varios problemas de un plumazo: repoblar la zona y mejorar la situación de los caminos. Los ministros del Rey, con Campomanes a la cabeza, pensaron que un puñado de alemanes, suizos y austriacos, voluntariosos y trabajadores, servirían de inspiración a los españoles, en los que no confiaban para tales fines. Sin ausencia de motivos, diría yo.

—Algunas cosas no han cambiado —sonrió el detective—. ¿Y qué sucedió?

—Al fin, cientos de ilusionados colonos arribaron a aquellos solares de la España bandolera, con la promesa de una tierra fértil y rica. Entre ellos se encontraba la familia encabezada por Andrés Dugo, súbdito italiano de la diócesis de Como, a tiro de piedra de la frontera suiza. Con él venía su esposa Bernarda y sus hijos Domingo y Margarita. Fueron los primeros Dugo que pisaron territorio español.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con vosotros? Creía que vuestro apellido era compuesto.

—Discúlpame, suelo enredarme en lo circunstancial. —Tomó aire para continuar—. Pues bien, los Dugo fueron destinados unas tierras pedregosas entre Córdoba y Écija, conocidas como el Desierto de La Parrilla, a la aldea que bautizaron con el nombre de Fuente Carreteros. La llegada de los colonos en medio del invierno debió ser dura; debido a la poca previsión, las viviendas de los colonos no estaban aún terminadas, así que amontonaron provisionalmente a cientos de ellos en barracones de madera. Las fiebres tercias castigaron a los colonos, quienes por otro lado ya empezaban a recelar del paraíso prometido que no veían por ninguna parte. Luego llegó el verano al Desierto de la Parrilla y, con él, el verdadero desastre. Los trabajos bajo el sol abrasador, las terribles condiciones higiénicas de los barracones provisionales, todo estalló aquel verano para diezmar la población de Fuente Carreteros y las aldeas adyacentes. —Martín extrajo un grueso volumen del estante y encontró la página con rapidez—. Los cronistas de la época, y cito literalmente, nos dicen que se produjeron tantos muertos que no cabían en el camposanto. Hasta nombraron un médico para... —Martín se interrumpió de pronto—. Vuelvo a divagar, tendrías que verte la cara.

Martín se levantó del asiento y permaneció junto a la ventana.

—Previendo el fracaso del proyecto —continuó—, los ilustrados decidieron que cierta mano de obra española completara las vacantes de muertos o inútiles, como estaba previsto en el Fuero de las Nuevas Poblaciones. Aquello pervirtió el sentido inicial del proyecto y los españoles se convirtieron en mayoría. Ante la perspectiva de vivienda gratis, trabajo y sueldo asegurado, cientos de voluntarios emigraron desde



Aragón, Cataluña o de la propia Andalucía hasta aquellas tierras. También desde Valencia: una de esas familias fueron los Escrich.

El profesor de Historia contempló a su oyente con preocupación. Mejías apuró otro trago de *whisky* y dirigió un gesto cómplice hacia el borde del vaso.

—Tranquilo, Martín —dijo el detective—, es imposible que me estropees esta copa. Tú sigue, ya te pararé yo.

Martín sonrió con timidez.

—Ahora se pone interesante. Desde el principio la relación entre ambas familias empezó con mal pie. Los Dugo eran extranjeros que hablaban una jergonza mezcla de italiano, alemán y francés, y solo conseguían hacerse entender con los españoles tras grandes esfuerzos. Los Escrich fueron asignados al terreno contiguo, que entonces se denominaban suertes. Cada familia poseía un cerdo, cuatro pollos y tres cabras, lo que convertía esos animales en una pequeña fortuna andante. Un día, el cerdo de los Dugo penetró en la suerte de sus vecinos, donde devoró media plantación de nabos y cebollas hasta desplomarse muerto. Cuando los Escrich encontraron al animal comenzó la reyerta. Las acusaciones eran mutuas y se culpaban entre ellos sin entenderse, hasta que tuvo que intervenir la autoridad oficial.

—Menuda historia —asintió Mejías—. ¿Cómo quedó aquello?

—Construyeron un muro de adobe para separar ambas suertes, el único en aquellas colonias antes de la guerra de la Independencia contra los franceses. Fue solo el principio. Domingo, el hijo mayor de los Dugo, tenía dieciséis años y era como su padre: alto, rubio, de ojos claros, tan distinto a un español como lo habría sido un tigre o un hipopótamo, de haberlos conocido. Quizás eso hizo que Carmen, la hija de los Escrich, cayera prendada de él. Imagínate al chaval, trabajando bajo el sol del mediodía junto al muro que separaba las suertes, y a Carmen espiando desde el otro lado a aquel muchacho extraño; tal vez ella le llevara agua a escondidas para refrescarse. Quizás llegaron a entenderse, primero con palabras sencillas, luego con frases balbuceantes, y poco a poco eso condujo al único sitio posible.

Mejías chasqueó la lengua.

—Chico extranjero conoce a chica española. Chico extranjero deja preñada a chica española; familia de chico y chica montan un pitote descomunal y se ven obligadas a compartir apellido. Es un buen argumento para esas pelis que hacen ahora.

—Ojalá hubiera sido tan sencillo. Los jóvenes llevaron su relación en secreto y decidieron fugarse. Un cura de Écija que daba clases en la aldea les casaría a medianoche; luego nada podría detenerles. Pero algo sucedió; quizás fuera el monaguillo soplón, quizás un torpe amigo de los enamorados, el caso es que el padre de los Escrich acudió aquella noche a Écija tras el rastro de su hija, dispuesto a impedir el enlace por la razón o por la fuerza.

—Ahora vienen los asesinatos, ¿verdad?

—La ceremonia había terminado cuando llegó Escrich como un torbellino. El

furioso padre insultó al cura, golpeó a su hija y a su nuevo yerno; los amenazó con un arma de fuego para hacer regresar a Carmen a casa. Las palabras subieron de tono, hubo un forcejeo, el arma se disparó y el cura se desplomó al suelo. Tuvo que ser a quemarropa, una muerte miserable ante los horrorizados testigos.

—¿Qué pasó después?

—Las fuentes no dan tantos detalles, pero manejo algunas hipótesis. La joven pareja huyó entonces, pues de todas formas pensaban dejar las colonias aquella misma noche. Escrich padre, hombre religioso, quedó desolado frente al altar sin decidirse a dar la alarma, huir o buscar a su enemigo, Andrés Dugo, a quien consideraba culpable de todo. La locura le llevó a esto último, así que salió de la iglesia donde ya se congregaban algunos vecinos alarmados. Cuando los ecijanos encontraron al sacerdote fallecido, muchos se armaron con hoces, horcas y cuchillos, empuñaron antorchas y faroles, y marcharon hacia Fuente Carreteros, a unos pocos kilómetros. El odio latente contra aquellos extranjeros que habían usurpado sus territorios afloró entonces en aquel rincón de España. Fue una noche bastante larga.

—Vaya. No tenía ni idea.

—Apenas hay documentación sobre aquella lejana noche de 1770, pero debieron tratarse de unos sucesos muy graves. La Real Cédula en octubre de aquel año sigue sorprendiendo a los juristas por la excesiva dureza de sus penas.

—¿Y qué hizo Escrich cuando llegó a Fuente Carreteros?

—Se encaminó a casa de los Dugo y tras duras palabras estranguló al padre de familia, en la puerta de su casa y ante la mirada de su hija pequeña y su mujer. Entonces llegó el ataque de los ecijanos fuera de control. Los Escrich aprovecharon la confusión para hacerse al monte, sabiéndose proscritos tanto en la colonia como en la lejana Valencia, y terminaron sus días como bandoleros. Ahí se les pierde la pista. Los Dugo, sin embargo, siguieron adelante durante generaciones. Si vas ahora a Fuente Carreteros, y te lo digo muy en serio, verás algunos tipos altos de tez pálida, rubios y pelirrojos.

Mejías observó el Laphroaig danzar tras el cristal.

—Las viejas motivaciones de este país: el odio, la desconfianza, la defensa a ultranza de lo propio. Pendientes de nuestros derechos antes que de nuestras obligaciones —suspiró—. Pero nos falta un cabo suelto, el más importante.

—En efecto. La pareja de recién casados huyó, como te decía, ignorantes de lo sucedido tras su partida. Pensaban ganar la costa y desde allí navegar hasta Valencia, pero por el camino se enteraron del desastre. Habían perdido a sus padres: uno asesinado, el otro prófugo, como toda la familia. La vuelta a Valencia no era posible. Pero tenían juventud, se querían. Así que tomaron el camino más difícil. El Nuevo Mundo.

—¿América?

—Por entonces pocos cruzaban el océano: los buscados por la justicia, los desesperados o los nuevos inversores. Eligieron Argentina, con una escasa población

española.

—Tierra de oportunidades.

—Para que te hagas una idea, a mitad del siglo XVIII había unos cuatrocientos europeos censados en la Argentina, la mitad de los cuales eran españoles.

—Mal sitio para pasar desapercibido.

—No creas. Cien años después habría allí cuarenta mil españoles. Además, la gran mayoría huía de su pasado, y en aquellos territorios existía un silencio tácito sobre ello. Domingo y Carmen trabajaron, abrieron un establecimiento y el patrimonio familiar creció. Al nacer su primer hijo...

—Cambiaron el apellido.

—Exacto. Hasta 1865 la jurisdicción permitía estos cambios, siempre que estuvieran justificados o el soborno fuese satisfactorio. Decidieron fundir el de ambos, un apellido que portarían varias generaciones hasta que, un día de 1931, mi padre regresó a estas costas.

—¿Por qué vino solo? ¿Tal mal les había ido en América?

—En realidad viajó con su hermano, mi tío-abuelo Claudio.

—No conocía esa parte.

—Bueno, la idea de venir a España fue de Claudio, por entonces gestor de las posesiones de los Dugo-Esrich. Fueron tiempos difíciles en la Argentina tras la independencia, hasta que a finales del XIX el país comenzó a prosperar de veras. Y cuando mejor iban las cosas llegó lo que los libros llaman La Década Infame, en septiembre de 1930. Entonces mi tío-abuelo Claudio entendió que el futuro de los Dugo-Esrich estaba lejos de allí. Invertirían y después se trasladarían, para siempre, al lugar del que no deberían haber salido.

—Conmover.

—Mi padre tendría dieciséis años y se ofreció como ayudante de Claudio, pero Claudio murió durante la guerra civil española, dejando inacabado el proyecto. Cuando llegó la paz mi padre rehízo sus inversiones en España, comenzó de cero, se adaptó a los nuevos negocios y construyó el imperio que todos conocen.

—¿Por qué Valencia de nuevo?

—Claudio había conocido a Blasco Ibáñez en 1909, cuando visitó Argentina para fundar la colonia de Nueva Valencia, un proyecto que el padre de Claudio, mi abuelo, financió en gran parte. Claudio, uno de los empleados más jóvenes, vislumbró algo indómito en los ojos de aquel hombre agigantado. Quedó obsesionado con Blasco, con Valencia y con España, así que cuando las cosas se torcieron, miró hacia aquí.

—¿Y los que quedaron en América?

—Eso es lo más frustrante: tras retomar el control en España de sus posesiones, mi padre pareció olvidarse por completo del plan inicial. Jamás regresó, y durante años ha bloqueado nuestros intentos de contactar con Argentina. Cuando he podido hacerlo sin trabas no he encontrado nada, es como si se los hubiera tragado la tierra. Resulta irónico, ¿verdad? Conozco mejor a mi familia de hace doscientos años que a

la actual.

—¿Qué ocurrió durante la guerra?

—Intento responder a esa pregunta desde hace veinte años. Algo sucedió, algo le hizo reconsiderar el propósito que le había traído aquí. Un secreto sobre el que nunca ha querido hablar. Uno más en la familia Dugo-Esrich.

Tras la lección de historia, Mejías le confesó a Martín los escasos avances de la investigación. El Laphroaig le soltaba la lengua y, tras unos canapés de atún ofrecidos por la diligente Clara, repasó las entrevistas con sus hermanos, el estudio de la documentación y sus conclusiones al respecto.

—¿Puedo serte sincero, Martín?

El profesor asintió. Mejías deambuló por el comedor, balanceándose entre estanterías llenas de libros.

—Pues bien, no entiendo nada —explicó el detective—. Me habéis pedido que descarte a la familia, pero todos los indicios apuntan a vosotros. Maldita sea, Martín, hay una condenada herencia en juego, cualquiera podría verlo. Por otro lado, ninguno me estáis contando toda la verdad.

—Detective...

—No me vengas con esas, uno de vosotros guarda la basura bajo la alfombra. Pero no sé quién es.

—Todo esto es muy inconveniente, y más con el bautizo dentro de dos semanas.

La risa del detective lo interrumpió.

—Sois una familia estupenda. —Mejías se golpeaba las rodillas con las palmas de las manos—. El bautizo de Arturito Cuarto será el evento del año, los de *Dímelo Todo* deben estar frotándose las prótesis. Aunque hay otra posibilidad.

—Te escucho.

—Si el control de accesos no se forzó y nadie más sabe la contraseña, pudo abrirse desde dentro.

—¿No estarás sugiriendo que Fidel...?

—Solo enuncio posibilidades.

—Mira, Fidel es más que un hijo para mi padre. Lo acogió hace casi cincuenta años, en uno de sus escasos actos de compasión. Uno de los mandos de las SS permanecía refugiado en España, aprovechando la ambigüedad de la dictadura. Cuando el nazi huyó a otro continente, abandonó al hijo que había tenido con una española. Mi padre le cambió el nombre pero mantuvo su apellido, Friedrich.

—Por muy fiel que sea, tiene algo que esconder...

Martín negó con la cabeza.

—No lo entiendes. Fidel no es mayordomo por necesidad, sino por voluntad propia. Nos llevaba al colegio cuando éramos pequeños, jugaba con nosotros, nos decía dónde pegarles a los niños que nos plantaban cara. También ha cumplido

encargos personales de mi padre, no todos limpios. Si alguien aprecia a Arturo Dugo-Escrich es Fidel, quizás más que sus propios hijos.

—Quizás quieren hacernos creer que son otros los que amenazaron a tu padre para modificar el testamento. O quizás...

En ese momento apareció Clara en el quicio de la puerta. Llevaba en la mano un cucharón goteante y en la otra el teléfono inalámbrico. Su cara estaba rígida, arrasada ya la cándida sonrisa.

—Martín —dijo, con voz temblorosa—. Es la policía.

Los dos hombres se miraron entre sí. Clara balbuceó un par de veces antes de continuar.

—Se trata de Sebastián, cariño. Está arrestado, en comisaría, y dice que le saques de allí. Algo sobre no sé qué papeles. Está arrestado, Martín. —La voz de Clara poseía la genuina incredulidad de los inocentes, los que no están preparados para comprender cierto tipo de cosas—. Arrestado, Martín. En comisaría.

## 8 Polis y fotos

«No me fío de la policía; cuando menos te lo esperas se ponen del lado de la ley».

*La jungla de asfalto, 1950*

**E**sta vez el teléfono no llega a dar más de dos tonos.

—Caramba, estás nervioso.

La voz que responde lamenta que no pueda apreciar su diligencia.

—Perdona, tienes razón. Te dije que estuvieras atento al teléfono y así ha sido. Pero es la primera vez.

Asiente, mientras escucha de pie, en un rincón de la sala. Luego aspira hondamente.

—Verás, el detective se está poniendo pesado. Me molesta verlo husmear por ahí.

La réplica en el auricular es rápida y agitada, frases cortantes que se amontonan unas sobre otras, como en una fábrica de puñales. Se pasa de mano el teléfono, siente la oreja latir contra el aparato.

—Tranquilo, escucha, podemos darle... ¡Escúchame...! ¿Quieres parar y escucharme de una vez?

Se arrepiente de su arrebato; su voz recupera la pausa. Se mira en el espejo y comprueba que ha recuperado la sonrisa.

—Te decía que podemos darle un aviso. No lo mates. Estamos muy cerca de terminar y no podemos atraer la atención.

Hay una risa al otro lado, a la que siguen palabras irónicas y crueles. Palabras que nadie más debe oír. El tono agudo en su oído va haciéndose más grave. Un rictus de inquietud ondula sobre su frente, el espejo lo revela y vuelve a ponerse en guardia. No es momento de debilidades.

—Muy bien, pero ten cuidado. Me preocupan los preparativos de nuestro gran final. ¿Has conseguido el empleo? ¿Tienes el material?

Entrecierra los ojos mientras escucha la respuesta, y se concentra en el significado de cada una de las palabras. Siente algo parecido al júbilo, se le acelera el corazón levemente y una sonrisa escapa de sus labios. Aún mantiene la compostura. No puede perder el control.

—Perfecto. Son buenas noticias. Te llamaré pronto.

Cuelga y permanece de pie repasando los acontecimientos. No necesita comprobar en el espejo que su rostro expresa fuerza y satisfacción.

—Ustedes dirán —el inspector Ramírez se recostó en su silla de cuero negro antes de pasarse una mano por la mejilla recién afeitada. No parecía tener prisa en hablar. La sonrisa bajo el bigote encanecido comenzó a venírsele abajo justo al esbozarla y sus labios se deslizaron como cera recién fundida, en una imprecisa señal de desaprobación. Desde la ventana, una lanza de luz caía en ángulo sobre el escritorio, iluminando la coreografía de polvo y ácaros.

Mejías parpadeó dos veces y tosió.

—Sabes muy bien por qué estamos aquí, Ramírez —dijo el detective—. Dinos cuáles son los cargos y si el juez ha decretado fianza.

Ramírez rio desde su asiento, como si le hubieran contado un chiste ingenioso. Se giró hacia a Martín.

—Es bueno, ¿verdad? —dijo el inspector—. Un campeón contra el crimen. Han contratado ustedes un buen perro de presa. Lo coge y no lo suelta. Pero ¿sabe?, esa obstinación es precisamente lo que le pierde.

—Le agradezco su preocupación —contestó Martín—, aunque no he venido aquí para hablar del señor Mejías. Estamos aquí para saber si mi hermano...

Las carcajadas de Ramírez brotaron desde el brillante remolino de polvo. Golpeó un par de veces la mesa para contenerse.

—Perdóneme, de verdad. —Inspiró con fuerza y aplastó el escaso pelo que disimulaba oblicuamente su calvicie—. Pero es difícil evitarlo si le llama señor. Ese pestazo a *whisky*, la ropa y esa chulería en blanco y negro que se gasta. Ya me entiende.

—No veo por qué...

—Debe saber que los métodos de este tipo son... —Interrumpió la frase, como cuando se busca una expresión más sencilla que un niño pueda entender—. Digamos que son muy distintos a los que usan las fuerzas del orden. En comisaría le conocemos bien, y el Colegio de Detectives me llama cada mes pidiéndome que le retire la licencia. Los investigadores privados suelen ser una ayuda para la policía. —Miró al detective por primera vez, y una mueca despreciativa cruzó sus ojos—. Con Mejías, hablamos de un estorbo.

—Sus rencillas personales no me interesan lo más mínimo.

Ramírez guardó silencio contemplando al dúo, refugiado en una broma particular. El halo de la ventana les hacía bizquear los ojos, y el rostro del inspector quedaba oculto por el contraluz.

—Verá. —Se irguió para hablar, y al hacerlo una vaharada de Terry amedrentó al aire de la habitación—. Hace meses, hubo un asunto delicado que involucraba a la alcaldesa. Algo personal, ¿sabe?, el tipo de casos que incomoda a cualquiera. Con ciertos métodos que prefiero no comentar Mejías lo resolvió de manera discreta y condenadamente rápida. Entonces recibí una llamada. Lo tenía en mis manos pero me obligaron a dejarlo ir. Y ahí está otra vez, como un escolar que retorna al patio de colegio donde el día anterior recibió una paliza de los repetidores. Pero Mamá no va a

ayudarte. —Se adelantó hacia Mejías y situó su rostro en la llamarada de luz, que redujo sus pupilas y ensombreció la mitad de sus facciones—. Al saber que andabas por medio, indagué yo mismo y la respuesta fue que nadie te conocía. Nunca ha existido ese hombre, inspector.

—Te he hecho una pregunta y no me has contestado —dijo el detective, con expresión ausente.

Ramírez retrocedió hasta su respaldo.

—Pedazo de profesional. —No podría decirse a quién se dirigía, aunque el latigazo era obviamente sarcástico—. Bueno, le contaré lo último, porque el allanamiento de morada ya lo conoce, claro.

—¿Insinúa que mi hermano es un ladrón?

—Caballero, solo expongo hechos —dijo Ramírez—. Alguien entra en casa de Arturo Dugo-Esrich, aunque no se registra ninguna desaparición. Tras registrar *Balansiya Downtown*, el local de su hermano, hemos decomisado un maletín interesante. Piel auténtica, fina, fina, que contiene en su interior memorandos de posibles fusiones, ofertas de colaboración, en resumen, lo necesario para reventar cualquier negocio de su grupo empresarial. Información que muchos comprarían por una millonada.

Mejías sacudió la cabeza, nada conforme.

—¿Cómo explicas que Sebastián traicione a su familia por unos billetes cuando él mismo es accionista?

—Eso es lo más sencillo —aseguró Ramírez con suficiencia—. Descubrimos un preacuerdo sin nombres, donde se indica que tras la quiebra y posterior concurso de acreedores, Sebastián asumiría el cincuenta y uno por ciento del accionariado.

—Ramírez, no puedes tragarte eso —dijo Mejías, y esta vez su voz contenía restos de complicidad.

—Conociendo el pastel del que hablamos, me siento tentado a hacerlo.

—Demasiado bien conoces ese pastel.

La insinuación del detective no pasó inadvertida para el inspector, quien se removió en su asiento. El aire se espesó sobre el escritorio, las motas de polvo paralizadas en el resplandor de la ventana. Ramírez rompió a reír agarrado a los reposabrazos de la silla.

—Muy bien, muy bien —dijo el inspector—. Señor Dugo-Esrich, si le parece podemos saltarnos algunos trámites, su hermano no es un sujeto peligroso.

La sonrisa de Ramírez rozaba ahora lo auténtico, los incisivos amarillentos asomando bajo el bigote. Señaló al cristal acrílico que los separaba del despacho contiguo.

—El subinspector Ezquerro tendrá mucho gusto en aligerarle el papeleo. Puede hablar ahora con su hermano, si lo desea.

—Por supuesto —dijo Martín, levantándose—. Si me disculpan.

Apenas se hubo marchado, Ramírez extrajo un cigarrillo del paquete de ducados.



Lo prendió para exhalar una gran bocanada gris que reflejó la lanza de la ventana. Rodeó la mesa hasta situarse junto al detective, de pie y levemente inclinado hacia delante. Habló en voz baja, mientras vigilaba la puerta.

—Soy muy paciente contigo pero todo tiene un límite. Dame un buen motivo para no dejarte fuera de circulación.

—Sabes que no puedo decirte nada —respondió Mejías—, código deontológico y esas chorradas. Si me veo en apuros te llamaré para que acudas al rescate. Sé que te gusta salir en los periódicos. Yo no soy fotogénico.

—Mira, Mejías, ese rollo a lo Humphrey Bogart me pone enfermo, te lo confieso. —Dio una calada al cigarrillo, Mejías tosió—. Si pudiera rompía tu licencia ahora mismo pero ya que estás aquí, te lo repito: nadie va a cubrirte. —Otra calada de ducados y el detective se refugió en su ventolín—. Y si por alguna estúpida circunstancia vuelves a salirte con la tuya, te enviaré uno de esos certificados que tanto gustan a tus colegas de profesión. Estimado señor Mejías, agradecemos su colaboración en la resolución del expediente de referencia. Es usted un puto orgullo para su jodida profesión, etcétera, etcétera. Si me permites el consejo, el premio no justifica el riesgo. Este caso está resuelto.

El eco de las últimas palabras resonó envuelto en volutas de humo y el carajillo de la tarde. Mejías habló con voz reseca.

—Sepárate. Apesta a dinero untado.

La puerta de la oficina se abrió y Ramírez dio un paso hacia atrás, con la ira ardiendo en sus ojos.

—Nos vamos —anunció Martín, antes de volverse al inspector—. Le agradecería que me informe ante cualquier novedad.

—Las novedades se las trasladará el juez —dijo Ramírez con voz tirante—, aunque quizás sean necesarias algunas comprobaciones. Estos casos presentan detalles ciertamente tortuosos.

—Por supuesto —dijo Mejías al salir, afectando una mirada oblicua, que recorrió la geografía del inspector de norte a sur—. Por supuesto.

Una vez fuera, Martín se estremeció frente al detective.

—Se ha negado a hablar conmigo, ¿entiendes? Mi propio hermano. Siempre ha habido diferencias entre nosotros pero somos familia, y no muy numerosa.

—Martín, hay demasiados intereses. Hasta el más pintado puede...

—La semana que viene es el bautizo —continuó Martín—, así que ya me contarás.

Mejías asintió, sin añadir nada más. El antiguo profesor seguía hablando.

—Y yo he estado toda la tarde contándote esa historia...

—Es buen material, Martín.

—Bueno, no sé si volveremos a vernos. —Adelantó la mano para estrechársela—.

Ha sido un placer hablar contigo.

Todavía le debía algo al profesor. Este hombre está en un juego superior a sus capacidades, se dijo Mejías, hasta un niño podría tumbarle.

—Mira, esto no ha terminado. —Martín retiró la mano que aguardaba en el aire—. En estos momentos, el fiscal comprado debe estar hablando con el juez comprado, pactando la estrategia a seguir. Las pruebas las aportará la policía.

—Hablaré con mi hermano Arturo.

—No, seremos tú y yo, sin intermediarios. —Lo miró a los ojos—. Los Dugo-Esrich guardan secretos, ni siquiera tú los conoces todos. Solo te digo que estés en guardia y me avises si ves algo. Yo también te llamaré.

—Claro —asintió enérgicamente—, de acuerdo.

Siguió una pausa. Antes de irse, Martín volvió a hablar.

—Lo que ha dicho Ramírez, ¿era cierto?

—Incluso más cosas que se calla.

La respuesta vino un poco después, en un murmullo.

—Te agradezco la sinceridad. ¿Sabes?, no estoy acostumbrado.

Posó una mano sobre el hombro del detective, que notó un calor similar al que despertaba en su estómago una ración de *single malt*.

—Pero necesito pruebas de lo que insinúas —dijo Martín—. Mejías, no todo es como en las películas.

—Tienes razón —contestó el detective, y se acomodó la gabardina antes de perderse entre el tráfico de la tarde—. A veces es mucho peor.

Estaba oscuro cuando llegó a la calle Moncofa. La puerta de abajo se encontraba abierta y un presentimiento le erizó el vello de la nuca. Calma, Mejías, se dijo, Berta se habrá despistado al salir. Entró en el rellano y miró por el hueco de la escalera. Algo no andaba bien. Encendió la luz y, al examinar las baldosas, descubrió un par de pisadas grandes, mínimo un cuarenta y cinco. El maldito pisaba con el lado externo, lo cual sugería sigilo. No descubrió huellas de salida, pero quizás las suelas se hubieran secado antes de marcharse. O el tipo todavía estaba en casa. Y tú, tonto de remate, se reprendió el detective, vas y enciendes la luz.

En su trabajo, Mejías no podía permitirse el lujo de ser miedoso. Además, Bogie no tenía miedo, ergo él tampoco. Sin embargo, el terreno de los últimos días comenzaba a disolverse a su alrededor: los Dugo-Esrich, el caso imposible, la herencia, aguas más profundas de lo que parecían al principio. Asió la barandilla de forja y acometió el ascenso.

Cuando llegó arriba encontró la puerta ligeramente entornada, con un hilo de luz que iluminaba el felpudo en diagonal. La cerradura no parecía forzada, pero cualquier fontanero en prácticas podría haberla abierto. Tengo que cambiar la puerta, se dijo, y no era la primera vez que lo pensaba. Empujó la hoja, la bisagra crujió, y un ruido

furtivo del interior hizo que su mano se fundiera con el pomo.

—¿Hay alguien ahí?

Su voz sonó tan aguda que tuvo que rehacerse de inmediato. Ese es mi héroe, se hubiera cachondeado Berta. Una vez dentro, cerró con llave, empalmó una navaja que llevaba en su gabardina y, con gesto hosco, avanzó al encuentro del intruso.

Al encender la luz del despacho dio con él. En medio de la estancia, desconcertado y con las pupilas estrechadas, había un animal pequeño y sucio, sin rabo, con expresión alerta o de infinito terror. Durante un segundo ambos seres se miraron espantados, hasta que Mejías entendió que se enfrentaba a un temible ejemplar de *felis silvestris catus*, es decir, un gato callejero común. El felino emitió un minúsculo rugido de desafío antes de huir hacia las habitaciones interiores. Tres veces intentó sacarlo de aquella trinchera y las tres fracasó, pues la criatura se había acomodado bajo la cama supletoria, de la cual no era posible desalojarle sin riesgo de sufrir desagradables arañazos.

Desistió, al menos hasta el día siguiente. En un sorprendente alarde de solidaridad mamífera, trasladó al cuarto algunas comodidades gatunas: una fiambarrera con agua y tres galletas sobre papel de cocina. Berta tendría alguna idea al respecto, los jóvenes suelen saber de esas cosas.

Entonces vio la fotografía. Estaba sobre su escritorio, boca abajo, como si acabaran de dejarla allí. La parte superior del reverso contenía dos líneas de una caligrafía picuda con tinta bermeja, como sangre reseca sobre un vendaje mal apretado. No necesitó la lupa para reconocer parte del misterioso mensaje que alguien había dejado a su cliente:

*El día de la Libertad.*

*Esperanza.*

La lente de aumento descubrió los restos de una estampilla de forma levemente ovalada. Recorrió el borde dentado de la instantánea e inspeccionó la esquina inferior derecha, rasgada de manera familiar. Era una copia de aquella nota con la que habían amenazado a los Dugo-Esrich, pero en la que faltaban las últimas líneas amenazantes de la caligrafía reciente. Aquella nota que no era una nota, sino una fotografía, ahora estaba sobre su escritorio. Pero ¿por qué?, se preguntó mientras le daba la vuelta.

El primitivo color de la imagen se había perdido, dejando en su lugar tonalidades sepia que enmarcaban unos acontecimientos inolvidables. Se trataba de una imagen tomada en una gran plaza, a juzgar por los altos edificios situados al fondo. La Plaza del Ayuntamiento de Valencia, entonces Plaza de Emilio Castelar, recordó el detective. Sobre los últimos dos pisos de la fachada neoclásica observó grandes letras engarzadas a un andamiaje metálico dividido en dos líneas: *PEDRO DOMEQ. VINOS*

COÑAC. La primera O estaba ausente y dejaba un hueco desafortunado, como un premolar extirpado.

Bajo el anuncio y los edificios, una muchedumbre informe se había congregado ocupando toda la imagen; hombres con traje y sombrero, pero también obreros con sayón y gorra de visera, mujeres de vestidos oscuros y recatados, pelo recogido u ondulado. Algunos inexpresivos ante el objetivo, otros en movimiento, presa de celebraciones y alegría popular. En el primer plano, el fotógrafo se había afanado en enfocar a los tres protagonistas de la instantánea. Algún intruso asomaba aquí y allá una mano o media cabeza, pero aquel trío destacaba sobre lo demás.

La atención de Mejías se desplazó a la chica. Se encontraba entre los otros dos, abrazando sus cinturas con el descaro de las mujeres adolescentes. Su falda le cubría las blancas rodillas con decoro, pero insinuaba unas caderas y un talle en el esplendor de la vida. Sobre la camisa clara cruzaba una banda de tela, originalmente tricolor, que el sepia del tiempo había disminuido, sin disimular del todo el disfraz de república ateniense. Todo aquello apuntaba a lo mismo: aquella fotografía había sido tomada el 14 de abril de 1931, el día de la proclamación de la Segunda República. *El día de la Libertad*.

Los cabellos oscuros de la chica le llegaban hasta el hombro, sueltos bajo el bonete triangular que cubría su cabeza. Pero era su sonrisa lo que eclipsaba el resto del decorado. A pesar de los años transcurridos, aquella sonrisa brillaba, como el sol de Valencia cualquier día de abril en aquel año. Una sonrisa que muchos hombres, pensó el detective, buscaban en vano toda su vida.

A la derecha de la joven se encontraba otro adolescente, al que Mejías no echaba más de dieciséis o diecisiete años, a pesar del deterioro de la imagen. Vestía un elegante traje claro con corbata y chaleco, y el brazo que no pasaba alrededor de la chica sujetaba un sombrero con el que saludaba al objetivo.

En el otro lado había otro joven de la misma edad, si bien tan alto que el chico del traje apenas alcanzaba sus hombros. Su ropa era más humilde que la de su compañero: llevaba una sencilla camisa y un pantalón con tirantes, y uno de sus brazos desaparecía tras la espalda de la joven, aunque era imposible descubrir si terminaba en el cuerpo de ella o quedaba en el aire, como un movimiento hecho a medias. Su brazo libre, en el extremo de la fotografía, sujetaba una bandera cortada por el margen del encuadre. El sol matutino, que no alcanzaba a los otros protagonistas, le deslumbraba y le hacía inclinarse hacia el centro de la imagen. En aquel gesto parecía proteger a la chica y observar con desconfianza la pose del joven del sombrero. La luz sobre esa cara y la degradación de la instantánea podrían haber engañado a otros, pero Mejías era buen fisonomista. No le resultó difícil concluir que el gigante que enarbolaba la bandera, aquel aspirante a titán, a dios o a hombre, no era otro que Arturo Dugo-Esrich padre, el Rey Arturo, cuando no era ni príncipe y su corte de caballeros aún no había sido llamada a filas.

Berta no estaba preparada para lo que encontró a la mañana siguiente en la oficina: un desconcertante hedor procedía del despacho de su jefe. Tras encender la luz, un grito sobresaltado surgió del escritorio y el hombre se despertó de golpe.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó la chica.

Mejías se frotó los ojos, estirando los brazos para bostezar sin recato.

—Me he dormido, ¿verdad?

Berta se subió a una silla para abrir el ventanuco que daba al exterior.

—Eso es lo de menos, aquí huele como si se le hubiera podrido la compra de la semana.

—Ah, eso. Debe ser Zero.

—Perdone, ¿qué dice?

—Zero. Otro compañero de trabajo.

—¿Cómo que otro? —Berta permaneció frente al escritorio, frotándose las manos—. Si yo apenas tengo faena...

En lugar de contestar, Mejías se puso en cuclillas frente a la puerta que conducía a su dormitorio, con un trozo de galleta en la mano. Miró a la joven con reprobación.

—No te pongas en evidencia, Berta, a ver si me vas a explicar los motivos para despedirte. —Dejó la galletita en el suelo y se retiró hacia atrás—. Míralo, aquí viene.

Una diminuta garra asomó por la puerta, tanteando la baldosa frente a la galletita. Apenas un segundo después apareció la cabeza, y luego el resto del felino olfateó el aire hasta engullir su botín con discreta ferocidad.

—¡Un gato! —exclamó Berta.

—Eso creo, aunque no soy un experto...

—¡Un gato! —repitió la joven, asombrada.

—Se ha colado esta noche. En cuanto lo atrape lo dejo en el callejón.

Mejías se situó tras la indefensa criatura, preparado para apresarla. Berta se agachó, extendió su mano hacia delante y de inmediato el felino vino a frotarse el lomo contra sus rodillas.

—¿De qué habla, monstruo?

La chica levantó entre sus brazos al gato, que empezó a ronronear de inmediato.

—¿Qué es ese ruido?

—Eso es que está contenta. Es una hembra, por si no se ha dado cuenta.

Mejías se deshizo en un gesto que indicó que tanto le daba.

—Intenté cogerlo pero fue imposible, me aburrí y debí quedarme dormido.

—Era imposible cogerla. Claro.

—No te encariñes...

El rostro de la joven se alarmó.

—No lo dirá en serio, ¿verdad? Jamás había visto una gatita tan desgraciada y mansa, fíjese. —La acarició tras la oreja y el felino ronroneó más fuerte.

—Es un rato fea, la verdad —sentenció Mejías.

Berta la observó con detenimiento: era un gato atigrado común, uno de los miles que poblaban la ciudad, aunque tenía un aspecto especialmente patético. Su oreja izquierda presentaba un corte en la punta, del rabo solo restaban tres centímetros por algún atropello, los bigotes estaban cortados cerca del hocico, tenía el pelo sucio y pegajoso, olía a mil demonios, y se acurrucaba entre los brazos de la chica mientras entrecerraba los ojos dorados: era el gato más bonito que Berta había visto en su vida.

—Le diré lo que podemos hacer —dijo—. En la calle este animal no vivirá mucho, pero aquí le hará compañía. Yo me encargaré de su manutención, del veterinario, para usted será solo un mueble más.

—¿Quedarnos el gato? Pero este olor...

—Es que no le ha puesto un arenero. Y también tendré que desparasitarla, ponerle un antipulgas, vacunarla, más adelante la esterilizaré.

—Espera, espera, vas muy deprisa. ¿A qué viene todo eso?

—Bueno, yo...

—¿No tienes animales en tu piso?

Berta torció el gesto.

—Dos de mis compañeras son alérgicas a los gatos y no... —Los ojos de la joven se abrieron suplicantes, como los del felino entre sus brazos—. En mi pueblo cuidaba los animales, estoy acostumbrada. Usted no tendrá que molestarse por nada, solo sería un inquilino.

—No sé... —El detective miraba de reojo al felino—. No quiero que nadie husmee en mis cosas.

—No molestará, por favor, por favor, por favor...

Los ojos de Berta se abrieron un poco más. Mejías sonrió para sí; le pareció que su ayudante era ahora una chiquilla de bachillerato, una enternecedora criatura, una de esas cosas que te rompen el corazón.

—Con una condición —dijo Mejías—. A la primera trastada el bicho se larga.

Berta asintió.

—Toma veinte euros —continuó el detective—, de momento comparto sus gastos. Zero es uno más.

—¿Zero? Eso es nombre de chico, y este gato es hembra.

—Era el nombre del perro de Bogie que salía en *El Último Refugio*, su primer éxito en Hollywood. —Entrecerró los ojos—. Peliculón.

—Pero...

—Regla número diez: en mi casa las reglas las pongo yo. Si no te gustan, piénsalo en el callejón.

La joven bajó la cabeza. Zero maulló débilmente contra su pecho, hambrienta. Mejías hubiera jurado que aceptaba las condiciones.

—Está bien, jefe. —De repente recordó algo—. Por cierto, ¿qué tal con el caso de los Dugo-Esrich? ¿Algún avance?

—Nada de nada —mintió Mejías—. Ninguna novedad.

Una vez salió la joven, Mejías se encaminó directamente al domicilio del Rey Arturo. Le atendió en la puerta el bávaro Fidel, cuyo leve alzamiento de cejas se aproximó a una genuina sorpresa. Sus frases, salpicadas de acento extranjero, trataban de ser cordiales sin conseguirlo. No, no podía ver al señor, debía concertar cita previa. No, el señor ya le había proporcionado la información necesaria y no precisaba una segunda entrevista. Sí, el señor conocía los últimos acontecimientos, pero aquello estaba en manos de la policía. Mejías se mantuvo firme ante el quicio de la puerta.

—Le va a decir al señor que no me moveré de aquí hasta que le apetezca recibirme —dijo el detective sin pestañear—. Dígale que he visto a los tres del día de la Libertad. Esperanza. La plaza del Ayuntamiento, hace ochenta años. Necesito saber qué tiene eso que ver con el caso.

—Puedo llamar a la policía para que se lo lleven de aquí.

—No lo dudo. Inténtelo.

Un sonido, semejante a una bocina chasqueante, interrumpió la conversación. Mejías tardó en reconocer la voz humana y, para entonces, Fidel le había dado con la puerta en las narices. Medio minuto después, el inexpresivo criado abría de nuevo para anunciarle, como si lo viera por primera vez, que el señor Dugo-Escrich tendría mucho gusto en recibirle en el salón.

Tras marcharse el expúgil alemán, el detective esperó a que el anciano se sobrepusiera a las toses que le combaban en su asiento. Hacía el mismo calor de la semana anterior. Recordaba el Sorolla tecnológico, el Rodin y las fotografías enmarcadas. Una sola cosa había cambiado: Armando ocupaba, con singular alborozo, su lugar en la celda de cristal junto a la ventana, graznando entre las convulsiones del enfermo. Cuando se recompuso, el Rey Arturo escrutó al detective con intensidad y, por primera vez en mucho tiempo, Mejías desvió la mirada que le desafiaba. Los iris grises y sin brillo parecían manchas pintadas sobre un par de bolas blancas en su cara. Debe tener casi cien años, pensó Mejías, aunque lo que perturbaba al detective era el contraste entre aquel rostro marchito y los ojos pintados, clavados por el nervio óptico al cráneo, como los de un muñeco de madera que, sin embargo, está vivo. Mejías había asistido a algunos velatorios y recordaba que la mayoría de los difuntos, una vez lavados, perfumados y peinados, presentaban mejor aspecto que el hombre que ahora tenía enfrente.

—Le agradezco que haya venido —dijo el Rey Arturo.

Si la voz pretendía resultar amable fracasó con estrépito. Al detective le recordó las bisagras de su cuarto de aseo, que chirriaban con repetitiva crueldad en la soledad del pasillo. Sin embargo, contestó sin inmutarse; quizá Mejías resultara un tipo molesto, pero en momentos así demostraba de qué pasta estaba hecho. Cualquiera otro habría tartamudeado alguna excusa formal, pues eran excusas en lo que uno pensaba cuando se enfrentaba a la voz apergaminada de Arturo Dugo-Escrich. Mejías supuso que ni su primogénito podría llevarle la contraria, y que el anciano empresario

dosificaba con habilidad esa ventaja.

—Pero usted no me lo ha pedido.

El Rey Arturo lo miró apreciativamente, como uno observa a su hijo pequeño jugando en el parque.

—Por eso se lo agradezco. —Hablabla despacio, dejando su peso en cada sílaba—. Nuestro pequeño asunto se está complicando más de lo esperado.

—Entonces, ¿está al corriente de...?

La mirada del anciano reflejó, como un *flash* experto, los múltiples fragmentos de luz del salón. Una ceja vibró sobre los globos pintados. Armando aleteó inquieto en su jaula.

—Le tenía a usted por más inteligente. —La amenaza era terrible—. Puedo saber muchas cosas, cosas sencillas, como que han apresado a uno de mis hijos de manera absurda. Si piensa que soy solo un viejo en una silla de ruedas quizás me haya equivocado con usted y es el momento de que se marche.

Mejías ni siquiera contempló la posibilidad. ¿Abandonar ahora? ¿Y decepcionar a Bogie, a Berta, a la brumosa Ángela? ¿A los cientos de películas que engullía el vídeo, a las botellas de Laphroaig que susurraban cánticos nocturnos de consuelo y fantasía? Antes tendrán que matarme, se dijo el detective, y era lo que pensaba de verdad.

—Le aseguro que soy su hombre —declaró con voz exageradamente viril—. No volverá a pasar.

El anciano asintió cerrando los ojos, como un jugador de tenis acepta que debe volver a sacar.

—Iba a llamarle —continuó el Rey Arturo—. No quería que mi hijo hablara antes con usted.

—Porque él va a decirme que el caso ha terminado —completó Mejías—. Arturo Segundo, claro.

Un suspiro satisfecho se deslizó por los labios del anciano. Frotó sus manos sin dejar de mirarle, como si tuviera frío. Mejías se estremeció; en aquella casa hacía un calor endiablado.

—Mi hijo querrá pagarle para que usted abandone. Ya ha conseguido lo que pretendía.

—Desacreditar a su hermano, el único al que no puede controlar. Pero ¿qué importa? Usted podría cambiar el testamento a favor de Seb si lo desea.

—El Consejo no lo aprobaría, Sebastián ya está manchado para ellos. ¿Quién confiaría en un hijo que traiciona a su propio padre? Nunca podrá demostrar por completo su inocencia. Arturito juega con cartas marcadas.

Mejías entendió que Arturitos eran todos los que no eran él.

—Ramírez.

—Digamos la policía, en general. —El Rey decía las palabras justas, y completaba las frases con una mirada de comprensión—. Sabía que usted era listo.



Siga así.

—¡Listo! ¡Listo! —coreó Armando tras el cristal.

—Acláreme lo fundamental —inquirió el detective—. Si todo es un montaje para descartar a Seb de la línea sucesoria y Arturo pretende asegurarse el control de la compañía, ¿cuál es el caso? Le confieso que no soy tan perspicaz.

El Rey Arturo se giró hacia la ventana. El sol de la mañana se filtraba entre los visillos de organza, frescos y livianos como hojas de azahar.

—Hay alguien más —dijo con voz reseca—. Alguien que quiere matarme.

—¡Matarme! ¡Matarme! —graznó Armando.

Mejías bizqueó y se tocó el lóbulo de la oreja derecha.

—Con el debido respeto, señor, nadie se toma tantas molestias para matar a un nonagenario.

—Verá. El hombre que quiere matarme ya está muerto.

Mejías exhibió una mueca estúpida. No había humor en el rostro del anciano, así que reprimió la carcajada.

—Repita eso. Por favor.

—Es complicado y me fatiga hablar. Ocurrió hace mucho tiempo. El hombre muerto está en esa fotografía que tiene usted.

Mejías extrajo del bolsillo el rectángulo blanco y negro, protegido por una funda de plástico. Arturo lo miró, pero no hizo ademán de tocarlo.

—Su nombre —preguntó el detective.

Los globos pintados parecieron retroceder un par de centímetros dentro de sus cuencas. Los labios se despegaron para mostrar una rendija oscura donde goteaba la saliva.

—El asesino es Ernesto. Ernesto Blanch.

—Dice asesino, pero usted sigue vivo...

—No es tan fácil. —El anciano tosió un par de veces, una tos desagradable, que parecía doblar su voluntad—. No es tan fácil.

Volvió a toser, esta vez de manera continua y crujiente. Antes de que Mejías pudiera contar hasta tres, la figura de Fidel se había materializado a su derecha con solícita frialdad.

—Sería mejor que se retirara, señor —dijo el mayordomo con voz metálica.

El Rey Arturo lo amonestó de un vistazo, la mano aún sobre la boca.

—No. —Se volvió hacia Mejías—. Puede usted comprobarlo por sí mismo. La cuestión es si está preparado para enfrentarse a lo que se aproxima. ¿Lo está?

Fidel carraspeó ligeramente, ribeteando las toses que acompañaban cada palabra del anciano. Con todo, aún no se atrevía a intervenir.

—¿Lo está? ¿Lo está? —Acompañó Armando entre un revuelo de plumas.

—¿Lo está?

Los ojos del anciano se arrastraron con lentitud, emergiendo de las cuencas, como se ajusta un telescopio.

—Sinceramente —respondió Mejías—, solo tengo un montón de pruebas contradictorias, y ahora un nombre que no me dice nada. Quizás necesiten un psicólogo familiar, la terapia no le vendría mal a usted y a sus hijos.

—¡Escuche! No vuelva a bromear conmigo. Nunca.

La voz del Rey Arturo se había elevado más de lo que parecía posible, pero apenas pronunció la última palabra se desmoronó en una cadena de esputos sobre su pañuelo de hilo. Fidel huyó de la habitación, como si recordara una cita imprevista y perentoria. Armando movía el cuello hacia delante y hacia atrás, nervioso, dando pequeños saltos entre los distintos apoyos de su celda de cristal.

—¡Nunca! ¡Nunca! —repetía el ave—. ¡Nunca!

—Debe buscarlo. Lo buscaré en la Clínica Cubells. —El anciano calmó los truenos de su pecho inclinándose hacia delante—. Pregunte por el doctor Martínez, es un viejo conocido. —Tosió de nuevo, y pareció que la fuerza le abandonaba definitivamente, las últimas sílabas eran solo aire—. Ese hombre está muerto, pero no está solo.

—¡Muerto! —intervino el ave—. ¡Solo!

El Rey Arturo no podía continuar. Tiritó, y el detective notó como las mejillas le palpitaban por el calor.

—No será sencillo —dijo Mejías—. Me da pistas vagas y ambos sabemos que no me está contando la verdad. Con el debido respeto, señor, no me está ayudando mucho.

Por la puerta apareció Fidel con un equipo de respiración asistida y botellas de oxígeno. Ajustó una cinta de goma a la cabeza del anciano y, antes de insertar la mascarilla, el Rey Arturo la apartó con extremo esfuerzo.

—Ya tiene su pista —consiguió articular, e inspiró profundamente el oxígeno a través de la mascarilla.

—¡Pista! ¡Pista! —gritó Armando, fuera de sí, y sus alas sonaban contra el vidrio como los golpes de un muerto dentro de su ataúd.

Los brazos del anciano se relajaron, la cabeza cayó a un lado, pero los ojos brillaban aún con intensidad. Fidel habló mientras aseguraba la botella de oxígeno a la silla y giraba esta con precisión germana.

—El señor debe retirarse a descansar —dijo con voz inflexible y, sin esperar respuesta, condujo al anciano hacia el pasillo.

Mejías se encaminó hacia la salida, envuelto en incertidumbres. Una sombra fría y veloz se interpuso en su camino y le abrió la puerta.

—¿Puedo preguntarle qué le ha comentado el señor? —Era de nuevo Fidel. En su tono no había curiosidad, sino celo profesional.

—Espere que haga memoria. —Mejías se llevó la mano a la barbilla de manera teatral—. Decía que se estaba planteando cambiar de mayordomo. Es que el servicio está fatal, son todos unos cotillas. No sé si me entiende.

Mejías tiró del pomo de la puerta, pero la mano de hierro de Fidel impidió que se

moviera. El viejo púgil está cachas, el muy cabrón, pensó Mejías. Dio un paso atrás. Fidel parecía a punto de perder su extraordinario autocontrol. Su labio superior tembló un poco y las aletas de su nariz se dilataron visiblemente. Solo se escuchaba el distante batir de plumas de Armando. Tomó aire para decir algo, pero pareció descartarlo. Recompuso su máscara y volvió a abrir la puerta.

—Como desee —dijo Fidel—. Buenos días, señor.

Mejías sonrió mientras se llevaba el índice y el corazón hasta la sien como saludo.

—Igualmente —dijo desde el rellano—. Cuide del viejo, me cae bien.

## 9 La Clínica Cubells

«—¿Te ha picado alguna vez una abeja muerta?

—¿Una abeja muerta? Eso es imposible.

—Claro que es posible. Hay que tener mucho cuidado con las abejas muertas cuando uno las pisa con los pies descalzos. Si las pisas pueden picar tan fuerte como cuando están vivas, sobre todo si estaban enfadadas cuando las mataron».

*Tener y no tener, 1944*

—**Y** ahora dígame qué hacemos aquí.

Había permanecido en silencio durante el trayecto, perdido en elucubraciones, y las palabras de Berta lo arrancaron de sus pensamientos. Mejías suspiró en su asiento y contempló la verja de entrada a la Clínica Cubells. Aquella misma tarde, después de entrevistarse con el Rey Arturo, se habían dirigido hacia la clínica en plena Sierra Calderona. Tras los primeros kilómetros de autovía se desviaron hacia Marines por una comarcal y, más adelante, tomaron una pista forestal que serpenteaba entre los pinos hasta aquel lugar idílico, lejos de los ajetreos urbanitas.

No estaba de buen humor. Arturo Segundo le había utilizado para meter en apuros a su hermano Sebastián; Martín era poco más que un segundón simpático. Luego estaba Ángela, la lánguida hija descarriada, con su galería de arte fraudulento. Y Fidel, quizás no tan fiel; inflexible y flemático. Sobre todos ellos destacaba la sombra del Rey Arturo, un anciano poderoso aferrado a las cuentas pendientes de su vida. En el resto del reparto destacaba Ramírez, atento a un mal paso para echarle encima la mierda acumulada de los últimos años. Aún quedaban varios invitados por descubrir: el coche que les siguió desde los estudios de televisión, el pelirrojo que le vigilaba, los que entraron en su casa para dejarle la fotografía. Aquella imagen custodiaba algún secreto, como confirmó el brillo en los ojos del Rey Arturo cuando le había mostrado la instantánea.

Maldita sea, detective, se dijo, necesitas una hipótesis razonable. Bogie ya la tendría. Bueno, Bogie habría ido uno por uno poniéndolos de puntillas mientras les

tiraba hacia arriba de las solapas para que cantaran, pero eso era pedir demasiado.

—Le he preguntado qué hacemos aquí —repitió Berta.

Miró a su ayudante y entonces la vio tal como era: una chavala de veinte años recién cumplidos, una criatura inmortal en un mundo enrevesado, poblado de gentuza que hace carrera atropellando el sueño de otros. Un perro abandonado en el arcén de una autovía de tres carriles, que la cruza una y otra vez.

—Hemos venido a hablar con un tipo —dijo al fin Mejías.

Berta soltó las manos del volante, tiró del freno de mano y miró por el retrovisor lateral, tratando de enfriar la cólera de sus mejillas.

—¿Eso es todo lo que se le ocurre? —gritó—. Me saca de clase engañada, y ahora sale con eso. ¿Le parece a usted normal?

La joven tenía toda la razón; la había arrancado de la Universidad bajo el falso aviso de que a su tía Marina acababan de ingresarla en el Hospital de Requena. Ya en el coche confesó el simulacro tras indicarle el primer desvío y, desde entonces, la chica se había entregado a un mutismo tenso y gruñiente.

Mejías suspiró.

—Mira, Berta, necesitaba venir aquí y no tengo vehículo ni carnet, ya lo sabes. Pero ahora... —Sonrió tristemente—. Regla número once: quédate en el coche cuando yo te lo diga.

El detective desabrochó el cinturón de seguridad, dispuesto a salir del Ford Fiesta. La voz de la chica se lo impidió.

—Si tan importante es —refunfuñó Berta—, debería saber que ese coche nos ha seguido desde la autovía, aunque en la pista forestal se mantuvo a distancia. Es el mismo del otro día.

—No me digas, memoria eidética o como se llame. Uno de los extraordinarios superpoderes de Bertawoman. Voy a regalarte una capa para tu cumpleaños.

Mejías ignoró el bufido de la joven y miró por el retrovisor del copiloto, ahora sujeto a su soporte con cinta de embalar. En efecto, el mismo BMW negro estaba aparcado junto a la zona ajardinada. Un latigazo restalló dentro del detective; me los están tocando a dos manos y ya está bien. Yo también tengo superpoderes.

Ignorando las súplicas de la joven, Mejías abandonó el vehículo. Se planchó con la mano las arrugas de la gabardina, levantó con descaro las solapas y tanteó sus bolsillos, antes de introducir sus manos en ellos casi hasta los codos. Cuando se encaminó hacia el BMW parecía un hombre desesperado en la peligrosa madrugada del Bronx, o de Chinatown, o de Los Mateos, por un poner.

Tras los espejos tintados creyó ver dos sombras removiéndose en los asientos delanteros. El detective sonrió para sus adentros. La sorpresa era un factor infravalorado. Se detuvo junto al coche e hizo un gesto con el mentón, sin sacar las manos de los bolsillos. El conductor agitó un brazo en el aire, como suele hacerse ante los vendedores de clínex en los semáforos. Mejías sacó las manos. Con los nudillos de la izquierda golpeó el cristal de la ventanilla. La derecha sostenía un

revólver negro y sin brillo, que encañonaba al interior del vehículo.

—No tengo todo el día —dijo con desgana el detective.

La ventanilla tintada descendió, acompañada por un zumbido eléctrico. El tipo que conducía era más joven, moreno y nervioso, y miraba únicamente la pistola. El otro, con el pelo muy corto y largas patillas, tenía cara de pocos amigos. De muy pocos.

—¿A qué se cree que está jugando? —dijo este último.

—Dígame usted —respondió Mejías—. ¿Les envía Arturo Segundo, son amigos de Fidel, acaso Sebastián no se siente seguro sin un par de sabuesos oliéndome el culo? ¿O se trata de Ramírez?

El de las patillas meneó la cabeza lentamente.

—No tiene ni idea de dónde se ha metido, detective. Ni puta idea. Lo mejor que puede hacer es dejarlo.

—Los que no tenéis ni puta idea sois vosotros si me habéis seguido hasta aquí para decirme eso. Mi amiga seistiros está nerviosa y yo le quiero dar gusto. Si cuento hasta cinco y no os largáis, os reviento a balazos las ruedas y esperáis a la grúa, y me da igual lo que digan los de la clínica, lo mismo así alguien me coge respeto. Vosotros veréis.

—Le he dicho que no tiene ni idea, Mejías —continuó el otro—. Aún puede dejarlo pero si continúa husmeando se arrepentirá, se lo aseguro...

—Uno.

—Este caso se ha convertido en un asunto privado. No le incumbe.

—Dos.

—¿No entiende que le están engañando?

—Tres.

—Por última vez, mamarracho, deje de jugar a detectives y dese media vuelta.

—Cuatro.

El de las patillas agarró el hombro del conductor.

—Arranca, este tío está como una puta cabra. —No dejaba de mirar a Mejías—. Usted lo ha querido.

El BMW rugió de inmediato, derrapando sobre la gravilla del patio para encarar la salida. Por la ventanilla bajada del copiloto la cara del patillas se asomaba, desencajada y rabiosa.

—Cinco, y pum, pum, pum, pum, todos muertos. —El detective dijo esto en tono bajito, para sí mismo, y tras un par de giros sobre su dedo índice devolvió el arma a los insondables bolsillos de la prenda impermeable.

Volvió hasta el Ford Fiesta con paso atlético. Le guiñó un ojo a Berta a través del cristal.

—No tardaré. Si vuelven a asomar el morro toca el claxon tres veces.

Berta se apartó el flequillo con una mano, mientras meneaba la cabeza lentamente.

—Jefe, eso ha sido una tontería y usted lo sabe.

Mejías se limitó a sonreír desde la entrada antes de llamar.

—Y lo del claxon es una memez que solo sale en las películas —dijo la chica en voz alta antes de derrumbarse sobre el volante, resignada.

El doctor Martínez era un hombre alto que pasaba de los sesenta y cuya espesa cabellera albina, perfecta como un casco de motorista, se peinaba con la raya a un lado. La cristalera de su despacho mostraba el jardín donde los pacientes paseaban y realizaban ejercicio físico.

—Es agradable, ¿verdad? —dijo el médico. Sin dejar de hablar removi6 una mano en el bolsillo de la bata sanitaria, hasta sacar una pequeña tijera—. Tendría que haberlo visto hace cuarenta años, cuando llegué aquí como médico residente y esto no era más que un cobertizo sanitario. Somos caros, es inútil disimularlo, pero no encontrará nuestros servicios en ninguna otra clínica privada de la Comunidad Valenciana. Y qué decir de la sanidad pública.

Avanzó hasta una estantería sobre la que, en ordenada fila, se disponían tres bonsáis en distinto estado de crecimiento: ficus, olivo y carmona. El médico suspendió con delicadeza las tijeras y, cada pocas palabras, lanzaba un corte entre las ramas, como un pintor inspirado.

—Las personas somos organismos muy delicados —continuó del doctor—. Aquí podemos hacer la vida más placentera. No somos un asilo ni una residencia, somos un centro de recuperación de la salud. Y eso no es barato. Lo entiende, ¿verdad?

A través de la ventana Mejías vigilaba la puerta al patio.

—Se explica muy bien, doctor.

—Pues ahora cuénteme, señor...

—Mejías.

—Pues ahora, señor Mejías, cuénteme sus necesidades. —El doctor Martínez empuñó una pluma Marconelli, con la que empezó a hacer anotaciones—. Debe tratarse de un familiar cercano, a usted le veo con un excelente estado de salud.

—Claro, doctor, ayer batí el récord de los doscientos espalda.

—¿Disculpe?

—Verá, estoy buscando a una persona. —La cara del médico se ensombreció—. Arturo Dugo-Esrich me dijo que buscara aquí a Ernesto Blanch. Desearía hacerle unas preguntas a solas.

El doctor Martínez pareció escandalizarse.

—Perdone, ese no es el procedimiento. Desde luego no quiero contradecir al señor Dugo-Esrich, es un generoso benefactor de nuestra institución, pero lo cierto es que...

—Insisto. El señor Dugo-Esrich dijo que usted se mostraría colaborador. —Mejías enseñó una hilera de dientes irregulares—. Seguro que no se equivocaba.

—Por supuesto —dijo el doctor, mientras calculaba las consecuencias de contradecirlo—. Yo mismo le acompañaré a su habitación. Podrá quedarse allí todo el tiempo que desee.

Algo en el tono del médico levantó una sospecha en Mejías. Sarcasmo, duda, un ligero reproche. El doctor Martínez le guio a través de pasillos y escaleras pintadas de blanco, que olían a ambientador sofisticado y mercadillo *new age*. Mientras recorrían la clínica, el detective observó que su guía no usaba palabras como enfermo o enfermedad. Para él todo eran clientes, dolencias, educados eufemismos que evitaban poner el dedo en la llaga de la decrepitud acumulada en aquel pequeño hospital de diseño. Como pudo comprobar a su paso, la mayoría eran ancianos con restos de inteligencia y porte en sus rostros ajados, gente de calidad: antiguos abogados, médicos, ingenieros, nada que ver con las residencias de la tercera edad que colonizan el levante español. Aunque, como Mejías anotó con meticuloso cinismo, qué curioso que el Rey Arturo no se encuentre aquí, va a ser por la comida. Y espérate que nos toque a los del *baby boom* y aledaños, entonces sí que va a haber faena. Aunque no creo que mi jubilación dé para tanto.

Al fin se detuvieron frente a una puerta de la planta tercera, en el extremo más alejado del ala norte, una zona silenciosa y poco transitada. Mejías se puso en guardia cuando el doctor insertó las llaves en la cerradura. ¿A qué enfermo se encierra bajo llave en lo más alto de la torre?

Cuando puso el pie dentro de la habitación ya deseaba salir de allí. Estaba claro que no sacaría nada de aquella visita.

—Debe tratarse de una broma.

No era una estancia pequeña, y el sol que estallaba en la ventana se reflejaba en las paredes blancas, acentuando el espacio vacío e ingrátido. En medio de la habitación había una cama y, sobre ella, un paciente permanecía tendido con sus ojos abiertos posados sobre el techo. De las sábanas sanitarias emergían las distintas sondas: nasogástrica, vesical y rectal. En el cuello, un catéter con tres llaves gobernaba la química que mantenía a aquel pobre hombre con vida. También había una bomba de morfina, dispuesta a funcionar en caso de necesidad. Encarnizamiento terapéutico era la académica descripción del caso. La mirada del doctor Martínez, sin rastro de victoria personal, pareció confirmar sus pensamientos.

—Ojalá fuera eso —dijo el doctor, y dirigió su atención al monitor para comprobar las constantes vitales—. Una pequeña broma.

Mejías se tocó el lóbulo de la oreja.

—¿Es... es Ernesto Blanch? —preguntó—. ¿Cuántos días lleva aquí?

El doctor Martínez se giró sorprendido desde la cabecera.

—No me diga que no sabe nada.

Mejías lo miró con intensidad. El doctor carraspeó incómodo y trasladó dos sillas



hasta una esquina de la habitación, donde ambos se sentaron.

—Por dónde empezar —dijo el doctor—. Ernesto Blanch lleva en este estado desde 1978.

Mejías abrió la boca, sin querer. No puede ser, parecía decir.

—Puede creerme. Yo llevaba aquí dos años cuando lo ingresaron desde el hospital de La Fe, y desde entonces he sido su médico, aunque lo cierto es que no hemos hablado nunca.

—Él puede...

—¿Oírnos? —El doctor rio sin ganas—. ¿Puede saber quiénes somos? ¿Es consciente de su estado? He intentado contestar esas preguntas durante años; he asistido a congresos, hablado con los mejores especialistas, pero estoy casi como al principio.

—¿Siempre ha estado así, todo este tiempo?

El doctor consultó unas notas en la tablilla que colgaba del monitor.

—No puede hablarse exactamente de evolución. Tras unos meses fue capaz de abrir un ojo. Seis años después abrió el otro. —La amargura se reveló ahora en las comisuras de su boca, y pareció que el doctor se echaba un par de décadas sobre los hombros—. Yo era joven y creí encontrarme frente a una oportunidad. Ya sabe, un nuevo avance, reconocimiento, vanidad. Así que estudiamos todos los tratamientos, establecimos intentos de comunicación con él, en fin, se lo puede imaginar.

—¿Y el resultado?

El doctor suspiró y miró hacia el monitor de nuevo.

—Fracasamos. Ernesto abre los ojos cuando es de día, los cierra cuando es de noche. No mira a nada en particular, simplemente parece estar ahí dentro. Si le hablamos no cambia su expresión ni mueve los ojos. Sin embargo, reacciona ante la vibración de un golpe cercano o si se mueve su cama, por ejemplo.

El doctor se pasó la mano por el flequillo, que amenazaba con emborronar el preciso surco del peine.

—Ignoramos si nos oye o no —continuó—. Y, desde luego, hace mucho que perdimos la esperanza de verlo despertar. Ahora lo mantenemos con vida a base de dopamina, dobutamina y hemocé. Qué actuación más heroica.

El médico apoyó el mentón sobre uno de sus brazos cruzados.

—No consigo entenderlo —dijo Mejías—. ¿Cuándo finalizaron esas pruebas?

—Déjeme que lo piense. Si no me equivoco, fue en 1993 cuando tiramos la toalla, tras la visita de un neurólogo suizo. Aunque nunca se sabe, hay otros casos. En Chile una mujer despertó hace tres años después de estar en coma diecinueve. En Canadá un hombre murió tras treinta años en este estado. Ya ve, podría despertar esta mañana, dentro de un año o nunca.

Mejías asintió con la cabeza. Sacó la libreta rayada y comenzó a tomar notas.

—¿Y las visitas? —carraspeó el detective—. ¿Viene alguien a verlo?

El doctor sonrió ante la pregunta.

—Visitas —musitó—, claro. Al principio venía su nieta, una niña de diez años que quedó huérfana, debido a que Ernesto era su tutor legal. Recuerdo verla crecer pegada a esta misma cama, de niña a adolescente, de adolescente a mujer. —Deshizo el aire alrededor con un manotazo—. Un día se fue a una universidad del extranjero, su abuelo nunca mejoró y ella dejó de venir.

—¿Y desde entonces?

—Nadie en todo este tiempo. Pero desde hace seis meses, alguien envía un ramo de flores, una vez al mes.

—¿Cómo?

—Al principio nos pareció sorprendente, pero ha terminado formando parte de la rutina. Viene un mensajero y le acompaña una de nuestras enfermeras. Pone el ramo a sus pies, permanece unos minutos en silencio y luego se retira.

Mejías gruñó mientras miraba de reojo la cama immaculada e inmóvil, bañada por la luz brillante.

—Debe haber algo más.

—Le aseguro que hicimos lo posible, ahora no tiene sentido...

—Perdone la brusquedad, doctor, pero no me cuente lo que podría decirme cualquier enfermera. Cuénteme lo que falta.

—¿Cómo se atreve? He colaborado con usted, le he explicado el caso. Comprendo su sorpresa, pero no hay nada que yo...

—¿A estas alturas, doctor? —El detective chasqueó la lengua—. Como experto en paciencia y bonsáis, habrá adivinado que no soy un amigo ni un familiar, tengo otros intereses. Cuénteme por qué este hombre continua vivo. Quién se hace cargo de su manutención, quién paga esto. Y por qué.

El rostro del doctor se tensó brevemente como si perdiera la paciencia. Como si fuera inútil hacerse entender.

—Verá, Ernesto se encuentra aquí porque nadie se hizo cargo de él. —El doctor hablaba arrastrando las palabras, abrumado por una pesada carga—. Nadie, salvo su único benefactor durante todo este tiempo. Otros envían flores, sí, otros vinieron a verle, pero el único que ha dispuesto lo necesario para que Ernesto continúe con vida es quien le manda a usted. El señor Arturo Dugo-Esrich.

A Berta le encantaba todo lo relacionado con los coches de competición: *rallys*, veinticuatro horas de Le Mans, pero sobre todo la fórmula uno. Sabía que con diez kilogramos menos de combustible podían ahorrarse entre dos y cuatro décimas por giro, que en Turquía se encontraba la única curva del campeonato con tres vértices, que Hungaroring no presentaba puntos claros de adelantamiento y que Montmeló gustaba a todos los pilotos, o eso decían ellos cuando llegaban los *tests* de pretemporada.

Berta hubiera invertido sus ahorros para asistir al Gran Premio que se celebraba

en Valencia, si hubiera tenido ahorros. Tuvo que conformarse con verlo por televisión, en un bar donde se insultaba a tal o cual piloto, más preocupados por la victoria de un español que de la competición. A Berta le gustaban las carreras, no los pilotos. El próximo febrero iría a Cheste para presenciar una de las asequibles pruebas antes del inicio de temporada, y ya fantaseaba con el rugido de los motores en cada curva, las salidas de pista, el trajín de los mecánicos en boxes.

—Estás en las parras, Berta.

La joven sacudió la cabeza sin apartar la mirada de la carretera, que a esa hora estrechaban las emergentes tinieblas. Acababan de dejar atrás la clínica, después de que Mejías se hubiera subido al Ford Fiesta diciendo «no preguntes» cuando ella despegaba los labios. La chica había mantenido las mandíbulas apretadas, contando mentalmente hasta cien, y ahora su jefe le venía con esas. No te encariñes con los potrillos, cuando crezcan te darán una coza. La tía Marina estaría riéndose de ella.

—Qué quiere, si no me cuenta nada —dijo la joven.

—Cada uno a lo suyo. Tú conduce, que no lo haces mal.

Encendió las luces largas, pues las de cruce apenas iluminaban el límite de la trazada. En cada curva, Berta tocaba el claxon para advertir a eventuales conductores en sentido contrario, pues aquel tramo era demasiado angosto para dos vehículos. Redujo de marcha; la lluvia ya no era fina, el camino estaba lleno de revueltas y la carretera discurría pegada a la falda de la montaña. Seis kilómetros más adelante mejoraría, pero ahora era una ratonera, asfalto hecho trizas entre una pared de piedra y el acusado desnivel hacia el otro lado.

—Yo solo soy el chófer —masculló—. Solo soy una tía que conduce un coche y escribe en su ridícula máquina de escribir.

—Nadie dijo que fuera fácil, Berta.

—Y encima, la escenita de la entrada. Todo el mundo estaba mirando. ¿Quiénes eran los del vehículo?

Tan solo se escuchaba el chirrido pendular del limpia parabrisas y la lluvia sobre el techo. El Fiesta derrapó ligeramente en una de las curvas, la joven redujo a segunda y, tras un leve repecho, volvió a meter tercera.

—No va a decírmelo, pero no hace falta: eran hombres de Arturo Segundo.

—Qué lista eres, ¿memoria fotográfica, de nuevo? No sé cómo he podido vivir sin ti hasta ahora.

Berta pasó por alto el último comentario.

—Se llama sentido común, y usted no sabe lo que es. Es natural que el empresario ponga alguien a seguirnos, los mismos del estudio de televisión.

—Nos están diciendo cuidado, cuidaaado —contestó Mejías con amago teatral—. Qué miedo dan.

—Es usted un inconsciente, ¿no se da cuenta? Sus bravatas, la pistola y todo eso, era innecesario.

Mejías buscó entre sus bolsillos hasta sacar un objeto negro y compacto. Se lo

mostró a la joven.

—¿Te refieres a esto?

Berta volvió la vista un segundo y emitió un grito breve y afilado. Contravolanteó hasta acercarse peligrosamente al Ford Fiesta al extremo izquierdo de la carretera.

—¿Qué hace? ¡Guarde la pistola, por Dios!

Mejías jugueteó con el objeto, pasándolo de una mano a otra sin dejar de sonreír mientras Berta contorsionaba su cuerpo para esquivar las imaginarias trayectorias de plomo que amenazaban con perforarle el abrigo.

—¡Agárrese! —dijo la chica.

—Pero qué demonios...

Berta apretó a fondo el freno y las cuatro ruedas derraparon en la carretera. Cuando el coche se detuvo, Mejías la miró arqueando la ceja izquierda.

—Y ahora qué es lo que te pasa.

—¿Cómo dice? —Berta tartamudeaba—. Usted juega con un arma mientras conduzco, ¿y pregunta qué me pasa?

—No te iba a suceder nada.

—Claro, tendrá el seguro echado y además usted es un acróbata del revólver, ¿verdad?

—Te repito que no te iba a suceder nada —contestó Mejías, aburrido.

—No, claro que...

—Esta arma es de madera.

—¿Qué?

—Es una réplica, pintada y barnizada para parecer metálica. Muy ligera y así no corre uno el riesgo de agujerear a la persona equivocada.

—Espere. ¿Me está diciendo que se ha jugado la cara ante unos matones a sueldo con una pistola de madera?

—Exactamente eso.

Berta empuñó el volante hasta que sus nudillos se tornaron blancos, las cejas formando una línea irregular bajo el flequillo. Metió primera y el coche continuó carretera abajo.

—Está usted loco —masculló la joven.

Berta aceleró, mientras el coche se deslizaba por la resbaladiza carretera, ocupando toda la calzada para tomar la siguiente curva. El cielo se había oscurecido por completo y la lluvia arreciaba.

—Completamente loco —repitió.

—Trato de protegerte, no sé cuántas veces te lo voy a decir.

—Lo único que le interesa a usted es usted mismo. Por eso está solo, por eso se le van todas las chicas que emplea.

De la oscuridad emergió un triángulo anunciando una curva peligrosa, la primera señal en tres kilómetros.

—Crees que es un juego —gruñó el detective—, pero tú debes permanecer al

margen. Además, no sabrías...

El grito de Mejías llegó un segundo demasiado tarde. Salían de una curva a derechas cuando un objeto enorme y oscuro apareció en medio de la carretera. La chica clavó el pedal con todas sus fuerzas. Las ruedas se bloquearon al instante y el Ford Fiesta patinó como una danzarina rusa sobre la mezcla de barro, agujas de pino y guijarros sueltos que bordeaba la cinta de asfalto. Berta intentó recuperar el control y el vehículo giró hacia el exterior de la curva. Hacia el precipicio. Era la única forma de esquivar al vehículo estacionado, descubierto con un fogonazo azul de los faros que revelaron sucesivamente el borde de la carretera, el guardarrail inexistente, una pareja de troncos en la ladera inclinada. El Ford Fiesta sacó dos ruedas al vacío y el peso del vehículo lo venció hacia abajo. Vaciló un momento y cayó. Dio tres vueltas de campana a lo largo de la pendiente entre crujidos metálicos hasta detenerse contra un árbol seis o siete metros más abajo. Luego el silencio, amortiguado por los estertores del motor y el eje delantero, que continuaba girando.

Mejías reaccionó enseguida, con la adrenalina llenándole la boca. Se palpó la cara y encontró sangre, pero aún no le dolía nada. Se deshizo del cinturón de seguridad y evaluó la situación. El coche había quedado apoyado en un lateral, con la puerta del piloto contra el suelo y la del copiloto hacia arriba. Berta tenía los ojos cerrados.

—¿Puedes oírme? —la apremió el detective—. Abre los ojos si me oyes.

En la oscuridad no podía advertir el alcance de las heridas de la joven, y moverla aumentaría los problemas. Tanteó sus extremidades e inspeccionó los puntos más frágiles: cuello, cráneo, columna. No encontró nada anormal, pero el detective tenía las manos llenas de sangre y no podía saber si era suya o de su ayudante.

—Berta, ¡abre los ojos!

La joven obedeció como llegando desde una distancia interminable.

—Qué, qué...

Habían tenido suerte; la joven solo tenía un fuerte golpe en la cabeza y se quejaba de pinchazos en el tobillo izquierdo. Mejías abrió la puerta del copiloto como una escotilla y la sujetó con su mano libre. Con la otra tiraba de la joven que, ahora sí, trepaba por el habitáculo a pesar del dolor que quemaba su pierna.

Tardaron en orientarse hacia la carretera. Las nubes ocultaban la luna y la lluvia les golpeaba en la cara. Subieron penosamente la cuesta, tropezando entre la hojarasca empinada, acometiendo cada paso con extremo cuidado. Berta se apoyaba en el detective y tiritaba de frío. Una luz brillante se encendió más arriba, los faros del coche azul detenido en medio de la calzada. Contra la luz se recortó la figura de un hombre delgado con paraguas y anorak, que les miraba desde lo alto.

—¿Se encuentran bien? —dijo la figura, llevándose una mano a la boca para amplificar el sonido.

—Hemos tenido un accidente —gritó Mejías, unos metros por debajo de la carretera—. Llame a una ambulancia o mejor llévenos a un hospital. Esta joven está herida y yo...

—No ha sido un accidente —le cortó el del paraguas.

Mejías parpadeó dos veces, incrédulo. El molesto contraluz convertía a aquel tipo en una sombra. Asumió que no iba a llevarlos a ningún hospital, que no iba a llamar a nadie. Y que estaban, por el contrario, a su merced.

—No ha sido un accidente —repitió la figura—. Solo una advertencia, y no van a tener otra. Dejen el caso, váyanse a casa y olvídenlo todo.

Tan pronto como se extinguieron sus palabras plegó el paraguas y se metió en el coche. En unos segundos, los ecos del motor se habían perdido en la lluvia, dejando a los accidentados aferrados uno al otro en la oscuridad. Mejías se desprendió de la gabardina y la pasó por los hombros de Berta, que había olvidado su abrigo en la tortuosa salida del Ford Fiesta. El detective empezaba a sentir numerosos puntos de dolor, y no todos eran fruto de los golpes. La muchacha parecía ajena a todo, muerta de frío y encogida sobre sí misma, colgada del brazo de su jefe. Mejías sintió una repentina e infinita ternura por ella.

—Imagino que tendremos que recurrir a ese maldito móvil tuyo —acertó a decir, con fingida indignación—. Solo espero que todavía esté entero.

Cuando salieron de urgencias era de madrugada y había dejado de llover. Al detective le aplicaron tres puntos en una ceja abierta y llevaba el brazo en cabestrillo. Berta lucía un aparatoso vendaje en la cabeza y un *tensoplast* le inmovilizaba la pierna hasta la rodilla. Ambos tenían numerosas magulladuras, que cruzarían todo el espectro cromático en los siguientes días. A la joven le habían prestado una muleta y se balanceaba sobre ella a lo largo del pasillo hospitalario.

—Berta, siento muchísimo lo del coche —decía Mejías a su lado—. Ha sido una desgracia.

La chica continuó cojeando. Tenía las ropas sucias y húmedas, como quien regresa tarde tras una larga fiesta.

—Yo... no imaginaba que esto pudiera suceder —continuó el detective—. Parece que el asunto se nos ha ido un poco de las manos.

Llegaron a la puerta de salida. Un taxi acudió al pie de la escalera. La joven comenzó a desembarazarse de la gabardina.

—Lo entiendes, ¿verdad? —insistió Mejías—. Son cosas que pasan, Berta, gajes del oficio. Un par de golpes por aquí, alguna contusión por allá, nunca nada serio. En mis informes suceden muchas más cosas, pero...

Berta le tendió a Mejías la gabardina con gesto hosco.

—Renuncio. Me voy a casa.

—Pero ¿cómo? Ha sido un tropiezo, no puedes arrugarte ahora...

—He descubierto que soy valiente si me lo propongo. —Le cortó la chica, alzando la nariz. Había perdido uno de sus pendientes—. También he descubierto que es usted la persona más desconsiderada que he conocido en mi vida. Podría

enseñarme mucho acerca de la investigación, del trabajo de campo... pero usted no quiere. Usted es un solitario, un tipo patético y engreído que se cree superior porque ha fabricado un mundo en el que solo usted puede vivir. No sabe trabajar en equipo, ignora lo que supone un mínimo de humanidad. Pues escuche, quédese con su decorado en blanco y negro, todo para usted.

Berta renqueó hasta el taxi y, tras un par de tropiezos, consiguió alojarse en el asiento trasero. El vehículo arrancó y sus faros trazaron una curva en la carretera hasta perderse de vista. Mejías se quedó en la puerta de urgencias, gabardina en mano, brazo en cabestrillo, con el perfil ambiguo y achaparrado contra la luz fluorescente que salía del interior del edificio.

# 10 Una noche en la ópera

«Todos me meten en el caso. Todos me echan fuera. Y todos se empeñan en que no haga nada. De acuerdo, mándeme un cheque por correo. Tenga en cuenta que soy caro, sea generoso».

*Historia de un detective, 1944*

**A**l día siguiente Mejías despertó muy tarde, acosado por sueños huidizos. Tenía el cuerpo pulsante y se movía como una máquina oxidada y defectuosa. Ingirió una ración doble de antiinflamatorios a golpe de Laphroaig pero el dolor no remitió durante el resto de la mañana.

Berta no había acudido a su puesto de trabajo. Miró la mesa vacía de la joven, tumbado sobre los sillones de escay del recibidor, cuyos muelles se quejaron con melancolía. Aquel chirrido obtuvo respuesta en otro rincón; el detective asomó la cabeza y descubrió al minino atigrado, estirando su cuerpo antes de afilarse las uñas contra el rascador. Contempló el cilindro vertical rodeado de cáñamo, en el que no había reparado hasta entonces. A su lado había un recipiente metálico con agua, y otro similar donde restaban tres o cuatro bolitas de pienso. Zero recorrió con dignidad las baldosas frente al sofá, manteniendo erguida su cola imaginaria, hasta desaparecer por la abertura de una caja de plástico. Un sonido de arena removida anunció la salida del presumido felino poco después, aparentemente feliz. Berta tenía razón, el arenero neutralizaba el olor de la orina. Y en todo lo demás, se dijo el detective, tenía razón en todo lo demás.

Durante un par de horas ordenó de nuevo las cintas de vídeo y los vinilos. Luego se dedicó a la serena contemplación del libro de fotografías en gran formato de Verónica Lake, tesoro incombustible de su último cumpleaños celebrado hacía una década. Bajó a comer al bar de la esquina. Después intentó dormir frente al escritorio, pero todo seguía dando vueltas en su cabeza.

La culpa era suya. Había perdido una semana, otros habían aprovechado ese tiempo para inculpar a Seb mientras que su único avance se detenía en la clínica Cubells, y había pagado un alto precio por ello. Observó a Zero girando sobre sí misma, antes de frotarse sobre las perneras de sus pantalones. La irregular gatita ronroneaba como un motor diésel. Mejías derramó en el plato del felino una concisa porción de *whisky* y la gata removió los bigotes entre maullidos de placer.

Mejías consultó sus anotaciones antes de llamar a Arturo Dugo-Esrich. Al otro



lado descolgó Fidel. El señor estaba enfermo y se había acostado pronto. Quizás pudiera intentarlo al día siguiente. Mejías quiso continuar, pero la sequedad del germano no admitía réplicas.

Después telefoneó a Martín. Su hermano Arturo se encontraba hoy en un cocktail, presentando un importante proyecto del grupo empresarial. Por otra parte, Sebastián había regresado a su local. El profesor de Historia no había oído hablar de Ernesto Blanch, aunque se comprometió a investigar al respecto. Mejías le relató su visita a la clínica aunque omitió el accidente. Se despidieron citándose para contrastar datos.

Abrió una nueva botella de Laphroaig y entonces, con amarga estupidez, pensó en llamar a Ángela. Ella sabía más de lo que le había contado pero ¿qué le diría? Muñeca, podríamos tomar un trago en un lugar de la calle Baja que conozco. La música no está mal, el dueño me trata con respeto y quizás consigamos que saque el *whisky* caro que guarda bajo la barra, ¿qué te parece? De nuevo apareció ante él la cara de Berta, con la nariz arrugada y los ojos en blanco. Usted no se entera, ¿verdad, Mejías? Ella es una chica bien, de esas que salen con gente bien, gente con pasta y con coche, con c-o-c-h-e, ese que me ha destrozado en su lucidez.

Estaba bien jodido. El Longines había vuelto a pararse y él le daba vueltas a la esfera buscando una manilla que se resistía a colaborar. Se le había parado el reloj y no había nadie más para darle cuerda. A la mierda toda esta autocompasión y condescendencia; tenía un caso y lo resolvería. Tragó un par de antiinflamatorios más y los trasegó con otro sorbo de Laphroaig. Ahora mismo iría a agarrar a alguien por las solapas hasta ponerlo de puntillas.

Cuando ya salía por la puerta, observó que Zero trotaba por la habitación con dificultad, ligeramente inclinada hacia la derecha, como si hubiera perdido parte de su inverosímil equilibrio felino. Mejías sonrió ante los efectos del medicinal Laphroaig; cualquier día le quitaría el puesto.

Lleva un rato escuchando. Mientras lo hace, el teléfono se remueve en su mano, como si tuviera vida propia. Le cuesta sujetarlo mientras intenta no enfadarse.

—Claro que me he enterado. Nuestro asunto se está complicando.

La voz apasionada al otro lado hace que desee colgar, pero se contiene. Se da cuenta de que ha perdido algunas frases de la conversación, y eso provoca que vuelva a ponerse en guardia. Interrumpe a la voz del aparato.

—Sí, yo pensaba que el detective no nos daría problemas, ya lo sé. Lo mismo crees que he sido demasiado amable con él. Tú desde luego no.

Más excusas, más palabras que luchan contra las suyas. El espejo, la mesita junto a la pared, los cuadros del salón giran a su alrededor, pero se aferra al teléfono con garras de acero. El control es suyo.

—Te lo advierto, si el accidente llega a ser mortal hubiéramos tenido que abandonar nuestro plan. No podemos mantener alejada a la policía indefinidamente.

Al otro lado se toman esta amenaza con cinismo. Hay una enumeración de las cosas que él está haciendo por la causa, una lista más larga y beneficiosa que la suya.

—Haz tu trabajo y yo haré el mío. ¿Has empezado con el material?

La voz del auricular suena cansada, como si repitiera algo innecesario.

—Tú ocúpate de que todo funcione, compruébalo otra vez.

La respuesta es cortante. Luego las frases desmadejan los últimos pasos dados, las últimas comprobaciones de cabos sueltos.

—Y esa mujer, ¿es necesario que estés con ella, que sigas sus pasos? Rosita ha sido buena con la familia y la familia, desde luego, no la ha tratado igual.

La respuesta es burlona, una serie de ventajas obvias.

—La mitad de lo que dice son desvaríos sin sentido, no entiendo tanto interés por tu parte. Haz lo que quieras pero no me falles, me lo juego todo en esto. Al fin y al cabo tú eres quien tiene menos que perder.

El otro grita al auricular, y cualquiera a su alrededor podría escuchar claramente los reproches, pero no hay nadie cerca. Se mira los zapatos. Cuenta hasta diez. Vuelve a hablar.

—Está bien. Pero recuerda que solo tendremos una oportunidad.

Cuelga demasiado rápido, no quiere que el otro vea cómo pierde el control. Mira el auricular en su mano, está borroso. Comprende que es su mano la que tiembla.

La larga caminata desde el despacho no hizo mella en el ánimo de Mejías, y para cuando llegó a la altura de la Ciudad de Las Artes y las Ciencias aún sentía la irritación burbujeando en las palmas de sus manos. Había realizado todo el trayecto por la margen derecha del antiguo cauce del Turia, entre el pretil del río y los vehículos que se deslizaban por el asfalto en su misma dirección. Los Jardines del Turia se alojaban en el antiguo cauce, cuyos peligrosos lodos habían amenazado Valencia en el pasado; ahora atravesaban la ciudad de parte a parte, transformados en un oasis de bosques y áreas recreativas que congregaban a buena parte de los ciudadanos. A cualquier otro le hubiera resultado agradable caminar bajo los pinos, aspirando el olor a césped recién cortado, pero el detective prefería caminar cojeando por la acera cuadriculada de cemento con docenas de vehículos irrigando el aire con dióxido de carbono.

Mejías odiaba las manadas de corredores congregados en el río al caer el sol. Detestaba sus auriculares abrochados al brazo, los grupos de amigotes que trotaban empujándolo sin querer, las colas de caballo de las chicas que pasaban a su lado para perderse entre los árboles. Toda esa histeria colectiva de salir corriendo de un lugar para acabar volviendo al mismo sitio le irritaba enormemente.

Vislumbró la parte superior del Palau de les Arts, que emergía entre las copas de coníferas como un torpe y pálido cetáceo. Después aparecieron otras figuras vanguardistas: el ojo del L'Hemisfeic; el esqueleto de saurio del Museo Príncipe

Felipe; el Ágora, como una ampolla futurista; el arqueado puente semejante a un arpa celestial o a un jamonero, según se mirase; las protuberancias de la lejanía, que anunciaban el Oceanografic.

Mejías despreciaba aquella arquitectura audaz por el mismo motivo que aborrecía el arte moderno. Con todo, fue incapaz de reprimir un estremecimiento de interés ante aquellas maravillas a las que la luz artificial arrancaba reflejos esmaltados. Cerca, entre edificios bulímicos semejantes a ladrillos puestos de pie, se encontraba la caja gris de la Ciudad de la Justicia. Mejías se vio tentado de hacer un chiste al respecto pero se limitó a menear la cabeza. Maldita sea, se dijo, cuántas ciudades caben en esta ciudad.

A esa hora no había muchos turistas y, en la proa del edificio, los cristales del segundo piso mostraban una multitud de personajes con ropas de gala. Los gorilas apostados en la entrada lo miraron con estupor; la gabardina echada sobre los hombros no pasaba desapercibida, ni tampoco el aparatoso vendaje sobre la cabeza, o el brazo en cabestrillo. El detective ignoró a los vigilantes y siguió una alfombra roja flanqueada con cordones dorados sobre soportes de pie. Desde el mostrador, una joven se levantó para decirle algo. Mejías le dirigió una mirada fulminante que la hizo refugiarse tras el parapeto de madera laminada.

Llegó al arranque de una escalera que recorría el exterior del edificio, donde bloqueaba el paso una rubia azafata de pechos neumáticos tallados a golpe de bisturí. Con una sonrisa retocada, la barbi le preguntó quién era.

—Tengo que ver a Arturo Dugo-Esrich, hijo —declaró el detective, haciendo ademán de iniciar la ascensión.

La chica sonrió otra vez y le sujetó el brazo sano con delicadeza.

—Verá, es una fiesta privada. ¿Trae usted su invitación?

—No necesito eso.

—Yo creo que sí. ¿La ha perdido? Quizás pueda decirme su nombre y...

—Ambos sabemos que no estoy en su maldita lista. Necesito hablar con Arturo Dugo-Esrich y ya está. No tengo por qué explicarle nada más.

—Tiene que esperar a que...

Mejías no la dejó terminar. Empujó a la barbi hacia un lado y atacó las escaleras. Ella quiso agarrarlo por el brazo, pero al ofrecerle el cabestrillo la mujer dudó y resbaló por el pasamanos hasta caer al suelo. El detective tentó su asma subiendo los peldaños de dos en dos, mientras escuchaba a su espalda unos indignados gritos de frustración.

Desembocó en una terraza atestada de gente, entre dos filas de palmeras y líneas de césped en la celosía hormigonada del suelo. Se alisó la gabardina absurdamente; intentaba pasar desapercibido y lo tenía crudo. Una banda de *jazz* en esmoquin tocaba al fondo y había una larga mesa de *delicattessen* en el centro, base nodriza desde la cual una horda de camareros pululaba sin descanso entre los invitados. Políticos, altos cargos, empresarios, personalidades.

Calculó tres minutos antes de que la barbi apareciera con refuerzos, así que se movió deprisa entre el grupo de hombres con trajes oscuros y mujeres luciendo galas prefalleras. La fiesta continuaba en una sala entarimada a la que se accedía desde la terraza exterior, y donde el nivel de personalidades aumentaba. Algunos rostros le resultaron conocidos; pudo distinguir un par de consellers, tres o cuatro periodistas famosos, un director de informativos y, ocupando el centro de la sala, un grupo de personas obsequiosas que revoloteaban alrededor de la alcaldesa.

No había rastro de Arturo Dugo-Escrich y el tiempo se le acababa. Llegó hasta el fondo de la sala, un espacio triangular encajado en la proa del Palau, con una gran cristalera acanalada en el costillar de acero blanco y brillante. En el vértice redondeado había una mesa de bebidas y Mejías decidió que si no podía hablar con nadie al menos no se iría seco de allí. Entre las botellas encontró un inesperado tesoro: un Ardbeg de diez años, farallón de las Hébridas Interiores. Otro caldo dorado para mayor gloria de los Ílich. Con aquel *whisky* bajando por su garganta, Mejías casi consiguió olvidarse de los Dugo-Escrich.

—Le gusta, ¿verdad?

Mejías se giró sobresaltado. Le hablaba un hombre menudo y regordete, casi un enano incluso comparado con el detective. Se sentaba junto a la mesa de bebidas, apoyando ambas manos en un bastón con pomo de plata que enterraba entre sus pies. Llevaba tintado el pelo y lucía mejillas resquebrajadas, con venillas rotas a ambos lados de la nariz bermeja y bulbosa. En su boca bailaba una sonrisa.

—Lo cierto es que sí —logró decir el detective—, huele a tierra quemada y...

—Es esa terrosidad del Ardbeg —lo interrumpió el hombrecillo—, su regusto de humo de turba, hogueras de ramas verdes y de brea. Quizás no lo sepa pero se destila en la isla de...

—... La isla de Islay, cuya destilería se encuentra a escasos dos kilómetros de mi venerada Laphroaig. Me cago en la leche, señor, permita que le estreche la mano. —Aquel gnomo con bastón apretaba más fuerte de lo que Mejías hubiera pensado—. Veo que aprecia lo importante, no todo el mundo conoce este *whisky*.

—Bueno, es que lo he pedido yo.

El detective le miró con suspicacia, por primera vez.

—Creía que esta fiesta la daban los Dugo-Escrich.

—Y así es. Si se fija, junto al tropel que gira en torno a la señora de rojo puede apreciar la maqueta del enésimo centro comercial del grupo. Un proyecto, entre usted y yo, de lo más cutre.

—Pensaba que se trataba de algo importante. —Lo miró con intención—. Del Proyecto Cíclope, por ejemplo.

El hombrecillo rompió a reír con entusiasmo.

—No entiendo por qué... —dijo Mejías.

—Perdone mis modales, caballero. —El gnomo sacó un pañuelo para enjugarse las lágrimas—. Pero estas reuniones resultan tan aburridas que una ocurrencia así me

sabe a gloria. Eso del proyecto Cíclope es una milonga que Arturo hijo se sacó de la manga hace años para timar a unos inversores extranjeros y se ha convertido en una broma recurrente en el mundillo...

—O sea, que tal proyecto no existe.

—Es más falso que una moneda de tres euros.

Mejías bufó entre dientes, taladrando la noche más allá de los cristales.

—Vaya —dijo el hombrecillo—, espero no haberle molestado.

—No se preocupe, no tiene que ver con usted. Pero veo que conoce a la familia.

El hombrecillo suspiró, como si recordara una larga historia.

—Algo más que conocerlos. Cuando mi empresa consiguió su primera gran obra, Arturo padre ya era un anciano. Tras veinticinco años de disputas aún no he conseguido desbancarle; yo estoy para el arrastre y él sigue tan campante. Es un hombre que se resiste a perder, ¿no cree?

—En realidad estoy buscando a su hijo, Arturo Segundo.

—Pues busca en el piso equivocado. —Apuntó con el mentón hacia el fondo de la sala—. Fíjese.

Mejías miró en la dirección indicada. En el extremo opuesto, sobre un mural corrido que representaba una manada de toros, existía un piso superior a resguardo de miradas indiscretas. Se volvió hacia el hombrecillo.

—Ya que conoce a los señores...

—Discúlpeme, caballero —le interrumpió el hombrecillo—, pero nuestra conversación está a punto de terminar. Hace un momento, la señorita despampanante me ha visto dándole la mano y no se ha atrevido a interrumpirnos, pero el que viene ahora no tendrá tantos miramientos.

Desde las apretadas filas de personajes acartonados asomó la joven barbi, que se volvió hacia su acompañante antes de señalar al detective. Era un hombre apenas entrado en la treintena, con traje marrón y corbata dorada.

—Con su permiso, señor Aparisi —dijo aquel tipo.

El hombrecillo asintió, como si aceptase algo inevitable. El detective se le quedó mirando. Aquel hombrecillo con quien había hablado debía ser Gaspar Aparisi, cabeza visible de la gran constructora valenciana, que en los últimos años aguantaba el envite de los gigantes nacionales. El gran rival del Rey Arturo. El único, en todo caso, que quedaba con vida.

—Me llamo Arturo Dugo-Esrich —continuó el joven—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Ajá —dijo Mejías—. Así que usted es Arturito, el tercero.

—¿Cómo dice?

Arturito se había presentado con la suficiencia de su apellido y no esperaba el apelativo familiar, por lo que exhibió un gesto infantil de impotencia.

—Me disculpará si no acudo al bautizo del cuarto Arturo —continuó Mejías—. Tengo la agenda repleta.

—¿Quién es usted?

—Quiero ver a su padre, él sabe quién soy yo. Aunque no del todo.

—Usted debe ser el detective —razonó Arturito y echó una fugaz mirada hacia el piso de arriba—. Verá, mi padre se encuentra reunido...

Era suficiente para Mejías. Fingió tropezar y el vaso tactaqueó un par de veces en sus manos para derramarse sobre la chaqueta del recién llegado, ante el horrorizado ooooh de la barbi. Aprovechó la confusión y se coló entre el rector de la Universidad y un conseller cercano para buscar las escaleras. Subió los peldaños deprisa, ignorando los susurros agitados de Arturito, que le perseguían con discreción.

Arriba, una docena de rostros importantes se giraron con desdén hacia el intruso y observaron la mirada ansiosa, la gabardina, el vendaje de la cabeza, el cabestrillo. No había rastro del empresario. Distinguió un reservado en la esquina, delimitado con tarima y pladur. Antes de que nadie preguntase, Mejías se abalanzó hacia la manilla, abrió la puerta y penetró en la habitación.

Arturo Segundo y otro hombre hablaban en torno a una mesa, y ambos callaron en espera de razones que justificasen la interrupción. Algo como: miren ustedes, acaba de desencadenarse una guerra nuclear mientras estaban reunidos y somos los únicos supervivientes, debemos pensar qué hacer por el bien de la raza humana, o sea, nosotros tres. Si ustedes me entienden.

Los dos hombres entornaron los ojos durante segundos interminables, aguardando a que el detective desapareciera por donde había entrado. Mejías se preguntó cuántos empleados habían sufrido aquella expresión tirana en los últimos años. Cerró la puerta y apoyó su cuerpo contra la madera, para amortiguar el sonido de los nudillos de Arturito.

Una fría indignación relampagueó en el rostro de Arturo Dugo-Esrich, sustituida de inmediato por cierta cordialidad, como si el empresario llevara tiempo esperándole.

—Bienvenido, señor Mejías.

—Tengo que hablar ahora mismo con usted.

—Pues eso haremos. —Se levantó hacia una pequeña puerta lateral—. Rafael, si me disculpas, solo será un momento.

El hombre restó importancia con un gesto de la mano, como si compartiera la inevitabilidad de la situación.

—Muy bien —dijo el empresario una vez se hubieron sentado—. Usted dirá.

Mejías perdió la paciencia desde el principio.

—No, amigo mío, es usted quien debe aclararme muchas cosas. —Señaló su vendaje en la cabeza con el brazo en cabestrillo—. Esto no me lo he hecho jugando al pádel, es cosa de sus puñeteros sabuesos. Les dijo que me liquidaran o que me dieran un aviso, ¿verdad?

—Perdone, detective, pero ignoro de qué me habla.

—Ahora mismo me lo va a explicar todo, y me da igual el cargo político de su

amiguito de al lado. Usted me ha contratado y ha puesto esos tipos tras de mí.

El empresario miró fijamente al detective, con la cara petrificada en una máscara indescifrable. Mejías visualizó varios finales para la escena. En uno de los peores, Arturo Segundo sacaba del escritorio una *Beretta* de nueve milímetros para iniciar el típico *speech* del malo, donde confesaba sus crímenes antes de ejecutar al héroe de la historia. Aquello no solía funcionar, porque la policía o el socio del héroe aparecían para frustrar los planes del malvado en el último momento. Lástima que Mejías no contara con ningún compañero y que la policía lo detestara.

Se alarmó cuando el empresario, sin decir palabra, abrió un cajón del escritorio y extrajo... un teléfono. Pulsó una sola tecla.

—Arturito, ven ahora mismo.

Colgó sin esperar respuesta y tras dos tímidos golpes en la puerta apareció Arturito, con el rostro transfigurado por el miedo, herencia de tantos años de castigos por no terminar los deberes, llegar diez minutos después de la hora permitida o haber gastado su paga al segundo día de la semana. Este hombre da pena, pensó Mejías.

—Arturito, me dice nuestro detective...

—Mejías... —se atrevió a interrumpir.

—Me dice nuestro detective que unas personas le han seguido para atentar contra su integridad física. ¿Tienes algo que decir?

Arturito abrió la boca en una gran O mientras buscaba las palabras adecuadas.

—Yo... bueno, nosotros... lo hemos vigilado, claro, era el procedimiento. —Su mirada saltaba de uno a otro—. En realidad mis hombres son los que han estado en peligro; en Valencia tuvieron un accidente persiguiéndole y ayer los amenazó con un revólver en público. Se marcharon y no volvieron a verlo.

El empresario consultó con la mirada al detective.

—Eso es mentira —contestó Mejías—, después me esperaron en una vuelta del camino para sacarme de la carretera.

—¿Pudo verlos, detective?

Mejías se giró hacia el empresario, irritado.

—Era de noche, llovía, y dimos varias vueltas de campana. Solo vi un coche azul.

—No tenemos ningún coche azul —afirmó triunfalmente Arturito—. Como dice el abuelo, ni azules ni rojos, no se piense nadie que estamos metidos en política.

Mejías tuvo que reírse, aunque no estaba de humor.

—Si fuera verdad también lo negarías.

—Eso es absurdo.

—Es suficiente, Arturito, puedes retirarte —dijo el empresario—. Tú y yo hablaremos después.

Mejías sintió cierto placer cuando la cabeza de Arturito se encogió entre los hombros, esquivando una invisible colleja. Tras su marcha el empresario retomó su tono profesional.

—Como verá no tenemos nada que ver en este asunto.

—Mire estas heridas, el coche ha quedado para el desguace, mi ayudante se ha despedido... ¿y pretende decirme que no ha pasado nada?

—Tiene usted muchos enemigos y yo no soy uno de ellos. Aún. —Sacó una estilográfica y firmó un papel de la chequera—. Esto cubrirá sus gastos y el resto de emolumentos por su trabajo.

—¿Qué trabajo? Solo acabo de empezar...

—Usted ya ha terminado, puede que no se haya dado cuenta. —Extendió el cheque sobre el escritorio con un grueso dedo encima—. Quizás esto se lo explique mejor.

Mejías dudó un momento. El Rey Arturo se lo había advertido.

—No he resuelto ningún caso y, de hecho, no hay caso. El Proyecto Cíclope no era más que una invención suya para justificar la investigación.

El empresario se encogió de hombros, como a un niño travieso al que han pillado haciendo trampas.

—Para mí ha estado excelente. Ha inquietado a las personas adecuadas, alguien se ha puesto nervioso y gracias a ello la policía ha descubierto una trama que podría perjudicarnos muy seriamente. Por supuesto que Seb no irá a la cárcel, no podemos permitirnos escándalos. Pero recibirá su merecido, no lo dude.

—¿Quizás una reducción de acciones en el testamento de papá, y su promesa de renunciar a la presidencia del grupo a cambio de una bonita pensión? Muy apropiado.

Arturo Dugo-Esrich exhibió la dentadura blanca en todo su esplendor, los ojos brillantes mientras golpeaba el tablero de la mesa con la mano. Mejías podía imaginarse esa misma expresión al perder un negocio de veinte millones, enterrar a su hijo o ser expulsado de cualquier junta de accionistas, indistintamente.

—Mi padre tenía razón sobre usted, ¿sabe? Yo nunca tuve demasiada fe, y lo cierto es que siempre juego con alguna carta de más, ya me entiende. Pero usted posee algo singular, detective. Si necesito un huelebraguetas o un rastreador no dudaré en llamarle.

—Muchas gracias, pero no desespere si no se hace conmigo. Ya sabe, tengo una clientela interminable, mi teléfono a veces se corta. Y luego está el delicado asunto de que no me gusta tratar con gilipollas.

Ahora el rostro del empresario presagiaba tormenta.

—Está a tiempo de coger ese cheque y largarse.

Mejías pensó por un momento en los desperfectos del Ford Fiesta de Berta; aún no le había pagado nada. Pero dónde quedaba su orgullo.

—He tardado la mitad de lo que creía en este caso y me llevo la mitad. Lo que me dio el primer día es suficiente.

—Le estoy ofreciendo bastante más de la mitad, compruébelo. Quizás pueda tomarse unas vacaciones o asegurar su coche a todo riesgo... por si tiene más contratiempos.

Mejías se levantó, con los faldones de la gabardina ligeramente plisados por la



silla, y se dirigió hacia la puerta.

—No los tendré y menos con usted, descuide.

Cuando cerraba la puerta, aún llegó a oír las últimas palabras de Arturo.

—Adiós, Mejías, espero no volver a verle.

En la salida, Mejías recordó lo mucho que le irritaban las personas que dicen siempre la última palabra. Se deslizó por el *hall* tanteándose el brazo herido. El médico le había prescrito un par de semanas en reposo pero se quitaría el molesto vendaje al día siguiente. Acabaremos todos hechos unas nenazas a este paso, se dijo.

Se fijó en los gorilas de la entrada. Eran los mismos tipos de la clínica Cubells. El de las patillas le señaló al otro y sonrió con desdén. Mejías apretó el paso y rodeó el edificio por el lateral, dejando a un lado una piscina poco profunda de la que brotaban cedros inclinados por el viento, en maceteros a juego con la superficie del edificio. Una sombra emergió a su izquierda. El detective hizo ademán de meter la mano en el bolsillo. Se relajó al reconocer la pequeña figura y el bastón con empuñadura de plata.

—Señor Aparisi —saludó el detective.

El hombrecillo se quitó el bombín como réplica.

—He salido a tomar el aire —explicó—, es una fiesta muy aburrida. ¿Qué tal le ha ido?

—Podría haber sido mejor —gruñó Mejías—. Pero no me quejo.

—No está mal, para variar. Hoy en día todo el mundo lo hace.

Mejías sonrió a su pesar. El hombrecillo le caía bien. Y luego estaba lo del *whisky*, claro.

—Antes me ha dado la impresión de que le interesan los Dugo-Esrich —continuó el detective.

—Hubo un tiempo en que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por hundirlos. Ahora solo tengo curiosidad. —Aparisi señaló con un dedo tembloroso su propio pecho—. La curiosidad da para vivir, ¿sabe?

—Estoy hurgando en los secretos de familia, el inicio de su imperio y, francamente, me he tropezado con un muro.

—Yo le llevo años de ventaja y no he avanzado mucho, puede creerme.

—Vaya. ¿Queda algo del Arturo que llegó a España antes de la guerra civil?

—No llegué a tanto, la verdad. Conozco su regreso a la Valencia de los cincuenta. Fundó sus empresas de ocio, sus fábricas, y todo empezó a rodar.

—De ocio. No me diga que los parques temáticos son idea suya.

El hombrecillo enseñó los dientes en una mueca divertida.

—Me refiero a los garitos de calidad, con bebidas, música, mujeres. Yo tenía que llevar a mis inversores a barrios dudosos pero él disponía de su propio tugurio de lujo: Paraíso Azahar. También yo solía ir allí.

—Caramba. ¿Sigue ese sitio en pie?

—Cuando abrieron el local yo solo era un crío, caballero, y la primera vez que fui ya olía a decadencia. —Soltó una bocanada de vaho que se detuvo, melancólica, frente a él—. Ahora es solo un nombre de leyenda que usan para ciertas actividades en un ámbito más privado. Pero si ese local hablara, lo que dijera podría destruir al imperio Dugo-Esrich, vaya que sí.

El detective tomó el lóbulo de su oreja entre los dedos y cerró los ojos unos instantes.

—¿Recuerda quién llevaba el establecimiento? —preguntó Mejías—. Si queda alguien con quien pueda hablar.

—Caballero, a partir de cierta edad no elegimos nuestros recuerdos. Unos acuden caprichosamente y se nos fijan con absurda nitidez. Por el contrario hay restos que se pierden en el tiempo. Ahora quiero ver transcurrir mis últimos años en paz. Es una espiral que le consume a uno, ¿sabe? Te pasas la vida juntando dinero, aplastando al resto para hacerte hueco, sacándole brillo al apellido y, de repente, uno se da cuenta de que es otro quien te aplasta a ti, que tus hijos prefieren gastar el dinero a ganarlo, que tu apellido se oxida. ¿Lo entiende? Uno se pasa el día trabajando de sol a sol pero, cuando el sol se pone, llega la noche eterna que se lo traga todo.

# 11 Balansiya Downtown

«De todos los locales en todos los pueblos del mundo, ella tuvo que elegir el mío».

*Casablanca, 1943*

**L**as esferas doradas de la Alameda llenaban la noche de luz, medidas por las ramas de los falsos plataneros. Algo más allá sobrevivían un par de ficus centenarios, restos del galanteo decimonónico entre el asfalto de tres carriles en cada dirección. Mejías se detuvo un momento junto al semáforo y sacudió lentamente la cabeza, como hace uno frente a las cosas que se pierden y que no van a regresar. Aquel espacio ajardinado había acogido en el pasado la celebración de carnavales, corridas de toros, había sido el escaparate de la floreciente burguesía de la seda y el arroz pero también un jardín que recorrer por placer. Ahora se había convertido en un gigantesco garaje para los vehículos que no osaban aventurarse por los callejones de la vieja Valentia.

Había llegado allí tras cruzar el puente de la peineta, premonición de la Ciudad de las Artes y las Ciencias, cuyas luces titilaban desde el este. El detective sintió un escalofrío mientras cruzaba su superficie combada bajo el destello de los fluorescentes. Recordó las palabras finales de Gaspar Aparisi bajo la carpa de cemento del Palau de les Arts. El signo de nuestro tiempo es que solo nos queda ir hacia delante, pensó. Y no caminando, sino a la carrera.

Recorrió la tira de tierra entre vehículos aparcados hasta vislumbrar un grupo de personas bien vestidas agolpadas en la escuálida acera. Debía de tratarse de Balansiya Downtown, el bar de Seb. Encontró la puerta lateral tras una breve exploración de la manzana. Era un rectángulo de metal gris plomo, empotrado en la fachada, sin rotular y con un solo botón de timbre. Mejías lo pulsó un par de veces.

La puerta se abrió para mostrar la contundente figura de un hombre de rasgos africanos, que fijó su mirada en la desgarrada estampa del callejón: la gabardina manchada de *whisky*, el cabestrillo colgado del cuello sin sujetar el brazo, el vendaje en la cabeza. El tipo procedió a cerrar la puerta, casi amablemente, cuando el detective hizo ademán de cruzar el umbral.

—¿Su nombre, señor?

La voz del portero era grave y pastosa, con poderoso acento extranjero. El detective se encontró mirando al nudo de la corbata, justo a la altura de sus ojos. Traje negro, camisa negra, corbata negra. Un tipo negro, además.

—Mejías.

—Su nombre no aparece en la lista. Lo lamento pero no puede entrar.

—Me parece que no te ha dado tiempo de consultar ninguna lista.

—Es una lista muy corta.

—Debo ver a tu jefe. Podría hacerlo por la entrada principal, pero lo mismo a tu jefe no le interesa que tarde tanto.

El portero solo dudó una fracción de segundo. Debía haber oído excusas mejores.

—No creo que le dejen entrar por la puerta principal, pero puede intentarlo.

Mejías dio un paso atrás para contemplar mejor al peso pesado, el púgil Foreman reencarnado. De perder en los *rings* con Alí a portero de un local de moda. Mejor que anunciar barbacoas, en todo caso.

—¿Tú qué eres, soplanucas o muerdealmohadas? —espetó Mejías, sin pensarlo mucho. A veces la confusión ayudaba.

El otro abrió mucho los ojos, y el blanco de los globos oculares se destacó contra la noche de su piel.

—Váyase ahora o me obligará a echarle.

Mejías avanzó ante la mirada del otro. Todo fue muy rápido. Pocos segundos después, se dolía los riñones por el golpe contra uno de los bolardos que rodeaban la acera contraria. Había dado un único paso hacia delante hasta empezar a volar, eso recordaba, sujeto por las solapas de la gabardina, mientras escuchaba unas palabras masticadas contra su oreja. No sabía lo que hacía a cuatro metros del establecimiento con el labio partido, la herida de la ceja abierta de nuevo y diez kilos de hierro colado como almohada lumbar. Debería encontrarse dentro del edificio y no más alejado de él. Se volvió hasta quedar de rodillas, boca abajo, sintiendo un puñado de agujas sobre el hombro magullado por el accidente automovilístico. Lo que faltaba. La cuadrícula de la acera se movió ofreciendo figuras geométricas cambiantes. Escupió sangre, una, dos veces. Llevaba algún tiempo así cuando oyó una voz.

—Vaya, vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí?

Había unas piernas preciosas junto a su cabeza, aunque no podía asegurar si pensaban rematarlo o burlarse de él. La voz era familiar, qué duda cabía a estas alturas de la historia. Apoyó las palmas en la acera y se incorporó con dificultad, hasta encontrarse frente a frente con Ángela Dugo-Esrich.

—Encantado de volverla a ver, princesa. Perdone que no le bese la mano, pero dejo marcas que podrían malinterpretarse. Lo mismo alguien piensa que es el cuño del local de al lado.

La heredera arrugó la frente en un gesto de sincera preocupación. Le estiró la gabardina y recompuso brevemente el vendaje de la cabeza. Tampoco podía hacerse mucho más.

—Está usted hecho un desastre, ¿qué le ha pasado?

—Intentaba hablar con su hermano pijo favorito, cuando me ha caído encima un armario color wengé. —Mejías le guiñó el ojo—. Doble puerta.

—Claro. —Ángela intentaba no sonreír—. Debe referirse a Olarewaju.

—Ajá. Así que le ponen nombres a los muebles.

—No sea gracioso, ya ve que no le va muy bien así. Ola es un encanto, pero puede enfadarse si le dan motivos.

—¿Ola? Más bien me pareció un tsunami.

La heredera se llevó una mano a los labios, divertida.

—Quizás le sorprenda, pero no se trata de un bruto más. Ola tiene una licenciatura.

—Vaya, el doctor maremoto, ilustre sexólogo. Especialidad en tocar los huevos. A dos manos, dicen.

Esta vez, Ángela rio a su pesar.

—Volvió a fallar. Filología. Con una especialidad en literatura africana.

—Ajá, así que le gusta la novela negra. Tal vez pueda completar mis conocimientos sobre Hammett y Chandler.

La risa de Ángela arrancó ecos agudos del callejón.

—¿Sabe? A veces es usted ingenioso, se lo digo de verdad. Y no haga ningún chiste más, no lo estropee. Si tiene tanto interés puede entrar conmigo.

Estiró su cuerpo delante del detective para pulsar el timbre. Su cuerpo olía a jazmín y canela.

—¿Y qué hacía usted aquí, por cierto? —preguntó Mejías—. ¿Se trata de un encuentro casual?

—Usted concéntrese en no hacerme ningún feo.

La puerta volvió a abrirse para mostrar al portero, que vio primero a Ángela y sonrió profesionalmente. Cuando descubrió al detective se le endurecieron los ojos y su torso macizo se puso un poco más rígido.

—Está conmigo, Ola —se apresuró a decir Ángela—. No hay ningún problema.

Como si hubiera pronunciado la contraseña secreta, Olarewaju se hizo a un lado con displicencia.

—Hola, Ola. Muerdealmohadas, como me temía. —Mejías notó un tirón en su gabardina—. Definitivamente parecías más locomotora que vagón de cola.

La puerta se cerró tras ellos, acompañada por un gruñido gutural. El *hall* estaba apenas iluminado por proyectores de color azul a la altura de las rodillas. Ángela se detuvo ante la encrucijada de tres puertas.

—No ha podido remediarlo, ¿verdad? —Levantó una mano para silenciar al detective—. La puerta central lleva a la sala VIP, busque allí a mi hermano.

—¿Y si después quiero hablar con usted?

La mirada de la heredera se tornó brumosa, las comisuras se ensancharon solo un poco más.

—Oh, seguro que sabrá encontrarme.

Cuando Mejías entró en la sala VIP la iluminación era tan escasa como en el *hall*; una

oscuridad cercada por pequeñas lámparas indirectas, que tamizaban el resplandor espejado de la barra donde se apretaban bebidas de alta graduación. El detective se sentó frente al único barman que, ocioso, le miraba con curiosidad.

—Estoy buscando a Seb —dijo Mejías, y colocó un billete de cien euros sobre la barra.

—Claro, pero yo no le recuerdo a usted.

—Es natural, la última vez que vine medía dos metros y no me habían hecho puré la cara. Ponme un Laphroaig sin hielo.

—No sobra tanto como cree. —El barman miró el billete sobre la barra y luego al detective—. Como sabrá, la policía ya ha estado aquí registrándolo todo.

—Si no se fía de mí, pregúntale a Ángela. He venido con ella y...

—Disculpe, señor, haber empezado por ahí. —El barman relajó su expresión y sirvió la copa—. Encontrará a Seb en el reservado de la izquierda. Aquí tiene su cambio.

El detective dio un par de sorbos al *whisky*, dejándose llevar por la música *chill-out*, si es que uno podía relajarse con aquel *pseudojazz* sin alma ni sudor. Le dolía el brazo y los riñones, la ceja aún manchaba el pañuelo con el que se limpiaba a intervalos, pero el Laphroaig mejoraba la situación. Con escocés las penas son menos, decía el refrán, o algo así. Llegó hasta el reservado y entró sin llamar.

Lo recibió una luminosidad verdosa, derramada a espaldas de un reducido grupo sentado en torno a vasos de diversas formas. Flotaba en el ambiente un olor característico a marihuana, mezclado con la brillante energía de otras sustancias distintas al tabaco. Mejías tosió con fuerza mientras se tanteaba el ventolín.

—¿Quéestáhaciendoustedaquí? —dijo una voz desde la penumbra multicolor.

El detective reconoció a Seb y supo que estaba borracho o colocado o algo peor, igual que el resto de sus compañeros.

—Hola, Seb, vengo a ver qué tal le va.

Notó una mano que le tiraba de la gabardina. Era la televisiva Carola Madrigal, que examinaba el faldón impermeable como a pie de mercadillo. Sus palabras burbujeaban en aquel ambiente irrespirable.

—Me gusta esta prenda, es tan *kitsch*, tan *out*...

Otra figura se estiró desde la profundidad de los asientos. Se trataba de Cosme Ferrán, que pugnaba con su inseparable amiga como dos maris en rebajas. La planta noble de *Dímelo Todo*.

—A mí me parece un delantal con mangas, querida. Tengo chándals de Pryca con más estilo y más limpios. Anticuados pero con *glamour*. Como yo.

Los dos periodistas rieron como viejas en una comunión. Mejías amagó otra tos y torció la boca hacia Seb.

—¿Ahora es veterinario?

—¿Cómo dice?

—Que si le toca cuidar de sus perritos.

—Usted me molesta, no quiero verle más. Largo de aquí.

Lo dijo con demasiada energía y se tambaleó por el esfuerzo. Golpeó la rodilla contra la mesa baja y estuvo a punto de caer. Sus compañeros lo sujetaron en un vacilante trípode. Cuando Seb se enderezó, su cara reflejaba latigazos de luz verdeazulada.

—Necesito que me hable de su hermano Arturo —continuó Mejías—. Se la ha jugado. Pero ignoro si es usted inocente.

—Desde que apareció usted todo ha empeorado. Primero esos coches que me seguían. Luego vino la policía.

—¿Qué coches?

—Los sicarios de Arturito, un BMW de cristales tintados. Veo por su expresión que sabe de qué le hablo. Pero también me siguió durante un par de días un SAAB rojo, hasta que me arrestaron. Y para acabar de tocarme las narices está la Berlingo azul, que aparece de cuando en cuando.

—Espere, una Berlingo azul. Azul, ¿está seguro? ¿Se lo dijo a la policía?

—¿Es usted imbécil? La policía está metida hasta el cuello. Ese Ramírez me ha jodido, pero bien.

Mejías se tocó el lóbulo reflexivamente. Ya estamos otra vez, se dijo. Sospechoso y víctima, dos en uno. Carraspeó para aclararse la voz.

—Me han utilizado igual que a usted. —Exhibió una mueca de pesar—. Podría enseñarle una lista de quejas si eso hace que colabore conmigo.

De nuevo sintió que le tiraban de la gabardina. Era Carola, que volvía al ataque desde el fondo de su daiquiri.

—¿Eres un detective de verdad? —Burbujeó—. A mí los detectives siempre me han parecido muy *sexys*...

—Cállate, Carola, que te va a oír. —Cosme Ferrán miraba a Mejías con ojos vidriosos—. Si quiere una investigación de verdad, pruebe con la perra de Beatriz Estíbaliz, esa tiene mucho que callar. El problema es que no calla nunca.

—¿Beatriz tiene una perra? No me lo había dicho...

—Mira que eres tonta, Carola.

Seb los separó con un gesto, sin tocarlos. Hasta colocados le tenían respeto.

—Mire, Mejías, estoy acabado para el Consejo. —El *playboy* se pasaba la mano por el rostro—. Yo no pretendía controlar la empresa, pero mi hermanito es así. Tuvo que asegurarse.

—Ya lo imagino. Vengo de uno de sus numeritos en el Palau.

—Mi hermano es capaz de cualquier cosa por la herencia. Cualquiera. —Inspiró profundamente vapores de droga y alcohol—. No se alteró cuando atentaron contra mi padre, si acudió al hospital fue para comprobar si le entregaba la empresa antes de fallecer. El puto Rey Arturo se la ha jugado llegando casi hasta los cien años.

—¿Cuando atentaron? ¿Quería decir...?

Seb se golpeó la sien con teatralidad.

—¿No sabe nada? No me joda... —Se reía entre la música, y sus dos compañeros rieron también sin conocer el motivo—. A usted le han metido en esto como a un conejo en un nido de halcones y todavía no se ha dado cuenta. O se ha dado cuenta pero es idiota.

—Ahora no lo voy a dejar.

Seb sopló con desprecio.

—Ha habido tres atentados contra mi padre en los últimos veinte años. El primero se saldó con un brazo roto tras caerle encima una cornisa. Años después un coche se dio a la fuga tras atropellarlo; estuvo en la UCI un mes y luego quedó postrado en esa silla de ruedas. En ambos casos la policía determinó que se trataba de accidentes, pero yo sé que eran intencionados.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque los precedió una nota.

—¿Qué nota?

—Yo era un crío, ¿cree que me dejaban ver esas cosas? Pero tengo mis métodos; la mitad de mi trabajo se reduce a escuchar cuando el resto cree que estoy borracho. Mi padre le dijo a la policía que echara tierra sobre el asunto, aunque ignoro por qué.

Mejías mostró los dientes sobre el vaso.

—Antes ha dicho tres atentados.

—En el tercero murió mi madre, al beber un vino envenenado de la copa de mi padre. El médico diagnosticó un ataque al corazón. El Rey Arturo fue tajante y no nos permitió teorías alternativas. El muy cabrón.

—¿Podría estar implicado su hermano?

—Mi hermano Arturo odia a mi padre tanto como yo pero sabe que si intenta algo contra él y fracasa todo habrá terminado. Así que el Rey Arturo le deja jugar con la empresa, y mi hermano lleva esperando todo este tiempo a que se muera. Pero no quiere compartir ese juego. Mire, han pasado muchos años y todos han aceptado la versión oficial. No puede discutirse. Lo mismo sucede en la política valenciana desde hace décadas, cuénteme la diferencia.

—Accidentes que no lo parecen, hermanos vengativos, coches que desaparecen en la niebla. Muy de película, ¿no le parece?

Seb bebió otro trago y se limpió los labios con el dorso de la mano. Sus compañeros susurraban divertimentos en los sofás.

—Hay alguien más —dijo Seb, y esta vez imprimió a sus palabras una vehemencia desconocida—. Alguien que vigila a los Dugo-Esrich, ¿entiende? Yo he visto señales aquí y allá, aunque nunca se exponen lo suficiente.

—¿Alguien de la familia?

En los ojos de Seb apareció un brillo metálico. De inmediato endureció la mirada y la bajó hacia las bebidas. Estuvo a punto de decir algo, pero negó con la cabeza.

—Ignoro quién desearía matar a mi padre y no sufrir las consecuencias —añadió al final Seb—. Martín no, desde luego. Ángela es demasiado perezosa. Yo tengo otras



preocupaciones. Y Arturo no se arriesgaría a perderlo todo de esa manera.

—No me ha ayudado mucho.

—Tampoco prometí hacerlo.

—Espere —dijo Mejías, recordando de repente—, ¿puede decirme algo de *Paraíso Azahar*?

Seb sonrió por primera vez, divertido por el cambio de tercio, mientras se tanteaba los bolsillos del pantalón. Al fin encontró algo que arrojó al detective. Este lo sujetó en la oscuridad.

—No fumo —se excusó Mejías—. Tengo asma.

—Los mecheros sirven para otras cosas. Lea.

En el anverso del encendedor figuraba la imagen serigrafiada de una silueta femenina bien proporcionada, sobre la que podía leerse *Paraíso Azahar*.

—¿Aquí qué reparten, zumo de naranja?

—Muy gracioso —contestó Seb—. En ese lugar se han forjado muchos negocios importantes para Valencia. Primero vienen a mi local, se toman un par de copas, se meten alguna raya y, cuando ya están calientes, mi hermano los lleva al paraíso.

—Creía que estaba cerrado.

—Y lo está. Fue el primer local que llevé cuando tuve edad para ello. Luego cerró y ahora es solo una marca comercial. *Paraíso Azahar* puede aparecer esta noche en una *suite* de un cinco estrellas, en un chalet de Godella o en lo alto del Miguelete. Con tal de cerrar el trato.

Mejías abrió la puerta del reservado y miró hacia fuera antes de irse.

—Se ve poca gente hoy por aquí, ¿no le parece?

—Todos conocen el registro de *Balansiya Downtown* y lo de mi detención. Los vips han volado unos días, por si les salpica a ellos. Y en la puerta se amontonan curiosos sin clase, para llevarse su ración de morbo a casa.

—Como en un programa de la tele, ¿verdad? —dijo Mejías, con una sonrisa exultante.

Carola Madrigal y Cosme Ferrán rieron en su esquina la ocurrencia del detective. O quizá solo estaban colocados.

Mejías salía del reservado cuando se topó con el camarero de antes.

—Busco a Ángela —dijo el detective.

—Iba a llevarle una copa, ¿quiere usted algo?

—Otro Laphroaig, por favor.

Acompañó hasta el reservado al barman, que intercambió una mirada inteligente con la heredera. Era un espacio más reducido que el anterior y dos personas podrían encontrarse cómodas en él. Ángela se había despojado del abrigo y llevaba un jersey fino y escotado; en el vértice de aquella venerada V se hundía el extremo de la cadena de plata que tan bien conocía. Sobre la mesa había un voluminoso libro de arte y un

cenicero lleno de colillas ribeteadas con carmín. La débil luz cenital arrojaba sombras estimulantes.

—Creía que ya no dejaban fumar en estos lugares —dijo Mejías.

—Ventajas de ser la hermana del dueño. —Ángela se llevó el vaso a los labios—. También es un lugar estupendo para vender cuadros a los absurdos amigos de Seb.

—Seguro que aquí hace algo más que fumar y cerrar tratos.

Ángela dejó el vaso con fastidio sobre la mesa.

—Soy mayorcita para responder a eso, ¿no cree? Por cierto, ¿cómo le ha ido?

Ahora fue Mejías quien encogió los músculos de la cara.

—No muy bien. Para serle sincero, mal. Fatal.

—Tenía entendido que el caso estaba resuelto.

—Es la versión oficial. Su hermano Arturo ha sido muy claro al respecto.

—Ya ha conseguido lo que quería.

Mejíasladeó la cabeza con suspicacia.

—¿Está usted al corriente de...?

—Es la ventaja de ser la chica de la familia, nadie me hace el menor caso. Somos un linaje anclado en viejas tradiciones y por lo tanto las mujeres representamos, en el mejor de los casos, trofeos o moneda de cambio para alianzas empresariales. —Sonrió con malicia—. Otras veces somos amenazas que derrumban la vida de los hombres.

Mejías creyó saber a qué se refería. Sintió un escalofrío, acompañado del deseo de que su vida fuera derrumbada, aquí y ahora. Quizás ya estaba en camino. Reparó en lo cerca que se encontraba de ella. Su cuerpo se perdía enmarcado por las sombras, pero la turbidez de sus ojos era más inquietante. Parecían dos balizas meciéndose en el mar de pecas de su rostro estilizado. La cadena onduló en torno a su cuello, ella anudó sobre el índice un tirabuzón naranja. Con un dedo así de pequeñito, se dijo, esta mujer podría tenerme, detective.

—No parece usted muy peligrosa —mintió Mejías.

—Eso es porque aún no me conoce.

—Veo que le gusta jugar. Quisiera proponerle un juego.

—Adelante.

—El juego se llama ayude al detective. Yo hago preguntas y usted contesta lo que sepa al respecto.

—¿Y qué gano yo?

—Mi eterna gratitud, por supuesto.

Ella sonrió, y al instante el mar de pecas se estiró sobre su piel. Parecían manchas de pintura arrojadas a los ojos. Mejías deseó súbitamente contarlas todas, muy despacio, una a una.

—No quiero despreciar su cortesía —dijo ella—, pero quizás eso no sea suficiente.

—Creo que le interesa. Algo amenaza a su familia y usted no queda fuera de esa

sombra. Han atentado contra mi vida, igual que lo hicieron en el pasado contra su padre... y contra su madre.

—Estoy informada —dijo la heredera, y apoyó un codo en la mesa para dejarse caer con aburrimiento—. De su accidente y de ese cuento de los atentados. Perdona pero no me lo creo.

—Seb piensa de otra manera.

—Seb ve conspiraciones a su alrededor continuamente. Incluso cuando le cazan con las manos en la masa.

—El juego no funciona así —dijo el detective, mientras sacaba la libreta y otros documentos sobre la mesa—. Empecemos.

Mejías, lo estás haciendo muy bien, se dijo. Nadie puede ver el ridículo que estás haciendo, sigue así. Tendió hacia ella la vieja foto, protegida por una funda de plástico.

—¿Qué puede decirme de esto?

Ángela se irguió en su asiento. Un par de rizos naranjas flotaron sobre su frente.

—Creía que hablábamos del presente.

—Hace un par de días alguien entró en mi casa y dejó esto. A mí me parece muy actual.

Ángela contempló el recuadro en blanco y negro con atención.

—Juraría que mi padre es el chico alto pero ignora quiénes son los otros. ¿De qué año...?

—Está tomada en la Plaza del Ayuntamiento en 1931. El día de la proclamación de la República.

La cara de Ángela se iluminó con una sonrisa traviesa.

—Papá un republicano, quién lo hubiera dicho. —Pronunció el apelativo familiar y a Mejías le sonó poco natural, como si lo hubiera recitado en suajili—. Los otros estarán muertos a estas alturas, ha pasado mucho tiempo.

—Más de ochenta años. Y aquí viene lo sorprendente. El otro chico vive aún. Se encuentra en coma desde hace décadas, no muy lejos de aquí. En una clínica privada, con los recibos pagados por su padre.

—¿Cómo? ¿Está seguro?

—No me ha salido gratis descubrirlo —dijo el detective llevándose la mano a la ceja herida—. He agotado mi cupo de magulladuras semanal. Eso sin contar al catedrático de la entrada.

—Lo que cuenta es una locura.

—Dígame algo que no sepa.

—Verá. Nuestro padre siempre ha sido hermético con respecto al pasado. Especialmente con su huida y regreso a Valencia.

—¿Cuándo se fue?

—Por lo que sé, en la guerra civil estuvo preso aquí. Al entrar los nacionales marchó a Madrid por unos años. Recuperó el dinero de los bancos, duplicó sus

inversiones y regresó en los cincuenta como el nuevo mesías levantino.

—Su padre oculta algo.

—No sea ingenuo. Los hombres como mi padre ocultan muchas cosas. Pero en estos temas Martín podrá ayudarle. Es el experto en arqueología sentimental.

—Lo intenté, aunque me contó otro cuento muy viejo.

—¿Le ha soltado lo de las colonias de Carlos III?

Mejías asintió, sintiéndose poco profesional al imaginar las piernas de Ángela desenfundando de aquellos apretados pantalones. Resuelve el caso, se dijo. Usa lo que tengas. Sigue tus propios consejos, detective.

—Volvamos a otra cosa, ¿qué recuerda de los atentados?

—Accidentes, no atentados. —Suspiró y puso los ojos en blanco—. Está bien. Yo era muy joven, estaba entre Milán y Florencia, con Fidel, y no me contaron nada hasta que falleció mi madre. Yo...

—Espere, ¿Fidel? —Se atragantó—. ¿Fidel era... ejem, su novio?

La risa de Ángela resonó en el reservado, tan fuerte que el detective temió que ella cayera hacia atrás. Sus ojos brillaban, y Mejías pensó que aquella risa era más atractiva que las notas de Duke Ellington y sus secuaces.

—No, no, era, mmm... una especie de asistente. —Ángela lo miraba ahora sin intención, recordando años anteriores—. Se ocupaba de mi piso de alquiler, espantaba a los moscones que no me interesaban y hacía de celestino con los que sí. Intentaba que no me metiera en demasiados líos. Por entonces era un atractivo cuarentón y mis compañeras se morían de envidia, pero Fidel desempeñó en aquellos años el rol familiar que me había faltado. Le tengo un terrible aprecio a ese bávaro refunfuñón.

—Vaya, quién lo diría.

—Fidel ha hecho por mí más que mi propio padre. Él no me vio llorar la primera vez que un hombre me abandonó. Nunca comprendió mi entusiasmo por Brunelleschi o cómo me obsesionaba la luz en Caravaggio. Ni lo que echo de menos a mamá.

—Lo lamento.

La heredera tragó saliva, súbitamente emocionada. Mejías pensó en cogerle la mano o decir alguna palabra amable, pero lo descartó. Bogie estaría sonriendo desde las tinieblas.

—Sucedió hace mucho. Yo investigué los... accidentes con la ayuda de Fidel, pero no encontramos nada. El dictamen de la policía fue frustrante: una mala digestión, un conductor despistado, una cornisa que se afloja por el paso del tiempo. Todo terminó en 1994, el año en que se casó Martín. En esa boda la familia nos reunimos tras mucho tiempo. Menos mamá, claro. Y allí enterramos el pasado.

—¿No han hecho nada después?

—Ya le he dicho que aquello quedó atrás. Mi padre nos amenazó con desheredarnos cada vez que lo intentamos. Éramos unos chavales, han pasado veinte años. Qué quiere que le diga.

—¿Le dice algo el nombre de Ernesto Blanch?

—No, en absoluto. ¿Qué ha averiguado, detective?

—¿Puedo confiar en usted?

Ángela se inclinó hacia adelante. Era un gesto natural para escuchar mejor, pero cuando la cadena de plata se combó mientras el guardapelo continuaba en el vértice del escote, en ese mismo momento Mejías supo que estaba perdido. Entre el archipiélago de pecas que cruzaba su rostro, los ojos de Ángela emergieron ante él como estrellas nocturnas. Aspiró jazmín, canela, tal vez solo lo imaginó. Bogie gritaba desde las sombras: el caso, Mejías, el caso; la chica después.

—Ernesto Blanch es el otro joven que aparece en la foto —consiguió articular el detective.

Ángela pareció desilusionada.

—Y usted piensa que ese hombre en coma es quien atentó contra nuestra familia.

—Podríamos considerarlo enemigo de su padre. A él y los suyos, claro.

—¿Y se basa en una foto tomada hace ochenta años? No sea ridículo.

—Solo tenemos eso y dos ancianos a punto de diñarla, su padre y el otro, que no pueden o no quieren decirnos nada —le sujetó el brazo desnudo, con profesionalidad—. Ángela, algo ha empezado a desatarse y si no estamos atentos nos estallará en la cara. ¿Me ayudará?

—Es demasiado barroco...

—Lo sé, parece una mala novela *pulp*. —Mejías retiró la mano de su brazo, con mayor profesionalidad aún—. Pero si queremos comer perdices tenemos que ponernos las pilas. Averigüe lo que pueda, vea fotos antiguas, interroque a su padre, hable con Fidel, qué sé yo.

—De acuerdo.

—Buena chica. Lo hará bien.

Ángela abrió una pitillera para extraer un cigarrillo fino y aromático. Mejías se apresuró a darle fuego.

—No sabía que fumara —dijo ella.

—Siempre voy preparado.

La llama azulada del mechero centelleó sobre las pecosas mejillas de la heredera. Permaneció un segundo más de lo necesario ante su cara.

—¿De dónde ha sacado esto?

Ángela le sujetó la mano. La de ella estaba fría, la del detective ardía, pulsante. Ángela le giró la muñeca hasta descubrir las letras grabadas en el torso metálico del encendedor.

—*Paraíso Azahar* —leyó la heredera—. Así que pretendía divertirse.

—¿Lo conoce?

—Cualquiera de nosotros lo conoce. De niños jugábamos allí.

—¿En un puticlub?

—No sea vulgar. —Ángela hizo una mueca desdeñosa—. Esa puñetera doble moral. Cuando era pequeña pasaba allí casi todo el tiempo tras el colegio, pero

después de mi primera regla mi padre me prohibió la entrada. Como ya sabe, ese local no es más que un nombre olvidado.

Mejías asintió y recogió la documentación.

—Me voy. Mañana madrugo.

—¿Se va tan pronto? No me diga que va a hacer *jogging* con mi hermano Martín.

Mejías se sintió miserable al levantarse. Hubiera permanecido allí hasta que saliera el sol o hasta contemplar ese mar de pecas disuelto entre sus brazos.

—No, pero casi. Lo más parecido a eso.

Lo dijo desde la puerta. La luz recortaba con fuerza la nariz arqueada de la heredera y era imposible adivinar su expresión entre el humo. Mejías decidió que volvería a verla para averiguar si se trataba de una invitación o de una mueca irónica.

## 12 Rastros

«—Vamos, adivíname el porvenir.

—Ya no lo tienes.

—¿Qué quieres decir?

—Lo has agotado totalmente».

*Sed de mal, 1958*

Caminaba a buen paso bajo la perezosa mañana de domingo. Todavía era temprano, y el cielo plomizo se fundía con el asfalto de la Avenida Aragón, mientras los pocos viandantes se apretaban bajo las cornisas de los edificios. Un viento helado soplaba arrancando calambres de las piernas del detective. Se había quitado el vendaje de la cabeza. La ceja no presentaba buen aspecto, el hombro palpitaba y al vestirse había descubierto nuevos moratones producidos por el tsunami de la noche anterior. Para rematarlo, la resaca removía sus ideas como un sonajero en manos de un niño travieso. Alcanzó las inmediaciones de Mestalla y rodeó el estadio hasta el aparcamiento donde, tras las vallas metálicas, se congregaba la muchedumbre.

El rastro se ponía en marcha entre el gentío de vendedores que desembarcaban su mercancía. Comenzaba un desfile de camionetas y carritos, trasiego de cuerpos entumecidos que intercambiaban saludos y bostezos, mientras el olor a café recién hecho los recibía cada pocos pasos. Las mañanas de domingo, el *parking* del campo de fútbol se transformaba durante unas horas en un lugar nostálgico y vertiginoso a la vez. La multitud pronto coparía las cuatro calles paralelas, los vendedores gritarían los chollos, todo a un euro, oiga, que me los quitan de las manos. Mejías accedió al recinto bajo la somnolienta mirada del policía apostado junto al único acceso. Observó al agente, un chaval con ojeras y granos en la cara, y pensó que, horas antes de ponerse el traje reflectante, podría haberlo encontrado en algún local como *Balansiya Downtown*.

No le costó localizar el puesto de Manuel; en la última década su posición apenas había variado a lo largo de las filas centrales. Aun así, el vendedor lo vio primero mientras se abría paso entre los curiosos.

—Qué tal, Mejías —saludó—. La semana pasada me fallaste, ladrón.

Mejías sonrió a su pesar.

—Veo que tampoco te he hecho falta.

Manuel se encogió de hombros y, tras la barba de seis días, asomaron dos

incisivos inferiores, único resto dental de su mandíbula. Manuel era un gitano tan sincero como era posible, tan honrado como se lo permitían, lastrado por los prejuicios y desgracias de una existencia poco dichosa. Salvo contadas excepciones en los últimos años, Mejías acudía cada domingo a su puesto en el rastro y adquiriría un fósil del pasado o información o un soplo o algo por quedar bien. Era casi un amigo para él.

—Ya ves el panorama —dijo Manuel.

Mejías entendía muy bien lo que quería decir. Había contemplado el paso del tiempo domingo a domingo, deslizándose con crueldad por aquel rectángulo pintado en el suelo. Aunque debía sumar treinta y tantos, por el rostro del gitano parecía haber pasado más de medio siglo de decepciones. Años atrás, su tiendecilla había ofrecido verdaderas antigüedades, de esas que la gente fina acumula por capricho: sillas de cuero repujado, gabinetes y aparadores, aguamaniles y taburetes, restos que los vecinos tiraban al reformar sus pisos del Ensanche Noble. En ese tiempo, Manuel se había casado con su novia de siempre; al poco, la breve familia, madre y dos retoños, apareció a su lado cada mañana de domingo, creciendo como los negocios del industrioso gitano.

Un día Manuel se ausentó de su puesto, por primera vez en años, y Mejías fue a buscarlo a su casa de Nazaret. Le habían robado la mercancía de camino al rastro, a punta de pistola y bajo la amenaza de lastimar a su familia. La escena se repitió periódicamente, de manera que al poco tiempo Manuel estaba sumido en la más absoluta desesperación; el trabajo de la semana se esfumaba en una mañana. Su mujer se marchó a casa de su madre para poder alimentar a sus hijos, y Manuel malvendía cualquier pieza que pudiera escamotear en sus bolsillos. Mejías habló con la policía pero Manuel era gitano y, por tanto, estafador, mentiroso, drogata, cómo iban a protegerlo las fuerzas del orden. El detective intentó protegerlo pero únicamente consiguió perder algún diente en las escaramuzas. Su mujer no volvió a casa y desde entonces Manuel solo pudo ver a su hijo mayor, que le ayudaba en el puesto en contra de los consejos maternos.

El gitano había pasado los últimos años como había podido, añorando la familia que le repudiaba y con una botella pegada al hígado con cinta adhesiva. Adaptó su negocio a una mercancía insignificante, que yacía ahora a sus pies: pilas, tubos de pegamento, muñecas de porcelana, utensilios de dentista, cajas de pinceles traídos de Japón, cajas de muñequeras ortopédicas, abalorios de colores brillantes. Menos dinero, claro, pero dejó de ser un blanco apetecible para las bandas.

Cuando dos meses atrás le diagnosticaron cáncer, Mejías se preguntó qué había hecho Manuel para merecer en un solo cuerpo las desgracias de tantos otros. Cada domingo acudía al rastro con la misión de comprarle alguna bagatela. Cada domingo temía ver un hueco en el asfalto señalando el lugar donde Manuel no volvería a sentarse sobre el basquet de plástico para ver pasar el mundo, la vida y las penas. Pero, de momento, Manuel continuaba al pie del cañón.



Mejías miró al gitano con verdadero cariño. El otro bizqueó bajo el sol que asomaba sobre el edificio administrativo y señaló el perímetro del mercado callejero.

—Y esa reja metálica que nos han puesto, como si fuéramos presidiarios.

Era la última afrenta. En realidad se trataba de una medida para evitar que los vendedores no autorizados se introdujeran ilegalmente en el rastro. La medida había sido bien acogida por la mayoría de los vendedores, pero otros no estaban convencidos.

—Y mira lo que hacen. Entran como clientes y traen las cazadoras llenas de trastos. Venden tres teléfonos, dos consolas de esas pequeñas y ya han sacado más que yo en todo el día, sin esfuerzo. Los muy cabrones.

Mejías introdujo las manos en los bolsillos de la gabardina y miró a los pies del gitano, donde varios clicks de Famobil estaban esparcidos sobre el asfalto, víctimas de una explosión invisible.

—Lo llaman progreso, Manuel.

—¿Ves a esos pelones con chupas de cuero en la esquina, bajo la sombra del estadio? Esos cabrones rumanos llegan bien temprano y compran en los puestos de ordenadores cajas enteras de buen material, cosas difíciles de encontrar. Luego lo venden al doble de precio en Internet. Los muy hijoputas se han modernizado. Y la gente viene aquí y me dice que este rastro es una mierda, que no hay nada bueno, que mejor lo compran por Internet.

—Maldito progreso, ¿verdad?

—Puto Internet, los chavales me tienen hasta los huevos. Que si lo vi más barato en Internet, que si lo tienen siempre en Internet, que si está roto lo devuelvo, que si... no sé dónde vamos a llegar, Mejías.

Una pareja joven se detuvo ante la tienducha. Manuel los miró con desconfianza. No vais a comprarme nada, parecía decir ese gesto.

—Parecemos pájaros enjaulados con esa reja —repitió Manuel—, como los de la Plaza Redonda. Ya no podemos venderlos legalmente. Lo tenemos que hacer todo a escondidas, cojones, es que no hay derecho.

—Salvo si uno sabe a quién preguntar.

El gitano se tocó la barba con expresión calculadora.

—Eso me recuerda que tenemos pendiente el pequeño asunto del loro.

—No creas que me he olvidado.

—Tampoco habrás olvidado a quién pertenecía. Me enteré después, canalla.

—Yo estoy donde están los casos.

—Si yo te entiendo. Solo digo que la tarifa debe ser mayor.

Mejías se volvió a Manuel con una ceja enarcada.

—De acuerdo —asintió el detective—. Además, tengo faena para ti. Si lo haces bien te irás esta mañana con un buen pellizco.

—No hay problema, ¿de qué se trata?

—Necesito que averigües lo que puedas de *Paraíso Azahar*. Era un antiguo local

de putas que perteneció a los Dugo-Esrich. Busco a alguien que trabajara allí y conociera bien el negocio.

—¿Dónde está?

—Lo cerraron hace tiempo, pero estuvo abierto casi cinco décadas...

Los dos dientes de Manuel emergieron tras la barba.

—Eres un cachondo, Mejías, siempre has... —Se detuvo al ver su expresión—. Haré lo que pueda, pero no te prometo nada.

—Dentro de unas horas veré lo que tienes, ¿de acuerdo?

—Hecho, Mejías. Y acuérdate de comprarme algo, ¿eh, figura?

Mejías gruñó antes de desaparecer entre el gentío que se apoderaba de las calles. La mañana avanzaba lentamente, como un gigantesco reptil dormido.

Se detenía cada pocos pasos, rodeado de curiosos que se arremolinaban alrededor de las mesas y mantas tendidas sobre el suelo. De pronto sintió una mirada clavada en él demasiado tiempo. Al girarse tropezó con unos ojos grises bajo el flequillo descuidado y pelirrojo. Era el mismo hombre que le había seguido anteriormente. Al sentirse descubierto, el pelirrojo frunció el ceño y desapareció entre la multitud.

Mejías fue tras él; aquel tipo tenía mucho que explicarle. Se encaminaba hacia la salida y el detective tenía que apartar la gente. Mientras miraba hacia delante alguien golpeó su hombro y estuvo a punto de hacerle caer. Se apresuró a seguir, pero el otro fue más rápido.

—Hombre, qué sorpresa —dijo la voz.

No era sinceridad, sino sarcasmo. Miró al hombre con fastidio, un tipo alto con bigotito bajo la nariz. Mejías siempre había pensado que los polis llevaban el bigote como en el ejército se portaban galones en las hombreras. Ezquerro tenía apenas una fila de hormigas sobre el labio, mientras Ramírez poseía un bigote más grueso; con razón el ministro debía dejarse barba.

—Qué alegría verte —respondió el detective, sin mucho entusiasmo.

Habían tropezado otras ocasiones con un caso por medio y se conocían perfectamente. Ezquerro era el perro de presa de Ramírez, aunque poseía otras virtudes: oportunista, cruel, corrupto y con un sentido muy pragmático de las cosas. Y además tenían deudas pendientes.

—Pues verás —continuó el subinspector—, esta mañana no tenía nada que hacer...

—No estarás de servicio.

—Y me he pasado para ver si había algún gilipollas removiendo mierda en este sitio asqueroso.

—Ya veo.

—Te he visto y me dicho, voy a saludar al detective. Seguro que no está buscando soplos entre sus colegas del rastro. Seguro que solo quiere comprar un teléfono roto o

una radio que no funciona o alguna de sus memeces.

Mejías miró alrededor. El pelirrojo se había esfumado.

—Yo también me alegro de verte, no sé si te lo he dicho.

—He pensado, no, no querrá problemas. El detective es tonto, pero no suicida. A lo mejor solo quiere darse un capricho para resarcirse de que le hayan echado del caso.

Mejías lo miró con dureza. Había hablado con Arturo Dugo-Escrich tan solo unas horas antes. Estás metido en esto hasta las cachas, cabronazo, le dijo sin palabras. Y por tu culpa se me ha escapado una pista.

—Tengo buen perder, subinspector —dijo el detective.

Ezquerro se inclinó hacia Mejías.

—Pues debes irte acostumbrando. No tienes ninguna oportunidad, por si pensabas en alguna de tus tretas.

Mejías sonrió abiertamente, como ante una ocurrencia muy ingeniosa. Golpeó el hombro del subinspector un par de veces y se separó de él. Antes de volverse le saludó a voz en grito, para que le escucharan desde Paiporta.

—No te preocupes, tontorrón, hoy en día muchos tienen que recurrir a la viagra.

Caminó hacia la salida, mientras observaba cómo el inspector se sacudía las miradas burlonas de la muchedumbre.

—No te preocupes, tu pareja lo entenderá. —Desde la puerta, Mejías gritaba como un poseso. Su voz debía llegar hasta Onteniente—. ¡Él es muy comprensivo!

Cuando salía por la puerta, el agente apostado contemplaba a Ezquerro con una mezcla de aprensión e interés. Ha nacido el amor, pensó el detective mientras se escabullía entre los edificios cercanos. Los dientes de tiburón le asomaban tras los labios, afilados y mordaces.

Tras abandonar las estrecheces del rastro, Mejías cruzó Blasco Ibáñez, Primado Reig y se detuvo a almorzar en un bar cercano. Después buscó el camino más corto hacia el barrio de Benimaclet, una de las antiguas poblaciones que rodeaban la ciudad, engullida por el avance de los desmesurados edificios. Ahora el pintoresco enclave sobrevivía anudado por la Ronda Norte y repoblado con añadidos étnicos y hordas de estudiantes, atraídos por los alquileres baratos, cierto barniz multicultural y la cercanía de las universidades.

Enfiló la calle Mistral, dejando atrás un jardín de infancia y una escuela de música alojadas en los bajos comerciales. Llegó hasta un edificio en chaflán, cuya fachada se fragmentaba en un descuidado mosaico de azulejos brillantes, y giró a la izquierda para internarse en la zona peatonal. Tras un par de tentativas, encontró el piso de Berta.

Cuando llamó a la puerta, la hoja entreabierta mostró el rostro malhumorado de una chica de melena corta, con aspecto de recién levantada.

—¿Qué quiere? —dijo la joven, con evidente hostilidad.

—Quiero hablar con Berta.

—Mejías, ¿verdad? ¡Cómo se atreve! —A pesar de las exclamaciones, susurraba a bajo volumen—. Se planta aquí sin avisar, el domingo antes de Navidad, a estas horas. Y después de lo que ha pasado.

Mejías sonreía como un conejo simpático. Vendo unas enciclopedias buenísimas, decía su mueca.

—Necesito hablar con ella.

—Mire usted, señor detective. Berta está durmiendo, pero aunque fuera mediodía tampoco sería bienvenido.

—Debo insistir. —El detective tenía la absurda sensación de representar el papel de novio despechado que trata con la guardaespaldas sexual de su chica—. Es importante.

—Le repito que no puede...

—¿Quién es, Nuria?

La voz adormilada provenía del interior de la vivienda. Nuria miró fijamente al detective con las cejas formando una V nada amistosa.

—Espere aquí, aunque si no está cuando vuelva será mucho mejor.

Nuria cerró la puerta. Mejías escuchó unos murmullos amortiguados mientras aguardaba. Un par de minutos después el rostro de Nuria reapareció con su V cejuda y distante.

—Pase. —Era evidente que no era lo que le hubiera gustado decir—. Siéntese en el sofá y no toque nada. Berta saldrá enseguida.

La chica no parecía dispuesta a permanecer a su lado ni un segundo más. Desapareció por el pasillo y cerró su cuarto de un portazo.

Lo que más sorprendió a Mejías era que no parecía un piso de estudiantes. Los muebles del salón se encontraban en perfecto estado, sin pósters tapizando las paredes; no había estanterías de conglomerado con esquinas desconchadas, enchufes descuadrados, lámparas esféricas de papel y alambre o mesas llenas de apuntes y bolígrafos.

Descubrió un grupo de fotografías en marcos baratos sobre la repisa. Había cuatro figuras que se repetían una y otra vez, en grupo y por separado, en la mayoría de las instantáneas. Dos de ellas le resultaron desconocidas, un par de chicas en vaqueros y camisas de colores suaves, melena castaña y ojos sonrientes. El detective reconoció en la tercera a Nuria, cuya mirada de permanente alerta la delataba como la protectora de aquella familia estudiantil. Por último estaba Berta, vestida con ropas amplias y el pelo de ala de cuervo, las gafas de pasta, que hacía muecas sin mucha convicción frente a la cámara. Berta y sus tres compañeras en una fiesta de disfraces, con la morena chica del altiplano disfrazada de conejita *playboy*, la cara desencajada por el ridículo; las cuatro estudiantes ante la Ciudad de las Artes y las Ciencias, ella haciéndose visera con la mano para ver algo fuera del encuadre; Berta y Nuria,

abrazadas en primerísimo plano en el interior de un bar nocturno, felicísimas; Berta fotografiada inadvertidamente en actitud pensativa, su perfil contra el cielo reflejado en la playa, en un atardecer anaranjado que no terminaba nunca.

Todavía miraba Mejías estas imágenes cuando la chica apareció cojeando desde el pasillo interior. Llevaba el vendaje de la pierna, aunque el de la cabeza había desaparecido.

—¿Quiere tomar algo?

Mejías se azoró como un joven despistado.

—Solo agua fría, gracias —dijo el detective—. Por cierto, bonitas fotografías.

Ella no contestó. Mejías escuchó el frigorífico abrirse y cerrarse, acompañado por un leve entrecocar de cristales. Se sentó en el sillón de tres plazas y la joven lo hizo en otro sofá frente a él. Dejó sobre la mesa auxiliar un vaso para el invitado y otro para ella, con zumo de naranja.

—Creía que erais más chicas en el piso.

—Anoche tuvimos cena de Navidad aquí las cuatro, por llevar la contraria a nuestras familias. —Berta hablaba sin ganas, absorta en su zumo—. Elisa y Marta se han ido temprano para coger el tren a Cuenca. Anoche nos acostamos tarde, ha tenido suerte de que oyéramos el timbre.

Mejías miraba fijamente al suelo. Su rápido y afilado ingenio se había secado. Había gastado sus fuerzas en llegar allí, y ahora contemplaba las patas de los sofás, las irregulares juntas del terrazo y el reborde gris de la alfombra bajo la mesita. Berta acunó el vaso en sus manos, sin beber aún.

—Nuria me ha dicho que quería hablar conmigo —continuó la joven—. Se habrá dado cuenta de que no le hace mucha gracia.

El detective observó las zapatillas de felpa naranja que asomaban bajo el pantalón de pana de la joven. Torció el gesto.

—A ella no le caigo bien.

—A mí ahora mismo tampoco.

Por fin la miró a la cara. Las gafas y su juventud ayudaban a disimular las ojeras de la chica, pero los ojos estaban enrojecidos y expectantes.

—Verás, Berta, necesito que vuelvas a trabajar conmigo.

La chica dejó el vaso sobre la mesa, con más fuerza de la necesaria.

—Sé lo que piensas —continuó Mejías—, te sorprende que vuelva a confiar en ti después de abandonarme. Me gusta trabajar solo, pero necesito transporte y no tengo otras opciones.

Mejías creyó oír un ruido agudo, el rechinar que producen las mandíbulas demasiado apretadas entre sí.

—Los desperfectos del Ford Fiesta pueden arreglarse. Conozco un tipo que repara coches. Hasta tiene un taller. Vamos, digo yo.

Por el rabillo de los ojos percibió cómo Berta miraba hacia la ventana del salón, la quijada temblando y los ojos a punto de salirse de sus órbitas. Pobrecilla, pensó

Mejías, debe estar emocionada.

—Es usted,... es usted increíble —dijo la joven, alternando sílabas a distinto volumen.

—Comprendo que te sientas halagada, pero no te pases, no lo hubiera hecho si no necesitara...

—¡Es usted un imbécil! —estalló la joven y se levantó, haciendo que el sillón chirriara con violencia.

Mejías la miró con la boca abierta.

—No le basta con que su insensatez haya destruido mi coche y que hayamos estado a punto de matarnos los dos, no le basta con ser imprudente, presuntuoso, fanfarrón. No viene a disculparse, viene a exigirme que regrese. —Tomó aire para recuperarse del esfuerzo—. Soy una estudiante que necesita pagar el alquiler, sí, y usted es un amargado que desprecia su vida y que no ha conseguido adaptarse al paso del tiempo, porque lo único que le interesa es usted mismo. Yo no le importo, ni le importa el caso, solo somos peones en su fantasía, personajes en blanco y negro de su enfermiza imaginación. Usted... usted está chiflado.

La joven se apoyó en una estantería, temblando por la tensión.

—Yo, Berta, yo... —Mejías tartamudeaba—. Creo que no has entendido...

—Mire, gracias a nuestro *accidente* —pronunció la palabra con sarcasmo— no puedo volver en coche a mi casa, y cuando he intentado sacar el billete de tren o autobús ya estaba todo ocupado. Mis compañeras, mis amigas, decidieron suspender sus viajes para quedarse conmigo, ¿lo entiende? Renunciaron a regresar con sus familias para no dejarme sola. Hoy se van en los trenes que nadie quiere. Nuria se queda para acompañarme al médico, el martes iré a que me quiten esta estúpida escayola, que al parecer ni siquiera era necesaria. Diga lo que ha venido a decir y váyase, tengo cosas que hacer.

Durante casi un minuto, Mejías continuó mirando los dibujos del terrazo en el suelo. Cogió el vaso, se lo acercó a los labios y volvió a depositarlo sobre la mesita sin beber. Apoyó ambos brazos sobre el asiento para levantarse, pero no completó el movimiento y se quedó con la mitad del trasero en el aire. Al final se puso en pie y la miró con expresión resignada.

—Feliz Navidad, periodista —dijo el detective—. Dentro de unos años leeré tus artículos. Seguro que lo consigues.

Berta arrugó la nariz. No esperaba esa salida.

—Gracias, yo... espero que le vaya bien, de verdad.

—No lo dudo. —El detective casi sonrió—. Regla número doce: Si pones todo tu empeño en lo que deseas, lo conseguirás.

Mejías cerró con cuidado la puerta al salir. Berta permaneció inmóvil mirando por la ventana. Después, sus ojos regresaron a las fotografías sobre el mueble de la televisión. Primero la fiesta de disfraces, la Ciudad de las Artes, luego el abrazo congelado con Nuria. Por último su propia imagen en solitario, vuelta de espaldas,

contra un atardecer que anunciaba el final del día.

Cuando Mejías regresó al rastro había pasado la una de la tarde, y ya se veían huecos entre los vendedores. Manuel seguía en la misma postura que lo dejó, como si hubiera dormido todo ese tiempo. A su lado estaba su hijo mayor, un pícaro de diez años.

—Pablito, saluda a Mejías.

El niño se adelantó y le estrechó la mano muy serio, como si le presentaran al presidente de alguna empresa. Manuel exhibía una sonrisa orgullosa.

—Lo has averiguado, ¿verdad? —dijo el detective.

—Debes darle las gracias a Pablito, que ha hecho de intermediario. Este niño llegará lejos.

—Pues tú dirás.

—Los detalles con el informador. —El gitano adoptó un tono confidencial—. Hemos tenido suerte, quien buscas le vende a uno de los anticuarios. A Garrido.

—No me jodas.

—Mejías, que está el niño delante.

—Sabes que Garrido no me traga.

—Venga, hombre. No fui yo quien le timó con aquella cómoda modernista.

El detective gruñó. Se quedó mirando las mercancías desperdigadas por el suelo. Botes de pegamento, antiguas guías del autobús, paquetes de medias y fajas color carne. Al fin encontró algo.

—Ese tintero. —Señaló Mejías—. Me lo llevo.

—Son dos euros —explicó Manuel—. Tiene al menos veinte años, un cacharro para cargar plumas de verdad, no la mierda que se vende ahora. Te lo estoy rebajando...

Mejías le puso cuatro billetes de cincuenta en la mano antes de que terminara la frase.

—Por las molestias. —Su voz se hizo más baja—. Como antes dijiste, no hay problemas de dinero.

Al gitano le vibraba la mandíbula, los dos dientes trémulos de emoción, evaluando si echarse a los brazos del detective en público sería demasiado comprometido. Y encima delante del niño, que luego se vuelven unos blandos.

—Eres mi mejor cliente. Mis nietos rezan por ti todos los días, les obligo a ello —aseguró el gitano—. A los veinte.

—No tienes nietos, Manuel.

—Que no, dice. Espera y verás. Mi Pablito es un fenómeno.

Mejías se despidió hasta el próximo domingo y dejó al gitano golpeando el hombro de su hijo mientras le decía algo divertido. El detective sonrió cuando se hubo dado la vuelta.

Encontró a Garrido en el pasillo contiguo, cerca de puestos más respetables. Algunas de sus mejores pertenencias las había adquirido allí: el primer ejemplar de «Avance», periódico editado por las tropas de Franco tras su entrada en Valencia y que a los pocos días pasó a denominarse «Levante»; aquel hermoso «taulellet» de cerámica barroca del XVIII; las medallas conmemorativas del 650 aniversario de la conquista de la ciudad; el teléfono de baquelita; el tocadiscos de maleta...

—Buenos días —dijo Mejías.

El anticuario tardó en reconocerlo, repantigado en su mecedora de madera. Era un individuo grueso en la cincuentena, con patillas pobladas y una corona de pelo albo en torno a sus sienes.

—Vaya —dijo el anticuario—. Pues era verdad.

—Recordaba tu puesto con algo más de *glamour*.

—Habló el pantócrator del buen gusto. Esto no es Portobello, ni San Lorenzo. Esto es el rastro.

La referencia a los mercados de Londres y Florencia hizo sonreír a Mejías.

—Estoy de tu parte, Garrido, no lo olvides.

—Antes era un lugar para los anticuarios, lo sabes bien. Pero han ido desapareciendo. Se los han comido los delincuentes y esta gente. —Señaló a los transeúntes—. Esta gente que no tiene ni puta idea de lo que quiere. Se pegan por un ordenador viejo, y cuando les pides trescientos euros por un mueble centenario se creen que les tomas el pelo. Tócate los huevos, Mejías.

—Las cosas cambian. A ti, por ejemplo, te va mejor que a Manuel.

—Manuel, pobrecillo. Yo tengo una tienda pero hay compañeros cuyos únicos ingresos los sacan cada domingo, así que venden como desesperados. Los demás bajan los precios y producen un efecto dominó sin quererlo. Ni siquiera saben lo que es el efecto dominó. El caso es que cada vez hay más refriegas, sobre todo al final de la mañana, cuando se dan cuenta de que esta semana lo va a pasar mal. Mira.

Mejías contempló una nube de vendedores que forcejeaba en torno a carritos del mercadillo entre voces e insultos. Dos o tres agentes acudieron de inmediato.

—La policía dice que está todo de puta madre —continuó Garrido—. Pues fíjate, somos trescientos y pico comerciantes con licencia pero en realidad hay casi el doble de gente vendiendo. De vez en cuando le tocan las narices a algún idiota que lleva encima doscientas copias del último disco de Bustamante, es que hay que ser tonto. A ese fijo que lo empapelan, pero a los que venden sin licencia de aquí para allá no.

Mejías asintió, mientras los policías disolvían la trifulca. Garrido continuó.

—Estamos aquí hacinados para que los pijos roñicas vengan aquí a ahorrarse unos euros. Y si te encaras con la pasma te dicen que des gracias por seguir con tu puesto, que es un privilegio y no sé qué chorradas más. Y que cuidadito, que lo de las licencias se está poniendo muy mal, que a lo mejor no renuevas. Somos una puñetera



especie en vías de extinción, así que no me digas lo mal que están las cosas.

Los agentes se marcharon. Solo quedó el carrito con algunos restos desmadejados que pronto atrajeron a otros curiosos.

—Parezco un presidiario —dijo Garrido, señalando la licencia fijada a un árbol cercano.

El detective contempló el rectángulo de papel plastificado, con el nombre y el número de permiso del anticuario. Asintió en silencio.

—Eres la segunda persona que me lo dice esta mañana.

—Ahora esto no es un rastro, es un mercadillo donde se vende puntilla, ropa nueva —sentenció Garrido y soltó el aire de sus pulmones, con una mirada sombría—. El rastro se ha hundido.

—Ya sabes lo que necesito —dijo Mejías, tras unos segundos.

—¿Sabes? Te mereces que no te lo cuente.

—¿Y faltar a la palabra que le has dado a Pablito? Qué malo eres.

—Espero que merezca la pena, Mejías. De verdad.

—Venga, suéltalo.

El anticuario se levantó de su mecedora.

—La persona que buscas es Doña Rosa Muñoz. Rosita de África, como la llamaban en los cincuenta.

—¿Una *vedette*?

—Actriz de revista, detective. Que a veces pareces tonto —le amonestó Garrido—. Fue una protegida de Dugo-Escrich desde su juventud y, cuando dejó los escenarios, la puso a dirigir *Paraíso Azahar*.

—Nunca había oído hablar de ese local...

—A ese chiringuito no va gente como tú o yo. No tiene un cartel de neón en la puerta y un horario de ocho a tres.

—Vale, entonces, nuestra Rosita pasó de artista a *Madame* para la nobleza valenciana. ¿Y qué? Debe de haber muerto a estas alturas.

—Doña Rosa tiene ochenta y cuatro abriles, para ser precisos. Desde que se jubiló no pasa por sus mejores momentos, y a veces necesita vender alguna cosa para ir tirando. Tiene una pensión de mierda, ya sabes, que si no cotizó lo suficiente, etcé.

Garrido entregó un papel doblado al detective.

—Ahí tienes la dirección. —Garrido meneó la cabeza—. Solo te pido que la trates bien, la pobre ya no es lo que era.

—Le hablaré bien de ti —replicó Mejías—. Así volverá a llamarte para venderte otra estupenda mecedora.

—No tengo por qué aguantarte esas impertinencias. He cumplido mi parte, así que lárgate.

—Otra pregunta.

—Pues rápido, debo regresar a casa para contar mi dinero —dijo con fiero sarcasmo—. He perdido la cuenta de las mecedoras que he vendido hoy.

—¿Qué te ha dado Manuel a cambio de la información?

—¿Qué? Nada, Mejías. A veces la gente hace las cosas por nada. Se llama compañerismo, quizás se te haya olvidado. Espero que con Doña Rosa no la cagues, porque me enteraré.

—Qué miedo. Tendré que cambiarme los gayumbos.

—Adiós, Mejías.

El detective se volvió sin despedirse. Por el camino observó motivos navideños que compraban clientes rezagados: espumillones, figuras de Papa Noel; aquí y allá asomaban nacimientos y belenes defectuosos, con el San José descabezado o un niño manco y monstruosamente grande en comparación con la talla de sus progenitores. La Navidad se aproximaba, y se les había pegado el arroz a todo el mundo.

## 13 Imágenes del pasado

«—¿Quiere ayudarme? Todo el mundo le cuenta cosas.

—Pero es porque yo no cuento. Si yo cuento, ya no me cuentan más».

*A través del Pacífico, 1942*

**B**erta agradeció la sombra en el interior de *La Cara Oculta de la Luna*, que se encontraba desierto al mediodía. Recorrió el establecimiento haciendo rodar sobre el *parquet* una maleta voluminosa y pesada.

—¿Hola? —llamó la joven, sin mucha convicción.

Le sobraba tiempo, aunque no debía confiarse. En dos horas salía su tren desde la Estación del Norte, y aún tendría que atravesar el centro con su equipaje bajo el sorprendente sol de diciembre. La pierna picaba un poco después de salir del ambulatorio, donde le habían sustituido la férula por una tobillera. Caminaba sin la muleta, apoyando el tobillo lastimado con más cuidado del preciso. Le habían aconsejado precaución y Berta era, desde luego, muy precavida.

—¿Hola? —repitió—. ¿Hay alguien?

En la penumbra del entarimado había varios tipos con gafas, ordenadores y papeles sobre la mesa, absortos en algún asunto de enorme interés. Entre ellos emergió una silueta rotunda, que se plantó en pocos pasos junto al mostrador para exhibir una sonrisa de bienvenida. Parecía un oso encanecido puesto en pie.

—Eres César, ¿verdad? —dijo la joven.

—Tú debes de ser Berta.

Ella frunció el ceño, extrañada.

—Mejías habla mucho de ti —explicó César.

—Ya —asintió Berta, un tanto azorada—. Me dijo que si no estaba en su despacho podría pasarme por aquí y... Bueno, en realidad no he mirado... —Rebuscó en su bolso hasta sacar un manojito de llaves que colocó sobre las manos del grandullón—. Tenía que devolverlas. Eso era todo, gracias.

—Vaya. Creía que no eras como las otras —dijo César, con repentina resignación.

Berta se iba, pero el comentario de César la detuvo. Lo miró expectante.

—No entiendo.

—¿Quieres un refresco? Hace calor y esa maleta parece pesar lo suyo.

Berta accedió; aún era pronto y la ropa se le pegaba a la espalda. César deslizó un vinilo en el tocadiscos que hizo surgir los primeros acordes de una guitarra acústica:

*Really don't mind if you sit this one out  
My words but a whisper, your deafness a shout  
I may make you feel but I can't make you think  
Your sperm's in the gutter, your love's in the sink...*

En la mesa del fondo continuaban hablando por debajo de la música. El barman regresó con hielo y dos bebidas. Los vasos parecían de juguete entre sus manazas.

—Verás —dijo César—. Me he acostumbrado a este rol. Mejías contrata a una chica, luego esta chica se despide y me entrega las llaves del despacho porque no quieren volver a verlo. He olvidado cuántas veces ha sucedido.

Berta carraspeó, incómoda.

—Usted no sabe lo que...

—Lo sé todo. —Sacó un trapo del cinturón y comenzó a pasarlo mecánicamente por el mostrador de madera—. No olvides que un barman es un confesor. Y confieso a Mejías desde hace años.

—Entonces sabrá que es un amargado irresponsable, un egocéntrico...

—... Desconsiderado, lunático. Desde luego.

Berta se le quedó mirando, su boca abierta en la sílaba interrumpida.

—Pensé que lo defendería.

—Resulta difícil, ¿verdad? Por cierto, tutéame, no soy tu jefe. —Miró su vaso con recelo—. Escucha, no debes sentirte culpable. Todas las chicas salen corriendo antes o después. Es solo... —Dudó antes de continuar—. Él decía que eras diferente.

—¿Dijo eso? —preguntó Berta, arrugando la nariz—. En realidad nunca me tiene en cuenta.

César bebió solo un sorbo y asintió despacio.

—Mejías no suele poner las cosas fáciles. Le gusta probar a la gente, verlos caminar por el alambre. Dice que únicamente conocemos a las personas cuando se enfrentan a situaciones límite... y él suele vivir en esas situaciones.

—Lo que él vive es una mentira continua —protestó la joven—, y se la cuenta a los demás. Los engaña.

—Bueno, Berta, eso ya dice algo de ti.

—No lo entiendo.

—Verás, te he dicho que muchas chicas abandonan este trabajo —dijo César, e hizo una breve pausa—. Pero tú eres la primera que se lo ha creído todo.

—Pero yo le he dicho que...

—Querías que esa realidad existiera y, de alguna manera, has ayudado a sostenerla. Cuando descubriste la ficción deseaste que no fuera así. —Suspiró, con el vaso entre las manos—. Mejías llevaba tres *whiskys* cuando me lo contó, pero sabía de lo que hablaba. César, me dijo, fue algo genuino. Esa chica pensaba que todo, los informes, las persecuciones, los tiros, todo era verdad. Sus ojos brillaban con la misma luz que arrancaron los focos de Edeson a las pupilas de la Bergman.

Maravilla, César, auténtica maravilla. Ella vivía ese sueño y, aunque era mi obligación despertarla, casi se me parte el corazón.

—Eso es una majadería —dijo Berta, tras considerarlo un rato—. Se trata de una mentira y ya está.

—Puede ser. Pero Mejías piensa que algunas mentiras hay que vivirlas creyendo que son verdad.

—No sé si lo he comprendido bien.

César sonrió como si ya hubiera previsto esa respuesta. Se pasó la mano por las sienes encanecidas.

—¿Qué es verdad y qué es real? La realidad ya la conocemos pero ¿y la verdad? Robin Hood o Sherlock Holmes no son reales y sin embargo son infinitamente más verdad que tú o que yo. Dentro de cien años ellos seguirán viviendo en el interior de millones de personas, mientras que nosotros no seremos más que una línea en una base de datos, no sé si me sigues. —El barman contorneó la boca con complicidad—. ¿Puedo contarte una historia?

Berta consultó su reloj de muñeca y asintió con seriedad.

—Supongo que sí —dijo, algo inquieta.

—Es una buena historia. —Acercó un taburete y se sentó en él—. Mejías sería algo mayor que tú cuando ingresó en la policía de Cartagena. La disciplina no estaba hecha para él; a los pocos meses se vio involucrado en un asunto grave y abandonó el cuerpo. Tenía un compañero llamado Víctor Talavera, un ángel de la guarda que le sacaba de todos sus líos. Con él vino a Valencia para montar una agencia de detectives en el 98. La familia de Talavera tenía dinero, así que alquilaron unas oficinas espaciosas en Ángel Guimerá con todas las comodidades, una recepcionista de bandera y una amplia cartera de clientes. Eran un equipo estupendo.

Trabajaban para compañías de seguros y colaboraban con la policía en operaciones antidroga, hasta que empezaron a recibir encargos privados de gente importante. Eran idealistas, ingenuos y comprometidos, como tú. Víctor poseía una mente privilegiada y Mejías era impulsivo y temerario. Podrían ser ahora los dueños de una franquicia, colaborando con la Interpol y enviando a la justicia a los grandes capos.

—Pero no ocurrió eso, ¿verdad?

César se inclinó sobre su refresco. Esta vez bebió un largo trago antes de continuar.

—Sucedió hace nueve años. Llevaban meses siguiendo aquel caso, encargo de un importante industrial con ínfulas políticas. Unos tipos distribuían cocaína por la ciudad. Al principio aquello llevaba derroteros convencionales, pero poco a poco la trama abandonó las calles para internarse en locales de mucha clase. Las pistas los condujeron hasta la mismísima Delegación del Gobierno, con diputados que hacían viajes a Madrid, empresarios de grandes compañías, algo escandaloso. Había en juego concesiones para centros comerciales, suelo recalificado y cuanto puedas

imaginar. Tuvieron miedo pero decidieron seguir adelante. Se creían muy listos cuando aquella noche acudieron al polígono industrial en construcción. Tenían un soplo del golpe más importante hasta la fecha, por lo que se arriesgaron a llamar a la policía. Mejías y Talavera llegaron antes que ellos. Cuando empezaron los disparos desde la oscuridad los pillaron en bragas. Víctor no estaba a cubierto y Mejías tuvo la suerte de tirarse terraplén abajo, rodando por una pendiente que lo alejó de las balas. Perdió el conocimiento y despertó en el hospital. A los pies de su cama le esperaba un policía de paisano que le contó que Víctor había muerto en el tiroteo; una banda extranjera operaba en Marbella y acababa de trasladarse al levante. El policía le mostró informes y fotografías, pero Mejías comprendió que estaba mintiendo. Habían inventado aquella historia para ocultar a los verdaderos responsables y atar los cabos sueltos. Pronto hubo elecciones, se produjeron cambios en los cargos públicos, y toda aquella gente desapareció de la faz de la tierra. Los trasladaron a Zamora, a Palencia, a Burgos, yo que sé, lejos. Mejías intentó dar a conocer la verdad, pero a cada paso la policía registraba su piso, le retiraban la licencia de detective, hacienda le metía un palo, lo que fuera. Le insinuaron que lo dejara estar, que había salido bien parado. Sus antiguos compañeros y amigos le dieron la espalda y pegaron su culo contra la pared. Se quedó completamente solo. Aquel policía de paisano se llamaba Ramírez y ahora es un inspector que apunta para comisario.

El barman calló. Berta le miraba con intensidad.

—¿Qué ocurrió después?

—¿Después? Nada. —César bebió de nuevo—. Sin dinero, Mejías cerró la agencia: su secretaria se despidió, los clientes se esfumaron y las facturas hicieron un montón sobre la mesa. Fue a terapia, estuvo meses con un loquero, pero no funcionó. Al final encontró refugio en el alcohol y el cine negro y, míralo ahora, luchando tercamente contra los malos. Tiene cambios de humor, casi siempre se salta la medicación, toca fondo y rebota. Se ha convertido en una opción para los desesperados y ha resuelto más de un caso inverosímil. Es un tipo que no conoce el miedo y eso le hace temible.

—O un peligro para él mismo y los que le rodean.

—Puede ser. —César hizo una pausa apreciativa. Su mirada se perdió en la bruma del local—. Pero en cualquier caso es el hombre más auténtico que conozco.

Berta le miró, con una réplica que murió en sus labios. Bajó la vista hacia su propio vaso donde los dados de hielo, perdida su perfección cúbica, aguaban el refresco intacto.

Mejías se aburría mientras esperaba a que Rosita de África le trajera el té de la tarde. Después del rastro, había dedicado el siguiente día y medio a escarbar entre su nutrido repertorio de confidentes. Todos repetían la misma historia, como si la hubieran aprendido en la academia de soplones: *Paraíso Azahar* era una leyenda

referida por terceras o cuartas personas; no existía conexión entre Ernesto Blanch y los Dugo-Esrich. En cuanto a la fotografía y al pasado secreto del empresario, no había escuchado más que carcajadas e hipótesis descabelladas. Terminó llamando a Rosita. A través del aparato, la anciana le pareció una mujer agradable, lejos de las alarmistas previsiones de Garrido.

Esa misma tarde de martes se había arrastrado hasta las profundidades del barrio de Ruzafa a pesar de su hombro tumefacto, resistente a los antiinflamatorios. Allí, entre calles trazadas a cuadrícula y esquinas achaflanadas, restaurantes sudamericanos o tiendas marroquíes, destacaban edificios que habían proporcionado cierto orgullo a los valencianos del último siglo. Esos mismos valencianos que cambiaron después los coloridos azulejos por la tarima flotante, las fachadas estucadas por el ladrillo caravista, los techos altos por un dúplex en las afueras, con un poquito de jardín si puede ser, que queda de lo más mono.

En una de esas cajas ajenas al tiempo vivía Rosita de África. Mejías, fiel a su instinto, había inspeccionado el comedor con ojo crítico. Si los perros se parecían a los dueños, también los inquilinos se asemejaban a las viviendas donde permanecían demasiado tiempo; su propio caso era evidente. Pero aquel piso empotrado en la vieja Ruzafa era aún más llamativo.

Las paredes estaban cubiertas por un papel pintado que sugería un desaliño doméstico más allá de cualquier moda. Sobre este papel, los antiguos muebles del comedor dibujaban señales de su ausencia. Eran los que presumiblemente Rosita habría vendido a Garrido: el contorno de un escritorio, la silueta de un aparador ancho bajo la ventana, nostálgicos fantasmas en dos dimensiones. El amplio comedor solo conservaba la mesa camilla y dos sillas, un sofá y la vieja televisión sobre un taburete renqueante. El conciso mobiliario se completaba con una caja de cartón desbordada de objetos y una estufa de butano junto a ella, bombona *vintage* incluida, que calentaba tanto como la cámara frigorífica de la horchatería Daniel.

Perdió la paciencia y se aproximó a la cocina. No era cuestión de que la frágil Rosita se le muriera allí mismo. Cruzó el comedor y al caminar hacía sonar las baldosas sueltas, que crujían como madera seca bajo sus pies.

La luz de la cocina estaba encendida y Rosita permanecía ante el fregadero de mármol, mirando fijamente al patio exterior mientras sostenía un cazo vacío.

—Señora, ¿se encuentra bien? —preguntó el detective.

Rosita se giró con brusquedad, mirándolo desde la sombra de ojos que custodiaba su mirada verde sucio, los mofletes tal vez con demasiado maquillaje.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace en mi casa? —preguntó la anciana, enarbolando el cazo como una maza medieval.

Mejías se echó mentalmente una mano a la cabeza. Desde que llamara a la puerta había comprendido que la entrevista no iba a resultar sencilla. Tuvo que esperar casi un cuarto de hora en el rellano, pues a pesar de la llamada previa y de pasar bajo la puerta alguna de sus fotocopias falsas, la anciana había insistido en asegurarse de las

intenciones del detective. Cuando quedó satisfecha, la señora invirtió más tiempo en buscar las llaves y abrir las cuatro cerraduras que atenazaban la entrada a su madriguera. Una vez en el interior, Rosita se había ausentado para arreglarse, puesto que decía no estar presentable para visitas. Tras otros veinte minutos de espera, había regresado al salón envuelta en una vaharada de perfume que aturdió los sentidos de Mejías. La anciana vestía ahora una bata de seda raída, ceñida con un cinturón roto, que se cerraba con recato como si tuviera veinticinco años. Aprovechó el desconcierto del detective para preguntarle si deseaba acompañarla con el servicio del té. Por supuesto, había respondido Mejías, aunque lamentó de inmediato el nuevo contratiempo. El caso es que ella había desaparecido en busca de los supuestos criados y el detective perdió más de una hora sin intercambiar con la dueña más de cuatro palabras seguidas. Y ahora esto, se dijo mientras contemplaba el cazo izado por la temblorosa anciana. Casi prefiero al Olawacomosellame. Al menos con él no me da vergüenza contar cómo me hicieron el chichón.

—Soy yo, señora, el detective. —Sonreía con poca convicción—. Mejías, ¿no se acuerda? Íbamos a tomar un té.

—A mí no me gusta el té. Me produce gases.

Mejías alcanzó el brazo del arma. Comenzó a bajarlo suavemente, sin encontrar resistencia.

—¿Qué tal si olvidamos lo del té?

—¿Quién es usted, bribón? —Rosita retrocedió con inesperada energía, blandiendo el perol metálico que trazaba pequeños arcos ante ella—. ¿Por qué entra en casa de una pobre anciana? ¿Intenta violarme? ¡Socorro! —gritó hacia la ventana del patio—. ¡Me violan! ¡Auxilio!

—Shhhh, shhhh, baje la voz, maldita sea.

—Así nadie le importunará, ¿verdad?

En el fondo tenía gracia. Aquellas palabras, aquel gesto alzando las cejas podría haberlo firmado la mismísima Veronica Lake, del brazo del asesino interpretado por Alan Ladd. Si es que la Lake hubiera llegado a los ochenta y cuatro, claro. Había que ser prácticos.

—Mire, si quiere me voy pero ya se lo he dicho, vengo de parte de Garrido. Él me dio esta dirección.

—No conozco a ningún Garrido, señor violador.

—Se lo explicado antes, al entrar. —Sintió de pronto un cansancio abrumador—. Mire, solo quiero hacerle unas preguntas sobre Arturo Dugo-Escrich, y luego...

—¿Cómo ha dicho?

En los ojos de la señora apareció un súbito brillo de inteligencia.

—Necesito que me hable sobre Arturo Dugo-Escrich.

Doña Rosa sonrió por primera vez, mostrando una dentadura alineada pero amarillenta. Dejó el cazo sobre la encimera y se cerró de nuevo el batín, coqueta.

—Por supuesto, señor detective. Dígame, ¿soy sospechosa de algún crimen?



—No, claro que no...

—Debo advertirle que no tiene ninguna posibilidad conmigo. —Llegaron hasta la mesa camilla del salón, ella se movía con una ligereza que no hubiera sospechado—. Sé lo que pasa en las películas, no crea que soy tonta.

—Le vuelvo a decir... —Suspiró, y adivinó que no sería la última vez—. Mire, sentémonos, si no le importa.

Ella permaneció de pie junto a la silla y Mejías tardó en comprender. Se levantó, fue hasta su lado y retiró el asiento para que la anciana pudiera acomodarse. Le pareció ver cómo le guiñaba un ojo, aunque no podía estar seguro.

—Muy bien. —Mejías se aclaró la garganta—. Según me contó Garrido...

—¿Quién es ese Garrido?

—Señora, es el hombre al que le vende muebles de vez en cuando.

—Garrido, sí, es cierto. —Se tocó el batín, arrugado en torno a sus hombros—. Ese señor mayor que viene con otro chico. Me ayudan a mover los muebles hacia mis otros pisos. ¿Qué tiene que ver él con Arturo?

Mejías sonrió como un conejo. Nadie dijo que fuera a ser fácil.

—Bueno, él solo me dio su dirección. También me ha dicho que usted trabajó durante mucho tiempo en *Paraíso Azahar*...

Rosita se tomó su tiempo para empezar, mientras otro cambio comenzaba a producirse en su rostro. Se humedeció los labios marchitos, apretó de nuevo el cinturón roto de su batín, se arremangó sobre la mesa. Hacía un frío del demonio en aquella casa y Mejías metía las manos bajo las axilas para calentárselas, pero ella era ajena a todo eso. Ladeaba el rostro hacia las sombras mientras su voz era como susurros temblorosos posados sobre el polvo del tiempo. Un poso de belleza agostada colmaba su mirada, y al detective le resultó sencillo imaginársela cincuenta o sesenta años atrás, cuando aún era esbelta y hermosa.

—Una vida entre aquellas paredes —Rosita asintió levemente—. *Paraíso Azahar* era un lugar maravilloso y selecto, nada que ver con aquellos locales baratos de *taxigirls* en la calle Rivera para el vulgo. El *Paraíso* acogía a concejales, directores de grandes empresas, toreros, futbolistas. Al fin y al cabo todos tienen algo en común.

—¿El qué? —preguntó Mejías.

Rosita no acusó la interrupción; hablaba sin dirigirse al detective, arrebatada por una música invisible. Respondió a la pregunta como una médium que hablara por boca de espíritus olvidados.

—Los hombres siempre han pretendido lo mismo: la belleza del cuerpo de una mujer. Poseer esa belleza. Había chicas tan apasionantes que la gente pagaba solo por invitarlas a una copa, hablar con ellas y fingir que habían conseguido seducirlas. He visto a los hombres más fieles volverse locos por una chica guapa, perderse en el

escote de ninfas adolescentes, aflojarse la corbata ante el vaivén de unas caderas que conocen el secreto de la música.

—Puedo hacerme una idea. ¿Qué hacía usted allí?

Rosita inspiró de nuevo, y sus pupilas se dilataron entre el centelleo del polvo.

—¿Yo? Yo era *Paraíso Azahar*. —Se levantó para recorrer la habitación dirigiéndose a un público imaginario. Mejías temió que tropezase y cayese al suelo—. En aquellos primeros años me acompañaba un cuarteto perezoso que alternaba *swing* y ritmos caribeños, pero cuando se hacía más tarde desgranaba coplas con una guitarra a mi lado. Me hice mayor que las otras chicas, pero el público me prefería a ellas. Tras cada actuación hacían cola en mi camerino para verse conmigo, pero yo nunca cedía. Formaba parte del encanto asociado al local; los hombres me deseaban, yo les daba calabazas y, para aliviar su frustración, ellos elegían a cualquiera de las chicas. Encendidos como estaban todas les parecían guapas y deseables.

—Entiendo —dijo Mejías, por decir algo—. Usted debía mantener su posición.

—Oh, no. —Ella lo miró desde el marco de la cocina, el cuerpo arqueado y la bata que dejando ver la piel ajada de sus rodillas—. Yo no podía traicionarle, jamás me lo habría permitido.

—¿Traicionar a quién? ¿Estaba casada?

Rosita se rio entonces, una risa desbaratada sin indicio de alegría. Sus pestañas centellearon, coquetas.

—Nunca me he casado. Siempre lo estuve esperando.

—No se referirá a...

—A Don Arturo, quién si no.

—¿Qué sucedió entre ustedes, Doña Rosa?

Tembló sobre el marco, como una colegiala antes de echarse a llorar. Dio dos pasos vacilantes hacia el detective, se detuvo sin saber dónde poner las manos, hasta posarlas sobre el respaldo del asiento.

—Don Arturo, el millonario misterioso, envuelto en secretos. Los rumores se extendían por donde iba: el caballero sudamericano que perdió a su mujer durante la guerra; el gran hombre que regresó de Madrid con su fortuna multiplicada y puso Valencia a sus pies. ¿Quién podría resistirse a alguien así?

—Usted debía ser muy joven.

Rosita se rehizo en el silencio antes de levantar la barbilla.

—Yo no era joven, era inmortal. Cuando yo sonreía, sonreían los hombres que me rodeaban; si me llevaba una mano a la frente todos se ofrecían a traerme lo que precisase. Mientras estaba sobre el escenario, mi voz era el único sonido, y podía sentir sus pupilas agujijoneándome la piel. Eran míos, pero yo lo quería a él.

—¿Cómo se conocieron?

Rosita había alzado los brazos, pero ahora cayeron a su costado como si un malévolo titiritero hubiera cortado los hilos que los sostenían. Volvió a taparse el batín y regresó a su asiento. Parecía desvalida de nuevo.

—Yo había llegado desde Almansa para ser una estrella. Esperaba que alguien me hiciera un contrato, quería ser la nueva Celia Gámez, que pronto cantaría en los escenarios y hacer giras. Me llevarían a Madrid y a Barcelona, a triunfar.

—Pero no fue así.

Rosita extendió ante sí las manos cuajadas por manchas de edad, con innumerables líneas cruzando su dorso. Estaban temblando.

—Cuando me quedé sin dinero tuve que entrar a servir en la calle La Paz. Tenía diecisiete años, y la señora de la casa se burlaba de mis ilusiones y me mortificaba por la cosa más insignificante. Su marido era peor: un gordo lascivo que aprovechaba cualquier excusa para rozarme con sus manos pegajosas. Qué guapa estás Rosita. Qué bien cantas, Rosita. Qué cuello más bonito tienes, Rosita. La mujer lo sabía y mi nombre siempre estaba en sus discusiones. Fueron años duros; la gente prosperaba con dificultad tras la guerra. Ya no morían de hambre en la calle pero sucedían cosas mucho peores. Usted es un hombre preparado y no necesita que le cuente todo esto.

Mejías asintió en silencio, absorto en el relato.

—Por las noches salía con mi amiga Paquita, que servía en la calle Císcar, a ver espectáculos de copla. Ella tenía un novio panadero, Teófilo, un chico apuesto que se dejaba el dinero en trajes y siempre miraba con los ojos entrecerrados, como si no se fiara de nadie. Un día, enfermó la cantante del bar que frecuentábamos e iban a suspender el espectáculo. Teófilo me había oído cantar y habló con el dueño del local. Aquella noche me encontré cantando junto a un guitarrista que me hacía guiños que yo no entendía, para poder salir del paso y entretener a unos parroquianos decepcionados por la ausencia de la Niña de Chipiona. Cuando terminé, me llevaron hasta un reservado donde alguien quería hablar conmigo. Se trataba de Don Arturo, con su mirada azul que atravesaba piel y hueso. Me dijo que la Niña de Chipiona no valía nada a mi lado, y que era una lástima que nadie lanzase mi carrera. Me azoré, balbuceé, dije cosas incoherentes, un torbellino me rondaba la cabeza. Pero nunca pude olvidar los ojos calmos de Don Arturo. Era inteligente, guapo y sagaz. Un gigante entre niños que juegan en el patio, mientras él cuida de que todo vaya bien.

Mejías sacó una libreta y varios documentos de sus bolsillos. Alargó el rectángulo de papel sobre la mesa.

—¿Ha visto antes esta fotografía? ¿Reconoce a estas personas?

Rosita posó su mirada sobre la instantánea y su rostro se ensombreció de pronto. Adelantó un dedo tembloroso pero lo retiró antes de tocarla. Habló con irreprímible desprecio.

—Ellos tres. Los que no debieron separarse. —Su lengua chasqueaba contra el paladar—. Don Arturo, Ernesto y ella. Cómo olvidarlos.

—¿Llegó a conocerlos?

Una nueva mirada había desterrado a la primera Rosita amable, a la lunática y,

por último, a la melancólica. El detective tuvo que echarse hacia atrás, aquel fuego en las pupilas de la anciana le quemaba la nariz.

—Cuando conocí a Don Arturo ella estaba muerta y Arturo ya era quien era. El otro desapareció. Ernesto era rojo, sindicalista. Cuando terminó la guerra los rojos morían o estaban presos o se exiliaban.

—¿Qué me puede contar de la chica?

Los ojos de Rosita relampaguearon en silencio, rescoldos de unas brasas olvidadas.

—La hija del tendero —musitó ella.

—¿Qué?

Rosita se aferró con ambas manos a la mesa camilla. Quizás preferiría apretar el cuello de esa joven que odia, adivinó Mejías. Barbara Stanwyck en *Perdición* era una colegiala al lado de aquella señora. La mesa se tambaleó un poco.

—Su padre fue un tendero muy tacaño de la calle Curtidores. Tenía un puesto pegado a la Iglesia de los Santos Juanes, junto al Mercado Central. Cuando su padre cerraba la tienda Arturo y ella se encontraban allí en secreto. Ernesto lo sabía y era un hombre luchador, no dejaría que nadie se interpusiera en su camino, y menos un niño mimado. La hija del tendero era el botín.

—¿Cuál era su nombre, Rosita? —Mejías anotaba en su libreta bajo el azote de aquellas pupilas.

—Se llamaba Esperanza —dijo Rosita, y relajó la presión sobre la mesa, aunque su mirada hubiera ahuyentado a varios hombres adultos. No era el caso de Mejías—. Mastiqué su nombre durante largos años. Ella murió en la guerra, pero Don Arturo no la olvidó nunca. Me dijo que nos parecíamos, que era su vivo retrato. A veces se emborrachaba y me lo contaba todo, lo que pasó con ella, con Ernesto.

—¿Qué decía sobre ellos?

—Él nunca volvería a querer a nadie como quiso a Esperanza. Se casaron muy jóvenes, eran tiempos difíciles, hicieron lo que tenían que hacer. No podían imaginar lo que iba a pasarles. Nadie pudo.

—¿Y Ernesto, cómo desapareció?

—Arturo quería que yo fuera como ella. Que cantara como ella, que caminara como ella, que mi voz, mis piernas, mis palabras fueran las suyas. Yo lo intenté; me convertí en Rosita de África, compartí escenario con Carmen de Lirio, iba a grabar un disco, pero debía ser en Madrid, lejos de él. No quise irme; tuve celos. Yo quería que me pidiera matrimonio, que llenáramos la casa de niños y que muriéramos viejos, uno junto al otro.

Rosita hablaba para sí misma, alzando la voz en una frase y mascullando la siguiente. El detective se contentó con seguir aquellos reproches arrastrados por los años.

—En lugar de eso me dio largas. Venía a verme actuar, se iba antes que los demás. Me llevaba a su casa, me metió en su cama las veces que quiso. Le permití

cualquier cosa, si tenía que bailar, bailaba, si tenía que cantar, cantaba. Un día acumulé valor con demasiados martinis y le dije que estaba preparada para el matrimonio. Cuando le miré supe que todo había terminado; él comprendió que no podía permanecer soltero. Pero no se casaría con una artista que bailaba frente a manadas de hombres ansiosos, acodados en aquellas barras sórdidas. Para alguien de su posición, su nombre lo era todo. Aun así no me mantuvo lejos, quizás porque le recordaba demasiado a Esperanza. Pero también yo conocía sus secretos, verdades que podrían destruir su imperio y su vida con solo hacer así. —Rosita chasqueó los dedos ante su rostro—. Nunca le delataría, pero cómo arriesgar tanto. Escasa garantía para cubrir la sombra que caminaba tras Arturo Dugo-Esrich.

—Doña Rosa, ¿de qué secretos me habla? —preguntó Mejías, aunque sabía que era inútil.

—Cuando abrió *Paraíso Azahar* supe que sería mi seguro de vida. Él no me lo dijo, no con esas palabras, pero estaba segura de que si rehusaba trabajar allí algo terrible me ocurriría. Al principio se trataba de otro local exclusivo para gente elegante. Había más chicas, pero yo era la estrella. Cantaba cada noche y siempre había hombres distinguidos a mi alrededor. Todos me deseaban, menos él, y yo cantaba con una pasión que les abrasaba los ojos. Fue por entonces cuando Don Arturo se casó con aquella pobre mujer, Mercedes.

—La madre de sus hijos —murmuró Mejías, y continuó anotando en su libreta.

Ella no lo había oído. Se levantó hacia la ventana y descorrió las cortinas de encaje, su perfil quebradizo enmarcado por las sombras de los muebles ausentes. Su voz era ahora un chasquido apagado.

—Lo hizo para continuar siendo respetable, como aquellos lúbricos que acudían a repasarme las piernas cada noche. Familia numerosa, mujer de misa diaria con trajes de visón y perlas a juego. Para esa vida no me necesitaba a mi y Mercedes le dio todo lo que pidió. Tuvieron cuatro hijos.

—Arturo, Martín, Sebastián. Y Ángela. —Mejías no pudo evitar pronunciar su nombre sin que un escalofrío le recorriera la espalda.

—Los vi durante años gatear, correr, decir sus primeras palabras, la comunión, crecer hasta convertirse en hombres descarriados. La niña era distinta, podía arrasarte con una sola mirada. Yo quería a esos chiquillos como si fueran míos, los hijos que no pude tener con él.

Rosita parecía tener más de cien años, marchita, macilenta, como unas rosas abandonadas sobre la lápida de un cementerio. Ahora sí miraba al detective.

—No siguió cantando, ¿verdad? —aventuró Mejías.

—Mi carne perdió su firmeza y olía a derrotas. Solo los últimos borrachos se escurrían en sus taburetes mientras yo cantaba canciones tristes. Las otras chicas empezaron a ser más atractivas, más deseables. —Suspiró—. Más jóvenes.

—Hasta que cerraron el local. Eso debió ser en los setenta.

—Le supliqué que no lo hiciera. Le supliqué que me empleara donde quisiera,

cerca de él. Le dije que volvería a cantar sus canciones, que volvería a ser tentadora para los clientes.

—¿Y qué pasó?

—El negocio cambió. *Paraíso Azahar* se convirtió en un prostíbulo de lujo para ejecutivos y hombres de negocios. Me convertí en un fósil que hacía de intermediaria y que cuidaba de aquellas polluelas, de que no les arrancasen todas sus plumas. Hablaba con los clientes, escogía la chica que se ajustaba a sus gustos, mantenía el corral en orden. Yo seguía enamorada de él. A veces Arturo acompañaba a sus clientes y yo hacía el ridículo aquella noche, cantando de nuevo para él.

—¿Qué sucedió después?

—Un día dejé de ser útil. Me dio dinero y me instaló en este piso para que me deshiciera como un terroncillo de azúcar. Compró mi silencio, aunque no hacía falta; yo me hubiera dejado apuñalar si fuera él quien empuñara el arma.

Una lágrima cruzó la mejilla ajada, dejando un surco malva en el maquillaje. Llegó junto al labio, y desde allí goteó hasta la mesa. Rosita contempló el círculo que manchaba el mantel y rodeó la gota con su índice, como si agitara su cucharilla en el café. Su voz resonó ahora con matices de herrumbre vieja.

—Me recliné en esta casa y un día me dejé ir. —Subió la voz—. Tuve una crisis, le llamé pero él no quiso escucharme y alguien vino y me llevaron al hospital. Le llamaba a gritos, diciendo incoherencias. Cosas rotas. —Se levantó de nuevo, y sus palabras se quebraban en el aire—. Les dije quién era él, olvidé nuestro pacto y revelé lo que no debía decir. —Gritaba de nuevo, y Mejías temió que apareciera alguien alarmado por las voces—. Lo que no debía decir, de esa manera lo había aprendido. El doctor me habló de mi enfermedad, dijo que se me olvidarían las cosas. Me llevaron a aquel lugar y quemaron mis sueños, destruyeron mis recuerdos. A veces les veo vagar en estas paredes, persiguiéndome con sus batas blancas. —Rosita sollozó quedamente y restregó con sus manos el maquillaje deshecho, que ahora parecía la máscara descuidada de un tétrico carnaval—. Al final me dejaron salir. Él, mi Arturo, vino aquí, una sola vez. Le llamé por sus distintos nombres. Yo era presa de las drogas. Le traté como si fuera un niño, como si fuera un hombre, un anciano. Él se fue. Se fue. Luego me visitó su criado, Fidel. Me traía sus mensajes, felicitaciones de Navidad, tartas de cumpleaños que soplaban por mí antes de irse, llenaba mi cocina de medicamentos. Pronto se dieron cuenta de que no representaba una amenaza. Una vieja vencida por el dolor, aguardando el final sin valor para adelantar el día de su marcha. Ya han dejado de venir.

—Rosita, escúcheme bien, es importante. Todavía podemos hacerle regresar junto a usted. —Se sintió miserable por engañarla así, pero no había opción—. Para eso necesitamos conocer ese secreto. Lo que no podía decir, ¿qué era? ¿Cuál es el secreto de Arturo Dugo-Esrich?

Rosita se irguió, orgullosa de nuevo. Mejías creyó ver lo que vieron los hombres de *Paraíso Azahar* décadas atrás. El batín había resbalado hasta los codos

flexionados. Levantó la barbilla, y la máscara espectral de sus ojos ocultaba la noche de sus pesadillas. Era aún alta, enjuta hasta resultar estilizada. El fuerte contraluz de la ventana difuminaba las arrugas, aplastaba el perfil contraído de la espalda, suavizaba la curva del cuello. Mejías casi podía oírla cantar.

Ella salió del trance. Abandonó la ventana, y volvió a ser una vieja de nuevo. Se adelantó hacia el detective y lo miró con desconcierto desde aquel maquillaje que resbalaba, deshecho ya, por sus mejillas.

—Lo he olvidado —suspiró—. Dios mío, lo he olvidado.

Mejías asintió en silencio, sin dejar de tomar notas. Recogía la fotografía de la mesa cuando ella lo tomó por la muñeca con fuerza inaudita. Su otra mano acarició el contorno troquelado de la instantánea, musitando palabras que solo podían oír aquellos tres personajes, congelados hacía ochenta años en la Plaza del Ayuntamiento. Entonces levantó la mirada. Habló suavemente, en una sentencia irrevocable.

—Fue él. Fue él quien la mató.

—¿Quién, Rosita? —preguntó Mejías— ¿Quién hizo algo así?

—Ernesto Blanch. Ernesto mató a la hija del tendero.

Comprueba el número en la pantalla del teléfono y sus hombros se estremecen. Antes de cada llamada suele tomarse su tiempo, vacía su mente y se concentra en representar el papel; qué palabras debe pronunciar, cómo dirigir la conversación, pero esto es una sorpresa. Aprieta la tecla verde y finge la entereza de quien ha esperado la llamada todo el día.

—Creía haberte explicado que soy yo...

Tiene que detenerse ante el torrente de reproches que estalla en sus oídos.

—Basta, habla más despacio para que pueda entenderte.

El otro está lanzado, el volumen de sus gritos aumenta.

—Si no paras voy a colgarte, ahora no podemos...

Las voces redoblan en el aparato, que zumba y distorsiona el sonido. El miedo reptaba hasta la mano que sostiene el teléfono y no puede asirlo con firmeza. Sintiendo un súbito impulso, cuelga.

El teléfono vuelve a sonar, y recurre a toda su voluntad para no contestar. Imagina la indignación al otro lado, los insultos que nadie escucha, pero sabe que no puede ceder el control. Ahora no puede permitírselo. Deja pasar unos minutos, contempla la calle cercana descorriendo los visillos. Cierra los ojos, musita en silencio lo que dirá. Marca el número.

—No se te ocurra interrumpirme, imbécil. Si vuelves a hacerlo todo ha terminado, sabes que soy capaz.

Su voz es una piedra dura y afilada. Al otro lado, las frases se extinguen en un murmullo atroz.

—¿Lo has entendido?

Más silencio. Cree que ha perdido la partida, que el otro ha ganado. Cuando un suspiro obstruye su garganta llega la respuesta, repentinamente mansa y cuerda. Sonríe, sin poder evitarlo.

—Ahora vuelve a contármelo.

En su oído se aloja ahora una explicación bastante larga que informa de los últimos sucesos.

—Tenías razón, no podemos permitir que el detective sepa más que nosotros. Contrólalo, pero no le hagas daño a ella. ¿Has recibido la transferencia?

Asiente mientras escucha la respuesta. Siente cómo se diluye la tensión.

—Saca el dinero, pero no de una vez. Utiliza distintos cajeros, las veces que haga falta. Paga en metálico. Ya sé que lo sabes. Lo harás bien.

Con delicadeza, cuelga. Ha estado muy cerca.

Una vez en la calle, la historia daba vueltas en la cabeza de Mejías. La lucidez de Rosita era dudosa y sin duda había cierta dosis de fantasía en su relato. Tras aquella última revelación, «Ernesto mató a la hija del tendero», el detective había intentado más preguntas pero ella le había ignorado hasta apartarse hacia la ventana, desde donde empezó a cantar con voz quebrada. Ese día no sacaría más información. Dejó su tarjeta en la puerta y rogó a Rosita que le llamase en cuanto recordara algo más, pero ella continuó su canción. La letra de aquella copla había quedado impresa en la memoria del detective:

*Me lo dijeron mil veces,  
Más yo nunca quise poner atención  
Cuando vinieron los llantos  
Ya estabas muy dentro de mi corazón...*

Rosita habría hecho cualquier cosa para proteger al Rey Arturo, aunque quizás ya lo hubiera olvidado. Había elementos nuevos, las identidades de aquellos chicos fotografiados hacía ochenta años y, por encima de todo, la asombrosa revelación: Esperanza, aquella palabra en la nota de amenaza, en la fotografía que alguien dejara en su despacho, no era otra cosa que la firma de una mujer. Esperanza, el primer amor del Rey Arturo. Un amor que, si debía creer a Rosita de África, había sido asesinado por Ernesto, el mismo hombre que ingresó en la clínica Cubells en 1978, mantenido en un coma absurdo por el Rey Arturo. Y ahora alguien usaba esa referencia para amenazar al millonario argentino tras tantos años. Todo era terriblemente extraño, pero el detective tenía una corazonada: mientras ambos vivieran una puerta permanecería abierta, aunque aquello podía terminar en cualquier momento.

Caminó de vuelta a la calle Moncofa, con las manos en la gabardina y la cabeza



agachada. No estaba preparado para lo que sucedió a continuación. Quizás pudo avisarle el tenue aroma a vainilla del rellano, el felpudo ligeramente girado frente a la entrada, o la ausencia del maullido con el que Zero solía recibirle, pero el caso es que entró en la oficina sin atender a estas señales.

Abrió la puerta y, como si ese movimiento pusiera en marcha un mecanismo, escuchó la voz:

—Ya era hora, jefe —dijo Berta—. Empezaba a pensar que no era buena idea haberme quedado a esperarle.

## 14 Un nuevo socio

«Todo cuanto nos ha pasado, los errores que hemos cometido, hemos de olvidarlo. Yo haré que lo olvides. Y cuando hayamos salido de esto y estemos a salvo, nos ocuparemos de nosotros. Solamente de ti y de mí, de ser tan felices como debimos serlo desde el principio».

*El abrazo de la muerte, 1949*

**M**ejías era un profesional acostumbrado a golpes de todo tipo: patadas evaluando sus riñones, ganchos a la barbilla, collejas, culatazos de un arma metálica. Así que su ceja sana solo se alzó medio segundo, y ni un observador avezado habría hallado otro gesto de sorpresa. Se despojó de la gabardina y tosió en el puño dos veces, entornando los ojos. Zero se restregó contra sus pantorrillas y emitió un maullido vibrante. Sin dirigirse aún a Berta, se encaminó a su despacho.

—¿Va a preguntarme qué hago aquí? Podría acusarme de allanamiento.

—No merece la pena. Seguro que ahora vas a explicármelo, ya que te has tomado la molestia de venir. —Ensanchó los labios un poco más—. Por otro lado, las relaciones entre la policía y yo no son muy fluidas que digamos.

Berta contestó con un bufido.

—Es usted un impertinente.

—No me importa que no te gusten mis modales, no me gustan a mí, me hacen llorar en las noches de invierno, y me importa tan poco que te metas conmigo como que te tomes la sopa con tenedor, así que no trates de confundirme. Dime lo que has venido a decir.

Berta tartamudeaba, las mejillas ardían en su cara.

—¿Cree que puede tratar a las personas como si fueran focas amaestradas?

—Hasta ahora me ha ido muy bien así.

—¿Sabe? Cuando uno se para a pensar en lo que usted hace, en lo que dice, se ve claramente que no tiene el menor sentido trabajar con usted.

—Hasta ahora todo son ventajas.

—Es cierto —dijo la joven, y se apartó el flequillo de la frente—. Pero ya que domina la insolencia hablemos en su idioma, seguro que lo entiende bien.

—Wenos dñías, seglñorita Valero, ¿habla usted mi idioma?

—Muy gracioso. Lo que pasa es que nadie se ríe.

Mejías exhibió una sonrisa pícaro y se llevó una mano a los labios.

—Ups. A la gatita le han salido uñas.

—La gatita ya las tenía, pero es más amable que otras hienas, zorrones y orcos con los que usted acostumbra a tratar.

—¿Orcos? —preguntó Mejías, arrugando mucho el rostro.

—No habla usted mi idioma del todo, por lo que veo. Vayamos al grano.

—¿Orcos?

—¿Qué pasa, hay eco aquí?

Mejías soltó una carcajada que le hizo doblarse por la cintura.

—Muy bien, muy bien, periodista —dijo entre espasmos—. Te escucho.

—Es muy sencillo: yo necesito trabajo y usted puede proporcionármelo. Yo conduzco y usted no. Y alguien debe pasar a máquina esos estúpidos informes.

—Tres de tres aciertos. Uno más y te llevas el peluche grande.

—Lo que pasa es que desde el principio ha habido un malentendido entre nosotros. Usted me ha enseñado sus reglas y yo las he respetado. —El detective la miraba con repentina desconfianza—. Quien no ha cumplido su parte del trato ha sido usted. Me ha mentado, me ha ocultado información y me ha dejado por tonta más de una vez. Ha abusado de mi...

—Protesto, señorita —dijo Mejías, con ademán teatral—. Juro que yo no toqué jamás a la joven. No sin su consentimiento, claro está.

—... Ha abusado de mi confianza. Y no tiene ninguna gracia, le repito que nadie se ríe.

—Lo retiro, señorita. Mi letrado es algo impaciente.

—Si vuelvo a trabajar con usted, será en condiciones muy distintas. —Berta cruzó los brazos bajo el busto—. Por supuesto no se trata de una imposición.

—Por supuesto. Si no accedo te largas, ¿verdad? —se burló el detective—. No veo la obligación por ningún sitio.

—Algunas cosas tendrían que cambiar.

Mejías ya no sonreía.

—Como qué.

—Usted es el jefe, claro. Comprendo que deba hacer de ayudante, telefonista, chófer, chica para todo. Es lo más parecido a ser becario en un periódico.

—¿Pero...?

—Pero en lo referente a la información, quiero ser su socia.

El detective parecía genuinamente desconcertado.

—No sé si te entiendo.

—Quiero saber lo que usted sabe. Participar de sus averiguaciones. —Berta se adelantó a la réplica—. Yo puedo conseguir información por otros medios: la informática, por ejemplo. Dos mentes piensan mejor que una sola. Cuatro ojos ven más que dos.

Mejías no contestó de inmediato.

—¿Qué más? —dijo al fin.

—Hacen falta más medios: necesito un ordenador y una impresora. Una conexión a Internet. —Berta lo enumeraba todo con sus dedos regordetes, y Mejías contemplaba cómo se alzaban uno tras otro—. Un teléfono móvil para hacer llamadas. Necesitamos reparar mi vehículo. Todo eso significa dinero.

—¿Qué más?

Ahora fue Berta la que dudó antes de pronunciar las siguientes palabras.

—Necesito que cuente conmigo para tomar decisiones, que me pida consejo o que al menos me diga por qué hace lo que hace. Necesito que me deje entrar en el sueño. —Dejó caer los brazos—. Con eso sería suficiente.

Mejías se tocó el lóbulo de su oreja y lo frotó como si quisiera limpiar alguna mancha rebelde. Entró en el despacho y cerró de un portazo la puerta de cristal esmerilado.

Berta suspiró, al menos lo había intentado. Recogió su bolso. Dejó, ahora sí, su único juego de llaves sobre la recepción y se puso la bufanda y el abrigo; la lana le raspaba el cuello, preludio de males mayores. Acarició el lomo de Zero, que la miraba con pupilas llenas y las cuatro patas ocupando una sola baldosa, a modo de solemne despedida.

La puerta volvió a abrirse y Mejías se plantó ante ella en tres pasos, tan bruscamente que la joven pensó que iba a abofetearla. Ya no llevaba la gabardina. Los ojos del detective echaban chispas como un soldador y no había humor en ellos. Le puso en las manos un llavero voluminoso antes de que ella supiera cómo había llegado allí.

—Como bien has dicho el jefe soy yo, así que yo pongo las condiciones. Nada de ordenadores, ni impresoras, ni Internet, aunque puedes traerte tus propios cacharros si te empeñas. En cuanto al teléfono, te pagaré las llamadas cuando me enseñes el recibo pero no pienso comprar un móvil, así que usa el tuyo. —Mejías relajó un poco su expresión—. Seremos socios, pero te advierto que no va a ser fácil. Tienes un mes de prueba y si no me convences ahuecas el ala. ¿Entendido?

—Entendido, jefe —dijo Berta, sin evitar una sonrisa—. En cuanto a la reparación de mi coche...

—Ya. Sígueme.

Bajaron las escaleras renqueando por las recientes lesiones pero presos de la excitación, como si escaparan de algún esbirro de los Dugo-Esrich. Una vez fuera, Mejías se detuvo frente a una reja decrepita de la calle Moncofa, frente al portal, que parecía llevar décadas clausurada. El detective manipuló la cerradura y la puerta metálica ascendió con un cuarteto metálico de chirridos y fricciones.

—¿Qué es esto? —dijo Berta, espiando la oscuridad del pequeño local.

—Mi archivo.

—¿Su qué?

—Aquí guardo la documentación de casos pasados, pruebas, algunos objetos útiles. Y, ocasionalmente, lo uso como sala de tortura para jovencitas que hacen demasiadas preguntas.

Berta refunfuñó mientras el detective tanteaba las tinieblas en busca del interruptor. Al fin, un quejido de plástico iluminó a duras penas el estrecho cuartucho. El polvo suspendido era denso y acre; Mejías tuvo que aplicarse el ventolín antes de continuar. Cuando se adaptaron a aquella penumbra distinguieron unas baldas de madera sobre la pared, junto al casquillo eléctrico que brotaba de los ladrillos.

—Esto es un desastre, hasta para mí —dijo Mejías, y tosió de nuevo—. A ver si encuentro tiempo para darle un repaso.

Sacó un pañuelo de su bolsillo y de puntillas limpió la bombilla blanqueada por el polvo, que resplandeció con más fuerza.

Berta apenas podía moverse en aquel espacio atestado de cajas de distintos tamaños, que ocupaban un espacio varias veces superior al de su ordenada y racional alternativa. En el centro del cuchitril, una voluminosa cubierta griseada por el abandono ocupaba la mayor parte del espacio y, sobre ella, se amontonaban archivadores y paquetes en confusa compañía. Berta levantó el forro acartonado hasta revelar un radiador de coche, rodeado por una carrocería tan sucia que resultaba aventurado adivinar su color. La chica lanzó apresuradamente al suelo algunas cajas, como si fueran prescindibles. Su mano tembló conforme retiraba el cobertor para descubrir unos faros empotrados en el capó. A la vista quedó una silueta atrevida que prometía velocidad y fuerza. Berta tartamudeó entre las sombras.

—Esto, no puede ser, esto es...

—... Un montón de chatarra —dijo Mejías, con mucho menos protocolo—. Fue hace cuatro o cinco años, un tipo de Murcia. No tenía dinero y me pagó con este trasto. Dijo que podría sacarle fácilmente tres mil quinientos y no lo creí, aunque tampoco quise irme de vacío. Pensé venderlo, pero ya ves.

Berta rodeó la estrafalaria forma metálica y retiró del techo un par de cajas más, una máquina de coser, dos sillas patas arriba. Se detuvo junto a la puerta del conductor con las gafas caladas de polvo. Acarició la agresiva línea que descendía junto al parabrisas delantero, se manchó las manos con fragmentos descompuestos del forro.

—Esto es un Triumph. Un Triumph Tr7... —Su voz denotaba una devoción secreta y religiosa.

—El murciano dijo algo así. Luego se hizo el listo, arengándome con que la gente de la tierra teníamos que ayudarnos. Menudo imbécil, si yo soy de Cartagena... — Mejías rio su propio chiste, hasta que la tos volvió a interrumpirle.

—Un Tr7, aquí... —Volvió a pasar la mano sobre la carrocería y arrancó un surco verde pistacho a la capa de polvo—. Qué color más bonito. Jefe, ¿sabe lo que es esto?

—Pues claro, un coche. Un coche viejo.

—No. Esto es... una pequeña joya de los coches deportivos —dijo Berta con una seguridad nueva—. Maquinaria inglesa de finales de los setenta, dos mil centímetros cúbicos, ciento cinco caballos. Suspensión delantera independiente, apoyos inferiores, barras antiroll, frenos de disco en la parte delantera y de tambores atrás. —Suspiró, agotada por la emoción—. La inolvidable forma de flecha en la carrocería monocasco, que atrajo admiradores y detractores a partes iguales hasta que dejaron de fabricarlo. Este debió salir de la factoría de Coventry.

—Vaya, cerebritito, quién lo iba a decir. —El detective estaba impresionado—. ¿Quieres arrancarlo?

—Cómo, ¿arrancarlo? Llevará siglos parado.

—Prueba, tienes las llaves en la mano. Creo que desconecté la batería por precaución.

Mejías abrió el capó para hurgar en las tripas del vehículo. Berta aún portaba el llavero que le había entregado arriba, una tira redondeada de piel con un escudo negro con la inscripción triumph enmarcada por laureles dorados. Abrió la puerta del conductor hasta tocar la pared. Consiguió entrar en el estrecho habitáculo y se acodó con placer en el asiento de cuero, que crujió bajo su peso. Agarró el volante y miró al salpicadero con maravillada incredulidad; fue uno de los primeros moldeado en plástico, detalle que el público acogió con cierto rechazo. Era un coche diferente y eso lo mató.

—Ya está, arranca —gritó Mejías.

Berta giró la llave en el contacto y cerró los ojos. No pasó nada. Era normal, no sabía por qué se había hecho ilusiones, como siempre. Las cosas viejas se extinguen y ya no reviven; las niñas gorditas y poco atractivas no ligan en los bailes, son verdades universales que todo el mundo conoce. Su tía Marina lo habría dicho mejor: si los tomates se te mueren, planta en otro sitio. Sin embargo, ella hubiera querido escuchar al menos una vez el rugido del Tr7.

—Espera, esta pinza estaba suelta —dijo Mejías, mientras tironeaba con la pieza—. Dale, Berta, dale fuerte.

Giró la llave antes de pensar en otra decepción. El bramido del motor fue ensordecedor e inesperado, una cuádriga desbocada pugnando por escapar del capó. Pronto, el despertar inicial se redujo al ronroneo de un felino gigante de muchos Zeros, acompañado de chirridos que indicaban tornillería suelta, muelles poco engrasados y demás piezas en avanzado estado de envejecimiento.

Cuando se bajó del coche, la chica se enjugaba una lágrima con el dorso de la mano. Mejías mostró una mueca deportiva.

—Problema transporte solucionado —dijo el detective.

—Cómo dice.

—Este es tu nuevo coche.

Berta miró al Tr7, a Mejías, al coche de nuevo.

—Yo, pero yo..., no puedo. —Enseguida se puso a la defensiva—. Si pretende comprarme de esta manera...

—Es tu vehículo mientras trabajas conmigo —dijo Mejías con tono profesional—. Puedes usarlo en tus asuntos privados, pero cuando te llame me llevas en él. Regla número trece: Si dejas el trabajo, lo dejas también a él. De las reparaciones del tuyo ya hablaremos, aún no lo he cobrado todo. Piensa en este coche como uno de sustitución, por así decir.

Salieron a la calle, sacudiéndose el polvo de las ropas. Berta apenas contenía una mueca de satisfacción, pero arrugó el ceño cuando volvió a hablar.

—Entienda que va a haber que darle un repaso.

—Déjame a mí. Conozco a un tipo que arregla coches, creo que ya te lo dije.

Mejías extendió una mano hacia la joven. Berta le miró extrañada, pero enseguida estrechó la mano de su jefe. Fue un apretón firme y compacto, mirándose a los ojos, los dos en medio de la calle Moncofa.

—Tenemos trato, periodista —dijo el detective—. Ahora vamos arriba, nos queda mucho trabajo.

A Berta no le importó que la llamara así. Durante el resto de la tarde y hasta bien avanzada la noche, Mejías compartió con su nueva socia la información recopilada hasta el momento, incluyendo el incidente con los Dugo-Esrich, la visita al *pub* nocturno de Seb, la incursión en el rastro y la extraña entrevista con Rosita de África. Parecía increíble que solo hubieran transcurrido cuatro días desde el accidente en las curvas de la Calderona.

Mejías había pulsado casi todos los resortes disponibles, aunque continuaban sin tener una idea precisa de lo que estaba ocurriendo. Para empezar estaba el encargo, inicialmente un caso de espionaje industrial, que encubría una operación interna para defenestrar a Seb ante el Consejo de Administración. Tras la aparición de aquella antigua fotografía la cosa había dado un vuelco. ¿Quiénes eran las personas que aparecían en ella? ¿Quién se la había dejado y por qué? La primera respuesta había sido contestada, más o menos, pero los motivos se perdían en un limbo demasiado enmarañado para cualquier investigador razonable. Una de aquellas personas había muerto, otra estaba en coma, y la tercera era quien le había contratado. Tal vez el Rey Arturo pretendía que el detective sacara a la luz aquel crimen pero ¿por qué? Y había alguien más tras ellos, cercano a la familia o, más probablemente, uno de los Dugo-Esrich. No podían descartar a ninguno, hasta Martín le había fallado por partida doble: la primera al silenciar lo referente a los atentados; la segunda al seguirle el juego sobre el Proyecto Cíclope, el señuelo con el que le habían engatusado al principio. Algo se le estaba escapando allí mismo, ante sus ojos, a caballo entre *Paraíso Azahar* y la clínica Cubells.

El secreto del Rey Arturo continuaba oculto para todos, salvo para Rosita; tal vez

ella fuera la clave. ¿Y qué había del tipo que les había tirado en la cuneta, de los hombres de Arturo, del misterioso pelirrojo que le seguía y que había vuelto a ver en el rastro; y por qué Ramírez le colocaba detrás a Ezquerro?

Terminó su exposición mientras tomaban el segundo café, tras la cena que habían encargado por teléfono. Mejías estaba sorprendido por la entusiasta sonrisa de su ayudante.

—Es fascinante. —Berta consultó su cuaderno de tapas rojas—. Hay un montón de posibilidades.

—Demasiadas. En las películas y en la vida real las cosas suelen ser más sencillas. Uno quiere hacer algo y lo hace, y luego lo oculta. Tan solo hay que saber dónde cavar. Aquí hay un enredo sin pies ni cabeza, es como si el guionista de esta película no tuviera ni idea de cómo continuar.

Mejías abrió la puerta de entrada y salió al rellano, hasta la escalera. Regresó enseguida.

—¿Qué hace?

—Raymond Chandler daba un consejo a los novelistas: cuando no sepas qué sucede después, haz que llame a la puerta un tipo con una pistola.

—¿Y bien?

—Fuera no hay nadie.

Berta se echó la mano a la cabeza, preocupada.

—Así no vamos a ningún sitio, jefe, deje que le eche una mano. Esto es un ordenador portátil. —La chica encendió el aparato y miró con avidez la pantalla—. De hecho, es mi ordenador portátil. No sé si me entiende.

—Un cacharro muy divertido. ¿Para qué nos va a servir?

—¿Cómo que para qué...? Jefe, no sabía que me necesitara tanto.

—Te repito que no voy a pagar Internet ni nada de eso.

—No se preocupe, veo un par de redes inalámbricas disponibles.

—¡Aquí! ¿Dónde? ¡Yo no voy a pagar nada!

—No sea memo. Hablo de las redes de sus vecinos. Veamos. Usa encriptación WPA. Mmmm. Seguramente han desactivado el DHCP y tienen activado el filtrado de direcciones MAC —Berta tecleaba sin dejar de mirar la pantalla—. Han dejado activado el *broadcasting* SSID. Así que, ajá, un poco más, desencriptando...

—¿De qué hablas?

—Ya se lo he dicho antes, usted tiene su lenguaje y yo el mío. No crea que lo sabe todo.

Mejías tembló ligeramente, como si algo se desmoronara dentro de él, muy despacio. Entró en el despacho para llamar por teléfono, a pesar de lo tarde que era. Contestó la mujer de Martín disculpando a su marido, que ya se había acostado. La interrumpió la voz del profesor de Historia, que empuñó el teléfono cuando se enteró que era Mejías quien llamaba.

—Martín, estoy un poco decepcionado contigo —dijo el detective—. Ahora



mismo estoy por ponerte en el banquillo de los sospechosos.

—De verdad que lo siento. He sabido que estuviste en la ópera el viernes pasado y...

—Corta el rollo, Martín. Me engañaste con el Proyecto Cíclope y no me dijiste nada de los atentados contra tu padre. Dos de dos.

—¿Cómo qué...? Mira Mejías, mi hermano no quería que te dijera nada sobre ese proyecto. Yo... ignoraba lo que iba a pasar y lo siento, de veras. Con respecto a lo otro, no hubo ningún crimen, solo un par de accidentes. La policía...

—Mira Martín, si crees todo lo que diga la policía es que no te enteras de nada. Tu padre y tu hermano pueden hacerles hablar con la voz que les apetezca.

Hubo un silencio en el auricular y Martín respiró más fuerte.

—Vicente, tú sabrás si puedes confiar en mí o no. Es muy tarde, iba a llamarte mañana.

—Mejor ahora.

—Muy bien. He averiguado algo sobre Ernesto Blanch, aunque lo más interesante es lo que no he podido averiguar. En la guerra civil se quemaron iglesias y con ellas algunos importantes archivos. Encontré su rastro a partir de 1978, es como si no existiera hasta esa fecha. Fue uno de los exiliados que regresaron a España con la democracia y, al poco de su llegada, ingresó en ese estado en la Clínica Cubells. Extraño, ¿verdad?

—Muy extraño, Martín. Tu padre temía a ese hombre o temía lo que sabía. Lo que no entiendo es por qué lo mantiene con vida.

—Hay poco más. Ernesto regresó con dos niños, sus nietos, que se habían quedado huérfanos en Francia y de los que era tutor legal.

—¿Y esos niños?

—Fueron acogidos en un centro educativo que entonces hacía también de orfanato. Pero ahí se detiene mi pista, no me han dejado acceder a los archivos. Ya sabes, normas de adopción y todo eso.

—¿Fueron adoptados?

—Es de suponer que sí, o que se hayan marchado al cumplir la mayoría de edad. En cualquier caso nadie en el centro educativo quiso atenderme. Tampoco he intentado usar el apellido de mi familia.

—Has hecho bien.

—En la Clínica Cubells me han dicho algo interesante. —Hizo una pausa, como si disfrutara del suspense—. El mensajero que acude cada mes va siempre el mismo día, el 23.

—Demonios, eso es mañana.

—Y no solo eso, además...

—Siempre va la misma persona.

—Caramba, detective, eres bueno.

Mejías rio con placer.

—Hay otra cosa. —Martín carraspeó en el auricular—. En la clínica estaban alarmados por el repentino interés en ese paciente olvidado. Ya sabes, el mensajero que lleva las flores, tu reciente visita, mis llamadas. Pero hay alguien más: en los últimos días un coche merodeaba por los alrededores.

—Los nietos de Ernesto, puedes apostar lo que quieras.

—Eran un hombre y una mujer. Al hombre no lo han podido ver, porque no salió del coche, pero a la mujer sí. Delgada, con cabellera ensortijada y pelirroja. —Suspiró profundamente—. Ángela, detective. Mi propia hermana.

Aunque se acostaron tarde, volvieron al trabajo a primera hora de la mañana. Mejías no lo dijo, pero le alegró ver a la chica con su portátil colgado del hombro. Hasta había traído café. Trabajaban cada uno en su mesa, y de vez en cuando se acercaban a la del otro para consultar datos o comentar una hipótesis. Al final de la mañana estaban agotados y no habían conseguido grandes progresos.

Mejías miró a la joven con preocupación.

—Periodista, seguro que no prefieres ir a ver a tu tía. Mira que me siento un poco culpable.

—Sí, yo también echo de menos el brasero del comedor, las miradas de mi primo zumbado, de quien en el pueblo se comenta que se lo hace con las ovejas. Los otros chicos que opinan que soy rarita por leer, luego están las insoportables noches de discotecas... ¿Quién preferiría estar en la ciudad resolviendo el apasionante caso de intrigas de una gran familia valenciana?

El detective se puso serio. Tanto entusiasmo no era bueno para el negocio.

—¿Por eso has venido?

—Sé que soy cándida, ingenua. Sé que no me quiere poner en peligro, pero ya lo ha hecho. Mire, en la facultad nos enseñan un montón de memeces sobre cómo redactar, la profesión, comprobar las fuentes, pero nunca nos preparan para el peligro de verdad. Quiero averiguar si deseo pasar el resto de mi vida haciendo estas cosas o en una redacción maquetando páginas de otros.

La interrumpió un tintineo proveniente del suelo. Zero daba breves zarpazos a un objeto metálico sobre las baldosas.

—Qué mona, ¿verdad? —exclamó la joven con repentina ternura.

—Siempre que deja en paz mis cintas de vídeo es un encanto.

Zero parecía ignorarlos, concentrada en algo que se deslizaba por el suelo en cada esfuerzo del felino.

—¿Qué es eso, un juguete? —preguntó Berta.

—Ni hablar, aquí tiene cosas para destrozar de sobra.

La joven recogió a la gatita sin que esta opusiera resistencia.

—¿Qué tienes ahí, Zero? —Se volvió al detective—. Zero, pfff. Menudo nombre.

Puso al animal sobre su regazo, mientras este arañaba el aire con sus garras. Cada

dos o tres intentos, sus patitas delanteras entrechocaban emitiendo un sonido semejante a un cascabel.

—¿Qué tienes ahí? —dijo la joven.

La chica le arrebató de las uñas un pequeño objeto metálico y lo examinó a la luz. Parecía una anilla abierta de metal, sucia y sin brillo. La joven buscó alguna marca identificativa. Al fin, en el interior de la diminuta argolla asomaron unas cifras y letras desconocidas.

—Mire esto —dijo, mientras se lo pasaba a Mejías.

El detective sostuvo el metal con curiosidad. Se acercó al flexo, ladeó el aro, lo inspeccionó bajo la lupa de aumento. Tras limpiar la superficie interior del objeto, los signos se hicieron legibles.

—SJ11 —leyó.

—¿Qué?

—SJ11, eso es lo que pone aquí.

Devolvió la anilla a Berta, y empezó a acariciarse el lóbulo de su oreja entre los dedos. La chica giraba el arito de metal; Mejías golpeaba con un dedo el tablero de la mesa.

—Esto no es un tipo con una pistola que llama a la puerta, pero es algo —dijo, recostándose en su butaca—. Vamos a hacer un ejercicio de imaginación. Imaginemos que es la anilla de Armando.

—¿Cómo dice?

—Puede ser que esta anilla pertenezca al yaco del Rey Arturo. Tuvimos un forcejeo, ¿recuerdas? —Sonrió mientras se palpaba el antebrazo—. Es razonable que se abriera y quedara olvidada hasta ahora.

Berta lo miró con desconfianza.

—Pero las anillas de los pájaros son cerradas. En mi pueblo crían palomas y gorriones; estoy harta de verlos y no tienen esa abertura.

—Tengo amigos en la Plaza Redonda y aprendo cosas de ellos. Hay dos tipos de anillas de identificación: unas son cerradas y se las ponen a los polluelos cuando son pequeños; cuando crecen no pueden quitarse. Pero hay anillas que se colocan después y aunque se aprieten bien pueden soltarse. Quizás sea el caso.

Berta se colocó el abrigo.

—Demasiadas hipótesis. Me voy a comer, déjeme trabajar en casa y mañana por la tarde le cuento. Total, ahora estamos de vacaciones y no tengo clase.

—Yo miraré en mis películas, a ver si encuentro algo.

—En sus películas.

—Pues claro, las películas esconden mucha sabiduría. Lo que pasa es que nos empeñamos en creer que son cosas de las películas.

Berta estuvo a punto de replicar algo pero, en su lugar, esbozó una sonrisa de circunstancias y se precipitó escaleras abajo, pensando si no habría cometido un error al retomar su puesto de trabajo. No sería la última vez.

Cuando la chica se fue, Zero todavía maullaba la ausencia de su juguete metálico. Se metió bajo la mesa del despacho, pero no halló más que montones de pelusa azulada. Tras rastrear las baldosas emitió otro chirrido de protesta y decidió acostarse sobre un cojín mullido, junto a la cama del detective. Cuando este no se diera cuenta saltaría a su lecho, como ya había hecho otras veces.

## 15 Cita con los muertos

«Todos somos cobardes. No existe esa cosa llamada valor. Solo existe el miedo; miedo a sufrir y miedo de morir. Por eso los seres humanos vivimos tanto».

*La senda tenebrosa, 1947*

**L**es costó convencer al doctor Martínez de la conveniencia de montar aquella patochada. Mejías exhibió ante él algunos documentos, entre ellos su licencia de detective, que era auténtica; también el contrato que autorizaba la investigación y algunos informes que le entregaron al principio, también auténticos; y luego una larga declaración de Arturo Dugo-Esrich donde rogaba al doctor que colaborara en cualquier estrategia que Mejías quisiera poner en marcha, por absurda que pudiera parecerle, ya que confiaba en que el doctor hiciera buen uso de la generosa subvención con la que le gratificaba cada año. Fue este último documento, absolutamente falso, el que venció la última resistencia del médico.

Según Martín, el mensajero acudía puntual el día 23 de cada mes a las cuatro de la tarde, por lo que Mejías y Berta comieron en la clínica y dispusieron de tiempo para prepararse. El detective lucía una bata rayada sobre la gabardina y un par de alpargatas a juego; se sentó en la silla de ruedas, tapándose las rodillas con una manta. Por el frío, dijo. Berta eligió un traje de enfermera blanco inmaculado, con falda bajo las rodillas y una cofia que contenía a duras penas su mata de pelo, una maraña de horquillas sobre la nuca.

—No se le ocurra comentar nada —dijo Berta secamente a Mejías cuando la vio—. Borre esa sonrisa de su cara, tenemos faena.

—Berta, yo seré ridículo, pero tú pareces la madre de mi abuela. Relájate un poquito, haz el favor.

La joven se permitió una sonrisa tímida.

—Perdone, jefe. ¿Qué haremos si no aparece el tipo?

—Aparecerá, créeme. Según el doctor Martínez, no ha faltado a su cita en seis meses. Ese mensajero viene de parte de nuestro amiguito y apostaría que no trabaja en *Fedex*. Lo seguiremos hasta la habitación y esperaremos fuera. Tiene mucho que contarnos.

—¿Y si no colabora?

—¡Qué pesada eres! —Chasqueó la lengua con fastidio—. Regla número catorce: A veces no hay que tenerlo todo bajo control. Si lo aprietas demasiado, se te rompe

en las manos. Tú concéntrate en mover la silla y todo irá bien.

A la hora señalada, una Citroën Berlingo de color azul aparcó en el patio de la clínica. Berta y Mejías aguardaban entre las acacias del jardín, junto a otros pacientes ajenos a la comedia representada. Del coche salió un hombre delgado y nervioso, embutido en ropa profesional de operario, jersey azul marino y pantalones con bolsillos laterales. En una mano llevaba un ramo de flores cursi, y en la otra una libreta con formularios. Les dio la espalda y la gorra con visera evitó que le vieran la cara.

Berta condujo a Mejías tras el recién llegado, manteniéndose a distancia. El hombre se detuvo en *hall*, donde ofreció una tablilla que firmó la recepcionista. Una enfermera se brindó a acompañarlo y ambos desaparecieron por el luminoso pasillo. El detective asintió en silencio tras señalar a la escalera. Berta se puso en marcha y, al pasar junto a la recepcionista, esta les miró con la boca entreabierta, dudando. Mejías había hablado previamente con los trabajadores para evitar problemas y empezaba a arrepentirse. Le miraban como actores novatos antes de representar Ricardo III en el teatro Olimpia, ante un auditorio numeroso y exigente. Mejías le guiñó el ojo a la mujer, que malinterpretó el gesto y se llevó la mano a la boca demasiado deprisa, preocupada por haber destrozado el guión. Berta bufó resignada y empujó la silla a través del pasillo, a distancia del mensajero. Iban dejando atrás habitaciones; las puertas entreabiertas permitían vislumbrar un par de pies sobre la cama o una mano en el alféizar. Algunos permanecían sentados en el pasillo sujetando los mástiles de sus goteros e inclinaron la cabeza al verlos pasar, como si los conocieran. Tomaron el ascensor y continuaron por la segunda planta, ahora más despacio, hasta detenerse antes de la última revuelta de aquel apartado pasillo del ala norte.

Unos metros más allá se encontraba la puerta de Ernesto Blanch. Mejías apoyó la cabeza para escuchar pero no distinguió más que un murmullo. Quince minutos después el pomo se movió y apareció la enfermera, que huyó pasillo abajo. Mientras sus pasos aún resonaban, salió el mensajero, con la gorra en la mano. Mejías observó que no portaba insignias corporativas en el uniforme y que las botas eran demasiado pesadas para su trabajo; reconoció el pelo rojo encrespado y los ojos de hurón. Era el mismo tipo que le había seguido y que había visto por última vez en el rastro.

—¿Qué hacen aquí?

—Eso mismo pensábamos preguntarle, amigo —dijo el detective.

—No soy su amigo. Estoy trabajando y debo marcharme.

—Venga hombre, no se ponga así. ¿Llevar flores a un moribundo una vez al mes? Menudo encarguito, ¿no es cierto?

—¿Qué quieren?

—Lo que quiere todo el mundo, respuestas. Tranquilo, no soy policía.

Mejías le tendió una copia de la fotografía en la plaza del Ayuntamiento.

—¿Reconoce a estas personas?

El mensajero recogió con mano temblorosa el papel y lo sostuvo ante él sin dejar de mirar al detective y a Berta.

—Mire —dijo Mejías, en tono conciliador—, no queremos problemas, solo tiene que...

La tablilla del pelirrojo impactó contra la cara del detective con insospechada rapidez y Mejías encajó de lleno el golpe. El tipo se lanzó hacia las escaleras, haciendo caer a Berta sobre su jefe. La silla se volcó, el detective maldijo tres veces y se deshizo de la joven, enredando el cinturón del disfraz con los radios de metal. El pelirrojo cogió ventaja. Cuando alcanzó el primer tramo de escalones pudo verlo atravesando el piso inferior, cada vez más cerca de la salida. Pero aquello aún no había terminado. Un poco más abajo el mensajero pisó mal y perdió el equilibrio. Arrastró en su caída un carro de medicinas estacionado en el rellano, esparciendo los fármacos por el suelo como piezas de un mecano infantil.

Los pulmones le quemaban a Mejías, se tanteaba en busca del ventolín, pero los bolsillos no estaban donde siempre. La distancia que los separaba se había recortado tras el accidente, así que alcanzó la planta baja y por momento pensó que iba a alcanzarle. Entonces escuchó a su lado un grito rasgado que no pudo identificar. Dos pasos más allá, otras voces se unieron a la primera en un aullido estremecedor.

—¡Milagro, milagro! —Decían las voces inconexas—. ¡El tullido vuelve a andar! ¡Milagro!

Mejías observó con horror cómo tres o cuatro octogenarios bloqueaban el pasillo, interponiéndose entre él y el mensajero, que ya estaba a punto de alcanzar el *hall*. Los ancianos agarraron al detective con ojos llorosos, murmurando palabras agradecidas, santiguándose y tocando su cara, sus piernas y su mano con gestos de admiración. Mejías resoplaba, asfixiado por el asma, mientras aquellos ancianos no dejaban de repetir su inoportuno estribillo.

—¡Milagro, milagro! —decían, y le pellizcaban los brazos para asegurarse de que era real.

Vio que más ancianos llenaban el *hall*, sin duda atraídos por los gritos, y que también ralentizaban al mensajero. Este se empleaba a fondo contra la muralla geriátrica y bamboleante, cuyos miembros estiraban el cuello y se ponían de puntillas para averiguar qué sucedía unos metros más allá. Entre la descortesía y la urgencia, el detective fue apartando a los que manoteaban ante él. Cuando alcanzó el patio tras superar la masa de ancianos seguidores había perdido de vista al mensajero.

Un motor rugió entre los coches aparcados y el detective masculló una maldición cuando la estela azul pasó a su lado. El tipo no había cerrado la puerta del todo y Mejías se lanzó gritando hacia la carrocería. El coche aceleró. Consiguió asirse, pese a todo, arrastrado por el vehículo, mientras sus zapatos trazaban surcos por la grava del patio. Los gritos de los ancianos aún le seguían y Mejías los apartaba del parachoques de la furgoneta. Malditos carcamales, se dijo. Se volvía para insultarles cuando un relámpago de dolor estalló en la mano que se aferraba a la puerta. El rostro

feroz del pelirrojo dibujó una promesa cruel. El conductor golpeó su mano dos, tres veces, y el tozudo detective tuvo que soltarse. Rodó hacia un lado, lo justo para esquivar la rueda que pisó el faldón de su gabardina.

Mejías quedó tendido entre los guijarros grises, mirando el cielo con impotencia. Al cabo de unos instantes, un Triumph color pistacho se detuvo a su lado.

—Suba, jefe —dijo Berta con urgencia—. No podemos dejarle escapar.

Mejías rodeó el vehículo hasta desplomarse en el asiento de copiloto.

—Yo hubiera dicho algo como: «¿quiere que le lleve, amigo?» o «¿Busca transporte?» —dijo Mejías abrochándose el cinturón de seguridad—. Pero lo que cuenta es...

El Triumph arañó el suelo del patio y salió escupiendo grava mientras el cinturón y las palabras se le escapaban al detective. Los ancianos en la puerta gritaron todos a una, alternando hurras, vítores deportivos y vivas a Franco y a España, antes de regresar al interior del edificio.

Cuando Mejías recuperó la compostura, la carretera ante ellos estaba desierta y el fugitivo parecía haberles dado esquinazo de manera definitiva. Berta conducía demasiado deprisa, ignorando la amenaza de un eventual vehículo en sentido contrario por la estrecha pista. Mejías se frotó el hombro dolorido, mientras recordaba que ya se habían accidentado en aquel mismo tramo de montaña.

Tras unas curvas enlazadas a gran velocidad el rostro del detective se tornó violáceo, y los macarrones se agolparon en la cara interior de sus dientes, dispuestos a saltar contra el parabrisas. No se sentía con ánimo para comentarios ingeniosos, así que mantuvo la atención en la carretera mientras valoraba la situación. Aquel tipo les llevaba casi un minuto de ventaja y, lo peor de todo, parecía conocer el terreno. Recorrieron un par de parajes más, rodeando ráfagas de coníferas y encinas hasta que al fin, tras un cambio de rasante, vislumbraron la mancha azul más adelante. Berta emitió un grito de recatado entusiasmo, mientras Mejías eructaba tapándose la boca. Tres o cuatro cruces más tarde dejaron de ver al fugitivo y, tras ochocientos metros de asfalto quebrado y retorcido, desembocaron en una larga recta que permitía mayor visibilidad. Berta golpeó el volante con la palma de la mano; Mejías achinó los ojos hacia el horizonte. Ni rastro del vehículo azul. El Triumph se detuvo entre los pinos.

—Joder.

Era la primera vez que el detective le oía aquella expresión.

—Lo hemos perdido, Berta —dijo con fastidio—. Nos ha dado esquinazo.

—Se habrá metido por un camino lateral —dijo pensativa la joven—. No andará muy lejos.

—Berta, hemos pasado al menos diez salidas, es buscar una aguja en un pajar. Regresemos para hablar con la enfermera que ha estado con él.

—Ese no volverá. Tenemos que pillarlo. Ahora o nunca.



—Hay que saber perder, Berta. Olvídalo.

Berta lo miró enfurecida.

—No.

—¿Qué dices, periodista? Vámonos a la clínica de una vez.

—Hasta aquí hay exactamente dieciséis salidas. La mitad de ellas conducen a parcelas abandonadas, tres a cobertizos para ganado, otras dos a casas habitadas. Hay cuatro más que en realidad son la salida y entrada de caminos alternativos, atajos. — Se retiró el mechón de la frente hasta la oreja—. Ese tipo no va a quedarse escondido hasta que nos vayamos. Conoce la zona y seguro que tiene una ruta de escape.

Mejías se quedó mirándola, divertido.

—Ahora quieres hacerme creer que llevas un plano en la cabeza.

—Usted me lo dejó, no sé si se acuerda. —La joven perdía la paciencia por momentos—. Solo existen dos caminos que lleven lejos de aquí, se trata de un cincuenta por ciento. Tenemos que intentarlo.

—O sea, tu memoria eidética y todo eso. No me lo trago, periodista.

—Usted mismo.

El detective estaba a punto de replicar cuando el atávico bramido del Triumph lo arrojó contra el respaldo. Volaron por la larga recta bacheada para derrapar en la curva a izquierdas, mientras Mejías sujetaba el asa sobre la puerta, recordando el sabor de la comida sin poder evitarlo. En el siguiente giro, Berta contravolanteó a tiempo para sortear un coche en sentido contrario, cuyo claxon se deslizó hacia atrás. Todo se movía dentro del habitáculo. Mejías comenzó a sudar. Él nunca sudaba, recordó. Tras una ligera cuesta arriba bajo la sombra de la ladera, Berta giró a la derecha para tomar una estrecha pista forestal. Con una rueda fuera, el vehículo traccionó entre guijarros y remontó la pendiente, con los amortiguadores quejándose a cada paso.

—Estás loca. —Mejías resoplaba—. ¿Qué estamos haciendo?

Berta no respondió, pendiente de la pista forestal que torcía cada pocos metros a izquierda y derecha. Siempre hacia arriba, levantaban nubes de polvo a su paso y las piedras crepitaban bajo las ruedas. El camino se hizo aún más estrecho. Comenzó a alternarse un golpeteo blando de las ramas más cercanas contra la carrocería. La pista serpenteaba alternando ligeras subidas y bajadas, pero manteniéndose a la misma altura. En todo caso estaban lo más arriba que permitía el camino, un collado entre dos cumbres rodeado por los límites del bosque. Trescientos metros más allá se adivinaba el cambio de rasante que precedía una pronunciada cuesta abajo. Berta detuvo el vehículo.

Mejías tardó unos segundos en rehacerse, mientras el polvo se asentaba sobre el capó del Triumph. El tímido sol de la tarde se coló por el parabrisas, deslumbrando a los dos ocupantes. Intentó mirar a lo lejos sin ver nada, luego se volvió hacia a la joven y después otra vez al polvoriento horizonte. Se secó la frente con el dorso de la mano.

—Te has equivocado, ¿verdad?

Berta no contestó. Extrajo unas gafas de sol de la puerta del conductor y se las puso cuidadosamente tras quitarse las suyas, sin prisas. Los cristales eran de espejo y tenían forma de lágrima sobre la anticuada montura metálica. Continuó mirando hacia el final de la pista.

—No pasa nada, Berta. —El tono del detective era conciliador—. Busca un sitio para dar la vuelta y regresemos antes de que el personal de la clínica termine el turno.

—Estamos esperando.

—Esperando qué.

El sol resbalaba sobre las lentes de la joven a cada inclinación de su cabeza.

—Esperamos al tipo que le ha arrastrado por el patio.

Mejías gruñó con sorna.

—Mira, Berta, me siento en parte responsable. Eres una chica brillante, algún día tendrás tu propia mesa en cualquier periódico, lejos de mi despacho. Es absurdo que estés aquí, ya ves que nuestro acuerdo no funciona. Chica, qué quieres que te diga, no estás hecha para este trabajo. Se te dan bien los informes, eres útil como conductora, no lo niego, pero no te extralimites. —Mejías se tumbó plácidamente sobre el asiento—. Además, el olfato lo tengo yo, y te digo que esa furgoneta azul debe estar ya a cinco o seis kilómetros de aquí. Reconócelo, lo hemos perdido.

Berta sonrió de manera enigmática. Las gafas ocultaron su expresión. Mejías miró de reojo al fondo de la pista y se quedó con la boca abierta.

En el cercano horizonte, reptando desde la cuesta posterior, una nubecilla marrón de polvo crecía poco a poco. En unos segundos se agrandó hasta que de ella apareció un bulto fatigado que rodó unos metros hasta detenerse. Mejías se hizo visera sobre los ojos para distinguir, de manera incuestionable, la figura de la Citroën Berlingo azul que perseguían, en medio de la pista forestal.

—¡Me cago en...!

—Bingo —dijo Berta.

—¡Me cago en mi calavera! —consiguió articular el detective.

El coche rival parecía indeciso. Avanzó brevemente para detenerse después.

—Está atrapado —dijo la joven, sin ocultar la tensión—. No puede ir marcha atrás por esa cuesta tan empinada a su espalda, no hay lugar para dar la vuelta en este collado. Y nosotros bloqueamos su única salida.

—Joder, joder, joder, Berta, si tuviera diez años menos te ponía un piso —dijo, y acompañó sus palabras con palmadas en el hombro de la joven que hicieron bailar las lentes tintadas sobre su nariz—. Estoy por ponértelo de todas formas.

Berta arrugó el gesto mientras con un dedo se ajustaba de nuevo las gafas.

—¿Y ahora qué? —dijo la joven.

—¿Cómo? Pensaba que tenías un plan.

—¿Le parece poco plan este? Usted es el detective, imagino que tendrá que salir y decirle algo, no sé...

—Espera, parece que nuestro amigo se ha decidido.

Efectivamente, la Berlingo azul había reanudado la marcha, esta vez con mayor decisión, hasta que el primer cambio de rasante la ocultó de nuevo.

—No parece que quiera hablar.

—La madre que lo parió, viene a toda leche —dijo el detective—. Si no se aparta hazlo tú, no merece la pena tanto riesgo.

—¿Es por el coche? ¿Para no tener que pagarlo?

Mejías la miró confuso. De manera absurda, advirtió en el perfil de la joven una forma en el lóbulo derecho, entre las anillas habituales: un travieso pendiente de plata, cuyo adorno final tenía la forma de un volante. Se fijó en la mano que ella tenía posada sobre el cambio de marchas. Estaba temblando.

—No, Berta, es por ti —dijo el detective, con repentina ternura—. Te pido que lo dejes pasar. No quiero que te hagas daño.

Berta pareció considerarlo. La Berlingo asomó sobre el último cambio de rasante entre volutas de polvo y gravilla, y parecía ocupar la mitad del parabrisas. A menos de cien metros, la joven se volvió hacia el detective y los diminutos volantes tintinearón, como campanas que tocaran a rebato.

—Yo esto lo hago por usted. Por el sueño. Por esos ridículos decorados en blanco y negro.

Pisó a fondo el acelerador y soltó el freno de mano, catapultando el Triumph hacia su antagonista. Mejías no consiguió agarrarse mientras el coche se les echaba encima. Las piedras saltaban a un lado y otro bajo los neumáticos. Tuvo la sensación de que el tiempo se estiraba de manera descabellada. Contempló los nudillos de la joven, blancos sobre el volante del cuero. Intentó por tres veces pasarse la mano por la frente. El traqueteo del habitáculo le impidió acertar ninguna de ellas.

A treinta metros del otro vehículo hubieran distinguido la cara del conductor tras el cristal, pero el sol los cegaba mientras la brillante carrocería acudía a su encuentro. Quizás el otro, situado a contraluz, advirtió con precisión la silueta en forma de flecha del Triumph, memoria de tiempos pasados; el efervescente color pistacho que emergía de la nube de polvo, conducido por una joven morena con gafas de espejo y dientes apretados que apenas sobresalía por encima del volante, mientras el copiloto manoteaba frenéticamente con la boca abierta en un grito inarticulado. Quizás no vio nada, y tal vez fuera mejor.

—¡Apártate, apártate! —gritó Mejías, aunque no podía decirse si se dirigía a la joven o al otro coche.

Berta no contestó. Estoy sudando otra vez, pensó de nuevo Mejías. Este coche no lleva airbags y dentro de un segundo los vamos a necesitar. Se cubrió el pecho con los antebrazos, preparado para el impacto. Un alarido emergió de su garganta, y justo después lo acompañó Berta, ambas voces al unísono. Su grito fue como el de los apaches, un ulular ancestral y primitivo, mezcla de miedo y decisión. Un grito de muerte.

Un segundo después, el Triumph continuaba intacto sobre la pista forestal, rodando únicamente por inercia, pues Berta había dejado de pisar el acelerador. Los dos ocupantes consultaron el rostro del otro, luego miraron la pista vacía ante ellos, y luego hacia atrás, en busca de una explicación. Su vehículo se detuvo sobre el cambio de rasante.

Bajo las lentes, los labios de Berta estaban rígidos. Mejías pudo ver reflejados en las gafas de la chica la cara de un hombre maduro con la boca abierta, la cara de un hombre débil. Endureció el rostro.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la joven.

—Te diré lo que ha pasado. Lo has hecho de puta madre.

Palmeó la espalda de Berta, y ambos se volvieron, aún temblando, hacia donde señalaba el detective. Ladera abajo se encontraba la furgoneta azul empotrada contra uno de los árboles. Desde el capó ascendía una columna de humo negro.

—Voy a ver a nuestro hombre, tú llama a la policía. Y a una ambulancia.

Mejías abrió la puerta del Triumph y el suelo le golpeó la cara sin previo aviso. Sacudió la cabeza, con sabor a tierra en las encías. No es nada, dijo rápidamente a Berta, no es nada, haz lo que te he dicho.

El detective maldijo su debilidad e intentó ponerse de pie, apoyándose contra la carrocería del Triumph. Las rodillas se empeñaban en no quedarse quietas. Tras unos instantes echó a andar por la pista forestal, tieso como un muñeco de alambre, en dirección al coche siniestrado. Mientras, dentro del Triumph, Berta no conseguía que sus dedos marcaran tres simples números. Además, las rayitas de la cobertura móvil se empeñaban en no aparecer. Quería gritárselo a Mejías, pero temía alertar al mensajero.

De todas formas, Mejías no habría podido oírla. Estaba concentrado en caminar erguido y en línea recta, lo más sigilosamente posible. Se detuvo a cierta distancia de la furgoneta. Un zumbido sordo sonaba dentro de su cabeza y no era capaz de separarlo del resto de sonidos del bosque. Llegó al cristal del copiloto con una vaga sensación de urgencia, pero lo que vio hizo caer su presión sanguínea varios milímetros. Dentro del vehículo no había nadie y la puerta del conductor estaba abierta de par en par. De golpe, recuperó el control de las rodillas y la sangre se le agolpó en el cerebro. Oteó la ladera cuesta abajo. Berta llegó enseguida a su lado.

—¿Se ha escapado?

—Anula la ambulancia. Llama solo a la policía, ese cabrón está mejor que tú y que yo.

—Si pudiera pediría una extra de peperoni, pero aquí no hay cobertura.

La boca de Mejías se contrajo mientras escudriñaba los pinos que descendían pendiente abajo.

—Maldita tecnología. Luego me intentarás convencer de lo útil que es.

El bufido se deshizo en los labios de la joven cuando Mejías comenzó a descender por la pendiente, esquivando piedras y troncos con toda la rapidez de que

era capaz. Berta advirtió una segunda mancha en movimiento, más abajo, entre los árboles. El mensajero llevaba una ventaja considerable en dirección al fondo del valle. Parecía ajeno a la persecución, más preocupado en avanzar por el accidentado terreno. Mejías progresaba a buen ritmo y la chica creyó que podría alcanzarle. Cuando la distancia entre ellos empezaba a acortarse, el detective tropezó con una raíz oculta en la hojarasca y cayó al suelo, rondando hacia abajo.

Berta descendió a saltitos por la pendiente resbaladiza, sin perder de vista el lugar donde Mejías se había desplomado. Después de treinta segundos eternos consiguió llegar hasta su lado. Lo encontró boca abajo, con la cara enterrada en la tierra y las piernas en un cruce imposible de *ballet*. Respiraba, pero el golpe en la cabeza parecía serio. Sangraba discretamente por la sien izquierda.

La joven lo sentó contra un árbol cercano. Le pellizcó las mejillas hasta que abrió los ojos.

—Jefe, ¿me oye?

Mejías la miró con estupor. La cabeza le bailaba sobre el cuello como a un recién nacido, sin fuerza. Berta intentó recordar algunos rudimentarios primeros auxilios, pero solo acudían a su mente algunas frases de la tía Marina, poco apropiadas para la ocasión: «cuando el cabrito no puede andar, es el momento de su carne tomar». Volvió a llamarle hasta que obtuvo una débil respuesta.

—Hola, preciosidad... —balbuceó Mejías con voz pastosa.

—Jefe, se ha dado un golpe y tiene que verle un médico. Voy a llevarle hasta el coche, pero yo sola no puedo con usted.

—Claro, muñeca, lo que tú digas. ¿Cuándo termina tu turno? Puedo esperarte.

—¿Qué dice?

—Disponible veinticuatro horas al día para darle vidilla a ese cuerpo, nena.

Berta pasó el brazo izquierdo del detective sobre sus hombros y consiguió ponerlo de pie. Comenzó a andar con él, de vuelta a la pista forestal.

—Cuidado, muñeca, no te roces demasiado —advirtió el detective, socarrón.

—Si no fuera porque seguro que me lo cargo, le daba ahora un buen bofetón.

—General, tenga cuidado con su hija —dijo Mejías en su delirio—. Ha intentado sentarse sobre mis rodillas cuando yo estaba de pie...

Para cuando llegaron al coche Berta estaba exhausta. Arrojó a Mejías en el asiento, le ató el cinturón de seguridad y encendió el contacto. Se dio una palmada en la cabeza.

—Seré tonta. Espere aquí, jefe, vuelvo enseguida.

—Tranquila nena, tenemos tooooda la noche por delante.

Berta resopló de nuevo. A este paso se deshincharía como un globo de feria en el cuarto de un niño y podría ponerse esos vaqueros que tanto le gustaban. Volvió hasta la furgoneta y registró la guantera. La bombilla estaba estropeada y tuvo que tantear a ciegas, sacando lo que encontraba. Descubrió una cartera con la documentación del vehículo y una pequeña caja que contenía once proyectiles del calibre 9mm. Sobre

los asientos y en el suelo del coche se amontonaban restos de comida, botellas vacías de agua y un par de paquetes de *Fortuna*. El cenicero estaba lleno de colillas. El registro del maletero fue más revelador: un taladro y una caja de herramientas profesional. También encontró unas botas de seguridad y un mono azul de trabajo con *tickets* de comida y papeles en los bolsillos. De repente pensó algo: se quedó casi dos minutos ante el maletero abierto, debatiéndose con su nueva idea. Extrajo lo que necesitaba de la caja de herramientas y abrió el doble fondo del maletero para fijar allí el aparato: quizás funcionara. Contempló su obra unos instantes, segura de cometer una tontería, pero al echar encima el forro sonrió satisfecha. Recogió los *tickets* y la documentación del coche y regresó al Triumph, donde Mejías hablaba solo. Realmente necesitaba atención médica.

En la clínica, el escáner y las radiografías descartaron complicaciones. El doctor Martínez aconsejaba, por precaución, que el detective permaneciera en observación aquella noche. No había de qué preocuparse, los Dugo-Esrich lo cubrían con su onerosa aportación anual, faltaría más. Berta advirtió que Mejías aún llevaba la bata que había usado como camuflaje tan solo una hora antes. Ahora ya no parecía un disfraz.

Una enfermera entró para comprobar el gotero de Mejías; era la misma que había acompañado al falso mensajero a la habitación de Ernesto Blanch. Berta intentó interrogarla pero la mujer la obligó a relatar, con generoso detalle, la peripecia que acababan de vivir en las carreteras circundantes.

—Vaya, hijita —exclamó la enfermera cuando la chica terminó—. Cualquiera diría que sois un par de aventureros, como los de las películas. Pa haberse matao.

—Si no le importa, me gustaría preguntarle por el hombre que vino con las flores. Dígame qué vio en la habitación.

—Llámame Chelo, rica, que no soy tan mayor. Eres una chavala encantadora, no te pega nada eso de ir interrogando a la gente. No quiero meterme donde no me llaman, pero lo que tendrías que hacer es comer mejor y apuntarte a un gimnasio, verás como enseguida tienes a todos los chicos de tu clase detrás...

Mejías abrió los ojos, desorientado y sin energía. La cabeza le daba vueltas; la habitación brillaba demasiado.

—¿Dónde estoy?

—En la clínica Cubells —se adelantó Chelo—. Ahora va a ser un buen chico y va a dejarme que le dé la vuelta.

La enfermera puso de lado el cuerpo del detective. Preparó la jeringuilla hipodérmica y sonrió con satisfacción al ver que el líquido colmaba la aguja.

—Ahora estese quietecito, hombre.

La enfermera apartó sábana, bata y el pliegue del pijama hasta dejar al descubierto la nalga masculina. Berta se giró avergonzada hacia la pared mientras

Chelo reía entre dientes.

—Está tratando de aprovecharse de un enfermo, señorita —decía Mejías aún atontado—. Pues aprovéchese, no todos los días puede contemplar un musulmen como... ¡ay!

—Son todos iguales, chica, solo hablan de carne y de fútbol —dijo Chelo—. Te prometen la luna y luego te dejan en el suelo. Si eres lista sabrás volar sola.

Berta se volvió, tras advertir que las intimidaciones del detective ya estaban pudorosamente ocultas. La enfermera recogía el instrumental antes de marcharse.

—Chelo, cuéntame lo del mensajero.

La mujer puso los ojos en blanco y dejó la cajita sanitaria sobre la mesa.

—A mí nunca me gustó ese señor de las flores —dijo, pensativa—. Huele a grasa, va siempre sin afeitar y viste como un obrero. El tipo de novio que no me conviene a mi edad. Se queda ahí como un pasmarote y no suelta ni prenda. Yo soy curiosa y no suelo darme por vencida, ¿sabes? Mientras aireaba la cama y comprobaba los monitores, yo escuchaba. El aseo lleva años sin usar, pero me metí allí y esperé, la oreja contra la puerta, porque sabía que iba a hablar. A los hombres se les nota enseguida cuando tienen algo que decir, no se pueden estar callados. Se les escapa toda la fuerza por la boca.

—¿Y qué escuchó?

—Tengo un oído muy fino, ¿te lo he dicho ya? Llevaba un rato oyendo un sonido ronco, que confundí con el grupo electrógeno. Pero no, era el tipo que murmuraba, con voz grave: «pronto todo estará en su sitio... al fin podrás descansar...».

—¿Se lo ha dicho al doctor Martínez?

—Claro. Y todo mi esfuerzo de espía solo ha servido para impartir instrucciones a los vigilantes de impedirle el acceso, aunque estoy segura de que ya no volverá... —Se volvió, coqueta y confidente—. ¿Se lo dirá al detective?

La joven asintió, tratando de no impacientarse.

—Lo dijo muy bajito —continuó la mujer—: «*grand-père*». Si solo hubiera oído esa vez no se lo diría, hablaba con un tono tan grave. Pero el hombre estaba emocionado, más que otras veces. Se estaba despidiendo para siempre. Volvió a decirle, «*grand-père*»; después añadió, y eso sí que lo oí bien: «*nous le ferons*».

—No la comprendo, Chelo.

—Que no me llames de usted. —Se molestó la enfermera—. Verás, mis padres eran emigrantes y yo nací en Toulouse. Ese tonto grasiento pensaba que no le comprendería: «*grand-père, nous le ferons*» significa: «abuelo, nosotros lo haremos». ¿No le parece increíble?

Berta se tambaleó sobre sus pies, sopesando las implicaciones, mientras Chelo disfrutaba con su pasmo. La joven decidió que no debía animarla.

—Bueno, eso ya lo sabíamos —mintió—. De todas formas, gracias.

Chelo pareció enfadarse. Antes de irse preguntó, señalando al detective dormido:

—¿Debemos avisar a algún familiar?

Berta dudó solo un instante.

—No es necesario. Yo me quedaré.

Cuando la enfermera se fue, Berta se derrumbó sobre el sillón. Pensaba largarse a su casa y abandonar allí al detective, pero no había nadie más que cuidara de él. Quizás César, aunque para acercarse a la clínica tendría que cerrar el bar. Solo llevaba un par de semanas con Mejías y era lo más parecido a un miembro de la familia del detective. Pudo intuir cierta correspondencia: sus amigas estaban ya de vacaciones, la tía Marina esperaba en el pueblo... y eso era todo. Si ella fuera quien estuviera tumbada en aquella cama, solo Mejías se hubiera quedado a su lado. Este pensamiento le hizo rechinar los dientes.

Intentó leer alguna revista atrasada pero pronto perdió el interés. Tras la fugaz cena no podía dormir, y la respiración de Mejías era regular. Podía imaginar el calmante viajando por sus venas mientras él fantaseaba con mujeres vampiras, policías corruptos y largas vigilias junto a su Laphroaig, aguardando a que el malo apareciera al otro lado de la calle. Fue hasta el coche y regresó con lo que había rescatado de la Berlingo; sacó su cuaderno y comenzó a trabajar. «En temporada de cosecha solo hay cosecha», habría dicho la tía Marina.

Anotó fechas, lugares donde recoger información, hipótesis de trabajo. Dos o tres veces escuchó la respiración de Mejías elevarse por encima del murmullo, pero el enfermo no llegó a despertarse. Berta disponía ya de mucha información, y al cabo de dos o tres horas el sueño empezó a vencerla. Se tumbó de lado en el sofá de dos plazas, estirada gracias a su corta estatura, y se tapó con la gabardina del detective. Si aquella prenda pudiera hablar, pensó, seguro que daba para escribir una novela. Recostó la cabeza un poco más, enfocando el perfil de Mejías entre las sábanas hospitalarias, y se quedó observando el monitor parpadeante entre las sombras. Mañana tendría mucho trabajo.

Poco después se durmió, con las rodillas juntas y flexionadas, apretando el gran cuaderno rojo contra su pecho.

A la mañana siguiente, Mejías despertó mientras la almohada escapaba bajo su cabeza.

—Quieto, amiguito, no se mueva —dijo Chelo con picardía.

Mejías volteó la cabeza hacia la ventana y el sofá vacío bajo ella. Aún no era capaz de pensar con palabras.

—¿Su ayudante? Se fue muy temprano. —Chelo lo miró muy seriamente, tratando de ver a través de él—. Y, por si lo está pensando, usted no se marcha de aquí hasta las veinticuatro horas de su ingreso, instrucciones del doctor. ¿Quiere estarse quietecito? —Manipuló el gotero sobre él—. Me obliga a hacer esto. Suerte que su Berta me advirtió al respecto. Qué pensarían si permito que se me escape un enfermo en observación. Eso no va a ocurrir en mi turno, pues sí que...



Las palabras penetraban con lentitud en la cabeza del detective, mientras las oleadas químicas lo alejaban de aquel parloteo insulso, rumbo a los brazos de la anhelada oscuridad. En el último instante se preguntó qué le habría dicho Berta a la enfermera.

Regresó a su despacho horas después, y no le sorprendió nada lo que le esperaba. El taxi, amablemente subvencionado por la clínica, le había depositado en la Calle de la Paz cerca de las nueve de la noche, con tiempo de arrancarse los estúpidos parches y de hacer trizas las recetas que le habían proporcionado.

En el piso de la calle Moncofa encontró a Zero maullando su bienvenida. Todavía quedaba pienso en su cuenco de metal y el agua estaba limpia. Tampoco había rastro de ese olor que le hacía pensar en arrancarse la nariz.

Sobre el escritorio examinó apuntes y diagramas que no pudo entender, emborronados por la letra menuda y redonda de la joven. Halló una nota, escrita con caligrafía más comprensible:

Me voy al pueblo a pasar la Navidad con mi tía. He hecho averiguaciones interesantes. El 26 vuelvo y lo comentamos.

*Berta*

PS Me llevo el Triumph ;-).

Sobre el carro de la Olivetti había un nuevo informe, y Mejías se sentó frente a la vieja máquina para leer las palabras tipografiadas.

*Informe n.º000359. Vicente Mejías Alcaraz  
Valencia, a 24 de diciembre*

*El 23 de diciembre era la próxima visita del mensajero que llevaba las flores al anciano moribundo del Hospital Beltrán Llop. Mi socia y yo lo esperamos entre los pacientes, disfrazados como personal de servicio. Cuando el misterioso individuo realizó la entrega, nos abalanzamos sobre él con decisión, sin importarnos el reflejo metálico que brillaba en una de sus manos. Le golpeé en el antebrazo, mientras mi socia lo atropellaba con una camilla que lo derrumbó hasta el suelo. El tipo se revolvió y lanzó un par de cuchilladas antes de escapar. Consiguió llegar antes que nosotros al aparcamiento.*

*Lo perseguimos en nuestro Triumph. Nos había sacado bastante ventaja, pero mi socia atajó por un camino vecinal hasta cortarle el paso. No tuvo*

*más remedio que bajar del coche y echar a correr. Fui tras él entre los árboles, cuesta abajo, reduciendo la distancia poco a poco hasta que me abalancé sobre él y lo hice rodar entre la hojarasca. Lo tenía a mi merced, sujeto por las solapas, cuando demasiado tarde comprendí que el sospechoso no estaba solo. Me giré lo suficiente para adivinar el golpe que me sumergió en la inconsciencia.*

*A la mañana siguiente, mi ayudante ya había preparado el café y realizado las averiguaciones necesarias para aclarar la identidad del agresor, gracias a su extensa red de contactos en los barrios marginales y a su capacidad de persuasión. ¿He mencionado que es un genio de la informática? A veces no sé qué haría sin ella.*

Mejías sonrió con ganas. Alcanzó el teléfono y marcó el número de Berta. Saltó el contestador, que le hizo colgar de inmediato. Imposible dejarle un mensaje a una máquina, murmuró el detective. Maldita tecnología, siempre lo digo. No sirve para nada.

A pesar de haber dormido quince horas seguidas no pudo probar bocado. Tomó el teléfono otra vez y marcó un número distinto. Clara recogió la llamada y, tras un solícita charla que puso a prueba la paciencia del detective, consiguió hablar con Martín. Necesito saber dónde encontrar a tu hermana lo antes posible, le dijo Mejías. Ya sé que mañana es Navidad y que dentro de cuatro días tenéis ese estúpido bautizo, pero por favor haz lo que te digo. Todos sois sospechosos, hasta tú, sobre todo si me pones tantas pegas. Lláname a cualquier hora, ya estoy esperando.

Colgó e inmediatamente se arrepintió del tono empleado. Tanto Martín como Clara eran dos islotes de ingenuidad en la turbulenta familia, y él se había metido en esto como un torbellino. El clavo incrustado en su cabeza reptaba de nuevo desde la sien y solo disponía de un remedio. Sacó la casi extinta botella de Laphroaig y se sirvió un trago. Zero se acomodó sobre sus rodillas, con mirada traviesa. Todavía no habían acabado la botella cuando se quedaron dormidos.

# 16 BiblioGym

«Nací cuando ella me besó, morí cuando me abandonó y viví el tiempo que me amó».

*En un lugar solitario, 1950*

**E**l teléfono llevaba sonando un buen rato cuando Mejías lo descolgó, a tientas en la oscuridad de las persianas.

—Seas quien seas, no es un buen momento en absoluto —dijo con furia al desconocido—. Ho, ho, ho, ahórrame el esfuerzo de colgar.

Mejías había perdido el día anterior, lo había borrado como si nunca hubiera existido. Siempre era así con los festivos. Los comercios no abrían, la gente tenía una buena excusa para esquivar una cita, etecé, etecé. Y si además no era domingo ni siquiera podía ir al rastro. No había excusas para abandonar su refugio, y qué pobre alternativa la de salir a dar un estúpido paseo, así que Mejías se quedaba acorralado por un triángulo de alcohol, cine clásico y música de vinilo. El día de Navidad no fue una excepción; no había ni periódico, era absurdo, por lo que el día se sostuvo por una sesión triple: *Retorno al Pasado*, *Historia de un Detective* y *El Halcón Maltés*, en el intento por establecer un nuevo récord de visionados del mismo film. Se acostó muy tarde mientras pensaba en los Dugo-Eschrich: el Rey Arturo, Arturo Segundo, Martín, Seb. Y sobre todo en Ángela. Cada vez que rememoraba los bucles rojizos en la curva de su cuello tenía que beber otro sorbo. Pronto estuvo borracho.

De manera que ahora, mientras el teléfono sonaba de modo inmisericorde la mañana del 26 de diciembre, trescientos martillos neumáticos golpeaban su cabeza para reblandecer los restos de su conciencia.

—... Importante que te llamara tan pronto como supiera algo —decía el auricular—. Si quieres me espero un par de horas.

Había tardado al menos cincuenta palabras en reconocer la voz de Martín. Los martillos no paraban de trabajar.

—Por favor, perdóname —murmuró el detective—. No tengo buen día, y eso que aún no sé ni qué hora es.

Martín rio con ganas.

—Son más de las once. —El profesor carraspeó—. Querías ver a mi hermana Ángela. Esta mañana la encontrarás en BiblioGym, un lugar de las afueras.

—¿Qué hace allí?

—Sobre todo va a nadar. Tienen piscina, pesas, y además es un selecto club social.

—¿BiblioGym? ¿Sueles seguir a tu hermana o simplemente se lo has preguntado?

—Le encargué a Clara que la invitara a casa, y Ángela se ha disculpado porque iba a nadar. Mi mujer y ella se llevan bastante bien, hasta le ha recomendado apuntarse a ese club. Verás, estoy muy ocupado organizando el bautizo de mi sobrino nieta, se trata de un evento importante y la empresa ha decidido que me encargue yo.

—La empresa, vaya. Si quieres puedo recomendarte una casa de comidas con un menú muy barato.

—Eres muy gracioso, Vicente, pero no comprendes la situación. En Valencia y alrededores hay salones espectaculares, pero mi padre quería algo distinto. La ceremonia religiosa será en la iglesia de los Santos Juanes, donde siempre celebramos las bodas, bautizos y comuniones de la familia. Pero esta vez el banquete va a ser justo enfrente. Nada menos que en la Lonja.

—La leche —exclamó Mejías—. ¿Se puede hacer eso?

La Lonja de la Seda, indiscutible joya gótica del siglo xv, mostraba su cara más orgullosa en la plaza del Mercado, una de las escasas reminiscencias del pasado esplendoroso de la ciudad. Mejías había oído que podía alquilarse, pero una cosa era usarla para dar conferencias y otra muy distinta zamparse un tiramisú entre las momias de los Dugo-Esrich.

—Se puede, si tienes dinero y contactos. Hay una empresa de *catering*, mobiliario *ad hoc*, seguridad y montón de cosas más. Como te he dicho, se trata de una celebración especial.

—Ya lo creo —concedió el detective—. En fin, echaré un vistazo en BiblioGym. ¿Dónde me has dicho que era?

Mejías anotó la dirección y salió cabizbajo del dormitorio. En el despacho no escuchó a Zero exigiendo su desayuno ritual. Otra vez esa chica, se dijo antes de alcanzar el recibidor. Berta estaba trabajando con su portátil, una impresora y la conexión informática discretamente robada a los vecinos.

—Has venido temprano, moza.

—Hola jefe, Feliz Navidad —saludó Berta con energía—. ¿Qué tal su cabeza?

—Me duele más la resaca que el golpe, si es eso lo que preguntas.

La cara de la joven se ensombreció con preocupación.

—Bebe usted demasiado.

—Y tú hablas demasiado. Por lo menos yo no visto de mercadillo.

Berta remontó las gafas por el puente de la nariz con un solo dedo.

—No va a conseguir enfadarme esta mañana. He averiguado algunas cosas sobre nuestro amigo de la clínica Cubells y quisiera comentarlas con usted. Lo estoy pasando todo a limpio y...

—Muy bien, periodista. Dijimos socios, pero el detective soy yo. Regla número quince: aprende un poco de humildad. Y no me hagas la pelota en los informes, se te ve el plumero.

Berta arrugó la nariz y el *piercing* se removió en la aleta, nervioso.

—También ha llamado Rosita de África.

—¿Qué quería? —preguntó Mejías con interés.

—Dijo que mañana lo esperaba en su casa, hoy le resultaba imposible. Murmuró algo sobre trasladar muebles entre sus distintas propiedades.

El detective asintió con gravedad antes de volverse al despacho.

—Me doy una ducha rápida y nos vamos a BiblioGym.

—¿Biblioqué? Creía que la pista era el mensajero de las flores.

—Yo digo cuáles son las pistas y la pista ahora es BiblioGym. En diez minutos salimos por la puerta.

La sonrisa se esfumó del rostro de Berta.

—De acuerdo, jefe.

*BiblioGym* se encontraba en una moderna urbanización cercana a la ciudad, rodeado por dos centros comerciales, un *spa* y un campo de golf. Se trataba de una franquicia nórdica, exégeta del fitness y wellness, que explotaba los complejos de ocio y culto al cuerpo a los que muchos valencianos se estaban convirtiendo en adictos. La fachada mostraba el logo del local, un hombre y una mujer en distintas posturas gimnásticas y después leyendo sendos libros. Mejías rumió una idea mejor: ambos personajes, con los brazos en cruz, podrían sostener columnas de doctos volúmenes.

La recepción estaba acristalada hasta el techo, decorada con bambú y mobiliario en blanco o negro de líneas pulcras. Un par de fuentes japonesas dividían la sala de espera; en el aire se mantenía un levísimo aroma a incienso con trazas de cereza y almendra. Un instrumento milenario sintetizado por un teclado Casio sonaba en la megafonía, muy bajito. Mejías se dirigió a las recepcionistas, cuyos uniformes azul cielo refulgían como sus dentaduras. Sus gafas de pasta les hacían parecer, además de guapas, que lo eran, mucho más listas. Si es que no hay nada como los detalles, se dijo con una mueca entusiasta.

Tras facilitar sus datos, naturalmente falsos, recorrieron las estancias de *BiblioGym* en la compañía de Magnus, presentado como el *Host Conductor* que les asignarían al formalizar la matrícula. Era un sueco que dejaba el tóxico pequeño, embutido en ropa muy ceñida de distintos tonos de marrón, poseedor de una asombrosa mata de pelo rubio y de unos deltoides de cemento. Hasta Berta enarcó una ceja con interés. Se presentaron como padre e hija en busca de un lugar donde quemar su paga mensual con el ocio de los ricos. Magnus rio la ocurrencia del detective, aunque no pareció comprenderla del todo. Una a una les fue enseñando las estancias del complejo: la sala de musculación, la piscina, las aulas de filosofía, la sede de los clubs de debate, las celdas de meditación, los amplios salones polivalentes y la biblioteca, con anaqueles repletos de libros sobre *new wave* y *body mind*, así como algunos clásicos exóticos. En cada ocasión encontraron jóvenes de ambos sexos que vestían, con elegancia *cool*, ropa deportiva de colores destellantes y

sugestivas formas, posiblemente sacados de un catálogo de lencería unisex. Mejías salió de allí creyendo que el sudor olía a esencia de gardenia. Quizás por eso él no solía sudar.

—Esto es muy interesante —apreció el detective—, pero me pregunto si en el bar podré tomarme un buen *whisky* escocés sin demasiado esfuerzo.

—Por supuesto —respondió Magnus, en un castellano repleto de atractivos matices escandinavos—. Pueden descansar allí y les enviaré a Gustav, el monitor de Pilates, que les informará sobre sus preferencias en clases de gimnasia reconstituyente. Ofrecemos desde *Intense Spinning* hasta *Mind Bump*, así que seguro que encontrarán algo de su gusto.

—Me encantará que me informen sobre mis preferencias —sonrió Mejías con sarcasmo—. Y si, además, a Gustav le acompañan Hans, Olof y Niclas podremos invadir Noruega, aunque quizás prefiramos asistir a nuestra primera sesión de danza austroazteca.

Magnus sonrió confusamente antes de desaparecer por el pasillo, en busca de algún dios sueco que castigara a aquellos mortales desagradecidos. Socia y socio caminaron por el local hasta encontrar la amplia cafetería.

—No se le puede sacar de casa, jefe —resopló Berta—. El día que explicaron eso de pasar desapercibido usted estaba haciendo novillos, o algo peor.

—Dejemos la comedia ligera, fíjate. —Mejías señaló con el mentón—. Nuestra amiga no ha faltado a la cita.

Se sentaron con disimulo en un sofá de cuero, de espaldas a las mesas de la cafetería. Berta estiró el cuello por encima de Mejías para divisar a Ángela Dugo-Esrich sentada frente a un individuo de pelo cano, cuyo rostro quedaba oculto por las columnas del local. El hombre charlaba con la heredera y esta lo escuchaba con atención. Berta se volvió hacia el detective.

—Vaya, parece que alguien le ha levantado la novia.

—Qué graciosa. Sigue espiondo.

El hombre había extendido una funda de plástico tamaño folio. Ángela hojeó su contenido sobre la mesa y al poco guardó todo en una mochila deportiva. Pidieron la cuenta y se despidieron. Ángela se encaminó hacia los vestuarios y el hombre pasó cerca del sofá sin verlos. Mejías hizo un fingido gesto de sorpresa, llevándose una mano a la boca.

—Qué desvergüenza, Dios mío.

—Fidel, el mayordomo del Rey Arturo —dijo Berta—. Eso demuestra que la hija del monarca está metida en esto, como yo decía.

—Menuda lección, Berta. Jamás podré mirarte de nuevo a la cara.

—Muy chistoso. El alemán se marcha, su examigueta se queda. Y ahora qué.

—Necesitamos saber qué contiene esa funda de plástico.

—¿Y cómo va a hacerlo? No me diga que va a entrar en el vestuario femenino a reventarle la taquilla.

Mejías se quedó mirándola.

—Habría que verlo —continuó Berta, divertida—. ¿Ha traído un disfraz de chica?

—Tengo algo mejor.

El detective siguió contemplando sus ojos azules tras las lentes, observando de reojo el pasillo que conducía a los vestuarios. Berta sacudió la cabeza.

—No, no, de ninguna manera —dijo la joven.

—Es más sencillo de lo que parece. Con este maldito horario europeo están todos comiendo. Solo tienes que entrar mientras ella se cambia y así sabrás cuál es su taquilla. Haces como si fueras de aquí. Y no te enfurruñes, que ahora te lo cuento todo. Como querías.

—Supongamos que lo hago. Qué pasa con la cerradura.

—He visitado el vestuario masculino cuando me excusé para ir al baño. Este sitio es muy chic, pero de niño reventaba esos candados con un mechero y ahora no tiene por qué ser diferente. —Mejías sacó de la gabardina el encendedor de *Paraíso Azahar*—. Pon la llama bajo la cerradura, y al poco tiempo se dilatará y oirás un clic. Cuando termines lo cierras y nadie se dará cuenta.

—Le veo muchos fallos a su plan, de verdad. No sé lo que tengo que hacer después, qué pasa si ella regresa o si entra alguien más. Para qué tanto riesgo.

—Si alguien te pregunta, estás reparando esa taquilla. Fotografía los documentos. Y en cuanto a Ángela, no te preocupes, yo la distraeré el tiempo suficiente.

—No me diga que piensa tener una escena amorosa junto a la piscina mientras su ingenua y joven socia se juega el tipo delinquiendo en campo enemigo.

—¿Sabes, Berta? —dijo Mejías, con fingido aire de sorpresa—. A veces me maravilla lo inteligente que puedes llegar a ser.

El detective llegó a la piscina envuelto en un mullido albornoz celeste que le proporcionaba un aspecto más digno que el que valoró en el espejo del vestuario. Tuvo que reconocer que la gabardina no era una opción.

Al acercarse al vaso olímpico de agua climatizada le recibió un estruendo similar al de la sala de máquinas del Titanic en plena avería. Una música caótica rebotaba por los azulejos acompañada por silbidos que herían sus tímpanos. Observó a los bañistas en el agua. Gritaban, se dirigían miradas apuradas y algunos hasta reían, alborozados, en lo que parecía una coreografía apremiante y agresiva. Un tipo bramaba órdenes desde el borde, ayudado por aquel silbato que perforaba la cabeza del detective.

El estrépito hizo que Mejías tardara en localizar a la heredera. En las cuatro calles restantes de la piscina una única figura femenina surcaba el agua boca arriba. Tanto el gorro como el bañador eran negros, y los brazos níveos y gráciles se alternaban sobre la superficie en una danza suave que contrastaba con las maniobras de sus compañeros de piscina. Mejías contempló hechizado cómo la figura se acercaba hasta él vuelta de espaldas mientras cada brazo, semejante al cuello de un cisne, trazaba un

arco para impulsar el agua sin levantar salpicaduras. Cuando llegó al final la nadadora completó una pirueta elegante que la impulsó hacia el otro extremo. Para cuando se dio cuenta, la mujer se encontraba a media piscina, mientras el resto de bañistas continuaban entregados a sus furiosos ejercicios, que ahora incluían extrañas armas cilíndricas, flexibles y coloridas, con las que se ayudaban para avanzar en pos de sus compañeros.

Mejías se despojó del albornoz cuando una señal hizo salir a los bañistas de la piscina. Entre chanzas y salpicaduras pasaron junto a él camino del vestuario, algunos mirándolo de reojo y otros con muecas abiertamente burlonas. Mejías no se rio; era el único bañador que tenía. De camuflaje, le dijeron cuando se lo compró en una tienda de saldo, hacía diez años. Sería mejor meterse al agua cuanto antes. Su plan era mantenerse a flote aferrado a uno de los extremos, aguardar a que Ángela descansara a su lado y continuar la picante conversación que habían interrumpido en *Balansiya Downtown*. Qué tal detective, y esas cosas. Pero la sirena pelirroja no se detenía. Cada vez que alcanzaba un extremo de la piscina, giraba sobre sí misma y continuaba nadando, incansable. Repitió esta misma operación varias veces; el detective no se decidía a sumergirse y empezó a perder la paciencia.

Al fin, la nadadora se detuvo pero en el borde contrario. Mejías se giró antes de que reconociera al dueño de aquel bañador atroz que la miraba con descaro desde el otro extremo. Ángela se aproximó a la escalera. Iba a marcharse ya; había terminado demasiado pronto, o eso le parecía al detective, y Berta no daba señales de haber concluido sus pesquisas en el vestuario femenino.

Mejías vio a la mujer emerger del agua, apoyándose con soltura en la escalera de tres peldaños. Tuvo que sofocar un suspiro cuando el estilizado bañador negro ascendió a la superficie, como una Venus renovada y triunfal. Ángela no era lo que se decía una mujer con curvas pero destilaba un atractivo innegable. Las suaves líneas de la cadera se perfilaban con nitidez a lo largo de la prenda elástica, sobre la recta aproximación del vientre, los pechos pequeños pero firmes, las nalgas apretadas y fibrosas. Se alejó unos pasos para recoger su toalla y el detective pudo apreciar cómo sus piernas se cimbreaban con un abandono que hubiera envidiado Rosita de África en sus mejores días de *Paraíso Azahar*. Mejías fingió recoger sus pertenencias acuáticas, pero no conseguía despegar la vista de la heredera, ahora que ella no miraba. Todo sea por el caso, se dijo con circunspección.

Ángela se despojó del gorro y las gafas, y la maraña de bucles pelirrojos cayó sobre sus hombros, pegando las puntas contra el inicio de su espalda. Mejías descubrió con horror que observaba demasiado a su sospechosa, la misma que estaba a punto de descubrir a una chavala de veinte años trasteando en su taquilla personal del club privado.

La mujer terminó de secarse y se enfundó las zapatillas de goma. En unos pasos pasaría a su lado hacia los vestuarios, directa a destrozar el plan del detective. Imaginó dirigirse sin más a la pelirroja a riesgo de que reaccionara mal: qué hace



usted aquí, cómo se atreve, y ese tipo de cosas. Barajó a toda velocidad otras opciones. Tenía que retrasarla, y tenía que ser ahora.

No era un plan brillante, aunque sí atrevido. Y con esa íntima y desesperada satisfacción, el detective dio dos rápidos pasos y, mientras la heredera casi alcanzaba la puerta, se lanzó al agua en un salto descoordinado que levantó una considerable cortina espumosa sobre la superficie. Bomba, lo llamaban los jóvenes.

El agua estaba más fría de lo que pensaba pero eso no fue lo que le preocupó. El caso es que no hacía pie, aunque al principio creyó que eso reforzaría la verosimilitud de su treta. Profirió el primer grito de auxilio, solo un poco fingido. Chapoteó con fuerza, en busca de una zona menos profunda. Todo el mundo sabía nadar, hasta los niños pequeños. Bueno, no todos. Era una de esas carencias que Mejías había llevado con vergüenza torera durante su juventud y más en Cartagena, con las playas del Mar Menor a tiro de piedra. Cuando los otros chavales nadaban hacia las boyas que delimitaban el área de baño, él fingía un calambre o se detenía a saludar algún conocido donde aún le cubría por la cintura. Solo dos veces tuvieron que socorrerlo durante esos años y había salido del paso aduciendo sendos amagos de infarto, claro que esta excusa no se la había tragado nadie.

Al cabo de seis brazadas pensó que había calibrado mal el esfuerzo. Después de tres más, supo que nunca llegaría al otro extremo. Al siguiente movimiento comenzó a gritar, ahora con más convicción. Pataleó con ambas piernas pero solo consiguió agitar el agua bajo él. Miró desesperadamente buscando auxilio, pero sus propios chapoteos le cegaban. El techo de metacrilato de la piscina giraba y giraba en torno a él.

Su peso pareció tirarle hacia abajo, privándole de fuerzas. Mientras su consciencia se difuminaba, él se hundía. Una mano le sujetó entonces por la muñeca y tiró de él; sería uno de los anteriores bañistas, poco importaba. Su mundo se volvió negro y pensó, antes de perder la consciencia, que no debía tragar más agua.

Cuando volvió en sí se sintió como un globo de feria. Una sombra se inclinaba sobre él y le soplaba a intervalos aire entre los labios, mientras aplastaba rítmicamente su esternón, como si el detective fuera una bomba con la que llenar un colchón hinchable. Con su suerte, quien le hacía el boca a boca sería Magnus, Gustav o Rosita de África.

La niebla se disipó, y una silueta en blanco y negro se mecía sobre él y le rozaba el pecho. Si es que había muerto, y no le importaba en absoluto, sería Joan Bennett o Lana Turner, inmensamente bellas y deseables, quien salía a recibirle. La sombra se reclinaba para besarle, su cuerpo arqueado con delicadeza insoportable. Mejías pasó una mano por la cintura de la aparición *noir* e intentó el escorzo de una amorosa abdominal, pero la sombra le arrebató el gesto con un manotazo. Entonces oyó una voz familiar, irónica.

—Veo que se encuentra mejor.

Ángela se encontraba de rodillas a su lado, con el agua resbalando por su cuerpo hasta el torso del detective. Aún jadeaba por el improvisado salvamento, aunque Mejías no recordaba cómo había salido del agua. Giró la cabeza buscando más socorristas. Ni rastro de Berta. Ni de Magnus, Gustav o Rosita de África.

—Quizás quiera continuar —dijo Mejías, tratando de sonreír—. Solo tiene que soplar.

—¿Se da cuenta de que ha estado a punto de morir? ¿Es que no sabe nadar, le ha dado un ataque o qué?

—Soy de secano, jovencita. El agua la uso en el aseo y para el *whisky*, cuando me vuelvo blando y le pongo hielo.

Mejías intentó incorporarse pero la heredera, con sorprendente energía, echó su cuerpo sobre él.

—No tan rápido —dijo Ángela, y su irritación era evidente—. Antes dígame qué hace usted aquí. ¿Se traslada a la zona residencial y busca gimnasio?

—Este sitio es perfecto para mí. Solo tengo que coger dos transbordos y luego caminar durante una hora. Cuando llegue cada día ya estaré agotado.

Mejías intentó apartarle el brazo, pero aún estaba débil. Ángela pasó una pierna en torno a su cuerpo y se sentó a horcajadas sobre su vientre. El detective no opuso resistencia; ella le aplastó las muñecas contra el pavimento, como una experta luchadora del barro. El movimiento hizo que sus caras se encontraran a escasos centímetros. Mejías quedó paralizado.

—¿Qué hacía mientras yo nadaba? —preguntó de nuevo Ángela. Hablaba apretando los dientes, y pequeñas gotas de saliva y agua se proyectaron sobre las mejillas del detective. Mejías nunca había visto una mujer tan atractiva—. ¿Se puede saber qué tipo de pervertido es usted?

—Soy del tipo que lleva gabardina y se exhibe ante las jovencitas con un saco de caramelos. ¿Quiere uno?

Ella afirmó los muslos alrededor de su cadera, mostró sus incisivos entre los rizos que se descolgaban desde la frente. Mejías no la vio sonreír.

—Estaba husmeando, ya sabe —continuó, sin poder moverse—. Cosas de detectives. Aunque quizás deba usted contarme sus visitas a la clínica Cubells, ¿no le parece?

Las pupilas de Ángela se dilataron una micra más, las piernas apretaban ahora más fuerte.

—Soy parte interesada en esta investigación, es normal que quiera comprobar cosas por mi cuenta. Y sin embargo usted pierde el tiempo detrás de mí mientras los verdaderos responsables campan a sus anchas.

—Pues verá, hemos seguido al malvado Fidel, sospechoso número uno según las encuestas y, fíjese, se ha reunido en un lugar discreto con la sospechosa número cuatro. Todo un rompecabezas.

—Es usted imbécil. Fidel y yo tenemos una relación especial, como ya le comenté. —Sus ojos brillaban—. Nos vemos cuando puede despegarse de mi padre, que es quien no tiene tiempo para...

Ángela se detuvo en medio de la frase y miró a Mejías con sorpresa. Luego compuso una mueca irónica que estiró su piel sobre los pómulos huesudos. El detective se sentía incómodo, aunque en cierto modo también satisfecho: no había tenido una buena erección como esta en años. Sobre el contorno de aquella carne antes dormida palpitó una promesa que, por encima del olor a cloro, le pareció a Mejías hecha de jazmín y canela. Tranquilo, se dijo, lo estás haciendo de puta madre. Solo tienes que entretener a este bombón un poco más. Ojalá tuvieras dos horas para eso.

—Alto o disparo —dijo Mejías en una fingida reprimenda—. Arriba las manos.

No era mala salida. Ángela no obedeció, pero su risa reverberó en la sala.

—Vaya, vaya, no deja de sorprenderme, detective. —Echó hacia un lado la maraña de bucles rojos, sin relajar la presión de sus piernas—. Hasta diría que es humano. Venga, inténtelo de nuevo, ¿qué es lo que ha averiguado?

Mejías aún no pensaba con claridad, solo una fracción de su cuerpo estaba despierta, y el contacto de la mujer no ayudaba en lo más mínimo. El detective sentía cada centímetro de aquellos muslos en torno a los suyos, los pechos que rozaban su tórax cuando ella se inclinaba para hablarle, el húmedo abdomen que se deslizaba lentamente sobre el suyo. Todo su riego sanguíneo estaba de acuerdo en llegar a un único punto.

—Su padre oculta un secreto —acertó a decir—. Uno que no le contó a usted ni a sus hermanos.

—Lo está haciendo muy bien. Continúe.

Ella se meció con suavidad hacia atrás y su bañador resbaló sobre Mejías. No haga otra vez eso o acabaré en la cárcel, pensó el detective. La cercanía del reflejo marfileño a través de los labios entreabiertos le desconcertaba. O tal vez fuera el olor a cloro.

—¿Le dicen algo las iniciales SJ11?

Ella dejó de presionar y lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Trata de engañarme con un acertijo para críos?

—Hemos descubierto esa clave en...

—¿Dónde? —La voz era ansiosa, urgente.

—En la anilla que perdió el yaco de su padre cuando estaba en mi oficina...

—Esto se pone interesante. ¿Cómo ha dicho que eran esas iniciales?

—SJ11.

Ángela pareció pensarlo un momento.

—Podría ser cualquier cosa —dijo—. ¿Usted qué piensa?

—Igual o peor que usted. Podría ser una dirección, o la combinación de una caja fuerte, o su número de socio del club *Somos Judíos*...

Ángela sacudió la cabeza, y el agua goteó de nuevo sobre Mejías.

—Así no llegamos a nada. ¿Ha visto a Rosita de África?

—Es curioso que se acuerde de ella. El otro día usted pensaba que no tenía nada interesante que contar.

—Déjese de tonterías, si entra alguien ahora le diré que se está aprovechando de mí. ¿Qué le dijo?

—Esa mujer tiene lagunas, dice cosas inconexas. Como que fue Ernesto quien mató a Esperanza, la mujer de la fotografía. La que firma la nota.

—¿Esperanza... era una firma? —Ángela parecía de veras desconcertada—. ¿Y Ernesto? ¿Ernesto Blanch, de la clínica Cubells? Pero eso es descabellado, ¿por qué iba mi padre a...?

Mejías miraba por encima de los hombros de Ángela, y vislumbró una figura recortada contra los azulejos. Berta hacía ostensibles gestos para que se reuniera con ella. Era momento de largarse.

—Bueno, ¿desea algo más su alteza? —preguntó el detective con candidez—. Podríamos seguir, pero creo que llevamos demasiada ropa.

—Usted nunca habla en serio, ¿verdad?

Berta se movía de manera más vehemente ahora, dando saltitos y trazando arcos con sus brazos para señalar la puerta. Mejías carraspeó.

—La gente no suele quedarse el tiempo suficiente para averiguarlo. Y hablando de eso, debería irme.

—Todavía no me ha contado todo lo que sabe.

—Oh, yo creo que sí, y el caso es que estoy casi tan perdido como usted. Si me quedo más tiempo quizás empiece a susurrarle al oído cosas que la incomoden.

Casi sin tiempo de tomar aire, la sombra de ella se agrandó sobre él y su boca chocó con la suya. La lengua de Ángela era suave y caliente y sabía lo que tenía que hacer. Mejías notó cómo su virilidad, comprimida entre el abdomen de ambos, enviaba apremiantes avisos para quedarse a vivir allí. Los bucles naranjas se desparramaron alrededor de su cuello, cubriéndole las clavículas mientras la oscuridad se hacía un poco más placentera. Demasiado pronto, Ángela se irguió de nuevo, como una diosa, para ponerse en pie.

—Tiene mi número por si recuerda algo más —dijo la heredera.

Mejías se levantó con torpeza, como un muñeco al que se le está acabando la cuerda. Permaneció en silencio.

—¿Se ha quedado mudo? Quizás ahora quiera susurrarme cosas al oído.

Mejías contempló a la mujer enfundada en la húmeda *lycra* negra; alta, firme y fuerte. Las manos sobre sus caderas, una pierna flexionada en actitud arrogante. Mejías se miró los pies descalzos, el bañador descolorido y la trémula erección que todavía alzaba la tela, añorando el contacto del cuerpo anhelado. Se giró sin responder y, antes de encaminarse hacia la salida, golpeó con la mano abierta la nalga húmeda de la mujer, que resonó como un disparo en el techo de la piscina,

acompañado por un breve gemido femenino.

Cuando llegó hasta su ojiplática ayudante, aún estaba sonriendo.

—¿Qué cree que estaba haciendo? —preguntó Berta, con visible mal humor, buscando la salida de *BiblioGym*.

Mejías ni siquiera se había cambiado de ropa. Aún llevaba el bañador mojado y rampante bajo la gabardina, que había recogido con presteza de los vestuarios.

—Hablamos de darte tiempo. Creo que ha funcionado.

—¿Funcionado, dice? Eso será si nos dejan salir de aquí. —La joven agitaba sus brazos como un colibrí perezoso—. ¿Se ha fijado en la pinta que tiene usted? ¿Sabe lo que parece?

Mejías se detuvo en el pasillo, goteando agua, y se miró en uno de los múltiples espejos. Llevaba los zapatos negros sin calcetines, que dejaban ver el vello abundante de sus espinillas. La gabardina presentaba una mancha de humedad donde la tela se levantaba a la altura del bajo vientre. Debajo iba sin camisa, y la prenda entreabierta mostraba su piel pálida. El resto de su ropa lo transportaba en una bolsa de plástico de supermercado, hecha una pelota. Y había una chica de veinte años a su lado, con gesto ceñudo y enfadado.

—No sé. —Se volvió hacia Berta frunciendo los labios—. Yo creo que voy bien.

Berta puso los ojos en blanco y arrastró al detective del brazo. Antes de llegar al *hall* se toparon con el apuesto Magnus, cuya sonrisa se esfumó al ver la indumentaria de Mejías y el reguero de agua que depositaba sobre el *parquet* de diseño.

—Perdón, ¿puedo ayudarles? —preguntó la deidad escandinava.

Berta iba a hablar, pero su jefe fue más rápido.

—Es lo que tienen los bañadores viejos, que aprietan demasiado. —Se abrió la gabardina para descubrir la pequeña tienda de campaña empapada y descolorida—. Compraré algo más apropiado y volveremos. Descuide, ya le llamo yo.

Berta obligó a Mejías a cubrirse y tiró de su manga, mascullando maldiciones impropias de una joven universitaria. No se quedaron a admirar la estupefacción del fornido nórdico ni escucharon su diálogo con la recepcionista de gafas de pasta, que se encogió de hombros por toda explicación. Cómo iba ella a enterarse: estaba leyendo un libro.

En el coche, Berta no abrió la boca hasta que hubieron puesto una buena distancia con el club.

—Nunca va a cambiar, ¿verdad?

—Ya me conoces.

—Usted no se da cuenta de lo poco que ha faltado. Y esa pájara que tenía encima me ha visto.

—No llates así a la futura señora Mejías. ¿Has visto lo bien que nos llevamos?

—Es usted increíble.

—Abusas demasiado de esa expresión, ¿sabes? —La sonrisa del detective era condescendiente—. ¿Tuviste problemas con el candado?

—Me quemé un par de veces, pero descubrí algo que le va a encantar. La carpeta que Fidel le entregó a de esa zorróna contiene información sobre usted. Anuncios de otras agencias de detectives, opiniones de sus colegas, anotaciones del Rey Arturo y un par de recibos. Hay un listado detallado de sus pesquisas en los últimos días. ¿Qué le parece? He hecho fotografías de todo. Cuando lo descargue en el ordenador lo verá.

—Es un escándalo. —El bañador empapaba la tapicería del Triumph—. Deberíamos ir corriendo a la policía.

—Cuando lo sepa todo no será tan sarcástico. Registré la mochila de su amiguita y encontré en su cartera algo interesante. Una tarjeta del Dr. Martínez de la clínica Cubells, otra de su amigo el anticuario Garrido; por último una muy vieja, de *Paraíso Azahar*. Y una fotografía. Una copia de la que dejaron encima de su mesa hace días. Todo eso lo tenía ella desde vaya a saber cuánto tiempo.

Mejías miró por la ventanilla, contemplando los coches de la autovía que les rodeaban. Algunos ocupantes señalaban la curiosa forma del Triumph.

—¿No dice nada? —preguntó la chica.

Enfilaron la entrada de la ciudad y Berta gestionó con solvencia los semáforos hasta el centro. Al llegar a la calle de la Paz, se apartó hacia el carril del autobús para que el detective se apeara del vehículo. Mejías se quedó de pie en la acera, mirando hacia dentro, con la puerta del Triumph aún abierta.

—Ella me dijo que jamás había visto esa fotografía.

—Pues mintió. ¿Quiere ver los datos de la cámara? Busco aparcamiento donde sea y compro un par de cartuchos para la impresora, he hecho bastantes fotos.

El detective miró hacia el fondo de la calle. Parecía no estar escuchando.

—¿Prefiere que venga mañana? —insistió Berta.

Mejías cerró con un portazo y desapareció por la calle lateral.

—¿Qué crees que va a pasar ahora, eh? La has cagado, y no tengo ni idea de cómo tienes vergüenza para seguir ahí de pie hablando por el maldito teléfono. Dentro de muy poco estarán sobre ti, lo sabrán todo, descubrirán nuestro escondite. Nos has puesto en peligro, ¿me oyes? Si me entero de otra torpeza más se acabó, si me entero de lo más mínimo lo cancelo todo, ¿entiendes?

La rabia se le acumula en las comisuras de los labios.

—No me hables de cabos sueltos. Si tienes que hacer algo, hazlo. No quiero conocer tus métodos, pero no atraigas a la policía. ¿Qué hubiera pasado si te hubieras roto un brazo o no hubieras podido sacar el coche de ahí, eh? Dímelo, dímelo, por favor, te estoy escuchando.

Su rostro es severo, duro, una piedra donde afilar su furia.

—No me conoces nada en absoluto. Y no se te ocurra dejar el coche en el taller, es suficiente con que arranque. Dentro de unos días no nos hará falta.

La respuesta hace que vibre su mandíbula, la línea de su frente se vuelve trémula e inestable. Nota un picor que asciende por sus manos, uno de sus pies pisa al otro, se gira hacia un lado, se vuelve hacia el espejo sin moverse de la misma baldosa.

—No te atrevas a hablarme así.

Lo ha dicho en voz baja aunque agresiva, un inútil intento de controlar la ira que desata su garganta conforme las frases arrecian al otro lado.

—Hay demasiado en juego. ¡Escúchame!

Ambos están enfurecidos con el otro, con el caso, con los pequeños obstáculos que lo están complicando. Se encuentran al borde del desastre y solo quiere gritar, mandarlo todo al lugar de donde no debió salir.

—¡Escúchame! ¡Escúchame!

Solo el tono continuo le responde.

—¡Maldito seas!

Golpea el auricular contra el espejo y lo rompe en mil pedazos. Dentro del óvalo destrozado solo permanece una forma irregular que le devuelve el reflejo de sus ojeras enrojecidas, bajo unos ojos que podrían derretir el hielo polar.

Ha colgado.

## 17 Impasse

«—Debiste matarme por mi conducta de hace un momento.

—Aún hay tiempo».

*Retorno al pasado, 1947*

**M**ejías pasó media tarde contemplando las paredes de su despacho mientras rumiaba la traición. A sus pies, Zero exigía comida. Bogie permanecía mudo desde el póster de *Casablanca*, sosteniendo su arma a la altura del estómago como si necesitara sacudirse el desconcierto.

La anticuada televisión le devolvió un guiño luminoso. Observó la vieja Westinghouse de veinte pulgadas en blanco y negro, una ganga en el rastro de cuatro años atrás. Las pelis de Bogie se veían mejor allí. Los fogonazos de los nuevos modelos no eran más que burbujeos en la pantalla, pantomimas diseñadas para falsear el estado de las cosas; en nuestro mundo el verde de las ramas no era tan resplandeciente, el azul del mar no poseía ese registro perfecto, o al menos él no era capaz de verlo. La vida era una infinita gradación de estados en blanco y negro, así que él prefería poseer una ventana en esos mismos tonos.

Volvió a repasar los detalles. Recordó a Rosita comentar que aquella niña era diferente a los demás hermanos. Recordó el rencor con el que Ángela citaba a su padre por haberla abandonado entre depredadores. Sobre todo, recordó las pruebas: ella había estado en la clínica Cubells, había hablado con Garrido y eso le había llevado a Rosita. No solo se había convertido en la principal sospechosa; además, los movimientos del detective no eran ningún secreto para ella ni para Fidel, de quien adivinaba una doble lealtad. Como colofón le había mentido sobre la fotografía de la plaza del Ayuntamiento. Y, sin embargo, Mejías se resistía a aceptarlo.

Las horas se solaparon unas sobre otras. La penumbra del despacho se deshizo en la noche y Mejías continuaba vigilando desde su escritorio aquel mundo indescifrable que acechaba al otro lado de su puerta esmerilada, tras las letras de su apellido puestas al revés. Ni siquiera tomó un trago. Desechó decenas de actividades que solía proporcionarle cierta perspectiva: un vaso de Laprhoaig, sus vinilos, redactar un informe, descargarse el ventolín mezclado con soda. Todo parecía inútil y prescindible. En algún momento de la madrugada se durmió sobre su silla y, en la endeble duermevela, le pareció que desde el póster Bogie agitaba sus puños y apretaba los dientes. No te rindas, maldito hijo de puta, creyó entender que le decía. No te rindas.



Le despertó la llegada de su socia. Era domingo, 27 de diciembre, y Berta desafiaba la época de vacaciones acudiendo a la oficina con marcial eficiencia. Podía imaginarla, justo al otro lado de la pared, absorta ante la pantalla de su cacharro: ajustándose las gafas cuando encontrara un dato revelador, frunciendo los labios si las referencias no eran las esperadas. Acudió a su encuentro con una sonrisa de falsa esperanza. No podía decepcionarla.

La chica no había estado ociosa; le mostró las imágenes que tomara de la cartera de Ángela. Leyeron las escrituras de propiedad de los Dugo-Esrich. Intentaron encontrar significado a la enigmática inscripción de la anilla del yaco. Esto último era toda una aventura: podría ser la clave de una taquilla de correos o la combinación de una caja fuerte. Propusieron algún tipo de acrónimo o sigla que escondiera un significado mayor. Por fuerza tenía que ser importante. Cuando alguien entró en su casa e hizo huir al pájaro, el empresario necesitó un detective para recuperarlo. Seguramente Arturo Segundo viera en ese movimiento un indicio de senilidad de su padre, pero aprovechó la oportunidad de acusar a Seb en el mismo tiro. Eso explicaría su insistencia en apartarle del caso una vez deshechas las opciones del *playboy* para hacerse con la compañía.

Mejías había devuelto el pájaro, no la anilla, y era razonable que el anciano pensara que esta había caído en manos peligrosas. De ahí su interés en que Mejías continuara investigando contra la voluntad de su hijo. Aunque resultaba desconcertante que el viejo no pudiera o no quisiera contárselo todo. Aquel secreto era el obstáculo del caso, pero también representaba un atajo para resolver el asunto antes que nadie. Tenían que descubrir el significado oculto tras aquellos cuatro caracteres.

Berta realizó múltiples búsquedas por Internet, pero los ítem «SJ11», «SJ11 Valencia» o «SJ11 Valencia 1931», así como otras numerosas variaciones, condujeron a resultados sin relevancia. SJ11 era el seudónimo de un soltero ucraniano que buscaba novias en un portal de contactos estadounidense, también un perfil de *Facebook* en desuso, un usuario adolescente de *Fotolog*, un modelo de auriculares de alta gama y, además, y esto lo complicaba todo, la abreviatura de cientos de documentos de los tribunales de justicia en Venezuela, lo cual hacía enojosamente farragoso cualquier intento de búsqueda. Decidieron buscar otras variantes, comprobar nombres de personas. Quizás en casa de alguna de ellas se ocultara algo, lo que fuera. Al cabo de otra hora de hipótesis descabelladas y nombres tachados en el cuaderno de Berta, fue ella quien sugirió la posibilidad. ¿Y si SJ11 no fuera una combinación ni una persona? ¿Y si fuera un lugar?

Algo se encendió en los ojos del detective. No es mala idea, Berta, un lugar secreto donde esconder algo secreto, o mejor: un lugar público donde esconder algo secreto. Mejías arrancó de su pared el mapa de la ciudad y con la ayuda de un callejero señalaron las calles que respondían al acrónimo. No eran tantas: San Jacinto, San Javier, y luego las plazas de Santa Julia, San Jerónimo y San Jaume. Todas

contenían el número 11 en ellas.

Berta buscó también por Internet y Mejías salió a la calle para comprobar aquellos lugares uno por uno. De alguna manera sentían que luchaban contra el tiempo; le habían dado mucha ventaja al bando antagonista, y no podrían alcanzarlos a no ser que se pusieran las pilas. Mejías salió disparado con los trozos del mapa flotando en su mano. Prometió llamar a la oficina cada media hora para informar y preguntar por novedades. Berta sugirió que llevara su móvil para no usar las escasas cabinas, pero desistió al advertir la mirada del detective. Ni lo sueñes, decían esos ojos.

Cada hora o cada media, Mejías llamaba al despacho desde un teléfono público para anunciar un nuevo fracaso e interesarse por los progresos de su socia. Berta anotaba en su cuaderno cualquier indicio que hubiera descubierto el detective. En cada nueva llamada, su voz adquiría un matiz más apagado que en la anterior. Así transcurrió el resto de la mañana y el principio de la tarde. Berta encargó una *pizza* que recogió en el portal porque el repartidor se negaba a subir; había oído cosas sobre aquella oficina, comentó el tipo, hurraño. Mejías comió de pie en la barra de un bar cercano a San Jerónimo, presto a terminar el trabajo. La siguiente llamada de teléfono del detective reveló cierta alarma.

—Berta, se nos ha olvidado.

—¿El qué, jefe?

—Rosita de África. Me cago en la leche, nos había citado esta mañana. Con este maldito asunto se me ha pasado completamente, así que más nos vale correr y que hablemos con ella antes de que se olvide de nosotros. La he llamado a su casa pero no coge el teléfono. Nos vemos en el piso de Rosita, en lo que tardes en llegar allí.

A Berta tardó demasiado en llegar. En torno al número cincuenta de la calle Sueca había congregada una multitud de curiosos que desbordaban la acera. La sirena de una ambulancia centelleaba contra las paredes de los edificios y la chica temió que Mejías, que sin duda había llegado antes, hubiera hecho alguna de las suyas.

Iba a preguntar a los peatones de las últimas filas cuando vio emerger la gabardina del detective.

—Se nos han adelantado, Berta —dijo levantándose las solapas.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

—Rosita. La han encontrado muerta este mediodía. Una estufa de butano en mal estado, justo cuando estaba a punto de contarnos algo de sumo interés.

—No creerá que es un asesinato.

—Jovencita, si continúas dormida un día de estos vendrá el hombre del saco y te llevará con él. La gente está dispuesta a todo para proteger sus secretos.

—¿Tiene alguna teoría?

—He llamado a Garrido. Recordarás que Ángela llevaba una tarjeta suya, y que

Rosita había comentado que iba a trasladar unos muebles. Garrido jura que no tiene ni idea, de hecho estaba bastante afectado por la noticia. Le he preguntado por el tipo que le ayuda en las mudanzas; me ha dado su número pero no coge el móvil. El muy cabrón responde a la descripción del mensajero de la clínica Cubells.

—Vaya.

—La cuestión es quién está detrás de ese desgraciado. Arturo Dugo-Escrich sabía que Rosita ocultaba algo. También Ángela. —Su voz tembló al pronunciar ese nombre—. Entremos.

Mejías se acercó al joven uniformado que custodiaba el perímetro. Sin dirigirle la palabra, el detective sacó del bolsillo un papel que agitó ante su cara. El policía, tras calibrar con dudas las ardientes pupilas del detective, les franqueó el paso a ambos. Subieron hasta el piso de Rosita, cuya puerta estaba abierta. En el comedor hallaron a Ezquerro enfundado en su tres cuartos, hablando con otro policía.

—Joder, Mejías —dijo Ezquerro, visiblemente irritado—. ¿Cómo has entrado esta vez? ¿Qué le has enseñado al de abajo, el carnet de la biblioteca o un *ticket* del metro?

—Te juro que no lo sé. —El detective se encogió de hombros—. Lo primero que he pillado.

—Muy divertido. Escucha, Cuéllar. —El subinspector se dirigió al policía—. Quiero al niño de la puerta lejos de mi vista. Ponlo a dirigir el tráfico un par de semanas, a ver si espabila. Menuda chusma tenéis ahora en el cuerpo, aprueban una mierda de oposición y ya se creen policías.

Cuéllar asintió en silencio y se marchó escaleras abajo, tras dirigir una mirada indignada a los recién llegados.

—Os doy tres minutos —les dijo Ezquerro—. Te pegaría una patada en el culo ahora mismo, Mejías, pero no me apetece que montes ninguno de tus numeritos. Así que rápido.

—Ha sido asesinato, Ezquerro, me dan igual las pruebas circunstanciales.

—Pues a mí no, ¿sabes? La espita de la estufa estaba abierta, un pestazo a gas de puta madre. —El subinspector se sujetó la nariz—. Ochenta y cuatro años y problemas de respiración, se quedó dormida tragando metano hasta palmarla. Cuando la han encontrado llevaba al menos diez horas fiambre. Un caso de libro.

—Precisamente por eso no encaja.

Ezquerro se llevó la mano a la sien, como si la hubiera levantado para golpear detective pero se lo hubiera pensado mejor.

—¿Pero tú qué mierda haces aquí? —gritó, incapaz de contenerse—. Ya te dije que perdiste tu caso.

—Estoy donde no debería, lo mismo que tú. —Sostuvo la mirada sobre el bigote enemigo—. Algo sé de jurisdicciones y competencias. Lo mismo quieres tener a alguien informado.

Ezquerro se irguió muy tieso, el bigote tembló un poco, como si masticara.

—Tienes ganas de problemas.

Otro policía se acercó a hablar con Ezquerro y Mejías aprovechó para comprobar la estufa. La espita permanecía abierta, y la superficie del quemador estaba helada. En el piso se confundían las pisadas de los policías.

—Tres minutos —dijo con voz seca el subinspector—. Ya os podéis largar.

—Dices que ya no trabajo para los Dugo-Escrich, pero yo no sé para quién trabajáis tú y Ramírez.

—Para los jodidos ciudadanos —contestó Ezquerro, exhibiendo sus dientes irregulares.

—Seguro que por mucho que busque ya lo habrás visto todo.

—Exacto, así que saca tu culo de aquí y el de tu amiga. Si quieres llamo a un par de polis para que te ayuden.

Cuando bajaron a la calle Berta bufaba con indignación.

—Dijo que iban a ayudarle varios policías a sacar mi trasero. ¿No me estaría llamando gorda, verdad? —dijo, y Mejías no pudo evitar la carcajada mientras golpeaba amistosamente el hombro de la joven.

Se sentaron en una cafetería cercana, que mezclaba libros y restauración en Ruzafa, cerca del mercado. Mejías permanecía en silencio mientras estrujaba con fruición el lóbulo de su oreja derecha.

—¿Cree que Ezquerro tiene algo que ver? —dijo Berta, limpiándose restos de tortilla con una servilleta.

—No estoy seguro. Si lo envía Ramírez, y a este a su vez Arturo Segundo, es por que le acojona que el testamento de su padre lo deje con el culo al aire.

—Vuelva a hablar con el Rey Arturo. Al fin y al cabo es quien le contrató.

—Cada vez que lo intento Fidel me dice que no puede recibirme. Y cuando lo ha hecho me habla entre acertijos. Y Ángela nos ha mentido.

Dejó la magdalena sobre el plato y se miró las manos. Berta asentía frente a él.

—Mmm. Fidel no le deja hablar con el Rey Arturo y está compinchado con Ángela —dijo la chica por encima de su té—. A ella le habló usted ayer de Rosita. Esta misma noche ocurre un accidente... No puede ser casualidad.

Mejías entrecerró los ojos.

—Y Seb, no podemos descartarlo —el detective suspiró—. Hay alguien más implicado, alguien conectado con el misterioso mensajero.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Seguimos a Ángela o a Arturo Segundo? ¿Nos entrevistamos con Seb?

—No podemos seguir dando palos de ciego, se nos nota demasiado. Ya hemos hablado con todos. Hemos agotado las pruebas.

Berta carraspeó.

—Tenemos los datos que recopilé antes de Navidad, los referentes al mensajero.

—No tiene sentido verlo otra vez —dijo Mejías, mientras Berta torcía los labios, decepcionada—. Debemos adelantarnos a los acontecimientos. Si tuviéramos... ¿Qué averiguaste de nuestras iniciales?

—¿SJ11? Usted ha recorrido las calles con esa nomenclatura. La idea era buena pero en la práctica ha sido tiempo perdido. He rastreado a propietarios e inquilinos y no existe ninguna conexión con el caso. No es fácil, jefe. Hemos investigado todos esos santos y no hemos encontrado nada.

—¿Qué has dicho?

—Quiero decir que hemos registrado las calles con esos nombres de santos sin resultado y...

—Esos santos. —Los pómulos del detective se alzaron ligeramente mientras sus pupilas se dilataban—. Tiene que ser eso.

—¿De qué está hablando?

Mejías se levantó rápidamente y se puso la gabardina.

—Nos vamos a casa de un amigo. Por el camino necesito pensar, intenta no distraerme. Y ya que te empeñas, paga la merienda, no seas tacaña.

Para llegar a casa de Manuel condujeron hasta el extrarradio. Nazaret era un humilde barrio junto al puerto donde trabajadores, marginados y extranjeros sin papeles trataban de sobrevivir en la ciudad. El hogar del gitano se encontraba entre dos plantas bajas abandonadas y casi derruidas, cerca de la línea de costa.

Cuando llamaron, un rostro menudo apareció por la rendija entreabierta. Pablito los condujo a través de un patio invadido por vegetación descuidada, entre la que identificaron un carro con los desechos del rastro de aquella mañana. En el salón desierto encontraron a Manuel, reparando un taladro eléctrico que había desmontado sobre la mesa.

—Hombre, Mejías. No te he visto en todo el día, truhán.

El detective palmeó su hombro con un vago gesto de culpabilidad.

—Te presento a mi ayudante, socia y chófer, doña Berta Valero, la mujer pantera. Eidética, periodista y mecanógrafa.

Manuel sonrió sin entender aquellas palabras. Tendió una mano grasienta que retiró de inmediato para limpiársela en un trapo aún más sucio. Luego sujetó la palma indecisa de la chica con las puntas de los dedos, como si sostuviera una taza de porcelana. Berta deseó con firmeza que no la besara.

—Señorita Doña Berta Valero, es un placer. —Realizó una torpe reverencia que estuvo a punto de terminar con ambos en el suelo—. Los socios de Mejías son mis socios también. A sus pies.

—Encantada, Manuel —dijo ella—. Y con Berta es suficiente.

Manuel les mostró unas sillas maltrechas y los tres se sentaron en torno al taladro desmembrado.

—¿Queréis algo de beber? —El gitano parecía encantado con la visita—. Pablito, vuelca la garrafa del patio a ver si queda algo.

Mejías negó con la cabeza.

—¿No será aquello que destilas con patatas? Todavía se me menea la úlcera al recordarlo —dijo el detective—. Venimos a hablar, no a beber.

—La cosa es seria entonces.

—Tú conoces bien la historia del rastro antiguo, Manuel.

—Los buenos tiempos de buhoneros en la plaza Nápoles y Sicilia. Cómo olvidarlos.

—Me refiero a más atrás. El rastro no estuvo siempre en Mestalla, ni en Nápoles y Sicilia.

—Desde luego. Hubo más lugares, sobre todo en los noventa, cuando no sabíamos dónde plantar el huevo. Que si cerca de la calle Quevedo, que si una explanada por Campanar, en fin, un desastre.

Mejías se volvió para guiñarle el ojo a Berta.

—Se trata de los años treinta —continuó el detective.

—Entiendo. —Manuel parecía no entender nada, pero se rascó ruidosamente tras la oreja—. Déjame pensar. Por entonces, el rastro era parte del mercado. Ya sabes, habían construido el Mercado Central para incluir dentro las pequeñas tiendas de la plaza.

Manuel se golpeó el muslo con la palma abierta, antes de desaparecer en las penumbras de la vivienda. Regresó con un cajón claveteado de paneles descoloridos, en cuyo interior despuntaban numerosas fotografías antiguas. Tras buscar entre ellas, extrajo una postal que entregó al detective.

La instantánea tenía un tono sepia sucio, jaspeado por pequeñas manchas oscuras, y estaba tomada desde algún punto elevado sobre la plaza del Mercado. A la derecha quedaba la fachada de la Lonja; en la acera contraria destacaba la iglesia de los Santos Juanes junto al solar del futuro Mercado Central. Una techumbre de madera en la plaza alojaba numerosos tenderetes de diversas procedencias. Rodeando el entarimado o adosados a las fachadas colindantes se desperdigaban innumerables tiendecillas provistas de pequeños toldos y mesas. Valencianos de otros tiempos, con sayos negros y pañuelos o gorras sobre la cabeza, curioseaban entre los mercaderes. En una esquina de la imagen podía leerse la anticuada grafía: «Valencia-Plaza del Mercado-1915».

—Ahí está —anunció Mejías con satisfacción.

—¿El qué? —preguntó Berta, impaciente—. No veo nada.

—Manuel —prosiguió el detective—. Aquí empezó el rastro, ¿verdad?

El gitano se encogió de hombros, como si aquello no tuviera nada de particular.

—Bueno, sí. El Mercado Central lo construyeron en los veinte, para sustituir esa estructura de madera que no daba abasto. Algunas tienduchas de alrededor permanecieron allí, aunque cuando acabó la guerra civil solo quedaba lo que se llamó

el pasaje de San Juan, una callecita entre la iglesia y el mercado.

Barajó de nuevo los desgastados rectángulos del cajón de madera, hasta encontrar el que buscaba. Se trataba de una postal manuscrita en un lateral, con un sello de diez céntimos de peseta junto a la leyenda «Valencia-El Rastro de los Santos Juanes». La imagen mostraba la calle adoquinada entre el Mercado Central y el lateral de la iglesia. Los puestecillos se apretaban ante las paredes ante la Lonja, cuyas ventanas góticas destacaban al fondo.

—Esto será de principios de los cuarenta. Quedaban pocos puestos sueltos. Aguantaron como pudieron hasta que, te estoy hablando de bien entrados los sesenta, la cosa se pasó a Nápoles y Sicilia. Luego fue cuando...

—Para el carro, Manuel. Lo que me interesan son las casillas de la iglesia.

Manuel lo contempló confundido. No estaba acostumbrado a consultas sobre buhonerías olvidadas.

—Te refieres a las covachelas de los Santos Juanes.

Mejías ensanchó una sonrisa. Cerró los ojos y asintió, con cara de conejo feliz.

—Continúa.

—También les llamaban *les covetes*, o *els porxets*. Eran, bueno, son unas tienduchas excavadas en el pódium trasero de la Iglesia de los Santos Juanes.

Berta intervino.

—¿Se refiere a esas puertecillas cerradas que hay bajo la iglesia, frente a La Lonja? Pensaba que eran refugios de la guerra, o algo más reciente.

Manuel meneó la cabeza.

—Cualquier valenciano sabe dónde están, aunque pocos conocen su historia —continuó, feliz por compartir sus conocimientos—. Se construyeron hace trescientos años, cuando la reforma final de la iglesia. Con las desamortizaciones se vendieron y terminaron ocupadas por chamarileros y hojalateros que vendían allí su mercancía. Formaron parte del rastro hasta que en los setenta, si no me acuerdo mal, se tapió la última. Ahora se intenta recuperar ese patrimonio y han devuelto alguna a la parroquia.

Mejías se giró con complicidad hacia su socia, que pateaba el suelo con impaciencia.

—No sé adónde nos lleva esto —dijo Berta.

—Menuda decepción, periodista. Dame la documentación que me enseñaste esta mañana.

La joven sacó de su bolso un puñado de papeles cogidos con un clip. Mejías los estudió mientras hablaba.

—Mira, Berta, en este oficio no hay tantas cosas que aprender: una es beber *whisky*, otra ser atrevido, también conocer la paciencia. Vivir agazapado entre las pistas, esperando que alguna asome la patita y se delate ella sola.

—Muy interesante —expresó Berta con aburrimiento.

—Sobre todo es necesaria la memoria. Los datos están siempre ahí. Si esto fuera

una novela, sería sencillo resolver el caso. El problema es que el lector no apunta lo que lee, ni marca las páginas con colores, no lo recuerda todo; sigue hacia delante esperando que el impulso de la historia le conduzca a la resolución del misterio. Pero en la vida real, Berta, se nos escapan los hechos como los malos corren al ver a la policía.

Berta se cruzó de brazos sobre la mesa de mimbre.

—¿Y qué tendría que recordar en este momento?

—Volvamos a nuestra fotografía de la plaza del Ayuntamiento.

—Nos condujo a Ernesto y al tipo que nos echó de la carretera en la Calderona. ¿Qué más podemos sacar de ahí?

—Hay al menos dos copias de esa fotografía: ambas portan un mensaje común, pero el intruso que entró en casa del Rey Arturo añadió una amenaza que aún no comprendemos. Es la copia que tiene la policía. Tampoco sabemos quién dejó en mi escritorio la otra copia, pero apostaría a que ambas fueron, hace ochenta años, el regalo de una mujer para sus dos amigos, los que aparecen en la foto. Un regalo de aquella joven vestida de república de la que tan poco sabemos: Esperanza, la hija del tendero.

—Tendero exactamente, no.

—Cierto, según la información que has sacado de la Cámara de Comercio sabemos que su padre, Daniel Lluch, era chatarrero en el mercado.

—Siga.

—Daniel Lluch, el padre de Esperanza, recogía metal de desecho para hacer ollas o lo que fuera y lo guardaba en su puesto del mercado. Otros empujaban un carro con lonas para esquivar el sol, pero él poseía una propiedad. Además era un hombre mezquino, según Rosita. Ambicioso. Se creía en posición de casar a su hija con alguien mejor. ¿Comprendes?

Berta le miraba, aturdida. Manuel, a su lado, se mordía las uñas como si esperase el final de un filme de acción. Pablito se había marchado en busca de un entretenimiento mejor.

—Me parece una hipótesis arriesgada —asintió Berta—. Sucedió hace mucho tiempo.

—Precisamente —contestó Mejías—. Desde el principio he subestimado el valor del pasado en nuestro caso, y así nos ha ido. Creímos que se trataba de la herencia del Rey Arturo y nos equivocamos, Berta. O, al menos, no de la herencia que esperábamos. ¿Sabes dónde se encontraba el establecimiento del chatarrero?

—Debió cerrar hace mucho.

—Fue en la posguerra y, tras su muerte, la propiedad pasó a su única hija.

—Pero Esperanza había muerto antes.

—Tenía un legítimo heredero. Su marido, Arturo Dugo-Esrich. —Sacó una fotocopia—. Aquí están las propiedades del Rey Arturo. Hay un legajo de 1955, donde Arturo Dugo-Esrich hereda una propiedad en la plaza del Mercado.



—¿Y eso qué tiene que ver?

—Se refiere a una de las covachuelas de los Santos Juanes, entre los números diez y doce. —Sonrió triunfalmente, dejando una pausa solemne—. O, según la clave comercial, SJ11.

Berta le arrebató el papel de un manotazo. Tras leerlo alzó la cabeza y miró al detective con la boca abierta. Manuel se levantó de su asiento como hacen en Mestalla al cantar un gol pero se quedó allí congelado, con los brazos en alto y la boca abierta silenciando el grito, sin saber muy bien qué celebrar, aunque igualmente emocionado.

—Esos eran los santos que debíamos buscar, los Santos Juanes —sentenció Mejías—. El lugar donde los Dugo-Escrich celebran todos sus actos religiosos.

—¿Y qué hay allí? —acertó a preguntar Berta.

—No tengo ni idea —sonrió Mejías—, pero lo averiguaremos.

—¿Averiguaremos el qué?

—Berta, si repites todo lo que digo acabarás pareciendo tonta. Vamos a entrar allí, en la covachuela número 11, Plaza del Mercado.

Berta se levantó de la silla mientras se sentaba Manuel. El gitano había comprobado que nadie más celebraba el gol, aunque seguía atento al árbitro. La chica vaciló, se tambaleó hacia un lado, ensayó un gesto con los brazos. Al final, impotente, permaneció de pie frente al detective, atravesando una mirada de bulldog que no daba nada de miedo.

—De todas sus ideas descabelladas esta es la peor de todas —dijo atropelladamente—. Habla de entrar en un monumento nacional en pleno centro de Valencia.

—Es el mejor escondite, ¿verdad? Pasan cientos de personas cada día por allí, cualquiera puede apoyarse en esas paredes y, sin embargo, están selladas. Además, por alguna razón, esa iglesia obsesiona al Rey Arturo. —Se dirigió al gitano—. Manuel, ¿cómo son esas covachuelas?

Manuel reflexionó en silencio.

—Bueno, cada una está de su padre y de su madre —dijo al fin, y se rascó la cabeza. El esfuerzo de pensar le resultaba costoso—. Algunas están tapiadas con ladrillos, otras tienen las puertas atadas con candados que ya no se abrirán. Hasta una de ellas está reformada, y se usa en fiestas. Puedo mandar a Pablito a echar un vistazo por allí.

—Hazlo. Nosotros prepararemos los detalles. Mañana temprano deberíamos dar el golpe, aprovechando las vacaciones. Algo me dice que todo el mundo se está dando prisa salvo nosotros. Estaría bien que les cogiéramos la delantera para variar.

La joven levantó la mano, como una respetuosa alumna en clase de EGB, de las de antes.

—No querrá decir... ¿Pretende entrar a plena luz del día?

—Berta, tengo un plan. Siempre tengo uno.

—Tranquilícese, señorita. —Manuel apoyó una mano callosa sobre el hombro de la joven. Parecía un misionero sembrando paciencia entre su parroquia—. Si Mejías ha pensado en ello, puede hacerse.

Berta miró alrededor, un poco agobiada.

—¿Tendrá algo del licor que mencionó antes? Creo que voy a necesitarlo.

## 18 Todo al revés

«—Dijiste que el mundo era malo y que no podíamos huir de su maldad y tenías razón, pero creías que podríamos luchar contra ella. No, debemos negociar con la maldad, pactar con ella. La maldad ha negociado contigo y ha impuesto sus condiciones.

—Se puede luchar, pero de qué sirve. Adiós.

—¿Quieres decir que es imposible ganar?

—Sí, es imposible. Saluda a la línea del horizonte.

—Tampoco podemos perder, si abandonamos.

—¿Y tú no piensas perder?

—Esta vez no».

*La dama de Shanghai, 1947*

—¿**S**eguro que vamos a hacerlo? —dijo Berta, encogiéndose por el frío.

—Si se te ocurre una manera mejor, adelante.

—Hágale caso a Mejías, que es un profesioná.

Formaban un trío sugerente, apiñados en la escalera lateral de la Lonja a esas horas tempranas, como turistas despistados. Hacía rato que habían dado las siete y media y los faros del tráfico horadaban la niebla nocturna. Junto a ellos, la desvencijada carretilla cubierta con una lona componía una figura sospechosa.

Iban vestidos para la ocasión, disfrazados como personajes de una disparatada comedia laboral. Manuel lucía un mono gris salpicado de pintura blanca, sin que a primera vista pudiera adivinarse cuál era el color original de la prenda. Le quedaba tres tallas grande y se lo recogía por la cintura con una cuerda de esparto. Solo gracias a la insistencia de Berta desechó un pañuelo de cuatro nudos sobre la cabeza, y en su lugar se acomodó un casco tapándole las greñas, que repartía desigualmente sobre sus hombros con el orgullo de galones.

Los otros llevaban el yelmo profesional en la mano, conscientes de que al colocárselo el telón subiría hasta el incierto final de la función. Berta vestía su traje

chaqueta cruzado, Mejías había sido muy explícito en ese punto, aunque la muchacha puso los ojos en blanco cuando repitió lo que debía hacer. Comprobó su carpeta, llena de inútiles documentos proporcionados por el detective. Atrezo, le había repetido, el atrezo lo es todo. Como las gorras de los vigilantes callejeros o los carnets del FBI, el atrezo te abre todas las puertas, cuando la gente lo ve no quiere preocuparse de nada más. Esta vez Berta había contenido sus ganas de soltarle un bofetón.

Mejías usaba algunas prendas desenterradas de su archivo, como botas de suela reforzada y peto de trabajo en distintas tonalidades de verde, según la intensidad de las manchas acumuladas. Al cinto destacaba la incompleta cartuchera de herramientas y en un lado de la boca se había encajado un cigarrillo de chocolate, que según él le daba un aire más chusquero. La gabardina se queda, había dicho, y Berta notó un mareo que la balanceaba sobre sus inusuales zapatos de tacón. En aquel momento deseó estar acostada en su propia cama, soñando que era la ayudante de un detective loco que dictaba órdenes descabelladas antes del espantoso final. Porque una cosa así no podía terminar bien.

La joven miró hacia el otro lado de la calle buscando a Pablito. El hijo mayor de Manuel se había unido a la expedición como explorador y vigía. Tiene vista de halcón y piernas rápidas, había dicho su orgulloso progenitor. Y once años mal llevados, pensó Berta. Pablito debía apostarse junto a la entrada lateral del Mercado Central, donde hacía esquina un puesto de enseres metálicos con paelleras colgadas como gongs falleros. Cuando pudo distinguir al niño tras la estela de un camión de reparto, este tropezó con su mirada. Después de dudar unos segundos, extendió en su dirección una mano con el pulgar hacia arriba.

—Muy discreto, el chaval —refunfuñó Berta—. Va para policía secreta.

Manuel no apreció el sarcasmo.

—Como me descuide, un día se hará poli de verdad. Se entrena en el rastro: que si cuidado con la pasma, que si cuidado con las bandas rumanas, que si cuidado con los clientes. Un agente del orden gitano, eso sería digno de verse.

Mejías tragó saliva y se sacó el cigarrillo falso de la boca.

—Cuando den las ocho empezamos.

—Fetén —confirmó Manuel.

Berta miraba indecisa a Pablito. También a la calle por la que aún podría huir, estaba segura, en menos de lo que costaba imaginarlo.

—Sigo pensando que no es una buena idea —musitó débilmente.

—Tenga usted confianza en Mejías.

—No me llames de usted, Manuel, que tengo veinte años, coñe.

—Es pa meterme en situación. —Se explicó el gitano, rascándose las patillas—. A la señora aparejadora hay que dirigirse con educación, ¿verdad Mejías?

—Verdad, Manuel. Pero no te pases de listo con ese acento andaluz, que sabemos que eres de Paterna. —Echó un ojo a la carretilla—. Si hasta llevarás ahí una guitarra.

El gitano se inquietó un poco.

—¿Hacía falta una guitarra? No logro recordarlo. Puedo enviar a Pablito para que nos traiga una de casa.

—Estupendo —apuntó Berta—, así yo aprovecho y me voy a repasar los exámenes de junio, que habrá que hacerlo con tiempo.

—De aquí no se va nadie —espetó Mejías secamente—. Tenemos una misión y vamos a cumplirla. A ver, Manuel, ¿has traído las herramientas?

—Llevo bastante material, aunque hay algunas estropeadas.

—Si funciona la que necesitamos será suficiente. ¿Están claras vuestras posiciones iniciales?

Asintieron los otros dos: la joven con desgana; el gitano un poco disperso, asimilando el significado de palabras levemente familiares.

—Ceñíos al plan y todo saldrá bien. Ya son las ocho, Pablito confirma que está despejado. Allá vamos.

El detective fue el primero en cruzar hasta la iglesia, por el recorrido más directo. Le seguía el gitano, empujando la inestable carretilla y por último Berta, que cerraba el grupo con una raya irregular sobre los ojos. Caminaron entre los escasos viandantes y, antes de alcanzar la acera del templo, pasaron junto a Pablito, que les saludó con una sonrisa entusiasta.

La Iglesia de los Santos Juanes arrancaba un metro y medio sobre el nivel del asfalto, desde un pódium rectangular al que se accedía por medio de una escalera. El objetivo de su misión estaba cercado por vallas metálicas plantadas sobre dados de hormigón. Un cartel publicitario anunciaba la inversión realizada por la Administración para reparar el pavimento.

Mejías sonrió con satisfacción.

—Si es que no hay como aprovechar el atrezo.

—¿Está seguro de que nadie vendrá hoy a esta obra? —dijo Berta, observando a los ciudadanos que pasaban junto a las vallas.

—Completamente —asintió Mejías—. Lleva parada tres meses por falta de pago. Está la ciudadanía que trina.

Berta rezongó de nuevo, y la raya sobre sus gafas vibró como una cuerda demasiado tensa.

—¿Tres meses? —Casi chilló—. ¿Y espera que la policía nos deje ir de rositas cuando nos descubran?

—Berta, deja de poner pegas, vas a desmoralizarme a las tropas. —Miró significativamente a Manuel—. Querías ser mi socia, pues ser mi socia significa esto. Regla número dieciséis: Si tú no me fallas, yo tampoco lo haré.

—Entiéndame, jefe. Estamos a trescientos metros del Ayuntamiento o de la Catedral, es de locos.

—Si todo va bien para mediodía habremos acabado. —Mejías le guiñó un ojo—. ¿De acuerdo?

La joven asintió, resignada.

—Nos dará tiempo a almorzar, ¿verdad? —intervino Manuel—. El chaval no ha desayunado y yo siempre tengo hambre. Así, en general.

La acera presentaba la solera de cemento al aire, ya que el nuevo pavimento había sido robado o bien nunca llegó a su destino. Los escombros se amontonaban en un contenedor trapezoidal apoyado al borde de la carretera, dentro de aquel cercado provisional.

Retiraron las lonas que cubrían las covachuelas. El frontal de aquel pódium tenía catorce aberturas en la piedra, festoneadas con malas hierbas que le proporcionaban algo de color. En su mayoría presentaban dos o tres escalones esculpidos hacia abajo en el suelo para facilitar el acceso, por lo que un hombre agachado podía entrar sin muchas dificultades. Como había anunciado Manuel, la mayoría se encontraba tapiadas con cemento, hormigón o ladrillos de antigüedad indeterminada; otras exhibían puertas dobles de metal o madera conglomerada, aseguradas con candados y cadenas de acero. En una podía leerse «ROYCE», en las letras que remataban el cierre. Solo un par de aberturas contiguas, que compartían espacio en el interior, sugerían un uso contemporáneo.

Más allá se encontraba la reja y la escalera que conducía a la parte superior del pódium, techo de las covachuelas, y a la propia entrada trasera de la iglesia. Al otro lado, la pared torcía hacia el norte y presentaba otras cuatro entradas tapiadas.

Algunas de las covachuelas estaban numeradas sobre la loza pintada de azul. La número once apenas podía leerse. Berta y Mejías comentaron deprisa sus dudas, divididos entre la urgencia del detective y el pesimismo de la chica. Manuel no entendía tales sutilezas. Sobre la solera desnuda desplegó una destartalada panoplia del oficio: cortafríos, formones, plumadas, piedras de afilar, limas, arcos de sierra, cepillos de carpintero, sacabocados, granetes, llanas y paletines, badanas, destornilladores, llaves grifas, escoplos y una docena de máquinas de taladrar de innombrable procedencia. El gitano montó en la farola cercana una toma de corriente con la destreza que infunde la práctica y comenzó a probar sus herramientas. Quedó satisfecho con la más grande de ellas, que exhibió orgulloso.

—¿Sabes usarla? —quiso saber Berta.

—Esto es una rocosa —asintió Manuel—. Atraviesa ladrillo y cemento donde el resto de brocas fracasarían. ¿Por dónde empiezo, jefe?

—Bien —dijo Mejías—. No conocemos el grosor de la pared ni podemos hacer demasiado ruido, así que realizarás varias perforaciones en círculo, un círculo tan grande como para que una persona quepa por él. Si todo va bien, luego lo golpearemos con el marro hasta que se venga abajo.

—Eso si no acabamos en comisaría, que es lo más probable —terció Berta con fastidio.

Mejías la reprendió en silencio. No habíamos hablado ya esto, parecía decir.

—Todos a sus puestos. Manuel, dale caña. Pablito, vete a la esquina del mercado y vigila. Y no vuelvas a meterte a comprar golosinas, que te he visto antes. Berta,

quédate por aquí como si esto te interesara. Te Jota, al tejado.

—¿Cómo dice? —exclamó la chica.

—Es un modo de hablar, demonios. —Se volvió hacia el gitano—. Yo ayudaré a Manuel. Avísanos si viene alguien, que no puedo estar en todo.

El sonido del taladro era insoportable. Toda la pared vibraba y Berta miraba una y otra vez hacia donde Manuel aplicaba la rocosa. De cada orificio salía un polvo gris que se suspendía sobre sus cabezas y que luego pasaba al tráfico circundante, como una chimenea traviesa y chivata.

La primera visita la recibieron tras quince minutos de perforaciones. Les alertó un sonido de cadenas en la reja, manipuladas desde el interior del recinto sagrado por un hombre en la cincuentena, con aspecto de funcionario en paños negros y alzacuello. Se frotaba las manos mientras movía su boca sin sonidos audibles ante el estruendo, como un ventrilocuo incompetente. Berta tiró de la oreja del gitano, sacándole de su extasiada perforación.

—¿Ya paramos para almorzar? —dijo Manuel apenas detuvo el rotor.

Mejías bloqueó al párroco la visión de sus avances mientras Berta cubría el destrozo con restos de lona.

—Disculpe, padre —oyó decir a Mejías—. Me temo que no le he oído.

El sacerdote miró severamente la gabardina del detective antes de regresar a su afable sonrisa.

—Les decía que estoy sorprendido de que regresen al trabajo después de, bueno, de los pequeños desajustes financieros con el Ayuntamiento. Ya saben que nosotros hemos presionado lo que hemos podido.

—¿Cómo dice?

—Entendemos que no continuaran su actividad sin asegurar el cobro. Se trata de un derecho sagrado, si me permiten la licencia. —Hizo un vago gesto hacia las vallas—. Pero nosotros somos los primeros interesados en que esto desaparezca cuanto antes.

Mejías se hizo cargo de las tribulaciones del párroco.

—No se preocupe, terminaremos la obrita lo antes posible.

—¿El resto del personal vendrá hoy? Veo que son pocos.

Mejías se tocaba el lóbulo de la oreja. Una cosa era trazar un plan descabellado y otra muy distinta prever todos los imponderables.

—Verá, de momento somos nosotros. —Guiñó un ojo—. Una avanzadilla.

La cara del párroco traslucía desconfianza.

—A usted no le conozco, y he pasado por aquí varios días para bendecir a los muchachos y asegurarme de que no hubiera daños. —Estiró el cuello por encima del hombro del detective, en busca del resto de trabajadores—. ¿No está con ustedes Nicasio, el encargado?

El detective alzó las cejas hacia el campanario en busca de inspiración. Manuel percibió que algo no iba bien y se apresuró a intervenir. Apartó a Mejías y miró al sacerdote con ojos de gato abandonado, las manos juntas sobre el pecho y acento de Málaga, el de pega.

—Verá, señor cura. Nicasio ha muerto —dijo el gitano, e hizo ademán de enjugarse los ojos.

—¿Cómo? ¿Fallecido? —El sacerdote abrió la boca con notable aturdimiento.

Mejías se interpuso entre ambos.

—Quiere decir muerto para la empresa. —Sonrió el detective, corrigiendo al gitano—. Lo han echado, a él y a otros veinte más. Son tiempos duros, ya sabe.

Su sonrisa era convincente, pero el sacerdote no parecía satisfecho.

—Qué extraño —dijo el cura—. Nicasio es mi cuñado, y mi hermana no me ha dicho nada. No sé si...

—Sucedió el viernes por la tarde. Estaba tan apesadumbrado...

El párroco inclinó un poco más su entrecejo, suspicaz.

—¿De verdad trabajan en esta obra?

—Por supuesto, padre, ¿qué otra cosa podríamos hacer aquí? —Mejías alcanzó a ver por el rabillo del ojo cómo Manuel recogía una pala y la blandía tras la cabeza del cura, presto a evitar males mayores.

—¿Qué otra cosa podríamos hacer aquí? —repitió el detective ingenuamente. Tenía que pensar algo rápido—. Es complicado de explicar, padre.

—Pues empiece, no tengo prisa.

Mejías tomó aire para hablar, pero solo sintió arena taponando su garganta. Aquello se les escapaba de las manos. El sacerdote ya se volvía hacia la puerta del templo cuando otra voz se impuso desde atrás.

—Padre Alcañiz, puede comprobar el permiso de obra. —Berta se adelantó y puso sobre las manos del sacerdote unos documentos doblados por la mitad—. También llevo, casualmente, los expedientes de regulación de empleo que menciona mi ayudante. Le aseguro que la empresa ha sido legal con Nicasio. Llegamos pronto a un acuerdo; él ha conseguido un puesto en otra empresa más importante y cobrando más. —Adoptó un tono confidencial para añadir—. Me pidió que no le dijera nada a su hermana hasta mañana, es una sorpresa. Imagínese, cuatrocientos euros más al mes. El hombre estaba muy contento.

El sacerdote dudó ante aquella joven bien vestida, con aquellas bonitas palabras, y provista de tantos certificados convincentes. Hojeó las páginas sin leerlas, fingiendo comprender las explicaciones de la eficiente aparejadora.

—Sí, sí, ya veo, no sé por qué me he puesto así, estos trabajadores suyos...

Berta lo atajó con confianza.

—Discúlpeme si le han causado alguna molestia. Es el pecado de la envidia, ya me entiende. —Deslizó una mirada cómplice por encima del hombro—. Cualquiera de estos se cambiaría por Nicasio.



El sacerdote parecía ahora más tranquilo. Vaciló antes de levantar el índice, como si pronunciara unas palabras que acababa de recordar. Como si no las llevara preparadas.

—Pues verá, me pregunto... Nicasio dijo que podrían echar un vistazo al templo, tenemos unas luces para cambiar y un interruptor que chisporrotea. Cosas de las instalaciones antiguas.

—No se preocupe, le envío a alguien esta mañana.

—Me parece muy satisfactorio, señorita...

—Berta Valero. Tomaré en cuenta sus indicaciones y mencionaré en mi informe su preocupación por el patrimonio, algo que no todo el mundo respeta. Creo que me entiende.

—Oh, señorita Berta, créame —añadió, mirando a los otros dos—. La entiendo perfectamente.

Antes de retirarse, el sacerdote volvió a dirigirse a la joven con suavidad.

—Por cierto, intenten controlar el ruido: esta mañana parece que la iglesia entera vibrase y tenemos misa de doce. Deben de ser las obras en la Avenida del Oeste. Si me disculpan.

Cuando el párroco entró en el templo, Mejías se encaró con sus compañeros.

—Manuel, la próxima vez que necesite complicar las cosas ya te avisaré yo, no te preocupes. Y tú. —Contempló a Berta—. Lo has hecho muy bien, pero tampoco es cosa de quitarme el puesto.

Suavizó el gesto con unos toquitos en la espalda de la joven.

—Mi ayudante... Padre Alcañiz... —murmuró Mejías—. Me pregunto cómo...

—Tengo un buen maestro. —Berta casi sonrió.

—Con permiso —interrumpió el gitano—. Llevo una buena parte del redondel, y teníamos intención de almorzar dentro de una hora, como mucho.

Volvieron al trabajo, que se demoraba más de lo previsto. El sol salió y el frío remitió levemente; el tráfico se intensificaba por momentos, los comercios abrieron y más gente caminaba por las calles. Mejías tuvo que espantar un par de curiosos que preguntaron si las obras estarían terminadas para la Cabalgata de Reyes. Manuel preguntaba a menudo cuándo pararían a almorzar y Pablito volvía con la bolsa repleta de golosinas cada vez que lo perdían de vista, señal de que no seguía al pie de la letra las instrucciones del detective.

Al fin concluyó la primera fase de perforaciones. La entrada de la covachuela presentaba un círculo más o menos regular de orificios que revelaban una primera capa de cemento. Tras ella aparecían filas de ladrillos oscurecidos por el tiempo. Lo malo era que la rocosa había terminado por rendirse. El gitano la colocó sobre la carretilla y palmeó su lateral humeante.

—Antes sí que hacían buen cemento —observó admirado Manuel.

—Fascinante, pero son más de las once —urgió el detective—. Cuando llegue la misa no podremos hacer ruido, y después de eso será demasiado tarde.

—¿Tiene alguna idea, jefe? —preguntó Berta.

—No te va a gustar.

Berta había leído muchas novelas, pero esas cosas no se encontraban entre sus lecturas. Nadie resolvía un caso vulnerando una propiedad privada incrustada en los bajos de un monumento nacional, en el centro de una gran ciudad, ni siquiera en la ficción. Pero por mucho que lo pensaron, y la joven lo hizo a conciencia, no encontraron una alternativa factible. Otras ideas implicaban una evacuación en camilla por aplastamiento, ser detenidos por desorden público o bien sencillamente largarse de allí como habían llegado. Con las manos vacías.

—Está bien, jefe —dijo Berta—. Usted gana, como siempre.

El detective expulsó el aire por la nariz y abrió el Longines sobre la palma de su mano.

—Las once y cuarenta.

—Y aún no hemos almorzado —asintió Manuel lastimosamente.

—Solo tendremos una oportunidad —continuó Mejías—. Si fallamos se acabó. Los otros dos asintieron, mirando al suelo. Era todo tan ridículo.

—Berta, asegúrate de que Pablito vigila, por favor.

—A la orden —respondió la joven con sorna, antes de partir hacia la esquina.

—Y tú, Manuel, recoge por si tenemos que salir cagando leches. Saca a Big Joe.

—¿Cómo dices?

—Todas las grandes armas tienen un nombre. La nuestra es Big Joe.

—Ah. —Trasteó sus herramientas, entre las que ya faltaban algunos útiles, aunque a ratos encontraba otros nuevos. La esencia de todo buen buhonero—. Claro. Vale.

Mejías miró de nuevo el Longines. Se giró para localizar a la joven, y en ese momento el reloj cayó al vacío mientras su palma seguía vuelta hacia arriba. La leontina lo hizo balancearse a la altura de sus rodillas que, Mejías se odió por reconocerlo, comenzaron a temblar. Una figura prevista en la peor versión del libreto acababa de aparecer.

El policía local de uniforme franqueó la valla entre los dados de hormigón y avanzó hacia él. Berta caminaba detrás con expresión resignada. Manuel corrió a tapar los orificios de la pared. Buen chico, pensó el detective, ahora soy yo quien debe ganar este partido.

—Buenos días, agente. ¿Qué podemos hacer por usted?

El policía, bastante joven, no contestó al principio. Miraba alrededor, como si supiera exactamente lo que ocurría allí. Parecía uno de esos tipos que odian ser engañados, de los que sospechan que cada risa no compartida es un desafío a su autoridad.

—Mi compañero atendía a unos turistas y me he fijado en esta obra, que lleva

parada varios meses —dijo en tono neutro—. ¿Ustedes quiénes son?

—Somos la contrata, hemos retomado los trabajos. Ya sabe, estos días la ciudad se llena de visitantes y pasan por aquí.

—Me hago cargo. —Su voz contradecía estas palabras—. Enséñeme la documentación, por favor.

Berta extrajo de la carpeta de gomas los mismos papeles que había mostrado previamente al sacerdote. Esbozó una sonrisa amable, pero el policía ni siquiera la miró.

—Esto es el permiso de obras, pero no veo el de señalización, ni la licencia de...

Mejías se echó las manos a los bolsillos.

—Verá, esto lo explica todo —siempre tenía una bala más que el resto—. Aquí tengo este formulario, no sé cómo se me ha escapado.

El policía tensó los labios hacia un lado.

—¿Se cree que soy tonto? Son los formatos de hace cinco años, hace tiempo que no se usan.

Mejías ensayó una sonrisa amistosa.

—Nuestra empresa ha acordado con el Ayuntamiento finalizar la obra a cambio de garantizar el pago para marzo del año que viene, sin retenciones en las facturas. Como ve, ganamos todos.

—Les voy a dar mi explicación. Estos trabajos están parados, es la comidilla del Ayuntamiento. Ustedes han entrado aquí con intenciones que aún no comprendo, aunque eso lo veremos en comisaría. Ignoro si pretenden robar material o herramientas, pero desde luego ustedes no tienen nada que ver con esta obra.

—Señor agente, por favor, hágale caso a Mejías —dijo Manuel, abandonando su posición junto a la pared.

Mientras hablaba, el gitano tropezó con la lona y la arrastró por el suelo, descubriendo el círculo de agujeros en una de las covachuelas de los Santos Juanes.

—¡Pero qué...! —exclamó el policía, mientras echaba mano a la emisora del cinturón—. Que no se mueva nadie —dijo, y posó la otra mano sobre el arma reglamentaria, sin desenfundarla aún.

Berta dio dos pasos vacilantes para abrazarse al torso del agente en un arrebato de fan desesperada, al borde de las lágrimas.

—Es Navidad, en un día como hoy todo tiene explicación, seguro que lo entiende. —La chica se sorbía los mocos—. En un día como hoy...

—¿En un día como hoy? —El policía entrecerró sus ojos, alerta ante una posibilidad no contemplada.

—Se lo pido por favor, es importante, no nos lleve a comisaría, hoy...

—En un día como hoy... —murmuró el policía.

El agente se sacudió el abrazo de la joven y mostró una desconcertante sonrisa. Berta, Manuel y Mejías se miraron entre sí, atónitos.

—En un día como hoy...

El policía enfundó la emisora, señaló primero a Berta, luego al detective, al gitano, a los trastos y por último al destrozo en las covachuelas con creciente regocijo, hasta que no pudo contenerse más. Las carcajadas le hicieron doblarse por el esfuerzo, mientras los otros continuaban en silencio.

—Veintiocho de diciembre —dijo entre risas—, ¿cómo no me he dado cuenta?

—Veintiocho de diciembre —musitó Mejías, mientras sus ojos se iluminaban—. Joder.

El policía les daba golpecitos en la espalda, señalaba sus ridículos atuendos y miraba en todas direcciones sin dejar de reírse.

—Cómo no he caído antes, ¡era tan absurdo! —Palmeó de nuevo al detective, hasta hacerle toser—. Me han engañado del todo.

—Solo hacemos nuestro trabajo —dijo Mejías, mirando intencionadamente a los otros, que continuaban aturcidos.

—¿Dónde está la cámara? —decía el policía—. ¿Dónde?

—Es una de esas miniaturas japonesas, ya sabe. —El detective se agarró al brazo del agente mientras señalaba a un punto elevado de la farola—. ¡Salude, inocente!

Berta dijo algo ininteligible, algo como *lamadrequeloparió*. Manuel se rascaba la cabeza, aún perplejo.

—Los tienen cuadrados, de verdad. —El policía acompañó sus palabras de un gesto—. He estado a esto de detenerles.

—Pues nada, agente, circule, circule —dijo Mejías con pretendida familiaridad—. Lo emitimos esta noche en la autonómica pero aún necesitamos terminar el programa.

El policía se sujetaba la mandíbula mientras asentía.

—Ya me marchó, no se preocupen. Joder, qué caña —dijo para sí mientras salía entre las vallas—. Verás cuando se lo cuente a los otros.

Mejías reunió a sus compañeros en un apretado círculo. Hubo un silencio largo y tenso. Ninguno se atrevió a comentar nada.

—Según mi reloj son las doce menos cuatro minutos. Hablaremos de esto más tarde.

Berta suplicó con su gesto.

—No ha sido culpa mía, jefe. Pablito no estaba y me he encontrado...

—Manuel, saca el marro. La cosa va a ser bastante rápida, la coordinación es fundamental. Yo te iré marcando el ritmo. ¿Está claro? Manuel, necesito que me digas que lo entiendes.

—Claro, Mejías, qué te has creído.

Cuando el detective se volvió hacia Berta, el gitano se rascó la cabeza de nuevo, juntando mucho las cejas.

—Berta, tú vigila —suspiró Mejías—. Y cuando veas a Pablito, le cortas los huevos de mi parte.

—Mejías, que ahí están mis nietos, no digas barbaridades.

—Manuel, déjate de charlas y coge a Big Joe de una vez. Dos minutos.

El gitano sacó la formidable herramienta, cuya pesada cabeza arrastró por el suelo hasta colocarse en posición. El detective distinguió las agujas del reloj en lo alto del campanario, prestas a plegarse sobre la vertical de la esfera graduada.

La primera campanada les pilló desprevenidos. Recordó demasiado tarde que no disponían de una referencia inicial, y el gitano amagó un golpe en el aire mientras Mejías le indicaba que esperase. El segundo intento fue un poco mejor; el gesto del detective fue demasiado rápido y el marro golpeó en el centro, sin fuerza. La superficie gris se descascarilló, dejando una huella cuadrada. Con la tercera campanada Manuel se empleó a fondo: la pared tembló, una parte del cemento se levantó y, en el lugar del impacto, se apreciaba la mancha de otro material. A la cuarta campanada quedó claro que el gitano le había pillado el truco y no necesitaba señales; Big Joe se había convertido en un péndulo de devastación. Al quinto tañido, la furia de Big Joe sacudió la pared hasta levantar una nube de polvo y esquirlas que se amontonaron en su base. La sexta fue menos eficiente que las anteriores, y el arco del marro se quedó corto. Mejías pensó que quizás les faltara tiempo para tirar abajo la pared. Cuando sonó la séptima se hizo evidente que el gitano empezaba a acusar el esfuerzo. Los ojos de los dos hombres se cruzaron con fatalidad. En la octava campanada, el mango de Big Joe resbaló hasta golpear lateralmente la pared de cemento, sin más consecuencias que las que causaría un puñetazo de Pablito. Mejías abrió la boca desesperado, pero Manuel había vuelto a coger impulso. Con la novena campanada el gitano sudaba copiosamente y el cemento vaciló otra vez. La décima arrancó un grito triunfal de Manuel, cuando Big Joe desprendió un fragmento removido con anteriores golpes. Fue la penúltima campanada la que tiró la pared abajo con un estruendo acompañado por las toses de ambos hombres, que inhalaban el polvo desprendido por el derrumbamiento.

La campana sonó por última vez mientras los restos de cemento se desplomaban hacia dentro, dejando una abertura polvorienta. El impacto definitivo había derribado un tabique posterior de ladrillos amarillentos, de los que algunos permanecieron en la parte inferior, como los incisivos de la boca de un muerto.

La tos obligó a Mejías a aplicarse el ventolín dos veces y de inmediato apareció Berta con buenas noticias; Pablito había regresado, el ruido no había alarmado a la ciudadanía, y ningún policía asomaba por la esquina del Ayuntamiento. El detective dejó ambos a cargo del mundo exterior y se sumergió con Manuel por aquella ventana abierta al pasado.

Primero notó el frío y un insoportable olor a humedad, que a punto estuvieron de hacerle regresar. Mientras el gitano permanecía en la abertura, manejando una linterna de resplandores enfermizos sobre el polvo, Mejías atravesó los cascotes

derribados. Caminó entre el enlucido crujiente de la reducida estancia, tropezó y tuvo que apoyarse con ambas manos sobre la piedra ennegrecida. El musgo dejó en sus palmas un líquido viscoso y brillante. Los muebles estaban apartados y cubiertos, como si alguien hubiera preparado su salida y no pensara regresar. Descubrió un viejo mostrador y dos armarios bajos, que contenían enseres oxidados del anterior puesto comercial. Mejías levantó un par de lienzos endurecidos por la humedad de décadas. Uno de los armarios cedió con un sonido blando al apoyarse. Varios objetos metálicos se diseminaron por el suelo entre emanaciones fétidas y nubecillas de olor a podrido.

Le llamó la atención una pieza distinta al resto. Se trataba de un aparador fabricado en acero inoxidable, un raro lujo entre aquellos maderos de la prehistoria. Sobre la superficie pulida, Mejías tanteó hasta dar con un candado. Intentó mover el armario pero estaba anclado a la pared. Un detalle le llamó la atención: el mueble era considerablemente más grande que la puerta de entrada. Debían de haberlo soldado en el interior de la covachuela. ¿Para qué tanta precaución? Mejías tironeó del candado hasta que el sonido metálico atrajo a Manuel, quien se plantó a su lado y examinó el cierre en la oscuridad.

—Un candado *Lince*, un clásico —comentó el gitano—. Con estos aprendía yo hace años. Para mí son como el excalextric de los nanos.

El detective descartó decirle que ahora los niños no conocían aquel juguete y le dejó trabajar. Manuel extrajo del mono un par de alambres y hurgó el candado con leves crujidos. Al poco tiempo sonó el clic liberador y mostró el *Lince* en su mano.

Mejías se detuvo frente al mueble. Habían arriesgado demasiado para llegar hasta allí. Una vez que encontraran lo que el Rey Arturo había escondido no habría vuelta atrás, y ese pensamiento lo abrumó de repente. Apartó unas cajas que obstaculizaban el aparador y abrió las puertas de par en par.

Ignoraba qué podía encontrar, pero aún así el resultado le decepcionó. El aparador estaba dividido por dos baldas de metal. Sobre la balda superior descansaba un bulto rectangular envuelto en trapos griseados por el polvo y atado con bramante. Al sostenerlo advirtió que apenas pesaba, y se encogió de hombros antes de introducirlo en uno de los bolsillos laterales de la gabardina. No era lugar para inspeccionar el hallazgo.

La luz de la linterna tembló, convertida en un recuerdo fosforescente. Mejías golpeó sin resultado el mango que contenía las pilas y refunfuñó hacia la puerta, pero Manuel ya no estaba allí. Avanzó hacia la salida, tropezando en el piso irregular. Blasfemó dos veces, la primera cuando golpeó con la cadera uno de los muebles; la segunda al lastimarse con un clavo que sobresalía entre la podredumbre. Se quedó a oscuras en mitad de la estancia y tuvo que arrastrarse hasta la superficie, entre toses y envuelto en una nube cenicienta. Manuel permanecía agachado junto a su hijo, de espaldas a la abertura.

Mejías parpadeó, deslumbrado, y se aplicó de nuevo el ventolín hasta que las toses remitieron.

—Ya te vale, Pablito, te has zampado la paga de hoy —amonestó al niño—. Dile a Berta que nos vamos. Manuel, recoge deprisa.

—Espera, Mejías. —La cara de Manuel anunciaba desgracias con nitidez—. Pablito, vuelve a contarlo otra vez. Del tirón, pero no llores, que así no te entiendo.

Mejías se fijó por primera vez en el niño, que se ahogaba entre hipidos. Tenía los ojos desbordados por lágrimas que enjugaba con el dorso de las manos sucias de regaliz y azúcar.

—Yo, no... yo no pude hacer nada. —Las palabras brotaban de la boca del niño como pipas a medio masticar—. Cuando me di cuenta ya se habían ido.

Mejías se arrodilló frente a Pablito.

—¿De qué hablas? —Lo sujetó por los bracitos al ver que no contestaba—. ¿Quién hizo qué? Habla, maldita sea.

—Ese hombre alto con el pelo rojo la metió en el coche. —El niño se sorbió los mocos antes de continuar—. Vi a Berta a través del cristal, pero cuando intenté llamarla el hombre me tapó la boca y dijo que le haría daño si yo gritaba. Me dio un mensaje.

—¿Un mensaje?

—Me dijo, escúchalo bien porque solo voy a decirlo una vez: dile a Mejías que me lleve a su amiguita donde no podrá encontrarla. —El niño repetía concentrado las palabras, como unos deberes escolares de los dependiera su vida—. Dentro de sesenta horas la pondré en libertad pero si sigue husmeando, si le cuenta algo a la policía, la chica sufrirá daño. Mucho daño.

—¿Qué más?

Pablito se encogió de hombros, arrasado por las lágrimas.

—Nada más —suspiró—. Se metió en el coche y se fueron los tres.

—¿Los tres? ¿Quién más había?

—Conducía una mujer, con un pañuelo en la cabeza. No vi su cara.

Cuando Mejías se levantó, la obra daba vueltas a su alrededor y tuvo que apoyarse para no caer. Todo había sucedido demasiado deprisa. Les habían seguido y esperaron hasta pillarles desprevenidos. Tenían la pista, estaban a punto de resolver el asunto, pero de golpe el castillo de naipes se había venido abajo. Las cosas no podían ir peor.

—Hombre, Mejías, menuda sorpresa.

La voz le hizo girarse, con una máscara de infortunio en sus pómulos, el casco de obra entre las manos. Cuando vio al hombre que tenía delante bajó los brazos, sin fuerzas para protestar. La figura llevaba un abrigo de tres cuartos, cuyos bajos capeaban un poco por el aire, y se tocaba el bigote con genuino aire de superioridad, el pulgar apoyado sobre el correaje del arma bajo la axila. Otros dos agentes de uniforme se posicionaron a su lado, taponando la salida. Uno de ellos era el que minutos antes había estado a punto de detenerles.

—Qué tal, Ezquerro —dijo Mejías sin convicción—. No te creerás lo que me ha

pasado.

El subinspector cruzó un brazo por el pecho y apoyó la barbilla sobre los nudillos. Sonreía abiertamente.

—La Navidad es tiempo de regalos —dijo Ezquerro—. Estaba haciendo unas gestiones en el Ayuntamiento cuando Diéguez ha venido con un cuento tan raro que me he dicho: ¿no será mi amigo Mejías? Fíjate: resistencia a la autoridad, falsedad documental, obra ilegal, atentado contra el patrimonio nacional y quién sabe qué más.

—No me digas. —Mejías le dio la espalda al subinspector y extrajo de su gabardina el hatillo para entregárselo a Pablito, al tiempo que le hablaba al oído. Encaró de nuevo al policía—. No te referirás al boquete que hemos abierto en la iglesia.

Ezquerro contempló la abertura en la covachuela y dio un par de pasos hacia delante.

—Joder, ¿qué habéis hecho aquí? —exclamó.

Mejías le hizo un gesto a Pablito, y este salió disparado por un pequeño roto en el mallado de la valla. Antes de que los policías pudieran detenerlo ya estaba al otro lado, saltando sobre el asfalto y perdiéndose en la madeja de calles del centro. Ezquerro masticó una maldición antes de dirigirse al detective.

—Esa tontería te va a costar la licencia —dijo con intención—. Y no descartes dormir hoy en una celda.

—A este paso no me vais a dejar ni jugar al *Cluedo* —protestó Mejías débilmente.

Tras una orden del subinspector, Diéguez los esposó con la rudeza de las cuentas pendientes y los sacaron de allí a empujones, rumbo a las dependencias policiales. El otro agente permaneció en la obra apartando a los curiosos que se amontonaban alrededor del vallado metálico.

Manuel caminaba a su lado, la cara devastada por la tristeza, como un delator zurdo que ha largado en el día equivocado.

—Lo siento, Mejías, de verdad que lo siento.

El gitano sonaba sincero, pero no ayudaba. Al menos, pensó el detective, habían salvado la prueba. Aunque no había sido un buen día.

—¿Sabes qué? —dijo Mejías a nadie en particular—. Berta tenía razón; al final terminamos esta absurda aventura en comisaría.

Tres horas más tarde, Mejías subía las escaleras de la calle Moncofa después de entrevistarse con un Ramírez que no estaba para insolencias. Le habían liberado tras una llamada de Martín, que comenzaba a habituarse a ese papel. No obstante, su licencia había sido retirada y tenía una citación para el dos de enero en la Ciudad de la Justicia; un juicio rápido que arrojaría un resultado desfavorable. Teniendo en cuenta la envidia de los delitos que se le imputaban, Mejías estimó que le costaría el embargo del piso, la congelación de sus escuálidas cuentas bancarias y la



imposibilidad de seguir manteniendo a Zero, al que más le valía entregar a algún restaurante oriental necesitado de materia prima. Recordó con amargura el cheque que había rechazado a los Dugo-Escrich. Jaque mate.

Eso sin contar a Berta. Mejías no había dicho nada sobre el secuestro de su socia, habría sido inútil. Debido a las fechas vacacionales su historia no podría ser corroborada por las compañeras de Berta o a la afamada tía Marina, que vivía en algún punto apartado de la comarca de Utiel. Además, para declarar su desaparición tendrían que pasar cuarenta y ocho horas. Entonces apenas quedaría margen de acción. Y la críptica amenaza del secuestrador descartaba la ayuda policial.

Contempló el paquete envuelto en trapos, sobre su escritorio. Manuel había salido primero de comisaría y tuvo tiempo de devolvérselo. Deshizo el nudo de bramante con un cortaplumas y extendió el envoltorio hasta descubrir una pila de hojas manuscritas. Acercó la lámpara y se colocó las gafas de leer, esas que nunca usaba delante de otros, consciente de que una puerta se cerraba y otra muy distinta se abría ante él.

# 19 Memorias de un millonario

«¿Has deseado alguna vez olvidar algo, arrancar de tu memoria un recuerdo que no puedes borrar? No puedes, ¿sabes? Por más que te esfuerces, podrás cambiar de escenario pero tarde o temprano olerás un perfume, o alguien dirá una frase, o tarareará algo... y ahí estará otra vez».

*Detour, 1945*

*Valencia, a 15 de septiembre de 1978*

**E**sta es la carta que un hombre muerto escribe a otro hombre muerto. Se trata, por lo tanto, de un propósito inútil.

Si me pregunto por qué transcribo mis cuitas se me ocurren algunas respuestas. El remordimiento podría ser una de ellas, aunque me resisto a aceptarlo como una debilidad de mi carácter. Creo que volvería a repetir todos mis actos, hasta los más viles, si volviera a tener la oportunidad. Al fin y al cabo hice lo que hice por buenas razones, así que no tiene mucho sentido pensar que ahora sería diferente. Nuestro verdadero espíritu se manifiesta precisamente en las circunstancias más adversas, por horribles que sean. Si yo he dado la medida de mí mismo en el pasado, espero también hacerlo ahora.

Hay personas que creen que la verdad nos hace libres, que solo tenemos que abrazarnos a ella para salir adelante, y que si las cosas se tuercen siempre nos quedará saber que hicimos lo correcto. Es el consuelo de los perdedores. Los hombres no han llegado a esta tierra para vivir felices; el propósito de los hombres, y aquí excluyo concienzudamente al género femenino, no es otro que el de ganar, acumular riquezas, desafiarse entre sí por los despojos de un moribundo, un pedazo de tierra baldía o la cabeza de un partido político; por el poder, en definitiva. Usaremos cualquier medio posible. Traicionamos a nuestros amigos, porque la peor traición sería a nosotros mismos si renunciásemos al premio; matamos para no matar una parte nuestra; robamos lo que nos cabe en las manos. Mentimos, engañamos.

Si nos tratásemos entre nosotros tal y como enseñamos a nuestros hijos quizás el mundo fuera diferente, pero cualquier tonto sabe que no creemos lo que predicamos: no robes, no engañes, di la verdad, respeta las normas; y luego el padre hace

justamente lo contrario. El niño entenderá muy pronto que estas enseñanzas son tonterías para apaciguarlo, para que no provoque problemas mientras los mayores juegan al juego de la vida y dejan a sus hijos encerrados en un cuarto lleno de muñecos, trenes eléctricos y estúpidas reglas.

Cada vez que he descubierto a alguien actuando por amor he contemplado otra forma de egoísmo y debilidad. Cada vez que me he enfrentado a supuestos héroes de corazón puro solo he encontrado pusilánimes, necesitados de aprobación o medallas, honrados caballeros que no eran más que malos actores, cobardes que no se atrevían a mancharse con las crueles reglas de la vida y buscaban un atajo. Solo una persona una persona me ha confundido, un ser de carne y hueso que renunció a todo, despreciando el valor y el miedo a partes iguales. Un hombre que terminó sucumbiendo pues, como creo haber dicho, el nuestro es un mundo de carroñeros y quien ignora esta verdad termina convertido en presa.

Jamás he negado mis orígenes humildes, aunque tampoco me he enorgullecido de ellos. Los Blanch nunca fueron una familia importante; se trataba de gente honrada y trabajadora, resistentes y tenaces. Mi tatarabuelo me contó que sus antepasados fueron agricultores en Andalucía, que tras la crisis del campo se refugiaron en la sierra entre bandidos y asaltadores de caminos. También me contó que un tiempo después se trasladaron a tierras levantinas, de las que procedía su propio apellido, cuando se derribaron las murallas que cercaban el casco antiguo de Valencia.

En el cambio de siglo, la mitad de la ciudad estaba en ruinas, y los picos demolían el resto a ritmos forzados. Se trazaban nuevas calles en los despachos de arquitectos y cada mes una construcción emergía de los escombros olvidados para perfilar edificios más altos, robustos y regulares. El placer por la geometría urbana vivía entonces una efervescencia febril: se construyó el Ayuntamiento y otras moles de piedra para crear una plaza en la antigua bajada de San Francisco; también emergió el nuevo eje de la calle de la Paz, con su desfile de balcones lujosamente ornamentados. Los ensanches expandirían la ciudad más allá de sus límites, ladrillos y cemento arrastrándose sobre la huertas centenarias.

Durante años los Blanch, como muchos otros obreros, levantaron cuadrados grises y marrones de viviendas burguesas que intentaban delimitar las nuevas calles. Yo nací en 1915 y, tras una infancia veloz y no muy feliz, me convertí a los catorce años en peón constructor. El horizonte de mi vida era mi padre, obrero mal remunerado antes que yo, la persona en la que no quería convertirme un cuarto de siglo después. Cada noche, antes de dormirme, me prometía a mí mismo no seguir sus pasos y aprovechar cualquier oportunidad para tomar otro camino. Lo cierto es que ignoraba los cambios que se avecinaban, tanto para mi ciudad, para el país o para mí mismo.

Recuerdo perfectamente el día en que conocí a Esperanza y a Arturo; fue un

luminoso día de abril, de esos que en tierras septentrionales recuerdan al verano, pero que aquí es una promesa del sol que calcinará los edificios meses después. Había sido una semana intensa y atormentada. En las obras, en los cafés, solo se hablaba del resultado de las elecciones municipales y de su impacto en un debilitado Alfonso XIII, que había calculado mal sus fuerzas. En voz baja se hablaba de la República como se asustaba a los niños con el hombre del saco. Nos dijeron que la misma noche anterior, durante la proyección de la película de Imperio Argentina «Su noche de bodas», un hombre había subido al escenario del Lírico tras encender las luces para anunciar que la proclamación de la República era inminente. Ese hombre era Vicente Alfaro y meses más tarde sería alcalde de la ciudad. Pero antes de aquello nos esperaban emociones más fuertes.

El día doce, la gente formó pequeños grupos alrededor de los lugares de recuento. De cuando en cuando, el funcionario enarbolaba un cartel para que todos pudieran verlo. Y ese cartel decía simplemente: República, tantos votos; Monarquía, tantos votos. Esos dígitos arrancaban gritos y vítores a los reunidos, pues en los distritos del centro los partidarios de la República casi triplicaban a los del Antiguo Régimen. Una manifestación pacífica se fue formando en torno a los resultados, que eran escoltados a la Casa de la Democracia, donde se procedería a su recuento oficial. Esa improvisada procesión tomó las calles del centro, mezclando vivas a España, a la República y a Valencia. Al día siguiente, las manifestaciones continuaron hasta explotar la mañana del catorce de abril de 1931, que amaneció resplandeciente y limpia, o al menos así queremos recordarla.

Tanto conocidos como extraños se abrazaban por las calles de manera espontánea entre sonrisas y felicitaciones. Obreros en ropa de trabajo, abogados, tenderos, médicos, agricultores con la faja sobre sus camisas sucias compartían cantos y consignas. La masa llenaba las calles como si fuera el día de San José con pancartas, cartones y cintas tricolores. Muchas mujeres lucían el traje de la República al estilo griego, centenares de ellas. Los niños salían de los colegios acompañados por sus profesores; los trabajadores llegaban de los despachos del centro, de las tiendas, de los puestos de fruta o ultramarinos; las doncellas de la calle de la Paz acudían en un torrente de cofias y puntillas hasta juntarse con los vendedores del Mercado Central. Todos caminaban arrebatados hasta la Plaza Emilio Castelar, donde se congregaba ante el Ayuntamiento un gentío alegre y ensordecedor. Es difícil tener recuerdos concretos de un día así, pero aún siento el calor de esa mañana y el redoble de mi corazón. No hubo ningún altercado, ningún herido. Pero, aunque entonces no lo sabían, muchas de esas personas que entonces se abrazaban y se sacudían los hombros iban a buscarse de manera muy diferente tan solo cinco años después.

Yo estaba con mi padre y unos compañeros de trabajo. Pronto los perdí entre la multitud, aunque no me preocupó lo más mínimo pues hablé con otros ciudadanos, ricos y pobres, mayores y chiquillos. Ese día nadie estaba solo. Resolví acercarme al mercado de flores bajo la plaza para adquirir algún ramo con el que comprar sonrisas

entre las jóvenes congregadas, aunque ese día las sonrisas eran muy baratas. En la puerta del mercado floral me detuvo una anciana de negro riguroso y falda larguísima, que me indicó que el género se había agotado. Yo pensaba aprovechar cualquier desecho, aunque ella me advirtió que no encontraría más que capullos pisoteados por el gentío. Le sonreí como solo se puede hacer con dieciséis años, y le prometí encontrar también una flor para ella. Puso los ojos en blanco y me dejó pasar.

En aquella época, la plaza que aloja al Ayuntamiento se conocía como Emilio Castelar, antes de que el franquismo la rebautizase Del Caudillo, la misma que ahora se pretende llamar Del País Valenciano. La última reforma la había elevado unos cuatro metros de la vía y bajo ella se abría el mercado de flores, que previamente se encontraba en la superficie. Se trataba de un espacio circular de corte neoclásico, con el óculo abierto al cielo y sostenido por numerosas columnas. Había una fuente rococó en el centro de aquella circunferencia y bajo el techo porticado quedaba espacio para los clientes y los puestos de flores.

Me pareció entrar en un sueño. En contraste con los cánticos de la turba que abarrotaba la plaza, aquel espacio de sombra, con el ovoide solar deslizándose sobre el suelo salpicado de la fuente y su columnata tomada por restos de aromas florales, representaba un diminuto y fantástico palacio. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra comprobé que la vieja tenía razón. Allí no quedaban más que claveles y gladiolos pisoteados por los impacientes, inservibles para cualquier uso. Con mi ánimo intacto recorrí el resto del recinto en busca de alguna flor olvidada y, para mi sorpresa, me tropecé con una.

Sobre una repisa destinada a exponer el género, entre barandillas de forja y bajo los espejos del techo, había sentaba una joven. Iba vestida con el disfraz de República, como muchas aquel día: zapatillas entrelazadas en los tobillos, túnica blanca y bonete a juego, la bandera tricolor cruzando su pecho. La chica tenía el rostro enterrado en sus manos y se sacudía entre sollozos. Pensé que aquel día en que una República nacía, otra República lloraba allí abajo, mientras el pueblo reía y gritaba de alegría. Me estremecí.

Caminé hacia ella, pero unos pasos decididos llamaron mi atención desde la otra entrada del mercado. Por el lado contrario del círculo porticado apareció otro joven, bien vestido y con aspecto despistado. El chico no me vio entre las columnas y se adelantó hacia la muchacha, hasta quedarse a cierta distancia, dudando. Entonces la chica levantó la cara de sus manos para mirarnos, primero al otro joven y luego a mí. Su rostro arrasado por las lágrimas reflejó el temor de un animalillo acorralado. Secó sus mejillas con las mangas de la túnica y ensanchó brevemente los labios rojos. Durante un instante tuve la estúpida certeza de haber sido atravesado por un venablo invisible. Un dardo de fuego me había estallado en el pecho y no podía respirar. Aun así me acerqué con expresión afable y la mano extendida, a modo de saludo. Mi sorpresa fue que el otro muchacho, como mi reflejo gemelo, hizo un gesto muy similar al mío, de modo que ambos nos miramos con gesto apurado, intrigados por

aquella simetría casual. Ella rompió aquel tonto hechizo. Nos señaló a ambos y dijo que si no fuera por la diferencia de altura habría pensado que miraba a través de un espejo, tan sincronizados eran nuestros movimientos. Mientras el otro joven y yo nos escrutábamos con desconfianza, ella se echó a reír. Fue una carcajada profunda, impropia de una muchacha de aquellos tiempos, que arrancó ecos repicados a la piedra fresca bajo la plaza y resonó en nuestros corazones sobre cualquier otro sonido.

El otro y yo nos dimos la mano, como héroes que han colaborado en un mismo objetivo. Así fue como conocí a Arturo Dugo-Esrich, aquella mañana en el mercado de las flores, mientras por encima de nuestras cabezas Valencia celebraba un mundo nuevo. La joven se llamaba Esperanza, y Arturo y yo convenimos que era un nombre muy apropiado para aquel día. Nos contó que trabajaba en uno de los puestos de flores. Su jefe era monárquico, leal súbdito Borbón, y cuando la vio acudir aquella mañana vestida así la había mirado con evidente desagrado. Tras vender todo el género disponible, aquel hombre le comunicó que no volviera a trabajar allí. Esperanza temía el enfado de su padre, un hombre preocupado por el dinero; cuando se enterara la pondría a hilar durante semanas sin salir de casa.

Los tres teníamos dieciséis años, y a esa edad nadie sabe lo que significa el tiempo, la muerte o el desaliento. Arturo y yo nos sentíamos como caballeros andantes, con la sagrada misión de animar a nuestra nueva amiga, y decidimos entregarnos a los festejos del día. Después resolveríamos el problema, pues la solución, nos dijo Arturo con un inconfundible acento sudamericano, se encuentra en los valientes, no en los que se encogen antes de recibir el golpe.

Por todas partes había banderas, pancartas, pequeñas bandas de música que formaban corrillos donde se bailaba en el estruendo de la plaza. Otros compartían vino en botas de piel, algún apurado vendedor de buñuelos de calabaza repartía su mercancía para un improvisado refrigerio. Tropezamos con un periodista que fotografiaba a la multitud. Posamos frente al edificio del Ayuntamiento, sonrientes y poderosos como dioses. Caminábamos los tres abrazados, con Esperanza en el centro, cantando y bailando como ilusos sobre el empedrado de la plaza, mirando felices las fachadas doradas de los edificios, en el amanecer de un mundo que no tardaría en desmoronarse.

Al final de la tarde Arturo nos pidió que le acompañáramos a encontrar sus habitaciones, pues había extraviado a su hermano mayor y aún no conocía la ciudad. Nos pusimos al día de nuestras biografías en las habitaciones del Hotel Metrópoli, frente a la Estación del Norte, donde se alojaban Arturo y su hermano Claudio. Sentados en aquellos sillones de tapicería fina, bajo las paredes brocadas y el estucado de techos y bovedillas, advertimos que nuestros mundos eran muy diferentes. Arturo acababa de llegar aquella misma mañana en un barco de Cádiz, obligatorio transbordo después de atravesar el Atlántico desde su Buenos Aires natal. Aquel era su primer día en la vieja Europa. Había venido con su hermano, veinte años

mayor, para establecer negocios con el dinero de la familia, tras el reciente golpe de estado en la Argentina que no les había dejado en buena posición. Habían mandado sus maletas al hotel y la multitud los separó hasta que la fortuna le envió a sus dos nuevos amigos. Se trataba de una historia extraordinaria, tan apasionante como las novelas o las películas, y Esperanza y yo nos mirábamos con complicidad, como si nos encontráramos en las filas del Apolo o del Ruzafa, escuchando bajo el proyector las voces de los actores.

Nuestras historias no eran tan interesantes. Esperanza había empezado la suya en el mercado de flores y, ahora que la emoción del día remitía, su mirada buscaba las baldosas del suelo. Su padre era un hombre muy severo que nada entendía de celebraciones ni de nuevos tiempos; el orgulloso tendero valoraba más las pesetas que entraban en su casa que a los ministros del Rey o a los adalides del nuevo régimen. La mía fue la historia más corta, relatada de manera torpe ante mis recientes amigos. Tenía un trabajo sencillo, construir casas, aunque estaba empezando. Intentaba estudiar, algo difícil con tan poco tiempo libre. Pero tenía claro que no quería ser peón de albañil toda mi vida.

Cuando Claudio, el hermano de Arturo, apareció en la puerta fue la señal de que nuestra reunión había terminado. Nos despedimos bajo la entrada del hotel con la sensación de un final ineludible pero, al intentar pronunciar las palabras de despedida, nos encontramos citándonos para el día siguiente.

Volvimos a vernos. Todo era nuevo para Arturo, y Esperanza y yo le enseñamos los escondidos rincones de nuestra ciudad. Por la mañana recorríamos los muelles y la playa, mojándonos los pies en la orilla y esquivando pescadores y ociosos ciudadanos. Cruzábamos el Cabañal para seguir por el camino del puerto hasta la estación de Aragón, desde donde visitábamos los edificios que aún quedaban en pie de la Exposición Regional. Entre las sombras de la Alameda dormitábamos, vigilados por la aguja del Palacio de Ripalda, cuya torre de fantasía parecía albergar criaturas de otros mundos, de las que Arturo inventaba cuentos e historias. Después de comer recorríamos el centro, entrábamos al Lyon d'Or o al Ideal Room, bares y cafés antes vedados a jóvenes como nosotros. En aquellos días Valencia era una fiesta y aún tardaría en recobrar la normalidad. Por las noches nos acercábamos al Doré, al Coliseum, o alguno de los otros cines que proyectaban estrenos norteamericanos o nacionales.

Arturo se empeñaba en pagar todos nuestros gastos. Esperanza y yo no disponíamos de medios y él nos decía, con su marcado acento, que era su manera de compensar a tan estupendos guías, que de todas formas se hubiera gastado más en procurarse diversiones por su cuenta y seguro que con menor éxito. Disponía de mucho tiempo libre, puesto que su hermano se encontraba muy ocupado en reuniones, viajes a Madrid y Barcelona, buscando empresas para rentabilizar su

dinero indiano.

Era fácil ceder a sus peticiones. Arturo tenía un encanto abrumador y pegajoso, capaz de convertir en interesante la anécdota más trivial, de hacernos reír a carcajadas o llevarnos al borde de las lágrimas con sucesos oscuros de su tierra natal. Supimos que cinco o seis generaciones antes su familia había vivido en España, y que la aventura argentina corría ahora peligro. Eran ricos todavía, pero el destino familiar dependía de las gestiones de su hermano Claudio; para eso habían venido. Quizás pronto liquidaran sus propiedades en América para repatriar al resto de la familia. Habían elegido Valencia tras descartar Barcelona, algo saturada de inversores y negocios. Además, sus parientes conocieron a Blasco Ibáñez en la Argentina, así que algunas operaciones estaban prestas a cristalizar, aunque tampoco podía contar mucho más.

Los festejos fueron difuminándose a lo largo de la semana. Mi corazón seguía alborozado con la estela de Esperanza, anhelando verla un instante más, escuchar una vez más su risa, pero pronto no tuve excusa para faltar al trabajo. Temí que nuestra amistad se enfriara, pero una fuerza misteriosa y fatal no lo permitió. Cuando terminaba mi horario me reunía con ellos y recorríamos las calles hablando sin cesar. Arturo nos contaba interminables historias de su país y siempre había algún rincón de Valencia que él quería conocer.

Los meses se sucedieron veloces. Claudio consiguió cerrar diversos acuerdos económicos para los Dugo-Esrich, y pronto Arturo abrió una pequeña oficina en la calle San Vicente, donde administraba parte de los negocios. Esperanza pasó por distintos trabajos eventuales hasta acabar como *taxigirl* en el Tabou de la calle Ribera, un local de dudosa reputación. Yo saltaba de una obra a otra, frustrado por las condiciones de trabajo a las que nos obligaban nuestros patrones.

Por aquella época mi tío Alberto, hermano menor de mi padre, me pidió que le acompañara a una reunión de la CNT. Mi tío era un anarquista anticlerical que había dilapidado tres años de su juventud en el Rif, asistiendo a una sangría supuestamente patriótica, en una guerra cuyo verdadero objetivo era mantener las explotaciones de las minas de Romanones. Masticando arena del desierto contempló cómo, camino de una victoria gloriosa, los Goliaths pasaban sobre su cabeza para rociar con gas mostaza a los infelices moros. Al regresar a la península se afilió a cuantas organizaciones se opusieran al gobierno establecido y cada noche me contaba historias que nadie se atrevía a reconocer. De su mano me adentré en la militancia del proletariado; no todo en esta vida es trabajar, me decía, si no peleas por tus derechos se los habrán vendido a otro cuando decidas despertarte. Así que empecé a frecuentar reuniones y asambleas sindicalistas, en las que aprendí verdades ocultas a los ojos de cualquiera.

Cuando relataba estas historias a Arturo y Esperanza sus rostros expresaban



preocupación, pero también cierta incredulidad. Quería que mi mejor amigo y la que un día esperaba convertir en mi esposa compartieran mis preocupaciones, pero fue en vano. Pronto dejamos de hablar de política, pues generaba incómodos silencios y miradas de condescendencia, y decidimos que las ideas de cada uno no iban a estropear nuestra amistad. Con esa ingenuidad tratamos de ignorar el abismo que nos separaba, aunque pronto fue evidente aquella fisura que nadie podría contener.

Mi vinculación con los sindicatos fue aumentando. Primero me encomendaron alguna acción menor, como entregar panfletos o pegar carteles. Luego, pese a que aún no tenía edad para ello, conduje un vehículo donde transportaba a mi tío y a otros compañeros en sus misiones, así las llamaban ellos, cuyo contenido escamoteaban para no perjudicarme. Yo conocía los crecientes disturbios, las huelgas de aquellos años, pero crecí entre burgueses y sindicalistas sin ser consciente de lo que se nos echaba encima.

Un día le dije a Arturo que no podía salir y recogí a Esperanza en su casa. Su padre me echó una mirada huraña y poco amistosa. Paseamos por la Alameda, como tantas otras veces. Cuando me preguntó por la ausencia del argentino le confesé mis sentimientos hacia ella. Azorada, me respondió que no compartía esos afectos y que haría bien en seguir siendo su amigo, pues no podía quererme de otra manera. Fue todo muy violento. Me enfurecí, le grité, sujeté sus muñecas entre mis puños mientras ella se volvió pálida y supe, antes de que Esperanza pronunciara las palabras, que su corazón estaba comprometido con Arturo.

Intentamos mantener nuestra amistad, volvimos a quedar los tres pero fue inútil. Los silencios forzados, los incómodos sobreentendidos, las miradas reveladoras nos decían que una parte de aquel sueño había terminado. Arturo era guapo, educado y rico. El hombre que ella se merecía, aceptado además por el padre de Esperanza. Pronto pasamos a vernos una vez por semana y, cuando volví la vista atrás, me di cuenta de que transcurrían varias hasta que me los tropezaba o el argentino venía a verme.

Pasé bastante tiempo sin verlos, y un día recibí una nota apurada de Arturo que me citaba en el Wodka. No pude reprimir un cosquilleo bajo la camisa cuando caminaba a su encuentro. Imaginé que ella se había hartado del argentino y que este me llamaba para relatarme sus cuitas, pero la confesión de aquella tarde fue tan inesperada como un puñetazo en la barbilla. Entre murmullos ruborizados, Arturo me confesó que Esperanza se había quedado embarazada y que habían decidido casarse de inmediato. Ella había insistido en que hablara conmigo. Esperaban que no se rompiera definitivamente su amistad pues ella, me dijo Arturo con un grave carraspeo, conocía mis sentimientos y no quería perder al mejor amigo que había tenido. Me sentí como si me ducharan con plomo fundido y hui de aquel lugar después de ofrecer mi consentimiento formal.

Esperanza y Arturo se casaron en junio de 1936 en la Iglesia de los Santos Juanes, con la pompa adecuada al joven heredero de una familia poseedora, decían los envidiosos, de las mayores riquezas imaginables. Intenté disculpar mi presencia la semana anterior con una excusa sobre mi salud pero las súplicas de Arturo y, sobre todo, la expresa petición de Esperanza me ablandaron definitivamente. Resolví aparentar la mayor felicidad posible y alquilé un buen traje. Elegí yo mismo la corbata y el sombrero, me puse un clavel en la solapa y exhibí la sonrisa del que ya lo ha visto todo. Fue un fracaso rotundo. Cuando Esperanza descendió del carruaje vestida de satén y seda sobre un talle aún esbelto, mi estómago se balanceó como un ajusticiado bajo mis deshinchados pulmones. Iba acompañada de su padre, incapaz de disimular la satisfacción de aquel enlace tan conveniente para sus intereses. Los invitados cuchicheaban divertidos a su paso: «Ahí va la hija del tendero, con regalo incluido. ¿Sabías que el padre tiene un puesto en la Plaza del Mercado? Podrá vendernos sus ollas durante los festejos». Aquellos volátiles nunca la aceptarían entre los de su clase, pero yo no compartía su humor. Cada paso de Esperanza hacia el altar era un martillazo en mi cabeza, campanas tocando a muerto. La ceremonia y el convite fueron para mí una alucinación borrosa y funesta, que me hacía asomarme a una y otra borda de aquella aciaga nave, como un marinero inexperto que ignora hacia qué lado debe vomitar.

Corrían tiempos revueltos y el embarazo de Esperanza se encontraba en una fase delicada, así que pospusieron el viaje de novios hasta el nacimiento de su hijo. Arturo me llamó varias veces para ofrecerme un empleo en sus oficinas. Sabía que había perdido mi trabajo. Mis compañeros del sindicato y mi tío Alberto me advirtieron: «No lo aceptes, sus manos están manchadas», me decían. «Pronto se las cortaremos».

Yo compartía el odio de mis compañeros hacia la clase superior, aquellos que nos habían pisoteado durante generaciones hasta desgastar sus botas. «Se acerca la marea», decían con insistencia, y ese pensamiento me alertó contra los cambios que iban a producirse. Pero yo deseaba a Esperanza. A veces, cuando volvía al hogar después de recorrer las calles en busca de ocupación, sobre mi cabeza se recortaban los balcones de su vivienda en la Gran Vía, y permanecía minutos, horas, a la sombra de los árboles del paseo central. A veces ella se asomaba y entonces yo continuaba por la avenida, masticando bilis a dos carrillos.

Cuando se produjo el alzamiento militar, aquellas profecías aterrizaron entre nosotros con una violencia que nos aturdió a todos. En Valencia el bando rebelde tenía muchas dudas y las milicias, que aún no lo éramos por nombramiento, tomamos los cuarteles tras días de incertidumbre. Una vez más, la ciudad fue una fiesta. Valencia quedó resguardada en territorio republicano con el frente lejos de sus edificios, convertida en un afortunado refugio donde las noticias de la guerra tenían algo de irreal, como si sucedieran en un lejano país. Entretanto, descubrimos un nuevo orden de las cosas, con la rabia de un colegial al que otros han robado la merienda en el colegio, pero que ahora decide que las cosas serán diferentes.

Libres de luchar en el frente, las milicias anarcosindicalistas dirigieron su atención a los que permanecían en el bando equivocado. Y así los aristocráticos, burgueses, conservadores, monárquicos huían a toda prisa de la ciudad en escapadas nocturnas, a refugiarse en casas de familiares y amigos en los pueblos circundantes. Muchos permanecieron encerrados a cal y canto en sus viviendas, pensando que en unas pocas semanas todo volvería a la normalidad.

Pero las noticias que escuchábamos cada día, apiñados en torno a la radio del Wodka, no presagiaban un desenlace rápido de los acontecimientos. Ante la lejanía de participar en el frente, los trabajadores nos organizamos en patrullas y milicias de manera espontánea. Había muchos incidentes aquellos primeros días, provocadas por pequeñas partidas de jóvenes con fusiles y supuestas órdenes de requisamiento, que entrábamos en las casas de los ricos para cobrarnos una personal revancha. Primero fueron las casas vacías, que no eran pocas, donde impunemente hacíamos presa de todo tipo de bienes. Luego nos volvimos atrevidos. En nombre del legítimo gobierno saqueábamos las habitaciones mientras la familia se encerraba en un cuarto, e incluso a veces también los arrastrábamos con nosotros. Cada día éramos más osados, cada vez más feroces, pues para nosotros un burgués monárquico o derechón no era más humano que su escritorio de roble o las joyas con las que su esposa había mostrado su supuesta opulencia hasta entonces. La calle de La Paz y los ensanches junto a la Gran Vía eran violentados a diario. A muchos facciosos los delataban antiguos amigos republicanos, otros simplemente mentían para saldar cuentas pendientes.

Uno de mis compañeros nombró a mi antiguo amigo rico, y aquello despertó en mí el recuerdo de mi propia venganza. Ocurría cada día, en cada barrio, nada tenía que perder. Delaté a mis superiores la pertenencia facciosa de los Dugo-Esrich y me encontré acompañando a un grupo de camaradas hasta el piso de Arturo y Esperanza. Quería asegurarme de que ella no sufriera daño y que el argentino acabara en prisión. Esperanza se quedaría conmigo; cuidaría de ella y del pequeño por venir, y pronto comprendería que yo era su mejor partido posible.

Desatracaron la puerta al oír mi voz, aliviados por reconocer a un aliado. Yo saboreé su desconcierto mientras mis compañeros armados entraban en la vivienda. Evaluaron las posesiones más valiosas, cuáles eran más fáciles de transportar, saludaron a Esperanza con obscenos epítetos, se rieron del dueño de la casa, le escupieron a la cara. Arturo intentó resistirse y esa fue la señal que desató la violencia. Lo golpearon, lo empujaron por el salón y, tras arrinconarle con amenazas, dispararon a sus pies en broma. Arturo los sorprendió a todos tirándose de cabeza por la ventana del segundo piso. El toldo de una joyería le salvó la vida, aunque cuando lo apresaron en la calle el argentino era apenas un amasijo de huesos quebrados y sanguinolentos. Maldita suerte la de los ricos, dirían mis compañeros después. Esperanza creyó que su esposo había muerto y su garganta se desgarró con un

chillido interminable; entonces ni siquiera mi presencia pudo tranquilizarla. Le cogí las manos, le dije que todo se solucionaría, pero yo no creía mis propias palabras.

La verdadera tragedia aún no había empezado. Esperanza irradiaba fuego por los ojos, gritaba «¡Me lo han matado! ¡Asesinos, asesinos!» y arrojaba a mis compañeros cualquier objeto que tuviera a su alcance. Eso al principio pareció divertirlos; incluso la hizo más atractiva a sus ojos, mientras se chocaban los codos admirados del geniecillo faccioso. Pero entonces un pesado cenicero alcanzó a nuestro cabecilla, derribándole al suelo. Se levantó con un hilo de sangre corriendo por su sien, y en su mirada ya no había comedia. Ramón, al que llamábamos el Bronco, había aprovechado su posición encarcelando para la FAI a varios amigos por asuntos civiles, y ejercía aquella tarde como líder de nuestra patrulla.

El Bronco se tocó la herida con un pañuelo. Cuando comprobó la mancha roja rugió con palabras desagradables y duras: «Puta facciosa, crees que puedes hacer lo que quieras, y es porque ese maricón que tenías por marido no ha sabido domarte como debía. Ahora sabrás lo que es un hombre de verdad y, si tienes suerte, más de uno». Traté de mediar, yo era el denunciante y a mí me correspondía decidir: debíamos levantar un atestado y llevarla a la Central, donde se decidiría su suerte. «Después», dijeron los compañeros del Bronco, que ya se relamían ante la guapa burguesa. Mientras, Esperanza me miraba en silencio con desprecio; ella aún no comprendía el rumbo que había tomado la tarde. Intenté hablar de nuevo, pero me golpearon y anudaron mis manos para que me mantuviera al margen.

La llevaron entre dos al dormitorio, mientras el Bronco se desabotonaba el pantalón con lasciva parsimonia. Esperanza ya adivinaba el desenlace y gritaba desesperada a través de la puerta: «¡Por caridad! ¡Llevo un hijo suyo dentro!». Los hombres rieron: «¡Te meteremos algo más, puta!». Volví a hablar, pero el camarada que me vigilaba maldijo con fastidio y me golpeó la cabeza con la culata del máuser. Un gesto que demasiados habían aprendido aquellos días.

Cuando desperté, con las muñecas atadas al radiador, aún se oían los gruñidos del dormitorio. El más joven de nosotros, un chaval imberbe con cara de poeta, esperaba junto a la puerta su turno con las manos tras la espalda, la mirada nerviosa y anhelante. Al ver que volvía en mí, intentó ser simpático. «Tranquilo, compañero», me dijo. «Si te disculpas con el Bronco también te dejará entrar».

Esperanza no murió aquel día, pero perdió el hijo que se aferraba a sus entrañas. Estaba débil por la pérdida de sangre, y una vez todos se fueron la arrastré hasta el hospital, donde le procuré la mejor atención posible. Arturo se recuperaba de sus heridas en el mismo edificio, pero cuando su vida no corrió peligro lo trasladaron a la checa de la calle Convento de Santa Clara. Allí fue pasto de interrogatorios y torturas, hasta que lo abandonaron en un calabozo repugnante en compañía de otros desgraciados.

Esos días los pasé en el hospital junto a Esperanza. Estaba muy débil, blanca como un lirio enfermo en el tálamo de su última primavera. Era agosto y hacía mucho

calor. Los heridos del lejano frente abarrotaban las camas y a ellos se añadían los procedentes de disturbios locales. Oímos que, cada noche, en el cementerio daban el paseo a unos cuantos facciosos y aquel horror pasó a ser un ladrillo más en el muro que nos separaba a unos de otros. Al fin Esperanza recuperó la consciencia y separó los labios resquebrajados. No dijo nada al reconocermé. Me miró con una energía imposible en su desfallecido cuerpo, una recriminación silenciosa que aún hoy me acompaña. El aborto la había desangrado, pero no había sangre para las facciosas del hospital. Mi tío Alberto me aconsejó buscar una republicana, dinámica y vivaz, pero yo permanecí a los pies de aquella cama, contemplando cómo su vida se deshacía mientras ella me escrutaba con dureza, sin concederme el perdón que yo le suplicaba una y otra vez. Esperanza murió tres días después. Cuando se llevaron su cuerpo regresé al piso de la Gran Vía de la infortunada pareja, con una nube negra sobre mi cabeza. Apenas tenía veintiún años, era responsable de la muerte de mi único amor y del hijo que esperaba, y había encarcelado a quien durante años tuve el valor de llamar amigo.

Tras la tragedia doméstica quedé como heredero natural de aquella casa deshonrada, encerrado por paredes desnudas, entre cristales rotos y armarios repletos de vestidos de mujer. Viví en aquella casa toda la guerra y aún no entiendo por qué lo hice, expuesto a los gritos que aún resonaban en sus muros. Retomé mis quehaceres en la patrulla antes de que vinieran a buscarme; también visité la checa de Santa Catalina. Arturo estaba débil, pero vivo. Quiso interrogarme sobre el paradero de su mujer y su hijo. Yo esperaba sus reproches y amenazas de venganza, pero solo encontré un hombre que quería continuar con su vida, ignorante de que ya era imposible.

No pude decirle la verdad. Le conté que su caída había asustado a los asaltantes, y que habían estos habían huido entonces. La casa presentaba algunos destrozos, Esperanza seguía fuerte, y el hijo que esperaban no había sufrido daño alguno. En conjunto, recuerdo decirle mientras me contemplaba agradecido, ignorando mis tartamudeos, el precio no había sido tan alto. Le expliqué que aquella tarde les había traicionado bajo coacción: habían amenazado con fusilar a mi padre y encarcelarme si no le delataba, puesto que conocían mi amistad con uno de los extranjeros más acomodados de la ciudad. Arturo me disculpó con sinceridad. Todo había pasado, y alguna oportunidad tendría si contaba con un amigo en el otro bando. Tuve que salir de allí antes de que viera mis propias lágrimas.

Por las mañanas cumplía mis obligaciones sindicales y, cuando regresaba a la mancillada vivienda de mis antiguos amigos, contemplaba los muebles que habían sido su regalo de bodas, las huellas del saqueo, las fotografías de Esperanza tras una araña de lascas de vidrio. Abría los armarios y examinaba sus vestidos, introducía mi cabeza entre ellos para que me rozaran las mejillas, aspiraba el perfume de ella. Yo era un hombre solo en una casa grande y vacía, perdido en medio de una guerra, atrapado en la ciudad de la memoria.

La guerra se alargó. En noviembre, el gobierno se trasladó a Valencia ante la inminente caída de Madrid, y la ciudad de provincias se convirtió en una improvisada urbe colmada de funcionarios, periodistas y refugiados de todo tipo que atestaban los lugares públicos y muchas viviendas desalojadas. La capitalidad levantina calmó los disturbios callejeros y los tentáculos del estado volvieron a actuar sobre nosotros. Cuando visitaba a Arturo en la checa, él me entregaba cartas para Esperanza. Le convencí de que era demasiado arriesgado que ella le escribiera, así que le contaba historias inventadas sobre ella, emulando las fantasías con las que él nos entretenía años atrás, cuando los tres caminábamos del brazo por las calles. Su hijo había nacido sin contratiempos y estaba sano; era un varón, al que Esperanza había llamado Arturo en su honor. Le proporcioné unas torpes pruebas, objetos personales de su mujer, y así reforzaba en él y en mí mismo la ilusión de que ella continuaba viva. Le conté otras cosas que sí eran verdad: su hermano Claudio había muerto fusilado; la guerra iba mal para los republicanos. Arturo aceptaba mis historias con la entereza que se atribuye a los grandes hombres o a los locos.

Fueron años tristes y extraños; muchos mantenían una utópica confianza en la victoria, pero el frente cercaba la ciudad y los bombardeos se hacían cada vez menos excepcionales. Nuestro mundo cambiaba cada semana. Llegó un momento en que nadie pudo hacerse ilusiones sobre el triunfo republicano y los ciudadanos se prepararon para la entrada de los facciosos. Un gran número de valencianos huyeron hacia Francia mientras el corredor mediterráneo continuó abierto, siguiendo al gobierno instalado entonces en la inestable Barcelona. Otros tomaron barcos que los llevaran lo más lejos posible. Las noticias de la represión en los territorios conquistados por los nacionales eran terribles, así que nadie confiaba en la inminente paz; el tiempo de los ilusos había pasado. Un mes antes de la caída de Valencia las calles eran un enjambre entregado a la destrucción de propiedades comprometedoras, escondiendo a aquellos que no podían viajar o buscando el favor de quienes pronto recuperarían su influencia. Yo, sin decidir qué rumbo tomar, aún mantenía la mentira que ya duraba tres años. Hablaba con Arturo, le relataba mis visitas a su casa. Le repetía las palabras que su mujer muerta me había contado aquella mañana. Le refería lo mucho que había crecido su hijo, sus juegos infantiles, sus insistentes preguntas sobre su padre. Arturo nunca cuestionó aquellas mentiras; fue trasladado años antes desde la checa a un calabozo que le salvó la vida, y siempre creyó que aquello había sido producto de mi influencia. No tuve valor para sacarle de su error. Me recibía con alegría cada vez, reconociendo en todas mis atenciones la amistad y el amor más desinteresado. Cada día, cada semana, cada mes, fracasaba en mi misión de revelarle la verdad de la cual era yo responsable.

Una noche, mientras fumaba en el dormitorio usurpado, sentado en el borde de la cama, escuché por la ventana las despedidas de los que partían y pensé que yo también debía partir. Era el hombre equivocado en la ciudad equivocada, y corría

peligro por mi pertenencia a la CNT. Entonces comprendí que no debía ser ese hombre. La idea se abrió en mi cerebro con un centelleo y el vaso que sostenía en las manos cayó al suelo. Antes de que estallara en un chapoteo de agua y cristales supe lo que iba a hacer.

Repasé aquel plan una y otra vez, busqué los posibles fallos y acometí las acciones para impedirlos. Necesitaba algún tiempo y cierta dosis de persuasión, aunque no andaba sobrado de ninguna de ellas. Al fin no pude retrasarlo más, pero el pánico me atenazaba cada vez que me disponía a echar a rodar esa rueda; afrontaba un camino de una única dirección y debía estar preparado para sus dramáticas consecuencias.

Me armé de valor y, tras sobornar al carcelero, hablé con Arturo una noche. A través de los barrotes en los que yo le había metido, susurré acompañando los ecos de la piedra y Arturo me escuchó atentamente hasta que acabé, sin formular ninguna pregunta. Le expliqué el plan, punto por punto, y la severa naturaleza del pacto que debíamos realizar, los trabajos necesarios para su consecución. La idea era sencilla, pero sus implicaciones contenían trazas de fatalidad y locura. Recité la mentira que había elaborado: Esperanza, su pequeño y la familia de ella habían conseguido escapar hacia París con unos certificados que les había conseguido, pero ya no podían regresar a España. Mientras, a punto de entrar los nacionales, mis antiguos compañeros pensaban quemar las celdas o fusilar en masa a los presos, no dejar ningún cabo suelto que pudiera delatarles. Eso le conté entonces. También le dije otra cosa que era completamente verdad: Ernesto Blanch corría peligro si permanecía allí una vez llegaran los facciosos.

Lo resumí en una única frase. Yo debía convertirme en Arturo Dugo-Escrich y él se convertiría en Ernesto Blanch. De esa manera podría escapar como un refugiado más para reunirse con su familia en Francia y yo esperaría la entrada del ejército victorioso sin temor. Durante la guerra se habían quemado muchos archivos, las falsificaciones estaban a la orden del día, y yo disponía de contactos que podían resolverlo. Lo peor vendría después; cuando el conflicto concluyera debíamos mantener aquel teatro. Quizás dos o tres años, y entonces los verdaderos Dugo-Escrich podrían regresar a Valencia para restituir la identidad de cada uno. Era arriesgado, pero en aquel momento todo estaba perdido: Esperanza en el extranjero sin posibilidad de regresar a corto plazo y yo arriesgándome a la cárcel, o a algo peor. Si Arturo quería ver a su hijo de tres años, si deseaba volver a abrazar a su mujer, si pretendía recuperar su vida tenía que perder la suya durante un tiempo. Mis compañeros ya había empezado a eliminar algunos presos y el tiempo se agotaba. Arturo me miró con los ojos muy abiertos y permaneció en silencio durante interminables minutos. Alzó la mirada triste y asintió en silencio. Puede hacerse, me dijo, y esas dos palabras se derramaron en mi interior como un acorde definitivo del destino. El sonido que una puerta de piedra hace al cerrarse. Regresé a casa cuando el sol comenzaba a salir. Me senté de nuevo al borde de aquella cama, que a partir de

entonces sería mía por derecho.

Había muchos detalles que abordar y disponíamos apenas de tres semanas para intercambiar nuestras identidades. Convertirse en Ernesto Blanch, un hombre olvidable que caminaba al exilio, resultaría sencillo; un par de cambios en mi cédula personal y la guerra se llevaría a mis posibles delatores. Nadie me reconocería en el extranjero bajo la carcasa de Arturo. Sin embargo, convertirse en Dugo-Esrich sería más delicado. Para falsificar su pasaporte argentino tuve que empeñar el resto de objetos de valor del piso de Gran Vía. Por el mismo precio conseguí una carta falsificada de Esperanza, que tenía en cuenta todos los detalles: nueva dirección en París, matasellos francés, caligrafía copiada de un diario hallado en su mesita. Le entregué la carta junto con el último tesoro de aquella casa: un guardapelo de plata que Esperanza llevaba sobre su pecho el día que murió. Si tenía alguna duda, Arturo venció su última resistencia al tocar aquella joya y leer con manos temblorosas la misiva donde su mujer, muerta al principio del conflicto, le instaba a reunirse con ella y su hijo de tres años que no había nacido en uno de los barrios acomodados de la Ciudad de la Luz. «Esto es precioso», decía la carta, «Un nuevo principio, Arturo. Solo faltas tú».

Convení con Arturo que el exilio podría durar más de lo previsto; fue él quien pensó que yo debía administrar su dinero y posesiones hasta que regresara. Yo, su mejor amigo. Me describió con precisión los pasos y claves para acceder a la cámara reservada en un banco de Madrid. Aprendí a escribir como él, a hablar como él, memoricé su historia familiar; durante largas conversaciones nocturnas tras sobornar ahora con sobras al carcelero, tomaba apuntes frenéticos sobre la persona en la que me convertiría. Intuíamos los rugientes motores de los nacionales. Ya no eran facciosos, porque la gente empezaba a ensayar que todos pertenecían al mismo bando.

Dos días antes del fin le acompañé hasta el puerto. Los carceleros habían abandonado sus puestos y nadie quería ser apresado con prisioneros nacionales. Aun así esquivamos algunas patrullas; había gente desesperada, lunáticos exaltados, y no íbamos a echarlo a perder todo entonces. Conseguí una maleta de ropa anónima, aceptable para un obrero en desgracia. Compré un pasaje del siguiente barco con destino a Francia. Arturo, ahora Ernesto, partió feliz, iluso, pensando en el inicio de una vida mejor. Cuando me abrazó, emocionado en el muelle del puerto, me estremecí y estuve a punto de contárselo todo. Pero había llegado demasiado lejos.

Sobre la cubierta del barco él no lloraba; lo hice yo en tierra. Cuando lo conocí por primera vez habría vendido mi alma por tener lo que él tenía, por ser quien él era, y después de tantos años lo había conseguido. Yo era, a todos los efectos, Arturo Dugo-Esrich, poseedor de un piso en la Gran Vía, generosas cuentas bancarias y una pequeña reserva de oro en Madrid; hermano de un importante inversor fallecido,



huérfano, solo en la piel de toro española desgarrada por el conflicto, convertida en tierra de oportunidades para quienes quisieran jugar con cartas marcadas. Cuando el buque no fue más que un punto zambulléndose en el horizonte volví a la celda donde él había estado, cerré la puerta de barrotes y me aferré a ellos esperando que el viento volviera a soplar.

Tras la entrada del ejército nacional, rojos y nacionales nos abrazábamos como hermanos postizos, aunque pronto el bando ganador comenzó las delaciones, purgas y juicios sumarísimos en sentido contrario al de tres años atrás. La venganza fue atroz, demasiado atroz, y por cada crimen anterior se ajusticiaban a tres, a cinco, a veinte, por si acaso.

El nuevo régimen aceptó quien no era, un extranjero joven y nervioso que había perdido a su mujer, a su hermano, y que intentaba sobrevivir en aquel nuevo mundo. Cerré la casa de la Gran Vía y me marché a Madrid. Allí recuperé el patrimonio que ahora era mío y puse distancia con el coso valenciano para evitar encuentros equívocos. Creí que volvería pronto, aunque no regresé a Valencia hasta trece años después. En Madrid me uní a un grupo de jóvenes empresarios que emplearon interesadamente sus fortunas para la recuperación española, auspiciados por el nuevo régimen y su diminuto general, que precisaban ese empuje. Primero fue la industria de la guerra para ayudar a Alemania. Cuando se intuía la decadencia germana volvimos nuestros recursos a la construcción de viviendas, puentes, carreteras. Luego vinieron los embalses, el tren, había un país que rehacer de nuevo. El nombre de Dugo-Escrich empezó a ser conocido y asociado a ese argentino alto y espigado, de mirada taciturna y poco hablador, elemento exótico en una España que para la mayoría de los ciudadanos era negra como la boca de un lobo.

Antes de regresar a Valencia recabé información sobre mi otro yo. No sabía nada de él desde nuestra separación y pretendía evitar sorpresas. Mandé un par de tipos a Francia para seguir la pista de un paquete recibido meses antes, en la casa de Valencia. En ese sobre grande, enviado bajo nombre falso, se escondía una angustiada y larga carta de veinte pliegos de papel sucio y acartonado.

Ernesto, mejor que me refiera a él de esta manera, relataba lo sucedido en los largos años de separación tras nuestro abyecto pacto. El barco le había llevado al campo de refugiados de Argelers, en la costa de Francia. Intentó viajar a París para reunirse con Esperanza y su hijo pero se lo impidieron. Así transcurrieron meses en condiciones bochornosas, hasta que las autoridades francesas le adscribieron a los batallones extranjeros que lucharían contra los alemanes en la nueva guerra que había empezado. Salvo él, aquellos jóvenes refugiados eran fervientes antifascistas y, hartos de inacción, dieron por bueno tener otro frente sobre el que marchar. Tras una campaña desastrosa en Lorena y Alsacia, su compañía cayó prisionera de los nazis sin que apenas disparara unos pocos tiros entre sombras y brumas. En agosto de 1940

los llevaron a Mauthausen, campo de exterminio de tercera categoría, donde se enfrentó con otra miseria humana, una que Ernesto no creía posible. Tuvo que adaptarse, ser listo, sobrevivir. Se reconvirtió en un obrero Poschacher, trabajó en la pedrera de aquel empresario austríaco. Precisamente Ernesto, en realidad Arturo, cuya familia había ayudado a los alemanes. Una ayuda que me permitiría a mí, Arturo, en realidad Ernesto, descollar en el inicio de la España franquista.

Cuando los americanos los liberaron el 5 de mayo de 1945, Arturo, el falso Ernesto, fue internado en el Hospital de Linz antes de que lo repatriaran. Meses después aterrizó en un París en reconstrucción, gris y vetusto, casi siete años después de aquel pacto maldito. Buscó a Esperanza en la dirección que se había aprendido de memoria pero solo encontró un caballero que llamó a los gendarmes para que echaran a aquel vagabundo de su puerta. Tras rastrear la ciudad quiso regresar a España. En el consulado le advirtieron que su nombre estaba en las listas negras de exiliados políticos. Allí contó, por primera y quizás por última vez, toda su triste historia. Los diplomáticos lo escucharon con paciente aquiescencia, quizás hasta le creyeron. Todos habían oído cuentos más trágicos aún y meneaban la cabeza con tristeza profesional. Sus enemigos deben ser en verdad poderosos, le dijeron.

En aquella carta que recibí en Valencia, Ernesto, el verdadero Arturo, aceptaba haber perdido la partida. Desde entonces había reconstruido su vida. Se había casado, tenía un oficio, se había levantado desde sus cenizas. No me guardaba rencor, pero aún quedaba una cosa pendiente; la suerte que habían corrido Esperanza y su hijo.

No leí de buen grado la carta. Me había olvidado de él y lo creía muerto. Mandé a alguien de confianza tras la frontera francesa para darle un recado al argentino. No volvería a escribirme, no debía averiguar mi dirección, jamás podría regresar. Solo iba a darle ese aviso.

Creí solucionar ese asunto y regresé a Valencia en octubre de 1952. Podría haberme instalado en cualquier vivienda lujosa, en uno de los cientos de chalets que construía, pero no pude resistirme al embrujo de aquella vivienda en la Gran Vía Marqués del Turia que tan bien conocía. Con la aureola de salvador y héroe financiero que la obediente prensa local me otorgaba, mis inversiones en Valencia pronto multiplicaron a mi competencia y la ciudad de la memoria fue mía. En Madrid era un rico más, pero aquí me convertí en el dueño. La policía, el gobernador, la guardia civil, los alcaldes, todos comían de mi mano, se amoldaban a cada una de mis exigencias; sabían que el Generalísimo bendecía mi posición. Sin embargo yo no era feliz, y el aroma del pasado me envolvía tras las fiestas y el *glamour*. Hubo otras mujeres, cientos de ellas, pero la herida abierta no se cerraba. Todavía, en el rincón más profundo del armario donde escondía el vestuario de Esperanza, creía oler su piel y escuchar su risa si introducía mi cabeza entre las telas suaves y olvidadas.

Tuve que casarme. Representé esa farsa como requería el protocolo, dejando en ridículo aquella primera boda de Arturo Dugo-Esrich. Tenía que ser en aquella misma iglesia maldita, los Santos Juanes. Habían pasado más de veinte años; nadie

me reconoció, nadie conservaba fotografías y los pocos elementos que podían inquietarme fueron convenientemente eliminados.

Llegaron los hijos, la madurez, el esplendor del grupo empresarial. Pero todas esas cosas están en las hemerotecas, y yo carezco de interés para repetir las.

La democracia cambió muchas cosas, aunque a los dinosaurios como yo eso no nos inquieta lo más mínimo. Aprendimos a caminar junto al generalísimo y tras su muerte supimos mantenernos sin él. Solo me inquietó la amnistía política que permitiría a Ernesto, el verdadero Arturo, regresar de nuevo a discutir mi imperio. Estuve atento, vigilé los lugares necesarios y mis hombres me informaron de la llegada a la ciudad de un hombre llamado Ernesto Blanch. Todo sucedió en un impulso, cuarenta años de miedo desatados esa misma tarde. Elegí a mis hombres más implacables y les acompañé yo mismo hasta la vivienda del argentino. No le permitimos hablar. Dije que eso podría ablandarles o tal vez pensé que podría sucederme a mí. Todo fue tan rápido. Los primeros golpes bastaron para derribarlo y cuando detuve a mis hombres Ernesto sangraba abundantemente por la cabeza.

De pronto, al trasluz del pasillo, pude ver un niño pequeño que arrastraba un peluche y se restregaba los ojos sin saber qué hacer. Escuchamos la voz temblorosa de una niña que hacía preguntas. Nos miramos en silencio y escapamos de inmediato, como monstruos de pesadilla, hechos de humo y terror. Solo fue un segundo, pero en los ojos de aquel niño vi el mismo miedo que yo había vivido. Uno de mis hombres me entregó una carta que Ernesto, que el verdadero Arturo estaba escribiendo cuando llegamos. En ella me perdonaba por todo; decía que la vida era así, que podíamos vivir en paz. Junto a ella encontró el guardapelo de plata de Esperanza, con su larga cadena, aquel pasaporte al infierno que yo le había entregado cuarenta años atrás; un objeto que había llevado durante toda su aventura, ocultándolo de las maneras más increíbles. Lo conservé, entre la culpa y otro salvaje sentimiento. Cuando llegué a casa, mi pequeña Ángela tenía la misma expresión de miedo en su rostro que había visto en aquel niño del pasillo. Quizás miró en mis ojos.

He tenido, como siempre, que ocuparme de ciertos irritantes detalles. Llamé a la policía para eliminar rastros. En estos días, los agentes de la ley tienen pocos dueños y saben a quién obedecer. Llevo semanas pensando qué hacer, encerrado en mi despacho, rehuyendo con excusas mis obligaciones empresariales. No quiero que esto quede así. No puede quedar así. En la nueva clínica Cubells he confiado Ernesto a un prometedor médico que está entusiasmado con la idea de hacerlo regresar de entre los muertos. Hasta ese día esperaré. No quiero su perdón, nunca lo he merecido. Solo deseo que, antes de su último aliento, pueda yo contarle la verdad, quiero que sepa qué he hecho con su vida. Quiero volver a mirarle de nuevo a la cara y decirle qué tipo de hombre soy.

No espero que nadie entienda esta obstinación mía, cuando se vive y se hace lo

que yo se cambia, y uno se transforma en un monstruo que a veces semeja un hombre. Por eso soy un hombre muerto y ya no podré morir.

## 20Y todo esto para qué

«Si tu cabeza te dice una cosa y toda tu vida dice otra, la cabeza siempre pierde».

*Cayo Largo, 1948*

**H**abía leído el manuscrito dos veces cuando al fin lo dejó sobre el escritorio. Zero maullaba histérica contra el silencio, y fuera del círculo del flexo el mundo parecía un lugar peligroso, bultos informes agazapados entre las sombras. Se tocó el lóbulo de la oreja para aferrarse a la cordura. Jamás hubiera creído una insensatez semejante. Pero había extraído con sus propias manos aquel hatillo de las pétreas entrañas de la Iglesia de los Santos Juanes.

Arturo era Ernesto. Ernesto era Arturo: una simetría demasiado simple para aceptarla sin más. Rescató su última reserva de Laphroaig del doble fondo de su escritorio. Resultaba curiosa la utilidad de los lugares ocultos. Mejías guardaba otros tesoros en el hueco revestido de madera, documentos comprometedores por los que quizás algún día sacara tajada. Entre aquellos papeles había una foto suya en la que salía demasiado joven, junto a una muchacha de aspecto inocente. Bajo ella languidecía la escritura de constitución de su primera agencia, con la firma de su malogrado socio sobre el papel amarillento. A su lado, la medicación recetada por el loquero para superar sus crisis depresivas, o eso le habían dicho. También yo guardo cosas inútiles, se dijo. Creo que no hay hombre en la tierra que no tenga algo que esconder.

Pero aquel hombre que vivía en la Gran Vía, Mejías no se decidía cómo llamarlo, había protegido su secreto en el mismo centro de aquella ciudad, bajo la iglesia que le obsesionaba, donde Esperanza se había casado con el verdadero Arturo y luego el falso había escenificado todas las pantomimas posibles, incluyendo la que se celebraría dos días después: la cuarta generación falsa de un imperio construido sobre arena. Más de treinta años entre piedra y piedra, a escasos metros de la calzada por la que circulaban cada día miles de valencianos. Su extravagante guardián, el longevo yaco Armando, había portado la equis de aquel tesoro insospechado para quien supiera leer entre las líneas del tiempo. El detective se levantó para conectar el tocadiscos; Billie Holiday se empeñaba en pedirle a la luna algo desconocido.

*I wished on the moon  
For something I never knew  
Wished on the moon*

Mejías se sentía aturdido por el odio del patriarca Dugo-Escrich. Ese mismo anciano que languidecía en su fatídica vivienda, todavía era un depredador despiadado. Pero en aquellas líneas el Rey Arturo había revelado otra mancha más profunda aún, una marca que dibujaba en su piel un contorno trémulo e impreciso: el signo del miedo.

Había temido no ser suficiente para Esperanza, luego temió que su verdadero yo reapareciera en escena, y más tarde fue la necesidad de intimidar a todos sus competidores, a sus amigos, a sus socios, a sus hijos. Todo el espacio alrededor del ficticio Arturo había sido rellenado con el miedo al fracaso, a quedar expuesto ante los demás.

Y aun así el empresario había ocultado su secreto, esperando que el verdadero Arturo despertara, pero también aterrado por aquella posibilidad. Atrapado en aquella decisión imposible: la de un hombre que decide no morir sin resolverlo. No le había hablado claramente a Mejías porque no lo hubiera creído; tenía que descubrirlo por él mismo. El Rey Arturo no soportaba los cabos sueltos y retrasaría su último aliento hasta que aquel mecanismo abriera la caja de Pandora.

La vida no es más que un montón de cabos sueltos, pensó el detective mientras observaba al trasluz los restos ambarinos del vaso. Sus dedos se pegaban en el cristal y aquella sensación le gustaba. No somos más que seres imperfectos jugando a que todo esté bien, se dijo de nuevo. Y encima me llaman pesimista.

La tormenta se había desatado y Mejías era un globo flácido, sin fuerzas para ponerse la gabardina y pelear contra los malos. Y estaba Berta: los secuestradores la retendrían hasta la medianoche del 30, cuando resultara inútil buscarla. Cualquier cosa que él intentara la pondría en peligro.

Levantó la tapa del Longines y se alarmó al ver lo tarde que se había hecho. Cenó y, por error, entregó doble ración de pienso a Zero, que la recibió con un chirrido entusiasta. Alguien dijo que el nuevo día trae esperanza a los hombres. Menuda estupidez, escupió a la oscuridad, pero mientras se negaba esa sentimental píldora pensó que ya era suficiente. Subió el animal a su regazo y Zero ronroneó con fervor. Duke Ellington desgranaba viejas piezas en el tocadiscos y ambos, detective y felino, se durmieron acunados por la dulce música del pasado.

Despertó muy tarde, alertado por el estrépito de un motor anémico que temblaba en cada movimiento de bielas y pistones. No tardó en descubrir que era su propia respiración la que provocaba ese sonido. Cuando pudo abrir los ojos lo recibió un primerísimo plano de Zero, recordándole que la hora del desayuno ya había pasado. Mejías rellenó con generosidad el plato de la gatita que decidía cuándo debía dormir y cuándo levantarse. Tras el café, alcanzó el auricular de baquelita.

Hizo cuatro llamadas, en orden creciente de desesperación. En la primera, Clara contestó al teléfono con su cháchara amable y superficial. Mejías fue más brusco de lo preciso hasta conseguir que Martín le atendiera. El día siguiente era el dichoso bautizo del cuarto Arturo, y el antiguo profesor no había podido indagar más. En todo caso, la cosa estaba difícil. En el centro educativo no había nadie por vacaciones y no era posible seguir el rastro de aquellos dos huérfanos. Por qué no esperar a después de Reyes, fue el ruego de Martín. Estoy roto, Vicente, tengo a la familia llamándome a diario, los del *catering*, el de la electricidad, los de seguridad, estoy deseando que esto termine. Mañana por la tarde podré descansar. Mejías se mordió el labio en silencio al otro lado del aparato. No comentó los sucesos del día anterior en los Santos Juanes. Para Martín habría supuesto un *shock* conocer el contenido de la covachuela número 11, a pocos metros del evento familiar. Y, de todas formas, tampoco podría ayudarle hasta el día siguiente por la noche. Mañana por la noche. Para entonces liberarían a Berta. Tampoco contó nada sobre ella.

La segunda llamada la realizó al domicilio del Rey Arturo, donde contestó una voz átona y desapasionada. Antes de decir palabra, Fidel le indicó que no iba a ser posible hablar con Arturo Dugo-Esrich. El señor se encuentra reunido resolviendo unos temas con su abogada, la señorita Blouchard, y después descansará. Acaba de salir de una enfermedad y debe recuperar fuerzas para asistir mañana al bautizo de su bisnieto. El mayordomo dijo esto como si lo estuviera leyendo en una pantalla desplegada frente a él. Dígale que he llamado y que necesito hablar con él, respondió Mejías, sabiendo que era inútil. Antes de colgar tuvo una ocurrencia: Fidel, ¿qué tal esos músculos?, rio entre dientes, te vi ayer en el gimnasio nórdico. No hubo respuesta antes de colgar.

No perdía nada al llamar a Ramírez. Escuchó tres tonos hasta que apareció otra voz conocida. Vaya, vaya, dijo Ezquerro como saludo. Vaya, vaya, pensó Mejías, hoy es el día de los entrometidos al teléfono. ¿Aún no has tenido suficiente, exdetective?, preguntó el subinspector. Espero que busques abogado para la semana que viene porque el de oficio me debe un par de favores. Mejías intentó que le pasara con Ramírez. Pero Ezquerro fue implacable; el inspector está de vacaciones, tontolava, como la mitad del país. Yo vigilo el castillo, así que no se te ocurra cometer ninguna tontería. Mejías gruñó por encima del otro y soportó una amenaza de entre dos y tres meses de cárcel. Que tú, Mejías, eres de los que no sueltas la presa, lo sé bien, pero ahora debes esconderte. Alégame el día y vuelve a hacer el gilipollas como ayer. El detective colgó para aplicarse una descarga de ventolín: Ramírez estaba con los Dugo-Esrich y Ezquerro tenía cercado al detective. Me lo están poniendo fácil estos cabrones, murmuró con la vista fija en la pared.

Le quedaba una última llamada por hacer. Hizo rodar los números en el dial y esta vez descolgó la persona que buscaba. Quién es, preguntó la voz, y Mejías comprendió que llamar a Ángela había sido un error. Quería haberle dicho que deseaba continuar aquella conversación junto a la piscina; que le gustaría visitarla

otra vez en el local de su hermano o en su galería de arte para burlarse juntos de este mundo caprichoso en el que ellos eran meros actores de reparto. Contestó, ordenó Ángela impaciente, quién es, por qué no dice nada. Quería haber visto de nuevo sus brazos gráciles y pálidos, el mar de pecas sobre sus pómulos, la cadena cobijada en el afortunado refugio de su escote. Le hubiera dicho que estaba loco por ella desde que la vio por primera vez, que un encuentro como el suyo solo ocurría en las películas de antes, pero por qué no cometer la locura de hacer realidad la nuestra. Escuche, continuaba Ángela al teléfono, sé quién es usted y si trata de asustarme ya puede irse preparando. Entonces Mejías recordó las mentiras, la traición, cómo le habían engañado sus atributos de vampiresa. Váyase a la mierda, gritaba Ángela desde el vetusto cacharro, le prometo que lo lamentará. Mejías miró el auricular con tristeza, una pena tierna llena de matices, un réquiem por el amor imposible. Pero nadie estaba mirando. Ángela ensayaba nuevos improperios desde el altavoz. Escuchó el clic cuando lo posó sobre la horquilla.

No había pasado la hora de comer, aunque sentía que era otra vez de noche. Volvió al escritorio vacío del recibidor y se sentó allí, entre la Olivetti y el portátil de Berta. Su socia era una chavala que soñaba a jugar a detectives. Como yo, pensó Mejías de golpe. Se removió en el asiento; resultaba incómodo ocupar el lugar de su socia.

Al volverse, tiró al suelo el bolso de Berta. Era grande y práctico, con múltiples bolsillos, pero sobrio y sin adornos. El bolso se parece a la dueña, pensó sin querer. Se sintió un poco miserable al registrarlo: encontró el cargador de móvil, un cuaderno rojo, un montón de papeles llenos de anotaciones. Al fin extrajo un folio doblado por la mitad, con la tipografía de una vieja máquina de escribir que reconoció al instante. Lo desplegó con cuidado de escolar y leyó su contenido:

### **Las Reglas de Mejías**

- Regla número uno: No me mientas. Nunca.
- Regla número dos: La sombra siempre te delatará.
- Regla número tres: Soy Mejías, y Mejías soy yo.
- Regla número cuatro: No te laments ni te disculpes jamás; haz lo que tengas que hacer.
- Regla número cinco: No te impliques en los casos más de lo que yo te diga.
- Regla número seis: Trabaja con lo que tienes.
- Regla número siete: Sé tú misma.
- Regla número ocho: Confía en mí.



- Regla número nueve: Hazme siempre caso.
- Regla número diez: En mi casa las reglas las pongo yo.
- Regla número once: Quédate en el coche cuando yo te lo diga.
- Regla número doce: Si pones todo tu empeño en lo que deseas lo conseguirás.
- Regla número trece: Si dejas el trabajo, dejas el coche.
- Regla número catorce: A veces no hay que tenerlo todo bajo control. Si lo aprietas demasiado, se te rompe en las manos.
- Regla número quince: aprende un poco de humildad.
- Regla número dieciséis: Si tú no me fallas, yo tampoco lo haré.

Mejías volvió a leer la última frase; tragó saliva, dos veces. Se sirvió el primer *whisky* de la mañana y dejó los minutos desgranarse en silencio. Luego examinó los últimos hallazgos de Berta sobre la superficie de su escritorio. Eran anotaciones dispersas, indexadas en su cuaderno rojo, pistas que en algún momento había despreciado y relegado al olvido. Leyó con creciente admiración, asimilando el hilo de los razonamientos de su socia. No se trataba de una deducción brillante, sino más bien un eficiente trabajo de correlación de pequeñas cosas que, sumadas unas a otras, sacaban a la luz consecuencias interesantes. Todo lo había hecho sentada en el sofá mientras él languidecía en la cama de la clínica Cubells o desde aquel aparato informático que el detective detestaba. Levantó la mirada y casi sonrió. Ahora era su turno.

Media hora después cruzaba la calle dispuesto a resolver de manera definitiva el caso, con la cabeza ardiendo por las recientes insinuaciones. Mejías tenía la certeza de que debía moverse en las próximas horas si quería evitar el desastre. Contravenía las indicaciones del secuestrador, pero una cosa era investigar con la policía o los Dugo-Esrich sobre aviso y otra muy distinta que un tipo con gabardina se diera un paseo por la ciudad. Recordó cómo había terminado Rosita. Contuvo el impulso de regresar a la oficina; esos tipos iban en serio pero Mejías también.

La letrada Blouchard se encontraba reunida con el Rey Arturo. ¿Qué significaba a estas alturas? Ezquerro también vigilaba y el resto de implicados permanecían expectantes, como se agazaparían tras los sofás del detective para darle una sorpresa de cumpleaños. Había alguien más escondido entre los muebles, podía sentirlo, alguien justo delante de sus narices.

Las anotaciones de Berta incluía un impreso de la Dirección General de Tráfico,

que la chica consiguió haciéndose pasar por personal de una aseguradora. Eran los datos de la Berlingo que les había embestido dos veces en las carreteras de la Sierra Calderona. Se trataba de un vehículo de alquiler: Berta había preparado una lista de clientes con varias empresas de la construcción, un servicio de mensajería y una decena más, entre los que se encontraba un complejo educativo situado en las afueras: el mismo donde ingresaron los nietos de Ernesto Blanch en 1978. La chica había trazado sobre el papel cuadriculado dos árboles genealógicos incompletos, con flechas cruzándose entre sí. La parte izquierda correspondía a los Dugo-Esrich, con casi todas sus casillas ocupadas; a su lado había otro de resonancias más misteriosas. Lo encabezaba Ernesto Blanch, y a su lado se mostraba un rectángulo que indicaba «Hijo muerto en accidente». Dos ramas partían de él hacia abajo. La primera de ellas presentaba un signo de interrogación; la segunda llevaba una «M» en el centro.

Al continuar leyendo las anotaciones de Berta comprendió mejor estos crípticos mensajes. Ernesto Blanch había tenido un hijo en Francia en la posguerra, que posteriormente falleció junto a su mujer en un accidente de tráfico. Los niños de estos habían quedado bajo la custodia de su abuelo, que a su vez había enviudado unos años antes. Luego llegó la democracia española, el regreso de los Blanch y los trágicos sucesos descritos en la confesión manuscrita del falso Arturo. El centro educativo había acogido a los dos huérfanos, hasta que la niña fue adoptada por la familia Adell Forner, de la que no se indicaban más datos. La pista se perdía allí. Solo constaban los apellidos perdidos y los nuevos; podía haberse cambiado el nombre, podría ser cualquiera. Por su parte, el niño no fue adoptado de inmediato y permaneció en el complejo largos años, posiblemente hasta su mayoría de edad: aquel niño sería ahora un hombre de su edad.

Tras un par de páginas encontró algo revelador: «M» era la inicial de aquel niño, Marcel Blanc, con el apellido afrancesado. Marcel, tras terminar el bachillerato con calificaciones mediocres y tres años más atrasado de lo debido, se había matriculado de manera sorprendente en una licenciatura de Historia en una universidad a distancia, la única que le admitió. Le había costado diez años, pero consiguió completar una tesis doctoral sobre las colonias de Carlos III en Sierra Morena y Écija. Mejías tuvo que sujetarse a la silla al leer esta revelación en la letra redonda de la joven.

En una nota aparte estaban fechados con precisión los atentados contra Arturo Dugo-Esrich. El primero se había producido en marzo de 1993: el desprendimiento de una cornisa sin apenas consecuencias. Cuatro meses más tarde, un Peugeot 205 le atropelló ante su oficina de la calle Jorge Juan y se dio a la fuga. Aquel suceso le postró en la conocida silla de ruedas. En septiembre de aquel mismo año, Mercedes, la mujer del Rey Arturo, había fallecido por una dosis de veneno que hubiera tumbado a cuarenta Dugo-Esrich, si hubieran conseguido ponerlos a beber de la misma fuente, como hienas impacientes de reunirse con el barquero. Para la policía todo estaba archivado, a pesar de las diligencias que apuntaban en otra dirección.

Mejías había buscado el nombre de Ramírez entre los informes sin éxito. Existía un patrón en aquellos actos: la misma mano impaciente, improvisando, sedienta de venganza.

Había más documentación relacionada con el complejo educativo: planos de los distintos edificios, horarios de sus trabajadores, una lista de normas de comportamiento escolar y distintas referencias a los cursos entre 1986 y 1991. Por último, había una anotación subrayada en rojo y rodeada por dos círculos de rotulador: «BCEC:17-035C248».

Su cabeza grita, duda; piensa demasiado. Desea que todo haya terminado, que por fin sea treinta y uno de diciembre para afrontar la nueva vida que le espera. Pero antes deben consumir lo que han preparado.

Ni siquiera se enfada cuando los interminables tonos se estiran hasta que descuelgan. Su voz no compone una réplica implacable. Sencillamente trata de ser firme, pero la percusión de sus palabras delata la impostura.

—Ayer me arriesgué demasiado al llevarte en coche, no sé en qué estabas pensando.

Le saludan preocupándose por su estado de salud, una burla que ella decide ignorar. Endurece de nuevo su tono, procura que sea pétreo, sólido.

—Ese detective te ha visto varias veces, va a descubrirlo todo. No sé por qué quieres retener a la chiquilla.

Estira la espalda, se mira en el espejo. Sus cejas se juntan.

—Dices que te encargarás de él si nos descubre. Yo digo que tenemos que estar preparados. Deshazte del coche cuando pongas la operación en marcha, yo me quedaré con la chica.

Está a punto de decir algo más. Vacila. Permite que él tome la iniciativa. La voz mordaz se instala en su oído, insinúa su debilidad. Ella carraspea para hablar de nuevo.

—No estoy asustada, es solo que...

Deja la mitad de la frase en el aire y enseguida asume su error. Sabe lo que pasará si permite que él la arrincone contra la pared. El próximo desastre sería el último. Termina su frase.

—... Es solo que llevamos mucho tiempo esperando este momento.

Hay una risa al otro lado, una complicidad jocosa, siniestra. El otro cuelga, y también ella. Se toca los pendientes, roza la cadena que pende de su cuello. Le parece que es una soga que se cierra cada vez más. Le cuesta respirar. Pero esta historia está a punto de concluir.

Mejías tardó un rato en llegar hasta el apartado polígono industrial. El metro lo había

depositado a unos buenos veinte minutos de las naves dispersas. Al parecer, Berta había seguido durante un par de días aquel coche con un programa de localización geográfica. En el listado de datos emitido cada diez minutos se detallaba el recorrido del vehículo y un número de teléfono: el número que aparecía en el currículum de Berta. La joven había pegado su propio móvil a la furgoneta, y este había funcionado mientras duró la batería como uno de esos posicionadores GPS que vendían en los centros comerciales o en las tiendas especializadas para detectives. Mejías estaba sencillamente asombrado. Si se hubiera tomado más en serio a su socia las cosas podrían haber sido distintas.

El vehículo había estado un par de días en un taller. Luego se había dirigido a aquel polígono industrial de Catarroja. El resto no fue difícil para Mejías, aunque sí desconcertante. Las coordenadas señalaban un almacén de productos farmacéuticos, o eso indicaba el informe de la Cámara de Comercio cuya copia había ojeado el detective. Berta había subrayado en rojo el estado de cuentas; las pérdidas se amontonaban con desenfreno y contaba con solo dos empleados. Aquello apestaba a tapadera.

La persona que le atendió se alarmó por su presencia. Su jefe no estaba. Lo guio a través de un almacén comido por el óxido hasta una oficina donde funcionaban la mitad de los fluorescentes. Durante el recorrido, Mejías se detuvo para atarse los cordones de los zapatos mientras ojeaba las cajas del pasillo central. Presentaban desgarros del tamaño de una mano; los que suelen hacerse para comprobar la mercancía de un paquete sospechoso.

Cuando Mejías dijo que no era policía y que buscaba a un tipo pelirrojo, el otro se volvió locuaz. Tenía miedo, el acné efervescente parecía revolverse en sus mejillas como azúcar mal disuelto mientras hacía muecas de tipo duro. Cuando le describió al mensajero de la Clínica Cubells el otro asintió ferozmente y comenzó a tartamudear. Es gracioso, ¿verdad?, decía entre risas fuera de lugar. Después de la visita de ese tipo, mi jefe desapareció. Aquí vienen muchas cosas directas del puerto, sin pasar por aduana. O, mejor dicho, después del correspondiente soborno. Tenemos de todo, playestation, equipos hifi, armas, droga, pero eso se ha acabado. Pille a ese cabrón. No por mi jefe, sino porque he perdido el sueldo del mes y mi puesto. Ahora solo quedo yo, y soy bastante inútil. Al principio pensé que podría continuar sin él, ya sabe, dijo mirándose las uñas sucias. Quizás aún viniera algún cliente y obtuviera algo de pasta, pero soy un mozo de almacén, no sirvo para cerrar tratos, no sirvo para hablar, no sé si me entiende, a veces hablo demasiado, a veces demasiado poco. Le entiendo, dijo Mejías, y ya pensaba en largarse de allí. El otro continuaba su monólogo. Yo solo sé contar cajas, decía, y no muy bien. Mi jefe sabía tratar a la gente: aquel tipo tenía las cosas muy claras, discutieron mucho tiempo. El tipo pagó al contado, una maleta que mi jefe iba a repartir, eso dijo. Las facturas son falsas, así que es inútil que me pregunte, el único que lo sabía era mi jefe. Je, je, rio de forma cercana a la histeria. Lo encontraron ayer por la mañana, ahorcado en su propia casa,

je, je, después de haber cerrado un negocio millonario. Extraño, ¿verdad? Mejías asintió mientras el otro se restregaba los antebrazos entre convulsiones. Por la manga asomaba el inicio de los picotazos hipodérmicos. Yo necesito mi dosis, continuaba el infeliz, no puedo moverme de aquí...

Aquel pobre diablo le había dicho suficiente. Mejías husmeó la nave y encontró todo tipo de mercancías prohibidas: cargadores con munición de nueve milímetros, relojes de marca en perfecto estado, papelines escondidas en juguetes, cajas con explosivo plástico, una pequeña colección de imitación de obras de arte, armas de caza, cajones con devedés piratas, un par de retratos con el sello del Museo Británico en su reverso, obras de colecciones privadas. Cualquier cosa ilegal estaba allí. Cuál de ellas buscaba Marcel.

Durmió poco aquella noche, espiando entre tinieblas los andares de la gata por el pasillo y pasándose de mano a mano las anotaciones de Berta. ¿Qué pretendía Marcel? ¿Esperaría al Rey Arturo para abatirlo a tiros en la puerta de su casa? ¿Volvería a atropellarlo? ¿Empujaría una nueva cornisa? Sus desvaríos eran cada vez menos precisos, y ni siquiera conseguía descifrar los chirridos de Zero entre sus pantorrillas.

Despertó al mediodía del treinta de diciembre con la firme sensación de un nudo en torno a su cuello. En poco más de doce horas liberarían a Berta y al poco terminaría el maldito año. La semana siguiente acudiría a la Ciudad de la Justicia, dispuesto a aceptar los cargos y a olvidar para siempre a los Dugo-Esrich. Dispuesto, por una vez, a reconocer su derrota.

El sonido de un timbre brotó del artilugio de plástico junto a la entrada. Por favor, baje, logró entender por el altavoz, baje que me han advertido de esta entrega en central. Sin fuerzas para llevar la contraria al desconocido, Mejías descendió los cincuenta y cuatro escalones. Abajo el mensajero parecía de verdad: pequeño, gordo y moreno, como un gemelo asimétrico de Marcel. Cuando regresó a la oficina, empezó a desgarrar el papel de estraza. Sus ojos se posaron sobre un código familiar: «BCEC:17-035C248». Era un envío contra reembolso de la Biblioteca Municipal de Cheste. La caja que contenía un enorme álbum de fotografías pertenecientes a los últimos anuarios del centro educativo que tan bien conocía. Mejías encerró a Zero entre toneladas de comida. Se sentó en su despacho, puso el álbum sobre sus rodillas y comenzó a ojearlo.

¿Para qué había pedido Berta aquel libro de imágenes escolares? Examinó una docena de páginas sin interés, con grupos de niños en clase, en el patio, formando delante de una portería de fútbol, disfrazados de pastores, de superhéroes, de fantasmas en Halloween, todo un conjunto de imágenes desdeñosas y olvidables. Al girar la que colmaba su paciencia la página vibró en su mano.

La fotografía mostraba un grupo de escolares sentados en torno a unos trofeos

deportivos sobre el suelo. En un discreto púlpito, un señor con traje y corbata aguardaba a que un operario arreglara el micrófono estropeado. El operario estaba girado hacia un lado, la mitad de su rostro expuesto a la cámara, mientras el hombre que estaba a punto de hablar le miraba con visible mal humor, como si él fuera el culpable de todo. Precisamente él, quien sin duda iba a arreglarlo. Mejías parpadeó dos, tres veces, pero no había duda: el operario era Marcel. No solo había estudiado Historia, Marcel no había sido adoptado. Se había quedado en el complejo educativo, había encontrado un empleo entre aquellos mismos muros de su niñez y juventud, y desde allí extendía sus tentáculos sobre los Dugo-Esrich en una implacable venganza. Un hombre que ya había matado y que no dudaría en volver a hacerlo.

A pesar de la hora llamó a Martín. Ni siquiera Clara se puso al teléfono, que siguió sonando sin respuesta. Colgó, volvió a llamar. Contesta, maldita sea, contesta, apremiaba Mejías a distancia, hasta que oyó una voz apresurada en el auricular. Te lo he cogido de casualidad, Vicente, llegan los invitados, no tengo tiempo. No quiero alarmarte, Martín, pero creo que van a atentar contra tu padre, tienes que suspender el bautizo. Martín se enfadó; estás loco, Vicente, no puede ser. Está todo preparado, la Iglesia y la Lonja, qué pruebas tienes, qué es lo que ha pasado. De nuevo, Mejías no quiso comentar nada de Berta, la responsabilidad luchaba dentro de su boca. Son un cúmulo de cosas, Martín, uno de los huérfanos, los nietos de Ernesto Blanch, creo que son ellos. Cómo indicarle todas las suposiciones, cómo resumir todas las sospechas en una sola frase. Creo que va a pasar algo allí, pero no tengo idea de qué puede ser. Suspende el bautizo, Martín, haz lo que haga falta. Estás loco, repite, tengo a toda la familia preparada, es imposible. ¿Estás en problemas? El detective calla, bastante tiene Martín con la que le está cayendo encima. El profesor se adelanta a la respuesta de Mejías: en cuanto acabe hablamos del asunto, y mandaré a los abogados que haga falta, mi hermano Arturo no podrá impedirlo. Tranquilo por lo de hoy, tenemos una empresa de seguridad impresionante. La Plaza del Mercado y alrededores está cortada por un permiso especial, no hay coches aparcados, esto es lo nunca visto, las puertas y ventanas estarán vigiladas. La prensa entrará diez minutos a hacer fotos, solo se permite el paso a los invitados y el personal de servicio que ha trabajado aquí. Mandaré a recoger a mi padre en la misma puerta de su casa en un coche blindado. Sea lo que sea, estamos seguros. No nos va a pasar nada.

Mejías está cansado, muy cansado. Todos han tratado de avisarle, pero él se ha empeñado en imitar a uno de esos héroes de blanco y negro. Antes, cuando luchaba en solitario, las derrotas no importaban, eran parte de la pelea. Pero ahora esas derrotas, maldita sea, se dice con frustrada indiferencia, afectan a personas que significan algo para él. Así que debe quedarse donde está, él solo tiene una bomba informativa y un montón de sospechas. Puede ir al centro, hacer que lo detengan y pasar la Nochevieja en la cárcel. También puede ir a la guarida del dragón, dar la cara

ante esos asesinos y pasar la Nochevieja en una cama del Hospital o en el depósito. El día es para los desesperados, se dice.

Mejías se pone la gabardina lentamente, justo frente al cartel de *Casablanca*. La pistola que sostiene Bogart apunta al detective, los ojos del actor parecen entrecerrarse mientras tuerce la boca para hablar. Déjalo ir, le está diciendo Bogart desde la superficie satinada, tuviste tu oportunidad, la cagaste y la cosa se complicó. Asume tu responsabilidad y deja de llorar como una nena. No tienes ninguna posibilidad, detective. Déjalo ir.

Mejías permanece en silencio, asintiendo levemente para sí. Eleva la barbilla, sostiene la mirada que lanza Bogart desde el otro lado. No tengo un plan, le dice a la figura sobre la pared, no tengo a la policía de mi lado y me han quitado la licencia. Me aguardan unos tipos armados hasta los dientes dispuestos a matarme, personas desesperadas que llevan mucho tiempo planeando su venganza. ¿Pero sabes qué? Voy a salvarla.

No me mires así, Bogie. Voy a salvarla.

## 21 Quién es ella

«Tienes una moneda donde las demás mujeres tienen un corazón».

*Atraco perfecto*, 1956

**E**l taxi lo dejó en la vía de servicio, apenas a doscientos metros de la garita de vigilancia que custodiaba el complejo educativo, junto a la visera de hormigón de los edificios más próximos a la autovía. Mejías aún refunfuñaba por el precio del taxímetro mientras se desprendía de la gabardina a escondidas. Extrajo de su bolsa un chaleco de forro polar con logotipos desgastados, ató sobre el pantalón de pana un cinturón de herramientas y buscó en sus bolsillos los documentos que debían ayudarle a entrar.

En la garita, un guardia orondo dormitaba frente a los monitores del circuito cerrado de televisión. Mejías le sacudió un hombro a través de la ventana, mientras el centinela despertaba murmurando que estaba cerrado. Mañana es Nochevieja, dijo con escasa simpatía, es que no se ha enterado. Mejías le mostró su carnet de instalador de baja tensión, un parte de trabajo y el informe con los datos del complejo.

—Pues aquí dice que tengo que echar un vistazo a los cuadros eléctricos del bloque C. Y que además es urgente.

El guardia consultó la documentación con detenimiento. Se rascó la cabeza perezosamente y bostezó.

—¿El bloque C? Esta sí que es buena, allí no se ha reparado nada en años.

—Eso mismo debe ser.

El rostro del vigilante pareció calibrar si el detective le tomaba el pelo. Extendió sobre el mostrador unos impresos arrugados que había sacado bajo el medio bocado envuelto en papel de plata.

—Firme aquí, escriba su número de DNI y el motivo de la visita.

Mejías inventó un nombre sobre la marcha para rellenar el formulario y echó un vistazo al interior de la garita. Al margen de los monitores, había una fila de armarios altos y muy estrechos formando una U; su única puerta abierta descubría la matriz de alcayatas con pequeños llaveros etiquetados.

—Cuántas llaves —dijo el detective.

—Es una estupidez, cada puerta tiene un cerrojo distinto. Cuatrocientas llaves.

—No me diga —observó Mejías, fingiendo interés.

—Oiga, ¿y su coche? No me diga ha venido andando —indagó el vigilante, suspicaz.



El detective resopló, visiblemente contrariado. Pegó un puñetazo sobre el mostrador mientras se miraba la punta de sus zapatos.

—¡Estoy hasta los huevos de que se rían de mí...!

—Bueno, yo no pretendía...

—Si no lo digo por usted, pero cuando uno es el último mono de la empresa pasan estas cosas. —Mejías mostró su sonrisa de conejo simpático—. Les das tus mejores años y ni siquiera te proporcionan un vehículo. Te dejan tirado en la autovía, dicen que te recogerán cuando termines, y yo con cara de tonto. Sin coche, pseché, menudo imbécil debo parecerle.

El grasiento centinela parecía conmovido por aquel arranque de sinceridad.

—Hombre, no se ponga así —dijo, sin dejar de encogerse de hombros—. Me hago cargo, esas cosas pasan.

Mejías suspiró mientras el vigilante recogía la documentación y consignaba la fecha y hora de entrada.

—Qué putada trabajar en estas fechas, ¿verdad? —añadió el detective en tono casual.

—Y que lo diga, cuando uno es el último mono de la empresa pasan estas cosas. Me entiende, ¿verdad?

Acompañó la pregunta con un untuoso guiño y la seca carcajada fue coreada por ambos.

—Mejor de lo que usted cree —contestó Mejías.

Tras extinguirse la risa, el detective traspasó la barrera. Cuando llevaba apenas cuatro pasos, la perentoria voz del centinela lo detuvo. Había hablado de más, maldito bocazas. Se giró resignado, dispuesto a afrontar su fracaso cuando vio al otro, saliendo de la garita con un destello metálico entre las manos. En dos pasos el guardia estuvo a su lado.

—Las llaves del bloque C —dijo el tipo, encogiéndose de hombros—. Cómo pensaba entrar, ¿forzando alguna de las puertas?

Los edificios del complejo educativo parecían un rebaño de dinosaurios grises y megalíticos, escrutando el cielo nocturno en busca de aquel foganazo que los borraría de la faz de la tierra. Habían sido construidos durante los últimos años del franquismo, cuando grande significaba bueno, el precio del suelo no preocupaba, y si uno sabía a qué árbol de la Administración arrimarse la sombra podía ser de hectáreas. Mejías sacó el plano de Berta y localizó con precisión el bloque C, al otro lado del complejo.

Continuó por la orilla de la carretera, alternando aceras y arcenes transitables, y fue dejando atrás las oficinas del complejo, la cafetería y un edificio semicircular surcado por descomunales contrafuertes. Al fin, tras superar almacenes y el gran comedor, pudo contemplar los edificios de enseñanza. El exterior estaba desierto y las

construcciones se mecían con el viento, azuzadas por la inconsolable melancolía. Aquel lugar había reunido durante décadas colegios e institutos, toda la etapa educativa de varias generaciones en aquella comarca. Ahora parecía el decorado de un wéstern *post* apocalíptico tras el toque de queda.

Caminó entre edificios destartalados, donde la pintura desconchada se alternaba con pequeñas reparaciones en los pomos de entrada y el césped recortado de las jardineras. Las baldosas deterioradas del patio habían sido sustituidas por otras de distintas tonalidades en un ajedrezado descuido. Todas las ventanas y puertas estaban cerradas, signo del abandono vacacional.

Al llegar al enorme espacio de canchas deportivas atisbó su destino entre los vestuarios y el polideportivo cubierto, cuyo contorno emergía un poco más allá. El bloque C presentaba signos inequívocos de desatención. Los cables eléctricos colgaban de los costados como cordonerías de adolescente; un fragmento de fachada se había desplomado sin que nadie se molestase en recogerlo. Por las grietas de los escalones de piedra era posible introducir un pie.

Mejías recordó el llavero del guardia; todo el llavín estaba pulcramente etiquetado y en uno de los rótulos leyó: «Puerta de entrada». Antes de cruzar el umbral se despojó del forro polar y volvió a calarse la gabardina. Una cosa era ir de incógnito y otra que te pillaran en la escena clave de la historia pareciendo un currito más. Colgó la bolsa de su hombro y comenzó a explorar los pisos superiores.

Las ventanas de la primera planta conservaban las persianas, aunque en la segunda estaban tapiadas con tablas y clavos para impedir que nada pudiera colarse por ellas. El centelleo de los fluorescentes parpadeó a lo largo del pasillo, dejando algunos huecos en el techo. Aquellos corredores permanecían en silencio desde años atrás; eran las plantas destinadas al alojamiento de alumnos. Mejías encontró periódicos atrasados en el suelo, bolsas de plástico, latas enrobinadas, todo esparcido por las distintas habitaciones, donde aún permanecían las mesas de estudio empotradas en la pared con restos crujientes del antiguo mobiliario.

Tras inspeccionar esa zona, Mejías tomó la escalera hacia el primer piso. Un chirrido le atornilló sobre los escalones: el sonido de una silla arrastrada por el pavimento. Permaneció inmóvil durante segundos, engarfiado al pasamanos sin atreverse a respirar. No escuchó nada más. Volvió su mirada hacia abajo; desde la escalera tenía una perspectiva del *hall* de entrada que, por algún motivo, estimuló su curiosidad. Tras unos segundos entendió por qué. Descendió hasta el rellano, pisando con cuidado y deteniéndose a inspeccionar el terrazo sucio. Había baldosas sin reparar y una fuentecilla de agua con su mecanismo ausente pero, a su lado, un surco de color distinto señalaba una zona transitada. Mejías siguió la trayectoria desde la entrada. La marca serpenteaba cruzando estancias y un pasillo iluminado, para detenerse ante dos habitaciones enfrentadas de ese mismo corredor. La primera puerta tenía sobre el dintel un sencillo letrero que se correspondía con una etiqueta del llavero: «Taller». Entró en la sencilla estancia, que contenía bancadas para tornos,

estanterías modulares y herramientas ancladas en las paredes. Junto a una mesa de trabajo encontró un cenicero con colillas recientes de tabaco negro. El aire olía a grasa y metal quemado por los soldadores y, sobre el suelo, había cartones con huellas de zapatos de seguridad; un calzado similar al del operario de mantenimiento que el detective fingía ser. Muy parecido al del operario en aquella fotografía del anuario que había sostenido aquella misma tarde en su despacho.

Mejías volvió al pasillo y se concentró en la otra puerta, un cuadrado de chapa sin pomo con una cerradura sobre su superficie. No existía ningún rótulo. Probó todas las llaves infructuosamente, hasta que la última de ellas chasqueó en el mecanismo. Posó la palma sobre el metal y la hoja se abrió sin ruido. Mejías permaneció agachado ante el umbral, contemplando cómo la puerta recién engrasada giraba para mostrar el vestíbulo de una humilde vivienda con muebles funcionales. Allí no había nadie. Inspeccionó los armarios, un pequeño arcón bajo la ventana, la cocina donde se amontonaban los platos sucios en el fregador. Los fogones mostraban restos de comida reciente.

Había un único dormitorio con una única cama individual y sábanas algo más que sucias. Registró los cajones del aparador, los muebles del salón, buscó entre la ropa sucia y la correspondencia que revoloteaba en aquel caótico domicilio. Su único botín fueron unos recibos a nombre de Marcel Blanch, partes de mantenimiento, *tickets* de gasolina y otros papeles sin importancia hasta completar un registro exhaustivo de la vivienda.

Su instinto le había jugado una mala pasada, se dijo, mientras dejaba resbalar la espalda por la pared hasta quedarse en cuclillas, mirando al vacío. Sin embargo, aquel bloque presuntamente vacío estaba habitado por el objetivo de sus pesquisas, Marcel, el pelirrojo que era nieto del verdadero Arturo. Pero ni rastro de Berta. Tal vez aquel chirrido había sido producto de su imaginación. Repasó lo que tenía: la matrícula del coche, el viejo almacén de contrabando, las averiguaciones de Martín, las investigaciones de su joven socia, todo conducía hasta aquella vivienda, pero ahora se encontraba en un callejón sin salida. Sacó un caramelo de la gabardina y lo desenrolló hasta metérselo en la boca. Sostuvo el celofán ante sí, lo hizo una pelota entre sus dedos y disparó hacia el otro lado de la habitación. Siguió la trayectoria del inofensivo proyectil, que se detuvo junto al rodapié de la esquina contraria. Contempló la bola de papel más tiempo de lo razonable.

En aquel rodapié existía un corte biselado en vertical, que coincidía con un cambio de color en el papel de la pared. Mejías se levantó hasta allí, retiró un perchero que ocupaba la esquina y palpó el paramento vertical, que se balanceó en torno a un eje invisible. Empujó con más fuerza y parte de la pared cedió. Había espacio suficiente para que un hombre pasara por él. Sacó el ventolín y, tras la obligada descarga, penetró en aquella oscuridad. Tuvo buscar en su bolsa la linterna que había usado dos días antes en los Santos Juanes. Mejías sacudió sus hombros para desembarazarse de un mal presagio. Deseó con todas sus fuerzas que esta

aventura no terminara igual que en aquella covachuela bajo la iglesia.

La mancha amarillenta de luz se deslizaba por el polvo suspendido. Tosió con la mano en la boca, sin dejar de caminar. Unos metros más allá, el estrecho corredor se transformaba en un amplio espacio. Permaneció un rato de pie, sin atreverse a apagar la linterna, observando cómo las sombras de los muebles danzaban a su alrededor.

Encontró el interruptor aunque decidió no usarlo, pues ignoraba con qué otras habitaciones comunicaría aquella estancia. Paseó el círculo anaranjado de luz por la pared de ladrillo, perfilando la silueta de una línea de estanterías metálicas. Al aproximar la linterna, comprobó que en su mayoría se trataba de libros sobre la historia valenciana de los últimos tres siglos. Con cierto sobresalto pudo reconocer algunos títulos sobre las colonias de Fuente Carreteros, la historia de los valencianos en Argentina y otros tratados existentes en casa de Martín. Junto a los estantes abarrotados descubrió un escritorio atestado de papeles revueltos. Sobre la madera había una acreditación de plástico donde se leía: «*Electricista-Empresa Colaboradora del Evento*». Un escalofrío recorrió su espalda y sintió deseos de salir corriendo de allí. Pero aún no podía hacerlo.

En la pared del escritorio, Mejías distinguió un gran tablero de corcho que solo pudo iluminar por partes. En un extremo había fijada una fotografía, un primer plano del Rey Arturo recortado del suplemento de economía dominical. El rostro expresaba ferocidad y desprecio, los crueles ojos miraban al objetivo como si pudiera comprarlo, destruirlo. Desplazó su atención al resto del panel y la linterna reveló otros recortes sobre el tablero: pedazos de papel couché, notas y material gráfico extraído de diversos medios. La luz languideció de nuevo y, entre maldiciones, Mejías acercó aún más la disminuida bombilla para leer aquellas nuevas revelaciones. Recorrió con creciente interés los titulares de prensa: *Los Dugo-Escrich se hacen con la azulejera más importante de Castellón; El Grupo más familiar adquiere la licencia para un nuevo centro comercial; Dugo-Escrich, el imperio valenciano que continúa en el siglo XXI*.

Entre los recortes aparecía un árbol genealógico familiar, más rudimentario que el que dibujara Berta, con cada uno de los nombres subrayado en rojo. Mejías alumbró por partes el resto de la habitación. En el resto de paredes se dispersaban estas informaciones: fotografías de periódicos y revistas, a veces subrayadas, los pies de foto cruzados por comentarios despectivos; escenas de la prensa rosa adornadas con bigotes, cuernos y otras referencias malintencionadas. Estaban todos: las inauguraciones de los nuevos locales de Seb, los acuerdos empresariales de Arturo, los grandes proyectos de la familia, el nombramiento de cargos públicos escoltados por Arturo Segundo. Y también un gran interrogante en un artículo de economía sobre el Proyecto Cíclope, fechado en marzo de 2005.

Mejías permaneció pensativo entre aquellas paredes que sostenían los logros de

los Dugo-Escrich. Alumbró por última vez el rectángulo de caucho y un titular le hizo detenerse. Se trataba de la fotocopia de una pequeña nota de sociedad en el periódico local, apenas una columna con siete líneas y un pequeño encabezamiento. La leyó y, conforme su significado se desentrañaba ante él, sintió unos golpes crecientes dentro de su cabeza: *El próximo viernes 30 de diciembre, a las 13 horas, se celebrará en la Iglesia de los Santos Juanes el bautizo del primer bisnieto de Arturo Dugo-Escrich, cuya dinastía empresarial parece no tener fin. Posteriormente tendrá lugar una insólita celebración en el interior de La Lonja de la Seda, en la Plaza del Mercado, incomparable escaparate del arte gótico valenciano.* No fue la noticia en sí lo que le estremeció sino la anotación, realizada a mano y con caligrafía grande, en el margen de la fotocopia: *Pronto no seréis más que cenizas.*

La escritura era muy característica, la *a* se cerraba hacia un lado, los palos verticales de las consonantes aparecían desmochados, como una cabellera mal peinada. Era la misma mano que había escrito su amenaza en el reverso de la fotografía que encontraron en casa de Arturo Dugo-Escrich. El mismo día que Armando, el yaco del anciano millonario, había escapado de su jaula para iniciar el caso.

Mejías sintió sus sienes redoblando con furor. Allí no había nadie; Marcel y su cómplice femenina, Mejías aún no quería ponerle nombre a esa cómplice, debían haberse marchado para terminar con el Rey Arturo de una vez por todas, dispuestos a estrellar su golpe suicida contra el sistema de seguridad que tomaba el centro de la ciudad. Había llegado el momento de saltarse a la policía, llamaría directamente a emergencias para que se presentara en la Lonja hasta el último agente disponible.

Descolgó el teléfono del escritorio, y cuando lo acercaba a su oreja escuchó el mismo sonido de antes, ahora con mayor claridad. El ruido que hace una silla al arrastrarse por el suelo, como cuando uno se aproxima a la mesa a la que está sentado. Quizás fuera Berta. Se volvió entre los últimos parpadeos de la linterna. Aquel efecto estroboscópico improvisado resaltó un corte rectangular en el pavimento. Recorrió con un dedo ese borde y se estremeció: era una trampilla, que hasta ese momento le había pasado inadvertida. Dudó. El teléfono aún permanecía en su mano. Su socia quizás se encontrara en apuros. Luego, se dijo el detective, miraré antes de llamar.

Abrió la trampilla sin dificultad. Una escalera en forma de *ele* descendía por su penumbra. Decidió bajar. Los peldaños de rejilla metálica gruñían despacio, despacio, a cada paso que el detective acompañaba a su respiración: *ñieec, ñieec*. La siguiente habitación estaba desierta, con una cama desecha y sin muebles en las paredes desnudas. Se giró en la oscuridad para orientarse, conteniendo el aire que sin duda haría demasiado ruido al ser expulsado. Al fin enfocó una nueva abertura: ante la puerta entreabierta, una cuña de luz se estiraba sobre la superficie de cemento pulido. Suspiró, y se preparó para descubrir lo que había al otro lado.

Los tragaluces del sótano mordían las paredes en su unión con el techo, filtrando el anochecer polvoriento y desordenado. Enseguida vio a Berta, atada a una silla sin apoyabrazos, bajo la lámpara cenital que, por contraste, oscurecía el resto de la habitación. La joven estaba amordazada con un pañuelo y tenía los ojos cerrados. El detective sintió cómo se le secaba la saliva hasta que su garganta adquirió la textura de la arcilla. Sin detenerse a reconocer la habitación, Mejías llegó junto a la joven. Examinó de cerca su rostro, comprobó el pulso en sus muñecas; el tono de las mejillas era saludable y respiraba quedamente. La sacudió un poco y los ojos de Berta se abrieron con alarma. Tras una vacilación, reconoció la figura del detective en el contraluz y sacudió la cabeza entre sonidos ahogados, señalando con la barbilla la dirección por la que había llegado. Mejías se concentró en sus ligaduras.

—Ya te suelto, tranquila —dijo el detective—. Supermán ha llegado.

Los gruñidos de la joven redoblaron, los ojos pugnaban por salir de sus órbitas. Mejías tuvo que dejar los nudos. Desató primero la mordaza y extrajo la bola de papel que le habían introducido en la boca.

La joven comenzó a toser.

—Todo ha terminado —dijo Mejías, ufano—. En cuanto te recuperes, rescatamos al Rey Arturo, antes de que nos lo dejen hecho papilla. Por los siglos de los siglos.

Las toses dejaron paso a la voz enronquecida de Berta, que le miraba con fastidio.

—Es usted tonto. Pero tonto del todo. No podía haberse escondido como le estaba diciendo. No, usted tenía que salvar a la princesita en apuros.

—Qué agradecida eres. —Ladeó la cabeza—. No hay quien te entienda.

—Ya es tarde —dijo la chica, mirando sobre el hombro del detective—. Ahora diga usted lo que quiera.

Mejías no dijo nada. Su silencio formuló una sola pregunta.

—No tiene más qué mirar —susurró Berta.

Iba a girarse cuando una voz le detuvo.

—No se mueva. Muy bien, ahora va a poner las manos en la cabeza y se va a girar despacito, muy despacito.

Mejías permaneció inmóvil, los brazos inertes a ambos lados del tronco. Había reconocido la voz femenina, una voz olvidada por los últimos acontecimientos, pero que ahora regresaba a su consciencia como la última pieza que completa un *puzzle*. Había oído esa voz antes, con un tono muy distinto, y las implicaciones de aquella presencia a sus espaldas, sin duda empuñando un arma, pasaron una tras otra por su mente, a ráfagas, haciendo que se tambaleara en la oscuridad.

—Ya me ha oído —continuó aquella voz—. No se haga el héroe, quizás vuele como Supermán, pero su amiguita aún está atada a la silla y no podrá esquivar las balas. Las manos en alto. Y dese la vuelta, por favor.

Mejías suspiró agotado, posó las palmas sobre su vibrante cabeza y, con aplomo, despacio, fue girándose hasta encarar a la mujer que le apuntaba: Clara Blanch por nacimiento, Claire Blanc en Francia de soltera, Clara Adell tras su adopción y,

actualmente, Clara Dugo-Esrich, por partida doble.

## 22 Un sacrificio necesario

«¿Te interesaría saber lo mucho que te odio? Te odio de tal modo que buscaría mi perdición para destruirte conmigo».

Gilda, 1946

— **V**eo que se ha quedado sin palabras.

Mejías bajó la mirada a su pesar. La luz sobre él era demasiado brillante y tenía los brazos sobre la cabeza. Parpadeó contra ese resplandor.

—Es inútil que me apunte con su arma —dijo Mejías, aparentando seguridad—, sabe que no voy a abandonar a mi socia. Podríamos prescindir de todo esto.

—No podemos, créame. —El tono de Clara era educado, pero cruel; inflexiones de eterna actriz de reparto a la que otras divas han hurtado su gran papel y que ahora recupera su estrella—. Es mejor así, lo hemos pensado bien.

—¿Lo hemos?

—Nunca se rinde, ¿verdad? Ahora me obligará a hacer un aburrido discurso, como los malvados al final de las películas, explicando su infalible plan. —Hizo un mohín juguetón con la nariz—. Pero tendrá que escucharlo sentado. Marcel, átalos a la silla.

De las sombras apareció una figura desgarbada y pelirroja con una cuerda entre las manos. Marcel, el tipo del rastro, el del periódico en *La Cara Oculta De La Luna*, el mensajero de la clínica Cubells, quien intentó matarlos dos veces en la cuneta de aquella carretera. Marcel. Su hermano.

—Reconocerá el parecido a simple vista. —Rio la mujer—. Mi hermano pequeño, impulsivo y leal. Me ayudó a mantener la fe cuando flaqueó mi corazón.

Marcel colocó una silla junto a Berta e hizo sentarse en ella al detective. Mejías se cruzó de brazos.

—Si creen que voy a permitir que hagan con nosotros lo que quieran están muy equivocados.

—No se ponga pesado, es inútil —dijo Clara.

—Podemos hablar. Tengo información que va a interesarles.

—¿Sabe qué? —La mujer consultó su reloj de muñeca—. Usted ha apostado y ha perdido, ahora nos toca a nosotros. —Repitió el ademán hacia su hermano—. Si lo prefiere, hacemos daño a su amiguita para ablandarle a usted, y luego le atamos igualmente.

—¿Me escuchará al menos? —rogó Mejías, mientras Marcel comenzaba a pasar



la cuerda—. Debe estar terminando el bautizo y enseguida empezará el banquete. Y no pregunte qué bautizo, no sea vulgar. Si continúan aquí es porque no van a intentar nada antes de una hora, al menos. Tenemos tiempo.

—Tiempo para qué.

Marcel realizaba nudos de experto, anotó el detective.

—Tiempo para que comprendan la situación. Usted es Claire Blanc, nieta de un hombre conocido como Ernesto Blanch, que nació en Valencia en 1915 y fue exiliado a Francia tras la guerra civil.

—No fue exiliado —dijo una voz tras él—. A nuestro abuelo le engañó Arturo Dugo-Esrich.

Marcel apretó la cuerda más fuerte de lo necesario, y el detective dejó escapar el aire de los pulmones. ¿Lo saben?, se preguntó alarmado. Entonces por qué siguen con esta farsa.

—Ese hombre lo mantiene con vida —consiguió articular Mejías.

El pelirrojo escupió al suelo.

—Sucio millonario, estamos muy agradecidos.

—Quisimos terminar con el sufrimiento de nuestro abuelo —continuó Clara—, pero éramos niños y no podíamos opinar. Después la clínica se convirtió en un recordatorio que no debe olvidarse.

No lo sabe, se dijo Mejías, podía verlo en sus ojos.

—Cuando le diga lo que he averiguado, verá que...

Marcel le golpeó con fuerza en la cabeza.

—Cállate, imbécil, mi hermana te está hablando.

Clara sonrió con educada preocupación.

—Ya le he dicho que es impulsivo, detective. Procure no enfadarle. Escúcheme primero, y cuando termine verá lo inútil de cuanto tenga que decirme. Ha sido un largo camino. —Dejó el revólver sobre una mesa cercana y se apoyó en ella—. Seguramente sabrá que acompañamos a nuestro abuelo desde Francia cuando la democracia derribó la frontera de los Pirineos, en 1978. Él me contó que un hombre llamado Arturo Dugo-Esrich le había delatado al ejército nacional durante la guerra, y que se había visto obligado a huir, abandonando a su mujer y a su hijo pequeño, el que sería nuestro tío. Era su obligación regresar a Valencia y averiguar qué había sido de ellos. Yo solo era una niña y Marcel empezaba entonces a gatear.

Clara inclinó la cabeza y recogió un mechón rubio detrás de su oreja. Ese gesto la asemejó a Berta, y de pronto al detective le pareció más vulnerable.

—No pasaron muchos días hasta que se presentaron en casa. Marcel y yo nos escondimos en el armario. Recuerdo el sonido de los golpes, las súplicas, el nombre de Arturo Dugo-Esrich repetido una y otra vez, los gritos de aquellos hombres. Recuerdo el olor a ropa vieja, tapar la boca de Marcel para que no oyeran sus gritos, contener los mordiscos de sus dientecitos, hasta que escapó. Cuando lo alcancé en el pasillo contemplamos la silueta de aquel hombre alto, deslizándose por la puerta

como un fantasma. En el salón la sangre manchaba el suelo y el abuelo no se movía. Tras dos semanas en el hospital, los médicos descartaron su recuperación. No teníamos otra familia salvo unos tíos en Metz que no pudieron localizar. Terminamos en los servicios sociales españoles; el país estrenaba constitución pero heredó luces y sombras anteriores. Nos internaron en este lugar, y ya entonces parecía una cárcel de plomo.

Mejías tosió y pestañeó contra la luz. Clara carraspeaba en la penumbra, antes de continuar con su relato.

—Un anónimo benefactor recluyó a nuestro abuelo en la clínica Cubells. Nos prometieron progresos en su estado, pero aquellas esperanzas se diluyeron con el tiempo. Entonces todo cambió: yo fui adoptada y mi hermano permaneció en el centro. Los visitaba cuando podía, a mi abuelo moribundo y a mi hermano abandonado, y aprendí a crecer con esa carga. Marcel se convirtió en un niño problemático, un niño al que nadie quiere adoptar. Pero nunca olvidamos el nombre de quien nos había arrebatado el futuro. Ojo por ojo, diente por diente, hasta desdentar a los Dugo-Esrich.

—¿Por eso se casó con Martín? —preguntó Mejías—. ¿Para que no sospecharan de usted?

Ella sonrió. Fue una sonrisa triste.

—Conocí a Martín en la Universidad —continuó Clara—. Si hubiera planeado entrar en el círculo de los Dugo-Esrich de esa forma el resultado nunca habría sido tan conveniente. Martín era profesor asociado y yo alumna de segundo curso; una trágica fuerza nos hizo tropezar en la biblioteca. Al poco tiempo éramos novios, para escándalo de la Universidad y su familia, por supuesto. Pensé revelarles quién era pero, al conocer a Martín, comprendí que no querría escuchar su respuesta. Martín nunca ha entendido que el pasado marca indefectiblemente el futuro. Así quedó marcado nuestro plan para destruir a los Dugo-Esrich. Tras casarnos me enfrenté con esa galería de los horrores que usted ya conoce; representé el papel de esposa ejemplar, invisible. Cuántas veces estuve tentada de quitarme esa máscara antes de tiempo.

—Pero nadie sospechó de la dulce Clara, ¿verdad? —completó Mejías—. La cándida mujer del profesor de Historia.

Clara caminó en torno al detective y posó una mano sobre el hombro de su hermano.

—Fue la época en la que Marcel y yo atentamos torpemente contra los Dugo-Esrich. El objetivo era el Rey Arturo, por supuesto, pero fallamos una y otra vez. Matamos a su mujer y a él le postramos en una silla de ruedas, pero el anciano continuó con su actividad profesional con más vigor que en el pasado, una burla dirigida a sus enemigos invisibles. De manera inconcebible nos había derrotado.

Clara regresó junto a la mesa del revólver, y ahora les daba la espalda. Marcel chasqueó la lengua con desagrado antes de hablar.

—Entonces mi hermanita se enamoró de ese imbécil.

Clara se volvió como si un latigazo sacudiera su espalda. Sus palabras estaban dirigidas al detective, pero sus ojos no se apartaron de los de su hermano.

—Martín era una oveja entre lobos —dijo Clara—. Mejor que yo, que había dejado la pureza muy atrás. Algo se desmoronó dentro de mí, y me resigné a ello: mi papel de amante esposa tuvo ahora mayor convicción. Decidí que no tendríamos hijos, aquel apellido no podía extenderse. Fue sencillo engañarle. Marcel se impacientó, nos peleamos, él quería continuar, yo conseguí calmarle.

—Pero el hombre que destruyó nuestras vidas seguía respirando —añadió Marcel.

—¿Por qué ahora? —inquirió Mejías—. ¿Qué ha cambiado?

Marcel le golpeó en la coronilla con la culata del arma. La cabeza del detective saltó hacia delante por el impacto.

—Preguntas demasiado —dijo aquella voz grasienta.

—Déjalo Marcel, no merece la pena.

El detective sacudió la cabeza con energía, guiñó los ojos. Aún estaba entero.

—No lo entiendo —insistió Mejías—. Arriesgarse después de tanto tiempo. El Rey Arturo no vivirá más de uno o dos años, a lo sumo.

Clara intercambió con su hermano una mirada inteligente por encima del detective. Marcel se encogió de hombros.

—Yo permanecí en el complejo educativo como personal de mantenimiento —dijo Marcel, en un condescendiente tono de opereta doméstica—. Mi hermanita a salvo, con su falsa identidad como una penitencia. Me sobraban tiempo y entusiasmo —masculló con ironía—, así que terminé estudiando el pasado, como mi querido cuñado. Tenía un objetivo: llegar más lejos que Martín, descubrir los secretos que rodeaban a nuestra familia y a los Dugo-Esrich. Clara me indicó los libros de referencia, los escasos descubrimientos de su marido. Intenté contactar con la familia de Argentina, pero ya nadie los conocía allí. El año pasado viajé a Sierra Morena, en la provincia de Córdoba, para hablar con un historiador local que conocí por Internet.

—Se obsesionó con el asunto —intervino Clara—, se dedicó a ello con una intensidad que asustaba. Un día regresó y me contó lo que había averiguado.

Marcel se removió inquieto tras Mejías.

—Mi hermano descubrió que nuestro tatarabuelo Joaquín Blanch fue uno de los últimos bandoleros decimonónicos —continuó Clara—, aunque ese no era su apellido. Cuando la guardia civil capturó a Caparrotta y otros bandidos, Joaquín decidió acabar con aquella vida. El registro civil balbuceaba por entonces y no escaseaban los funcionarios dispuestos a modificarlo por un pequeño soborno, así que el abuelo de nuestro abuelo se transformó en Joaquín Blanch, estibador del puerto de Valencia. Pero antes era el asaltador de caminos Joaquín Esrich.

—Un momento. —Mejías tosió—. ¿Esrich? ¿Los mismos Esrich que vivieron en la colonia de Fuente Carreteros en el siglo XVIII? Eso es una locura.

Clara asintió.

—Ya ha escuchado la historia de Martín, yo también pensé que era imposible. Pero los eventos más extraordinarios no solo pueden ocurrir; de hecho suceden.

—Esos Escrich provocaron los motines de Écija. ¿Qué tiene que ver...?

—Recuerde a la joven pareja fugitiva, los primeros Dugo-Esrich. Aquel extranjero nos arrebató parte de nuestra sangre para formar ese horrible apellido. Tras los disturbios, el populacho y la justicia dispersaron a nuestra familia, y sus restos sobrevivieron en los montes, viviendo como animales. Como bandidos y malhechores.

—Ha pasado mucho tiempo.

—¿Pero no ve que eso se repite ahora? Lo que ocurrió hace más doscientos años volvió a suceder durante la guerra civil, y ahora tenemos esa familia degenerada. ¿No comprende que no podemos dejar a ninguno vivo? —Clara gritaba ya, fuera de sí—. ¿No se da cuenta del odio que arrastra ese apellido? Si aquellos hombres de Fuente Carreteros hubieran tenido el valor de mancharse las manos a tiempo, el mundo estaría libre de ellos. —Golpeó la mesa con un sonido seco y desagradable—. Nosotros tenemos ese valor. Usted ha visto quienes son: príncipes del ladrillo, mecenas de periodismo pachanguero, vividores, apocalípticos de lo grotesco. Gente mala, detective. Y alguien tiene que quitarlos de en medio. Ese apellido debe morir.

El silencio se espesó sobre ellos. Mejías sacudía la cabeza, superado por los acontecimientos.

—Pero ustedes no saben.

—Lo sabemos todo —intervino Marcel—. Todo lo necesario.

—No. Miren en la mochila que he traído.

—Explíquese —dijo Clara.

—Contiene una carta escrita por un hombre conocido como Arturo Dugo-Esrich tras internar en la clínica Cubells a quien llama Ernesto Blanch. Encontré ese hatillo en una de las covachuelas de los Santos Juanes, la misma donde el padre de Esperanza tenía su tienda de hojalata y chatarras.

Marcel se adelantó y su puñetazo giró el cuello del detective sin piedad. Mejías escupió sangre pero continuó mirando a la mujer, con el ojo lastimado a medio cerrar.

—Eres un farsante, detective —graznó Marcel.

—En esas páginas hay una confesión de Arturo —insistió Mejías—, donde explica que durante la guerra civil, y antes de la liberación de la ciudad, hizo un pacto con Ernesto Blanch para interc...

El rechazo de Marcel aplastó el pómulo de Mejías, y fue como si se le cayera encima una pared de cemento. La inercia del impacto arrastró al detective contra el suelo, para golpearse el cráneo en el terrazo. Berta, que hasta entonces había permanecido en su mutismo, no pudo contenerse.

—¿Qué hace? ¡Va a matarlo, canalla!

Clara intervino sin mucho empeño.

—Marcel, no necesitamos tanto entusiasmo, quizás cuente algo útil. Levántalo.

—Este tipo solo quiere confundirnos —dijo Marcel, al tiempo que comprobaba las ataduras—. No seas tan amable.

—Aun así, hazlo, hermanito.

Marcel devolvió la silla a la vertical. El detective sangraba por la sien derecha, la misma que le cosieron días atrás, y no podía abrir el ojo izquierdo por los golpes recibidos. Volvió a escupir sangre, aunque las fuerzas apenas le alcanzaron para que el esputo esquivara su propio cuerpo.

Esto se acaba, se dijo el detective. Aquí, en esta sala de mantenimiento, en el lóbrego sótano de un centro educativo casi abandonado. Encerrado con dos psicópatas que pretender vengar crímenes cometidos hace doscientos años. Si me dejan elegir, prefiero morir agarrado al cuello de Marcel y llevármelo conmigo al infierno. Pero Berta tiene que salir de aquí sin daño.

—Como le estaba diciendo —continuó Mejías entrecortadamente—, Arturo y Ernesto hicieron un pacto. Está todo ahí escrito.

El pelirrojo se adelantó para volver a golpearle. Esta vez llegó tarde; lo detuvo la voz de su hermana.

—Marcel, no. Déjale hablar.

Pareció confuso por un momento. Se removió con violencia, sacó una pistola y apoyó el borde del cañón contra la cabeza de Mejías.

—Di otra mentira más, hijo de puta, y te vació el cargador en los sesos.

Clara levantó la mano, como una profesora que reprende a sus díscolos alumnos.

—Marcel, ¿de qué parte estás? Si miente lo sabré. —Otra pausa—. Hable, detective.

La voz de Mejías temblaba, su cráneo aún vibrando con el último golpe encajado. Sonrió de manera insolente.

—Ahora lo entiendo. —Volvió la cabeza hacia Marcel—. Tú lo sabías todo. Por eso estabas en las covachuelas.

Hubo un silencio pesado, incómodo. Clara miraba alternativamente a su hermano y al detective.

—Marcel, qué está diciendo —susurró la mujer con voz ronca y apremiante—. Dónde dice que estabas.

Mejías la miró de reojo. Si hubiera tenido la mano derecha libre se hubiera frotado el lóbulo entre los dedos. Volvió a mirar a Marcel y después a Clara. Ambos hermanos se escrutaban.

—Por supuesto, ella no sabe nada —aventuró el detective—. Le contaste que estábamos cerca de la Lonja y que pondríamos en peligro vuestro atentado contra la familia, pero ella ignora todo sobre las covachuelas. No te interesaba que conociera el secreto del Rey Arturo.

—Marcel, dime ahora mismo de qué está hablando.

—Solo dice mentiras. Y la gente que dice mentiras acaba muerta.

Mejías sintió cómo el cañón metálico hurgaba en su cráneo, como si pudiera escarbar en su contenido. Tragó saliva.

—Mentiras, por supuesto. Por qué esos nervios, Marcel, solo se trata de la historia familiar. —Mejías carraspeó para aclararse la voz. Era su última baza—. Averiguaste algo que no te gustó, ¿verdad? ¿Quién te lo dijo? Rosita de África, claro. Por eso tuviste que silenciarla. Recuerdo lo que dijo Garrido: conozco un tipo que me ayuda a bajar los muebles cuando voy a su casa. —Tosió, ojalá pudiera alcanzar el ventolín—. Rosita te lo contó todo, estuviste más tiempo allí que yo. Hace unos días te llamó para vender otro mueble, por eso no sospeché...

—¿Rosita de África? —dijo Clara con un temor incierto—. ¿Qué has hecho con ella, Marcel? Es solo una pobre anciana.

—Ayer apareció muerta en su casa de Ruzafa —informó Mejías—. Se dejó la botella de la estufa de butano abierta, le podría haber pasado a cualquiera. Pero no fue un accidente, ¿verdad Marcel?

—Usted no entiende nada. Debí liquidarle en aquella carretera cuando tuve ocasión.

—¿Qué sabía Rosita? —preguntó de nuevo Clara, sin apartar los ojos de su hermano. En su voz había impaciencia y amenaza.

—Deliraba. Era solo una vieja loca —escupió Marcel—. Contaba sus mentiras a cualquiera.

Clara temblaba, la línea de los labios se removió con una ondulación. Se apoyó en la mesa y encontró de nuevo el revólver. Lo tomó en su mano.

—Qué mentiras. —La entonación de la mujer era plana, tensa.

—Invenciones, tonterías.

—Lo comprendiste demasiado tarde —continuó Mejías—. Pudiste matar a Rosita a tiempo pero el yaco fue otra cosa. Sospechabas que el viejo pájaro ocultaba algo, ¿verdad? Convenciste a Clara de que era buena idea entrar en casa del Rey Arturo para asustarle. Ella le birló fácilmente los códigos de entrada a Martín. Así podrías echarle un vistazo al yaco, pero el bicho te la jugó y escapó por la ventana. Cuando Rosita te reveló su secreto te asustaste y nos seguiste hasta la Iglesia de los Santos Juanes; era impensable enfrentarte con nosotros tres a la luz del día. Capturaste a Berta para mantenerme callado y le contaste a tu hermana lo que te pareció oportuno.

Marcel volvió a golpearle con la pistola.

—Maldito entrometido —farfulló—. Podías haberte ahorrado todo esto si te hubieras quedado quietecito, ¿sabes? Y ahora vas a morir.

Clara apuntaba su revólver al suelo, la mirada siguiendo la línea del cañón.

—Marcel, ¿qué secreto? ¿Qué has estado haciendo a mis espaldas?

Mejías habló de nuevo; tenía la boca reseca, la cabeza le estallaba, sentía ganas de vomitar.

—La pata de aquel yaco ocultaba el número de la covachuela de los Santos

Juanes que había pertenecido al padre de Esperanza, la primera mujer de Arturo Dugo-Esrich. Tras internar a vuestro abuelo en la clínica Cubells, el Rey Arturo escribió una confesión, esperando que vuestro abuelo pudiera leerla cuando despertara. En ella explica el pacto que hicieron en 1939.

—Gilipolleces —dijo Marcel, sin mirar a su hermana—. Vamos a liquidarlos ahora mismo, como planeamos. Este se lo está oliendo y dirá cualquier cosa para despistarnos.

—Durante la guerra, Ernesto, loco de celos, trató de ajustar cuentas con sus antiguos amigos. —Mejías respiraba con dificultad—. Algo salió mal, la mujer de Arturo murió, junto con el niño que esperaba. Pero el argentino, preso en su celda, nunca lo supo. Antes de acabar la guerra Ernesto le planteó un trato perverso: su vida y el futuro con su familia a cambio de su nombre.

—No —dijo Clara—. Nuestro abuelo no era un asesino ni un delator.

—No me está escuchando —continuó Mejías—. Le digo que cambió su nombre.

—¿Su nombre?

—No le hagas caso, Clara.

—Cambió su vida. Arturo pasó a ser Ernesto. Ernesto pasó a ser Arturo.

—Eso es ridículo —dijo ella.

—Uno necesitaba escapar y encontrar a su mujer. El otro quería riquezas y una posición. Conoce el resto; uno obtuvo lo que quiso, el otro fue engañado. Su abuelo, el hombre que está en coma en la clínica Cubells es el verdadero Arturo Dugo-Esrich.

Clara se tambaleó, alcanzada por un gancho en medio del *ring*. Sus ojos se agrandaron mientras su boca se abría y se cerraba alternativamente. Con la mano libre se tocaba la frente y los pómulos.

—No...

—Es complicado de aceptar —dijo Mejías—. Lea el manuscrito y comprobará la historia completa, de su puño y letra.

Clara miró desconcertada a su alrededor, como si la rodearan enemigos invisibles de los que intentara escapar.

—Pero entonces, desde el principio... No, no puedo... Marcel, ¡tú lo sabías!

Marcel suspiró. Sus hombros se estremecieron y la pistola recorrió el cuerpo del detective, tanteando el inminente disparo.

—Sí, Clara, yo lo sabía —concedió—. Todo estaba ya dispuesto, y entonces descubrí ese último detalle. Pero no podíamos abandonar; se llamara como se llamase, el otro nos había hecho lo mismo. Eso no puede cambiarse.

—Pero entonces, nuestro nombre...

—Ya habrá tiempo para eso, cuando acabe todo.

—Entonces no fuimos expulsados de las colonias. Somos descendientes de aquella pareja que emigró a la Argentina. —Hablaba con dificultad, como si su garganta se hubiera estrechado—. No somos la presa, sino el depredador. ¿No lo

entiendes?

—Ahora estás aturdida pero pronto lo aceptarás, como tuve que hacer yo.

—Desde el principio he estado equivocada...

—Aún hay tiempo para arreglarlo —terció Mejías.

Marcel sonrió sobre el respaldo de la silla, como si el detective hubiera formulado algún chiste secreto.

—Aún hay tiempo —continuó el detective—. Detengan su plan contra los Dugo-Esrich. Ustedes tendrán su parte de la herencia y podrán empezar de nuevo tras un par de años en prisión. No lo empeoren.

Marcel continuaba riendo. Clara no se movía. Mejías había jugado su última carta pero algo no iba bien. El pelirrojo rompió el silencio.

—Díselo, Clara —se mofó Marcel—. Dile por qué no tenemos prisa.

Clara continuó callada, la mirada fija en el revólver que sostenía su mano, ahora vencida por el peso del metal.

—Detective —expuso Marcel—, la ejecución de los Dugo-Esrich se ha producido hace media hora, mientras hablábamos.

—Cómo...

Marcel rio de nuevo.

—Pobre idiota, no ha comprendido que desde el primer momento la suerte estaba echada. Me ha llevado semanas prepararlo, conseguir el puesto de electricista del evento, colocar los detonadores en los focos, cablearlo todo, probarlo una y mil veces, pero ya está hecho. La Lonja ha saltado por los aires con todo su contenido. Los Dugo-Esrich, fundamentalmente.

—No es posible.

Marcel consultó su reloj y encendió una televisión alojada en la repisa.

—Las noticias no deben hablar de otra cosa.

Era una pantalla pequeña, pero suficiente para contemplar el desastre. Tras el movimiento de bomberos y policía, las llamas atravesaban los ventanales góticos de La Lonja, señorío valenciano hecho ahora añicos. El movimiento de la cámara era confuso. En la parte inferior de la pantalla una noticia resaltada recorría la banda horizontal: «*Últimas noticias: Atentado en Valencia. Un artefacto explosivo ha estallado en La Lonja de la Seda. Los bomberos y las asistencias sanitarias trabajan ahora para...*». Marcel cambió varias veces de canal, mostrando imágenes semejantes en distintas cadenas.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó Mejías, desesperado.

Clara miraba la pared, perdida en cuestiones más allá de aquellos muros.

—Como ya le he dicho —continuó Marcel—, no nos importa esa historia vieja. Hay una historia nueva, y la estamos escribiendo ahora mismo. No soy tan cruel, le permití salvar a Martín. Ella fingió sentirse mal antes de la ceremonia, y tuvo que ausentarse para llevarla a urgencias. Su maridito es el único superviviente de la tragedia. Seguro que ahora está dirigiendo el rescate y ofreciéndose para sacar niños



y ancianos del fuego, qué buen tipo. —Empuñó la pistola de nuevo sobre Mejías, sonrió oblicuamente—. Los Dugo-Esrich han muerto y nuestra venganza está completa. Somos ellos. Hemos tomado lo que nos quitaron hace tanto tiempo.

—Dios mío —musitó Berta, a la que todos habían olvidado—. Dios mío, Dios mío...

Marcel se situó junto a su hermana, posó una mano sobre su hombro.

—Clara, hemos terminado. Ahora atemos este par de cabos sueltos.

Su hermana miraba a los pies de Mejías, incapaz de levantar la mirada.

—Si lo hubiera sabido, Marcel... No lo entiendo...

La escena parece hecha de cera, las caras reflejan las emociones del momento, sumergidas en abismos de culpa, los pies pegados al suelo con un pegamento mágico y poderoso, las lenguas atadas al paladar con un desaliento atávico más allá del tiempo. Los brazos, las piernas, hechas de plomo, gris y macizo.

Berta es la primera que presiente que algo va a suceder. No es más que una sombra que se mueve durante una décima de segundo en la puerta de la habitación contigua. Escucha un susurro procedente de aquella penumbra y observa a sus compañeros; están demasiado ocupados con las demoledoras revelaciones para prestar atención a esas menudencias. Clara se tapa la boca con una mano mientras da un paso atrás y baja oblicuamente la pistola. Marcel vacila tras el detective, ya no se sabe si lo apunta a él o a su hermana. Mejías aprieta los dientes sin perder la cara de la mujer que tiene enfrente, a través del ojo amoratado y la sangre que le empapa la camisa.

La joven se vuelve hacia la puerta, casi segura de que sus malos presagios son debidos a la tensión del momento. Pero entonces contempla un brazo que sale desde la puerta y que tantea los ladrillos adyacentes hasta que suena el clic del interruptor.

La luz cenital se extingue y, mientras la súbita opacidad atrapa la habitación, pueden escucharse las distintas exhalaciones de aire que los actores de esta escena dejan escapar involuntariamente: miedo, alarma, desconcierto. De inmediato se suceden los hechos de manera simultánea, de manera que no puede decirse con exactitud qué ha sucedido antes o después.

Parece lógico pensar que lo primero es el grito de las personas apostadas tras la entrada, que ingresan en la estancia hablando en voz alta, palabras que esta nueva incertidumbre impide comprender, que buscan evitar una violencia innecesaria, aunque son pronunciadas con una urgencia que agota sus buenos propósitos. Quizás lo que sucede después es la primera detonación de un arma de fuego, que aparta los visillos de tinieblas y que ahoga con su reverberación las frases colgadas del aire. Un fognazo que es como un relámpago de muerte en medio de la tarde.

Las palabras se suceden en la oscuridad, llegan dos estampidos más, gritos de dolor y angustia, y los cuerpos chocan en un baile tumultuoso de exclamaciones apagadas y sombras. Berta, asaltada por una repentina urgencia, balancea su cuerpo

sobre la silla a la que está amarrada y aprovecha la inercia para dejarse caer lateralmente sobre Mejías, que trata en vano de liberarse. Ambos impactan sobre el cemento pulido entre maldiciones. Berta no quiere hacer una escena de esto, pero juraría haber oído el silbido de una bala sobre su cabeza en el momento en que empujaba el cuerpo de su jefe.

El golpe y los cuarenta minutos que lleva luchando en silencio para liberar sus muñecas han tenido el efecto deseado, y con un suspiro de alivio las ligaduras se deshacen en un encantamiento esperado, magia blanca en esta negrura. Escucha los gruñidos del detective a su lado, que maldice el empujón que acaba de salvarle la vida, y está a punto de sonreír al imaginar a su jefe agitarse en una danza frenética, como la habitación, que parece el interior de un camarote abarrotado y cinematográfico en un barco que transitara por aguas tumultuosas.

Entre sonidos de madera quebrada, cantidad de pequeños objetos que caen al suelo, una herramienta que golpea algo metálico, después otra cosa que se astilla, luego algo blando que sangra, entre todo eso Berta, que pasa en este medio minuto más miedo que en toda su vida, termina de desatarse los pies como puede. Entonces libera a su jefe, que comprende lo que sucede y se deja hacer. Cuando el detective se levanta la coge del brazo, la mira firmemente y le dice vete, escapa de aquí y trae a la policía. Y Berta, a pesar de la oscuridad, vislumbra lo suficiente en la pupila del detective para comprender que no quiere un rescate sino que ella salga de allí lo antes posible, porque cuanto más tiempo permanece uno en esta habitación más cerca se encuentra de la muerte, y ambos lo saben. Aun así, Berta, por encima de su propia seguridad, se impone el firme propósito de regresar con ayuda a esta escena dantesca y, en cuatro breves pasos, empujada por un par de cuerpos forcejeantes, alcanza la puerta mientras escucha otra detonación a sus espaldas, y cuando echa a correr escaleras arriba no puede evitar preguntarse si ese relámpago de metal habrá alcanzado al detective.

Pero no ha sido así, al menos esta vez, y Mejías se pone a cuatro patas para esquivar golpes y disparos, pero también para adivinar lo que sucede a través de la penumbra que se retira con exasperante lentitud. La huida no es una opción a estas alturas, eso ya lo sabe él de sobra. Sus ojos se deslizan primero sobre Marcel, o sobre quien supone que es Marcel, pues esta danza de sombras lo confunde a uno con facilidad; luego pasa al esforzado compañero de baile del pelirrojo. Ambos hombres giran a oscuras, se empujan uno al otro contra la mesa de herramientas, contra la bancada del torno, tropiezan con las sillas volcadas en el suelo. Se sujetan y golpean, rasgan sus ropas y emiten sonidos que pueden ser tanto apremios al otro para concluir la lucha como manifestaciones de aliento dedicadas a sí mismos. Uno blande una herramienta de metal, puede que una llave fija o un destornillador de cruceta; el otro, presumiblemente Marcel, empuña algo pesado que huele a pólvora y que agita apuntando al techo, sostenida su mano por la del otro, que vibra por el esfuerzo de contener al hombre armado.

Contemplando estas peligrosas tablas, y sin conocer aún la identidad del inesperado aliado que se está batiendo el cobre con el ínclito Marcel, Mejías vuelve su atención a Clara, que forcejea con otro personaje que sujeta sus antebrazos y que usa sus rodillas para golpearle sin mucha fuerza en las piernas y en el estómago. La escasa claridad del ventanuco insinúa que este nuevo camarada es de estatura media y complexión delgada, aunque Mejías no puede estar seguro en este camarote de película que se mueve a capricho de un dios burlón. Clara se esconde entre los bultos móviles, tras la figura del nuevo amigo, aunque amigo quizás no sea una palabra adecuada, piensa fugazmente el detective, al fin y al cabo desconoce si se trata de la policía, que tras la explosión y fallecimiento de toda la familia Dugo-Esrich han dado de alguna manera con su paradero. Quizás les ha seguido Ezquerro, pertinaz sombra de los últimos días, y es él quien contiene inopinadamente de su lado con un compañero de armas desconocido. Quizás, y esto es lo más extraño que piensa Mejías en mucho tiempo, aturdido por la tensión y la fatiga, se trata de su amigo Manuel y su hijo Pablito, que han rastreado en su escritorio las fantásticas pruebas del detective y se parten la cara a la desesperada, conscientes de que no tienen ninguna posibilidad, pero con la encomiable intención de salvar a su amigo, quién sabe si para celebrar con él la resolución del caso o para, una vez terminado el peligroso baile con resultado favorable, solicitar un duplicado de sus honorarios por arriesgar el pellejo ya que, como diría el gitano enjugándose restos de sangre ajena o propia, una cosa es la amistad y otra cosa el dinero. De la primera nos sobra, Mejías; de lo segundo creo que terminaremos discutiendo.

Todo esto lo piensa y lo ve Mejías en un par de segundos que le parecen minutos u horas así que, cuando se levanta, los pasos de Berta resuenan aún por las escaleras metálicas y la ayuda prometida aún tardará en llegar. Otro estampido vibra en su oído y le arranca de su ensimismamiento, caen al suelo fragmentos de pintura enyesada, y el detective se gira hacia Marcel, con el brazo de la pistola en alto aún aferrado por el fornido y anónimo aliado, que aleja la amenaza de un disparo mortal. Contempla cómo esa sombra se mueve en torno a Marcel, cómo golpea su estómago con precisión y el arma del pelirrojo cae al suelo, entre los pies de ambos contendientes, que siguen como si nada. Mejías piensa que esa pelea ya tiene ganador y encima es de los buenos, o eso cree; se vuelve hacia Clara, la verdadera *femme fatale* del caso, y a su rival, que a duras penas contiene a la mujer del profesor de Historia. Mejías se acerca, cuando advierte que quien pelea con Clara y refrena el brazo del revólver aún no disparado no es un policía, ni Ezquerro, ni la inverosímil hipótesis de un Pablito que hubiera crecido varios años desde que lo dejara a cuidado de su padre unos días antes. No, porque entonces esa figura recibe un reflejo que arranca un brillo plateado de su cuello y, aunque le da la espalda, Mejías intuye la cintura estilizada, los hombros estrechos y bien formados, la melena ensortijada agitándose en el aire por el esfuerzo de la pelea. Mejías no puede evitar ladearse para contemplar su rostro, y pronuncia, casi susurra, una sola palabra. Ángela. Y la mujer que forcejea en la

oscuridad con Clara, Ángela Dugo-Escrich, aunque a estas alturas nadie podría asegurar si ese es su verdadero apellido, afloja la presa de su adversaria y contempla el rostro del detective a escasos centímetros del suyo, con los labios entreabiertos y un rastro de saliva uniendo la punta de su lengua con los incisivos. En ese momento, pese a la precaria situación de su supervivencia, a Mejías le parece el instante más hermoso de su vida, y decide que jamás ha visto a una criatura más deseable que ella, ni siquiera en el celuloide.

Una voz interrumpe sus pensamientos, la voz de Clara, que escupe con tono despiadado la culpa es toda suya, detective entrometido, pero ahora lo va a pagar. Y Mejías se dice demasiado tarde que se ha dejado llevar por ese segundo extático, que el brazo que sujetaba la mano armada de Clara ha cedido lo justo para permitir una maniobra que encara el revólver con su estómago desprotegido, y se pregunta de manera absurda qué se sentirá al recibir un balazo en las tripas a tan corta distancia, si es que se siente algo. Entonces estalla a la altura de su cintura un estruendo que le tira hacia atrás y le hace caer boca arriba. Mejías se lleva la mano donde el balazo le arrebatará la vida y se tapa la zona, aunque sabe que es inútil. A esa distancia, la ropa se mete en la herida, un cráter negro estalla en la carne y, salga o no la bala por el otro lado, la herida conlleva una muerte dolorosa mientras los fluidos se desplazan de sus emplazamientos originales. Así que apoya la cabeza en el suelo y mira al techo invisible mientras siente con estupor que no comprende nada, que no se trata del *shock* ni de otra cosa, que aunque parezca increíble no ha recibido ningún balazo, y que de momento sigue más o menos entero. Así que se incorpora urgido por una terrible sospecha y encuentra a Clara sosteniendo el revólver como un juguete extraño, mientras su mano libre se cierra sobre una cadena plateada que antes no estaba allí. La mujer mira al otro cuerpo que yace a su lado, del que escapa un olor dulzón a canela y a sangre. Mejías se lanza hacia Clara, que levanta el arma dispuesta a disparar de nuevo, pero Mejías ahora es otro, y con un manotazo arranca el arma de la mano temblorosa. Sin dejar de mirar a esa mujer, apresa su cuello entre las manos y aprieta fuerte pero despacio, cada vez más fuerte, muy despacio, sin hacer caso de los surcos púrpuras que le abren las uñas de Clara, estrías rojas en las mejillas y en la frente, buscando sus ojos; ignora las insistentes patadas en las espinillas, en los muslos, que apuntan a su entrepierna en vano; desdeña los puñetazos sobre su frente despejada, bajo la cual los globos oculares le laten con un fulgor inhumano, ojos que desean la muerte y que desean matar. Entonces unos brazos más fuertes que los suyos le separan de la asesina, cree escuchar una voz semejante a la de Berta que le dice que todo ha acabado, y Mejías cae de rodillas junto al cuerpo de Ángela, en el que todavía no han reparado las personas que acaban de entrar en la habitación. Ahora solo puede ver el rostro de Ángela, de cuya boca escapa un hilo carmesí hacia la barbilla como un trazo descuidado de carmín. Sus ojos, muy abiertos, le miran sin comprender. Mejías le dice algo que no podrá escuchar nadie más, ella reconoce su voz y un brillo anima sus pupilas por un instante. Asiente, y luego expira.

Cuando al fin redujeron a los dos hermanos, la policía ya se encontraba en camino. Berta dio las gracias a sus inesperados aliados, pues ignoraba qué otra cosa hacer. Había sido todo tan rápido. En su desesperada huida, había tropezado con un torso macizo que bloqueaba el pasillo de la vulgar vivienda. Aquel gigante de piel negra y brillante le había preguntado con voz de subwoofer dónde estaban los otros. Lo condujo hasta el cuarto inferior, consciente de regresar con los mejores refuerzos disponibles, y permaneció en la puerta mientras contemplaba la entrada del titán de ébano. Olaweraju, pues se trataba de él, separó a Mejías de Clara, confinó a la mujer en una de las sillas y propinó dos puñetazos demoledores a Marcel que lo derribaron al instante, como un repetidor que se mueve en el recreo escolar entre aprendices de matón. Todo esto lo había realizado el coloso negro en una única acción continua, y Berta hizo desde la vivienda una apresurada llamada de auxilio a la policía. Al volver, tanteó la pared hasta encontrar el interruptor.

La iluminación cenital devolvió a sus pupilas la habitación revuelta, con la mayoría de muebles por el suelo en confusas asociaciones; Clara, boqueando ruidosamente y palpándose el cuello por donde antes se le escapaba la vida; Marcel, con un ojo amoratado y expresión desencajada, atado con firmeza a la silla; Fidel, empapando el brazo izquierdo con sangre propia y una fea herida de bala; Olarewaju y Berta, los dos espectadores atónitos. Y, en medio del cuarto, el pequeño cuerpo de Mejías de rodillas, sosteniendo entre sus brazos el torso desmadejado de Ángela, que mecía echándose hacia delante y hacia atrás, ajeno a los que le rodeaban.

Fidel pareció encogerse al reconocer a la joven heredera. Se cubrió con una extremidad temblorosa la boca, donde le nacía una exclamación, dio un paso atrás, miró hacia la ventana. Olarewaju barbotó algo ininteligible y arrodilló su mole junto al desconsolado detective. El africano tomó una mano de Ángela, pálida y liviana, que entre las suyas parecía aun más diminuta. Berta salió al pasillo, respetando la intimidad de aquellos tres hombres que se unían en aquel momento. Se sentó en el suelo de espaldas a la pared y, cubriéndose el rostro, lloró para alejar los fantasmas de aquella tarde.

Cuando llegaron los seis coches de policía y las dos ambulancias, habían conseguido aclarar los acontecimientos esenciales del día. Lo primero era lo sucedido en la Lonja, que Fidel relató en tono lúgubre. El sirviente había dejado descansar al Rey Arturo hasta bien entrada la mañana, y cuando fue a despertarle lo encontró frío, vuelto hacia sí mismo y dormido para siempre. Tardó un tiempo en asimilarlo y se demoró en hacer la obligatoria ronda de avisos para la suspensión del evento. No pudieron localizar a Martín, que había salido inopinadamente hacia el hospital, ni a Clara, que no cogió el teléfono. En cuanto a Ángela, tras la sorpresa inicial, reaccionó mejor que el germano: se le escapaba la oportunidad de aclarar el secreto de su familia, tras años de obsesiones en torno a la misteriosa figura paterna.

Todo había dado un vuelco semanas atrás, cuando un intruso entró en la casa de la

Gran Vía para dejar la amenaza en el reverso de una fotografía que ella conocía bien. Su padre había retirado del marco aquella imagen años atrás, y la ocultaba entre unos papeles a los que solo tenía acceso el buen Fidel. Fue Ángela quien le pidió al sirviente teutón que dejara en el despacho de Mejías una copia de aquella fotografía en la plaza del Ayuntamiento. Desde entonces había seguido los pasos de Mejías, llegando hasta la pista de la clínica Cubells y de Rosita.

Por lo tanto, cuando Fidel llamó a Ángela, y la heredera se había entregado a una carrera contra el reloj, acosada por una inaplazable premonición. Tras ordenar sus notas localizó a Manuel, que confesó lo que sabía. Acompañada por Fidel entraron al despacho de Mejías, en cuya mesa descansaban los planos del complejo educativo. Avisaron a Olarewaju, porque supusieron que necesitaban su músculo, y volaron hasta allí. Los ojos de Ángela brillaban con determinación: había leído las fotocopias del documento de los Santos Juanes que el detective dejara en su despacho, y decidió llegar hasta el final esa misma tarde. Una vez dentro del complejo se separaron, mandaron a Olarewaju por otro lado para cubrir más terreno, no tenían tiempo. El resto ya lo sabía.

Aquellas revelaciones harían de los próximos días una situación muy delicada para todos. Se enfrentarían a varios entierros, estancias en comisaría, reuniones con abogados y un futuro incierto que haría tambalear el futuro del grupo inmobiliario. En Valencia se hablaría de ello durante meses.

En el exterior, mientras escuchaban las sirenas acercarse, Mejías notó un cuerpo pegado al suyo sin disimulo. Qué haces Berta, dice el detective, te vas a manchar de sangre. Y si nos encuentran así, una chica joven junto a un hombre maduro en gabardina, el rostro hecho puré y manchas sospechosas por todo el cuerpo, van a pensar que soy un perverso. O quizás que lo eres tú. Qué tonto es usted, responde la joven, y en su sonrisa hay un destello de algo nuevo. Hemos estado a punto de palmarla, la que se ha montado y usted sigue con su cinismo de tipo duro que no se cree nadie. Dese un respiro, hombre, nos lo merecemos. Qué quieres, contesta el detective, y en su rostro no hay sombra de humor. Siempre nos quedará la piscina.

Lo más sorprendente vino por la tarde, a última hora. El móvil de Berta sonó, una vez recuperada su batería. Era el doctor Martínez de la clínica Cubells. El tono era formal, aunque la voz expresaba cierta pesadumbre. Quizás no sea necesario, dijo sin esperar respuesta, pero me ha parecido conveniente avisarles. La persona ingresada en la clínica bajo el nombre de Ernesto Blanch ha muerto durante esta noche, mientras dormía.

## 23 Better call the whole thing off

«Es curiosa la amabilidad de la gente cuando estás muerto».

*El crepúsculo de los dioses, 1950*

**A** pesar de la lluvia, un nutrido grupo de personas se agolpaban en silencio frente a las lápidas de la zona sur del cementerio. Los paraguas negros se apretaban unos contra otros, similares a un *testudo* romano que les protegiera contra la tragedia. Los operarios realizaban su misión, ajenos a las miradas de aquella gente fina y desconfiada; en el borde del abismo que acogería para siempre al célebre Arturo Dugo-Esrich. La asistencia era al menos el triple de lo esperado, aunque había ausencias notorias, así como invitados no deseados. El detective observó en primera fila a la familia, el resto de Arturos desahuciados, desconcertados ante el futuro de su Tabla Redonda, huérfana de rey y de nombre, en cuanto abandonaran los muros del camposanto.

Tras los familiares aguardaba un nutrido grupo de abrigos rotundos y trajes de diseño: los competidores, enemigos y escasos aliados del anciano empresario. La mayoría de ellos no estaban allí para presentar sus respetos a la familia, sino para asegurarse de que el supuesto argentino, de una vez por todas, se sumergiera bajo dos metros de tierra helada para siempre. Entre aquellas torres destacaba el menudo Gaspar Aparisi, como un niño entre ingenuos profesores, exhibiendo una enigmática mueca. El detective observó que algunas cabezas se giraban inquietas en dirección a un remolino de velos y encajes negros que ocultaba el perfil perentorio de Marie Sandrine Blouchard. Quizás algunos de ellos habían acudido temiendo que su ausencia fuera detectada por la orgullosa letrada, y que aquel inexcusable desliz les eliminara de un posible testamento, de la cesión de pertenencias prometidas o, peor aún, que el propio difunto acechara entre las sombras de los árboles contando quién se había presentado y quién no, a la espera de ajustar cuentas en el momento oportuno. Algunas cosas debe hacerlas uno mismo, murmuró el detective.

Entre ambos grupos, un par de paraguas sostenían la solemnidad del sepelio. Hombro con hombro, distinguió las espaldas de Fidel y Olawarelaju. El africano sacudía su torso, señal inequívoca de agitación sentimental, mientras restregaba surcos salados que emblanquecían su rostro de chocolate. El expúgil germano, y Mejías tuvo que reconocer lo mucho que le costaba añadirle esa partícula tras verlo batirse el día anterior, mantenía el brazo del paraguas en un inquebrantable ángulo recto, como si aguardara una inspección matinal de los marines.

Entre la formación familiar emergió la figura de Martín para reclamar la atención

de los presentes. Cuando habló, el silencio se hizo más espeso y pegajoso. Mejías permanecía varios metros atrás, apoyado contra la pared de un monumento funerario, sin paraguas que lo protegiera del aguacero. Era mejor así, el golpeteo del agua sobre la gabardina le parecía un invento deseable, lo mejor en aquella mañana desesperada.

Suspiró, como lo hizo también Martín unos metros más adelante. Aunque el detective apenas distinguía sus palabras, el rostro sereno del profesor, la cadencia con la que sus labios se separaban y volvían a juntarse, hicieron que una extraña empatía ablandara su rostro mientras contemplaba al honesto Dugo-Esrich, por más que aquello fuera un increíble oxímoron.

Martín lo había perdido todo de un golpe: mujer, hermana, padre, empresa. Había hombres que por algo similar se encerraban con una pistola y ya no volvían a salir por su propio pie, sobre todo si se trataba de almas sensibles como la del antiguo profesor de Historia. Habían hablado el día anterior, concluida la tormenta, para intentar explicar aquel vertiginoso final de venganza, muerte y engaño. Se sentaron mientras Mejías desgranaba el inventario de su desgracia. Temió que Martín se viniera abajo al contárselo todo, que se abandonase a sus brazos envuelto en lágrimas en un bochornoso arrebató afectivo. En lugar de eso, le miró con un destello gris levemente acuoso, tratando de certificar la información recibida. Hizo pocas preguntas, excusas para seguir hablando de aquello, tal vez con la intención de retrasar el momento en que debía empezar a aceptar lo sucedido.

Ella te quería, le había dicho el detective, tanto que durante años traicionó sus ideas, traicionó su sangre para no perjudicarte, tanto que al final su hermano desencadenó lo que ella no se atrevía a hacer. No quiso darme ningún hijo, musitó Martín entre susurros roncós, yo quería tenerlos pero ella dijo que no podía ser y la creí. Eran palabras conocidas, pero que necesitaban pronunciarse aquella tarde como panegírico privado de su propia familia, futura e imposible. Pobre papá, dijo después. Solo dos palabras, pero Mejías se encogió en la sempiterna gabardina al escucharlas. Era la primera vez que alguien se refería al Rey Arturo, y cómo no seguir llamándole así, en unos términos tan humanos. Un paradójico final para aquel hombre que vendió su alma y apellidos al mejor postor, y que había caminado por aquellos ardientes senderos hasta el final.

Pobre Ángela, dijo Martín a continuación. Y Mejías, al recordarlo allí, tras el grupo oscuro y silencioso del cementerio, tuvo que desviar la mirada hacia el bosque de lápidas bajo la lluvia para mantener el decoro. En casa de Martín necesitó apenas unos segundos para recuperar la voz quebrada, la que había ahogado la noche anterior en Laphroaig, sumergido en la madrugada contemplando estúpidamente su traje de baño colgado en la ducha, todavía con restos de cloro, un recuerdo absurdo. Martín interpretó ese silencio como una muestra de respeto, de la misma manera que creyó que las marcas enrojecidas en los ojos de Mejías se debían a la intensa actividad de las últimas semanas. Era mejor así, se dijo el detective.

No le extrañó que Martín posara entonces una mano sobre su brazo y le dijera con



voz calma: gracias, Vicente, por todo. Ya sé que has cobrado, ya sé que eres un profesional, pero gracias, de verdad.

Ahora recordaba aquello mientras observaba al profesor entre las figuras contra la lluvia, enhiesto, digno, explicando con sencillez a los reunidos lo que había significado su padre para ellos, el ser humano que había fingido ser Arturo Dugo-Esrich durante largas décadas. Como si pudiera oírlos, Mejías interpretó los ademanes contenidos pero emotivos, los hombros de la multitud que se relajaban, los suspiros multiplicados que soplaban el aire a destiempo, emitiendo un vaho que la lluvia se llevaba de inmediato.

No reparó en el paraguas que se acercaba desde atrás hasta que Ramírez se colocó a su lado. Mantuvieron las miradas en paralelo hacia la tumba del empresario y su corte de malhechores. Al poco, el detective escuchó la voz del inspector, desde muy lejos.

—Creo que te debo una disculpa.

Mejías dedujo, por el tufillo en su aliento, que semejante muestra de honestidad le había llevado no menos de tres carajillos a aquella hora de la mañana. Aun así había que valorar ese gesto.

—Te lo agradezco, Ramírez, pero da igual.

El perfil de ambos hombres contra la lluvia semejaba dos estatuas resignadas a ver pasar el tiempo ante ellas, hasta ser reducidas al polvo de los siglos. Dos estatuas que exhalaban vaho blanco a jirones.

—Lo sé, pero tenías razón —prosiguió el policía—. Estuve dándole vueltas a lo que teníamos, no podía dormir y eso es algo, te lo aseguro, que no suele pasarme. Algo no encajaba; la declaración, las pruebas, era demasiado perfecto, demasiado estudiado para salir bien si alguien no le daba un empujón. Entonces recordé el coche con el que te siguió Ezquerro, un capricho excesivo para un policía. Investigué sus cuentas y vi los ingresos del Grupo Dugo-Esrich. Era un topo para asegurar que sus asuntos iban sobre ruedas. El resto ya lo sabes.

Mejías refunfuñó, conforme, y un puñado de humo salió de su boca. Sacó un caramelo de menta de sus bolsillos y antes de introducirse lo ofreció al inspector, que negó con la cabeza.

—¿Y qué harás con él? —preguntó el detective.

Ramírez se arrebujo en el abrigo, incómodo, mientras se sacudía el frío de los hombros.

—Quiero que entiendas que implicarle públicamente no es una opción, hay demasiadas cosas en juego. —El inspector gruñía al terminar cada frase—. Hemos negociado. Tras unas cortas vacaciones será destinado a una bonita comisaría de Sigüenza, un destino apasionante. Va a tener mucho tiempo para pensar. Y tranquilo, tu licencia vuelve a estar operativa desde hoy mismo.

—Mi puta licencia. —La voz del detective crujía entre la lluvia, como una vasija

hecha añicos.

Ramírez guardó silencio. Inició un ademán de pasar el brazo por los hombros del detective pero se detuvo de inmediato. Todo tenía un límite.

—Ha sido un día duro, Mejías. Acaba de morir el empresario más conocido de la ciudad y su heredera. Hemos evitado una matanza en pleno centro. Encima han volado la lonja, el maldito edificio gótico de los cojones. La estructura está más o menos intacta, pero no tienes ni idea de cómo ha quedado el interior. Nos han llamado de la jodida Casa Real y de La Moncloa. La alcaldesa quiere nuestras cabezas clavadas en lo más alto de las Torres de Serranos. Joder, joder, joder. Además está lo del testamento, que dará bastante juego a la prensa rosa. Y hoy es Nochevieja, tócate los huevos. Se supone que estoy de vacaciones.

Parecieron sus últimas palabras. El perfil del inspector se deslizó hacia atrás y al poco regresó, ahora mirándolo fijamente. Extendió su mano.

—Llámame si necesitas cualquier cosa, tienes mi número.

Estrecharon sus manos con firmeza y Ramírez se escabulló hasta el coche oficial.

Mejías también debía irse, prefería no presenciar el desfile de corbatas aliviadas, aquellos perros de presa del cementerio. Ya se volvía cuando reparó en una figura que se acercaba bajo el paraguas azabachado; la cabeza blanca por la edad, maneras de hombre tosco y disciplinado. Fidel, el retirado combatiente de los *rings* germanos. Ahora para siempre, intuía el detective.

El sirviente se detuvo a unos metros y sacó un pañuelo de su bolsillo.

—A ella le hubiera gustado que tuviera esto —dijo el mayordomo en tono neutro.

Fidel también estaba acabado. Había perdido a su señor y a su hija, aunque ni lo uno ni lo otro era exacto. Bajo su apariencia inflexible, los párpados hirsutos latían con una pena cruel. Parecía haber envejecido diez años desde el día anterior. Antes de que Mejías pudiera responder había desaparecido en la lluvia, los hombros bamboleándose a cada paso, los zapatos manchados de barro que levantaban pequeñas salpicaduras al caminar.

El detective desenvolvió el pañuelo que se empapaba en su mano, y un segundo antes de descubrir su contenido lo adivinó amargamente. Tras los pliegues de tela mojada emergió un objeto de plata que pendía de una larga cadena rota. Reconoció el arabesco modernista, la grácil figura del envés, los adornos en relieve. Abrió el broche de aquel guardapelo que había visto sobre el pecho añorado, y descubrió dos pequeños retratos en sepia, dos rostros conocidos y olvidados, los rostros de dos muertos. En la izquierda aparecía el ceñudo hombre que estaban enterrando, el Rey Usurpador, el auténtico Ernesto Blanch. El otro receptáculo acogía la efigie de su antagonista, más amable, el hombre que había fallecido en la clínica Cubells. Por un travieso azar, si tal cosa era posible, los rostros de aquellos hombres miraban cada uno a un lado, y las vainas del guardapelo enfrentaban esas miradas, como si ambos vigilaran los movimientos de su adversario a través del tiempo. Cuando Mejías cerró el guardapelo y se lo metió en la gabardina, la imagen de aquellos dos hombres

enfrentados permaneció largo rato en su cabeza.

Para alcanzar la salida atravesó buena parte de la necrópolis, contemplando el avance alternativo de sus propios zapatos. Al llegar a un recodo tropezó con otro entierro, si bien de proporciones minúsculas. Era una tumba modesta, apenas unas letras austeras sobre el cuadrado de mármol. El grupo era muy reducido: los operarios que acostaban el ataúd en uno de los nichos más elevados y dos personas ante aquella cajonera funeraria, custodiados por una pareja de agentes de policía, a discreta distancia. Mejías reconoció a Clara y Marcel, millonarios improvisados desde el día anterior, que no podían usar su dudosa fortuna para sepultar a su abuelo con la dignidad que hubieran deseado. O quizás sí pueden, pensó Mejías, pero se han negado a cambiar ahora las cosas. Yo también lo hubiera hecho así.

Era una papeleta difícil la de aquellos dos. A pesar de sus delitos, el detective ignoraba si resultaban menos culpables que Arturo Segundo, el cual nunca sería llevado ante la justicia. Habían fracasado al exterminar a los Dugo-Esrich, aunque el objeto de su odio se había marchado para siempre, por su propio pie. ¿Quién era aquel que enterraban? Ernesto Blanch era el verdadero Dugo-Esrich y, por consiguiente, ellos heredarían su imperio. Los legítimos dueños del apellido.

Llegaba el turno de los abogados, que determinarían un reparto que no iba a contentar a nadie. Los Dugo-Esrich regentes verían atrocemente reducido su patrimonio; los verdaderos, entre rejas durante largo tiempo, no podrían disponer de lo que les correspondía por derecho.

Todo comenzaría a arreglarse a partir del día siguiente, cuando Ernesto y Arturo, Arturo y Ernesto, ya fueran historia, uno a cada lado de la tapia de ladrillo. Recordó una frase de Manuel: «para seguir caminando siempre hay que dejar algo atrás». El gitano sabía muy bien de lo que hablaba pero Mejías, en ese momento, no sentía ganas de dar un paso más.

Sacó el Longines y lo sostuvo en la palma de la mano. Algunas gotas de lluvia impactaron contra la esfera graduada, ampliando segmentos de las manecillas y el número tres serigrafiado. Comprobó que la cuerda estaba a punto de terminarse, así que giró la ruedecilla, remontando poco a poco el mecanismo crujiente e imperfecto, hasta contar quince vueltas. Una menos del final. Darle cuerda hasta el final acabaría matándolo.

Los últimos rayos del año agonizaban en la claraboya del despacho de Mejías, reflejándose con desgana en la vieja Westinghouse, junto al escritorio del detective. En la pantalla, Humphrey Bogart se encontraba con Lauren Bacall por primera vez ante las cámaras en *Tener y no tener*. Sabes que no tienes que actuar conmigo, le estaba diciendo Betty a su futuro esposo, no tienes que decir nada ni hacer nada.

Nada en absoluto. O quizás solo silbar, ¿sabes silbar, verdad? Tan solo junta los labios y sopla. Mejías sonrió a la penumbra. En su boda, y esto lo sabía mucha gente, Bogie le regaló a ella un silbato de plata, con la inscripción «Si me necesitas, sílbame». Cuando el cáncer lo hundió en la tierra, y esto solo era conocido por unos pocos, Betty insistió en que lo enterraran con aquel amuleto. Quizás Lauren Bacall, que aún vivía en su piso de Nueva York junto a Central Park, escuchaba en sus noches de insomnio un silbido a través de la oscuridad. Ya voy, aguarda, le respondería.

Cuando escuchó el ruido en la puerta, Mejías ni siquiera tuvo que volverse para saber quién era.

—Eres una cabezota, periodista, te dije que te fueras al pueblo. Regresa cuando pasen las fiestas. —Su voz revelaba un rastro rasposo de alcohol y veneno—. De momento nos hemos quedado sin trabajo.

—No puedo dejarle aquí después de lo que ha pasado. Usted verá, o se viene conmigo o nos quedamos aquí los dos. —Dejó una bolsa de tela junto al aparador y mostró su contenido—. Traigo lo necesario para una cena decente. Pavo, salsa de pasas, champán. Y he comprado el *whisky* ese que tanto le gusta.

Mejías levantó una mirada vulnerable.

—Berta, deberías estudiar más. Como sigas trabajando aquí acabarás vistiendo gabardina en agosto y llevando una pistola de madera en el bolsillo.

—No me quejo, jefe —dijo la chica rápidamente—. Todo a su tiempo.

—¿Ves lo que digo? Esas réplicas. Terminarás hablando como un madero de barrio, de esos especializados en bandas juveniles, que imitan la jerga adolescente con cara de tipo duro: eh, tú, tío, cómo estás, trón. Y todo eso.

Berta se mordió un labio antes de continuar.

—Quiero que sepa que lo he entendido, pero así no conseguirá nada.

—De qué hablas.

—Todo. Usted. Esa tele en blanco y negro en lugar de una normal que encuentra por cuatro perras en cualquier tienda. El teléfono de baquelita, el tocadiscos. —Iba señalando aquellos objetos al tiempo que los mencionaba—. Su actitud de quedarse en este agujero para recrearse en el dolor.

El detective gruñó. En la tele, Bogart acechaba en el Packard negro bajo la lluvia.

—Seamos sinceros, ni a ti ni a mí nos importa nadie —contestó Mejías—. Si convivimos con otras personas es únicamente para no afrontar nuestra soledad. Yo al menos lo acepto.

—Entonces, don sabelotodo, dígame qué hago aquí a las nueve de la noche un treinta y uno de diciembre, cuando debería estar con mi tía y la poca familia que me queda, preparando la cena de Nochevieja. Pegada a mi gente para no estar sola.

Mejías guardó silencio.

—Le he traído un regalito —dijo Berta—. Tranquilo, no es un picardías ni una fusta de cuero, no se haga ilusiones. Ábralo, hombre.

El detective desgarró despacio el papel mientras su rostro se deshacía entre la desgana y el interés. Del envoltorio apareció una circunferencia de vinilo que volteó entre sus manos.

—Llevo días buscando su dichoso disco —dijo Berta.

—¿Qué disco?

—¿No se acuerda? *My Favourite Things*, el que sufrió un accidente. De ese tipo que tocaba el clarinete.

—El saxo tenor.

—Eso mismo. Lo he buscado desde entonces pero no ha habido forma. Hoy me he topado con este.

Mejías escrutó la cubierta de plástico con curiosidad.

—*Grandes voces del jazz* —recitó la joven—. Louis Armstrong y Ella Fitzgerald. Hasta yo conozco esos nombres. No lo tiene, ¿verdad?

—No, pero no hacía falta que...

—Oh, sí que hacía falta, créame —dijo la joven asintiendo con energía—. Y viéndole ahora, más. Adelante, póngalo.

—No creo que sea el momento. Ahora mismo no me apetece...

—Tenemos que saber si está rayado o si salta la aguja, ¿no cree? Pruébelo, coñe, que parece un crío, hay que decírselo todo.

Mejías gruñó sonoramente y levantó la tapa de la maleta hasta posar el vinilo sobre el círculo engomado. Zero soltó un maullido impertinente al tiempo que restregaba el lomo por las perneras de su dueño. La aguja se posó sobre un corte escogido al azar.

Emergiendo del crepitar del vinilo como una brizna rebelde en invierno, la voz de la Fitzgerald resonó en la habitación, prístina y brillante, sobre una alfombra de piano lento. El preludio de una gran canción.

*Things have come to a pretty pass  
Our romance is growing flat,  
For you like this and the other  
While I go for this and that,*

Berta escuchaba de pie la voz de la diva; no comprendía todas las palabras en inglés, aunque no era necesario. Las cosas han llegado a un punto muerto, a ti te gusta esto y lo otro, yo voy de aquí para allá. Mejías la miraba desconcertado, mientras la chica fingía cantar con la Dama del jazz, en un karaoke mímico más o menos improvisado. El piano se tomó un respiro al tiempo que ella dejaba su brazo suspendido sobre su cabeza, preparada para la siguiente estrofa, sedosa y plena de majestad.

*Goodness knows what the end will be  
Oh, I don't know where I'm at  
It looks as if we two will never be one  
Something must be done:*

Berta le miró sonriéndose.

—Ahora le toca a usted.

—¿Cómo?

—No me diga que no conoce la canción...

El piano interrumpió su acorde posado en el aire y la sección rítmica hizo su entrada, acompañada por la inefable voz de Armstrong que, casi uno podía verlo, cantaba con un pañuelo blanco en la mano para secarse el sudor, mientras la otra sostenía la trompeta humeante y exhausta. Las sílabas salían con esfuerzo, arrastrándose por su garganta para rasgar las notas que caían, como golpes de bombo y bajo, para otorgar a la canción un ritmo inesperado.

*You say either and I say aither,  
You say neither and I say naither  
Either, aither, neither, naither,  
Let's call the whole thing off.*

Berta movía alternativamente la punta de sus zapatos en una y otra dirección, mientras sus brazos retaban al detective a que hiciera lo propio. Mejías parecía confuso.

—Yo no bailo, yo solo escucho la música —dijo el detective.

El bueno de Louis seguía con su ritmo, cantando cómo las personas diferentes hablan de distinta manera y les gustan cosas diferentes. Cantando sobre el mundo real.

*You like po-tay-to and I like po-tah-to,  
You like to-may-to and I like to-mah-to  
Po-tay-to, po-tah-to, To-may-to, to-mah-to,  
Let's call the whole thing off*

Te gustan las patatas y a mí me gustan las papas, te gustan los tomates y a mi me gustan los tomeitous. Patatas, papas, tomates, tomeitous, tenemos que ponerle a esto un final. La joven revoloteaba junto a Mejías, que se apoyaba en la cómoda del tocadiscos para no sentirse ridículo. Nunca la había visto así.

—Venga, suéltese, hombre. Es Nochevieja, mañana empieza un nuevo año y una nueva vida. Baile, leñe.

Berta movía un pie y luego otro, lanzando las caderas al compás, sin perder la sonrisa. Ahora eran los dos, Armstrong y la Fitzgerald, los que unían sus voces para cantar en un estribillo inolvidable sus irreconciliables diferencias. Las que hacían inevitable su separación.

*But oh, if we call the whole thing off  
Then we must part  
And oh, if we ever part,  
then that might break my heart*

Pero, oh, si lo mandamos todo al garete, entonces deberemos separarnos. Y, oh, si nos separamos, entonces eso romperá mi corazón. Ya tengo el corazón roto, pensó Mejías. No tiene ningún sentido bailar con una chavala que podría ser mi hija y que, en cierto modo, ya lo es. Pero la música, el ritmo, por qué no hacerlo. Morir, dormir, tal vez bailar.

De alguna manera se encontró girando, anclado a la cintura de la muchacha con mano insegura, mientras entrelazaba la otra con la de ella. La cabeza de la chica quedaba por debajo de la suya, y al vigilarse los pies en previsión de accidentes chocó con la coronilla de pelo azabache. Tardó en comprender que su ayudante le estaba hablando.

—Regla número uno, señor Mejías —dijo Berta a través de la música—: no puede quedarse así. Tiene mucho que enseñarme y yo necesito que se venga arriba. Hay cosas que quedan detrás, y cosas que quedan delante.

—Qué demonios... —respondió el detective a duras penas, tropezando con sus propios pies. Pisó los zapatos de la joven, machacó el inexistente rabo de Zero, ninguno se quejó—. No entiendo...

—¡No pierda el ritmo! Muy bien. Regla número dos: como me toque el culo le parto la cara.

Esta vez Mejías abrió la boca para emitir una carcajada en tres tiempos, casi al compás. Una risa desprovista de amargura, una invitación a tiempos mejores.

—Regla número tres. —Berta hizo una pausa expectante—: no hay más reglas. Usted es como es, no tiene sentido cambiarle, lo hará si hace falta. Y yo también.

El detective miró a los ojos de su ayudante, a su única socia, y asintió con seriedad, como si jurara la constitución de los *iú es ei*, barras y estrellas, *in god we trust* y todo eso, pero a la valenciana. Louis y la Fitzgerald continuaban desgranando la canción.

*So if you like pyjamas and I like pyjahmas,  
I'll wear pyjamas and give up pyajahmas  
For we know we need each other so we,*

*Better call the whole off off  
Let's call the whole thing off.*

Las palabras se sucedían, pronunciadas en diversos dialectos americanos, reflejando distintas regiones y clases sociales opuestas. Era cómico oírlas alternadas, pero la música y aquellos cantantes las dotaban de una sublime nobleza. Aquellas voces tan singulares, tan distintas, eran el carburante de la misma idea y la canción, de ese modo, continuaba hacia delante.

*You like vanilla and I like vanella,  
You saspiralla, and I saspirella  
Vanilla, vanella, chocolate strawberry,  
Let's call the whole thing off*

Berta repetía entusiasmada las palabras, hispanizándolas con su propio acento. Yíú laik vanila an ai laik vanella, yíú saspirilla, an ai saspirella. Gritó por encima de la música en español al mismo tiempo que Ella Fitzgerald: ¡Chocolate de frambuesa! Y la corpulenta pero elegante intérprete, rasgado el velo de las décadas, se hacía presente en la habitación. Ahora regresaba la voz del trompetista, rota por el alcohol, el payaso que entretuvo a tantos blancos por unas monedas. Muévete monito, toca la trompeta, canta algo divertido. Pero Louis siempre reía de verdad, pues él era parte del juego, él era música. Habría tocado gratis toda su vida. En el fondo era él quien los había engañado a todos.

*For we know we need each other so we,  
Better call the calling off off,  
Let's call the whole thing off.*

Como sabemos que nos necesitamos el uno al otro, lo mejor es que cancelemos nuestra separación. Cancelemos todo el asunto. Eso era, hasta Mejías lo entendía. Podía bailar eso. Un paso, dos, el compás cuatro por cuatro, sencillo, nada sofisticado. La música, el ritmo acompasado y festivo. La consoladora certeza de no bailar solo.

Quién lo iba a decir, piensa Mejías, y ya es parte del ritmo como un experto bailarín que ensaya un día tras otro. Se trata de un compás, de un ritmo y de una canción que llevan demasiado tiempo viajando con él y que ahora, en esta inexplicable noche de invierno, a punto de finalizar un año más, se manifiestan con toda su fuerza. Así que se deja arrastrar, no, ahora es él quien conduce la danza, pisando baldosas que ceden bajo sus zapatos, aliviado el peso que oprimía sus hombros, y continúa girando agarrado a la cintura de un espíritu ingenuo, positivo y



perspicaz, que con la osadía de los viejos elefantes le ha iniciado en este baile atrevido. Tan diferentes, tan iguales. La música ya no sale del humilde altavoz encajado en la maleta del tocadiscos, sale de sus propios corazones, que cantan con la voz de dos músicos muertos una canción de esperanza y vida.

*I say father, and you say pater,  
I say mother and you say mater  
Pater, mater, uncle, auntie,  
let's call the whole thing off.*

Mejías se permite una sonrisa, feliz, y descubre que algo se agita en sus lacrimales. Pasan un par de compases y es una gruesa gota, salada y áspera, la que recorre su mejilla. La joven a la que va agarrada, Berta, le mira con preocupación, sin perder el ritmo. Mejías, el detective privado, el rey de la gabardina y las pistolas de madera, el héroe incorruptible de esta ciudad espantosa que le encanta, sonríe a través de ese velo líquido, y la suya es una sonrisa honesta y firme como hace mucho tiempo no conocía, y la joven le devuelve a su vez un brillo marfileño que cruza las corcheas, y el detective siente que un gran nudo se libera en su pecho, ese mismo pecho que ha recibido balas de odio, inquinas ancestrales, golpes, magulladuras, ataques que hubieran derribado a hombres tres veces más fuertes que él. Y se siente otra vez invencible, duro, capaz de regresar del infierno con un tridente de fuego arrebatado a quien allí tiene sus dominios. Porque él vuelve a ser el Bogart de estos días, absurdo y descabellado, con una determinación que nadie puede contener. Y este Bogart es parte de esta música, que continúa fluyendo a su alrededor.

*For we know we need each other so we,  
Better call the calling off off,  
Let's call the whole thing off.*

La pareja continúa su baile, parece que nunca va a terminar. Las risas breves y comedidas, las voces que desgranán las palabras en inglés, pronunciadas con una imperfección que les convierten en dioses. El pequeño felino lisiado corretea entre las piernas de ambos y, de manera inverosímil, esquiva cada tacón y cada pie proyectado hacia él, sin duda también es parte de la canción. Este extravagante trío ya es uno, y mientras la música escala unos acordes ascendentes que desembocarán en el clímax final, la voz de los dos músicos muertos se eleva en esa última sílaba pronunciada, mientras los platos de la batería remachan cada golpe del compás, el contrabajo atruena y conduce al piano, que inicia una febril y reconocible sucesión de notas definitivas que durarán para siempre. La música sale por la pequeña ventana de la oficina del detective y queda suspendida en el aire frío de la noche, como una nube de

vapor ligero que sobrevuela los tejados bajos de las casas más cercanas, mientras la oficina y sus ocupantes se van perdiendo a lo lejos, y ya no están frente a nosotros.

Y así, mientras en las calles adyacentes los paseantes y conductores rezagados apuran el regreso a sus hogares, y dentro de ellos las familias reencontradas despliegan sus mejores viandas y sus trajes de fiesta, esta pequeña nube de música y vida sigue recorriendo la ciudad, hacia arriba, siempre hacia arriba, y cuando ya no es posible verla, diríase que se ha disuelto, que se ha vuelto parte de la noche y de las estrellas que penden, como eternas farolas, sobre las formas cuadradas y macizas que conforman la ciudad de la memoria.

**F**inalizó la impresión de esta obra el día 7 de enero de 2015. Tal día del año 1924 el compositor estadounidense George Gershwin concluye su obra *Rhapsody in Blue*, que combina elementos procedentes del ámbito de la música clásica con otros de clara influencia jazzística.

# Agradecimientos

**U**na primera novela necesita de muchos apoyos para ver la luz, y esta no es una excepción.

Gracias a Antonio Penadés, que fue el primero en creer en esta historia, con una intensidad que nunca sospeché, y que me ayudó a iniciar el arduo camino hacia la publicación. Gracias a Ramón Conesa y a la Agencia Carmen Balcells, por apostar por un escritor novel en estos tiempos difíciles. Gracias a Almuzara por su respuesta entusiasta desde el primer momento. Gracias a los miembros del círculo literario valenciano El Cuaderno Rojo, cuya compañía en esta travesía ha sido clave para poder llegar a la otra orilla sin tragar demasiada agua. Gracias a la Sociedad Tolkien Española, donde he aprendido mucho sobre narrativa y no solo en prosa. Gracias a mis correctores, Jordi Llobregat, Marina López, Bernardo Carrión y Enrique Huertas, que me han empujado a crecer en direcciones que no esperaba.

Gracias, muy especialmente, a toda esa gente que me ha preguntado durante este tiempo por Mejías, y que me han trasladado su cariño aún antes de leerlo. Gracias por conseguir, como en las grandes historias, que estos personajes formen parte de nosotros y nos acompañen.

Y, como siempre en todo lo que hago, nada de esto habría pasado sin Miriam, mi primera lectora, a quien va dedicada esta novela. Con ella mantengo largas charlas sobre tramas, personajes y enfoques narrativos; ella, que soporta mis manías y me permite robarle tiempo para crear estas historias.



**Santiago Álvarez** ((Murcia, 1973) reside en Valencia desde 2001. Es el director de contenidos del festival de género Valencia Negra. Se inició en la literatura escribiendo relatos, muchos de los cuales han sido premiados en diversos certámenes. Ha escrito, protagonizado y dirigido musicales y obras dramáticas, y ha grabado varios discos con distintos grupos y formaciones. Asimismo, imparte numerosos talleres sobre escritura creativa y es el primer profesor en España del *software* para escritores Scrivener.

*La ciudad de la memoria* es su primera novela, aunque ya prepara nuevas aventuras para sus protagonistas, Berta Valero y el detective Mejías.